

NÁUFRAGOS (STRANDED)

Juan Miguel Aguilera
Eduardo Vaquerizo



Lectulandia

El módulo de descenso de la primera misión tripulada a Marte se estrella contra la superficie del planeta. Cinco de los seis astronautas logran sobrevivir, pero su situación es desesperada; solo disponen de aire, energía y alimentos para unos meses y no hay posibilidad de rescate.

Sin esperanza, sin recursos, comprenden que tres deben sacrificarse para que los dos restantes sobrevivan. ¿Pero quién vive y quién muere?

Lectulandia

Juan Miguel Aguilera & Eduardo Vaquerizo

Stranded (Náufragos)

ePub r1.0

Balhissay 27.01.16

Título original: *Stranded (Náufragos)*
Juan Miguel Aguilera & Eduardo Vaquerizo, 2001

Editor digital: Balhissay
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Entre los entusiastas de las grandes aventuras espaciales ¿quién no ha soñado alguna vez con una expedición destinada a explorar el planeta Marte? Se trata del único planeta del sistema solar que algún día podrán pisar los seres humanos. Cuerpo celeste que no está demasiado lejos de la Tierra, a 70 millones de kilómetros en la situación más favorable; que es rocoso como nuestro planeta, al contrario de los grandes planetas exteriores (Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno) todos gaseosos y por consiguiente imposible de caminar sobre ellos. Marte tiene atmósfera, aunque muy tenue; su temperatura media es del orden de -70° centígrados; y su gravedad la tercera parte de la existente en nuestro planeta. Todas estas circunstancias hacen de él un planeta bastante inhóspito y sin embargo es el más apropiado para dirigir hacia él naves espaciales tripuladas cuando la tecnología lo permita. La Luna está tan cerca de la Tierra en términos astronómicos, que hasta parece que forma parte de nuestro propio planeta. Pero cuando los seres humanos pongan sus pies en Marte será el auténtico inicio de la exploración del sistema solar.

La novela «Stranded» es un magnífico ejemplo de las muchas peripecias que pueden ocurrir a un grupo de astronautas y cosmonautas en un viaje al planeta Marte y lo que se pueden encontrar al llegar allí.

El lector comprobará que los autores han sido muy ingeniosos al intentar reflejar en palabras las dramáticas situaciones que se presentan cuando se está indefenso en un mundo tan lejano y tan hostil como nuestro vecino Marte. La lucha por intentar sobrevivir y las sorpresas que se encuentran al iniciar su exploración.

Juan Miguel Aguilera y Eduardo Vaquerizo son dos excelentes escritores de libros de ficción científica. Aunque mucha gente no lo sabe, en España existe un importante plantel de escritores de este tipo de literatura y Juan Miguel y Eduardo son de los más destacados.

El interés por el planeta Marte siempre ha sido y continuará siendo muy grande desde que a finales del siglo XIX el astrónomo italiano Giovanni Schiaparelli anunció que con un telescopio situado en la ciudad de Roma había observado un amplio conjunto de líneas rectas que cubrían una parte importante de la superficie de Marte. Algunos periodistas sensacionalistas llamaron a estas líneas «canales» e inmediatamente la imaginación popular se desbordó de forma incontrolada. En Marte —decían muchos de ellos— existía sin duda una civilización avanzada que había construido una amplia red de canales para transvasar agua desde sus zonas polares, donde era muy abundante, hasta las regiones ecuatoriales que eran áridas y secas.

Otros astrónomos como el americano Percival Lowell después de dedicar muchos años a estudiar Marte llegaron también a la conclusión de que nuestro planeta vecino debía estar habitado por una civilización más antigua y más avanzada que la nuestra.

De aquí nacieron una serie de novelas de ficción científica en las que aguerridos mercenarios marcianos invadían nuestro planeta y trataban de destruir nuestra incipiente civilización.

Pero estas ideas no eran solo sueños de imaginativos novelistas sino que en los libros de astronomía que se estudiaban en casi todas las universidades de la primera mitad del siglo pasado nadie se atrevía a decir la última palabra sobre el planeta Marte. Se decía que era posible que en Marte hubiera al menos gran variedad de plantas verdes y hasta animales poco evolucionados.

Por eso cuando en 1957 comenzó la Era Espacial con la puesta en órbita por parte de la antigua Unión Soviética del Sputnik 1, los científicos comprendieron que una de las primeras tareas que había que realizar mediante la tecnología entonces incipiente era explorar Marte. La empresa no es nada fácil. Aunque la mínima distancia entre Marte y la Tierra es de unos 70 millones de kilómetros, por el espacio interplanetario siempre hay que viajar siguiendo una órbita kepleriana y esto obliga a recorrer aproximadamente 250 millones de kilómetros para llegar a ese planeta. Se trata de una enorme distancia en la que pueden surgir todo tipo de problemas y dificultades. A pesar de ello hasta la fecha se han enviado 30 sondas no tripuladas de las cuales solo 11 han tenido éxito (un 37%). La primera vez que se intentó fue en el año 1960 y lo hizo la antigua Unión Soviética, pero su lanzamiento fracasó. Lo mismo ocurrió con los cinco intentos siguientes aunque dos de ellos tuvieron éxito en el lanzamiento pero fallaron durante su largo recorrido. Por fin en el año 1964 la NASA tuvo el primer éxito con la sonda Mariner 4, que en julio de 1965 sobrevoló el planeta solo a unos 9.600 kilómetros de altura, una distancia muy pequeña en términos astronómicos pero demasiado grande para la precisión de los sistemas fotográficos espaciales de aquellos años, así es que las 22 fotografías obtenidas por esta sonda dieron muy poca información sobre los accidentes de su superficie que se veía salpicada de cráteres como los de la Luna aunque menos numerosos. Sin embargo esta nave hizo un experimento de ocultación muy interesante que permitió determinar la densidad de la atmósfera de Marte y que indicó claramente que al ser dicha atmósfera muy tenue, debería permitir la llegada a su superficie de la radiación ultravioleta procedente del Sol con una intensidad muy elevada, lo cual haría muy difícil la existencia de la vida.

Todas las otras sondas enviadas a Marte han buscando insistentemente indicios de vida en Marte, aunque fuera muy poco evolucionada, pero hasta la fecha no se han podido encontrar. Incluso las sondas Viking 1 y 2 enviadas también por la NASA que se posaron en su superficie a mediados de 1976, realizaron diversos experimentos bioquímicos pero todos también dieron resultados negativos. Por eso actualmente los científicos tienen puestas sus esperanzas en enviar astronautas y cosmonautas con el fin de poder descubrir lo que puede esconder Marte en su subsuelo en el cual, al amparo de la humedad que se supone debe existir, ya que en tiempos remotos Marte tuvo grandes mares y caudalosos ríos, pueden encontrarse bacterias vivientes o

fósiles de ellas.

«Stranded», sin embargo, no aborda el problema del envío de sondas sin tripular a Marte sino otro mucho más difícil todavía ya que la nave que llega al planeta, como ya se ha indicado, está tripulada por astronautas y cosmonautas.

Los viajes tripulados a cualquier planeta son muy complicados. Para ir a Marte con una sonda no tripulada se elige la posición relativa más favorable entre ese planeta y la Tierra. Entonces se coloca la nave espacial en órbita terrestre y mediante una órbita de transferencia se la envía a una órbita baja alrededor de Marte. La órbita de transferencia que conviene más es la propuesta en 1925 por un famoso ingeniero alemán Walter Homann. Se caracteriza por ser tangente a la órbita de salida y a la de llegada, de esta manera se puede realizar el viaje consumiendo la mínima energía posible y esto es muy importante en los viajes interplanetarios ya que los lanzadores espaciales aunque parecen muy potentes, son muy poco eficaces y no permiten alcanzar grandes velocidades en el espacio interplanetario.

Hasta aquí todo parece sencillo, aunque el viaje desde la Tierra hasta Marte siguiendo esta trayectoria tiene una duración aproximada de 8 ó 9 meses. El problema fundamental, tratándose de vuelos tripulados es que los que exploren Marte deben regresar a la Tierra sanos y salvos y para ello tendrían que esperar hasta que se produzca la siguiente situación favorable entre Marte y la Tierra. Como el año en la Tierra son 365 días y el de Marte son 687, esas posiciones favorables se repiten cada 25 meses aproximadamente, en consecuencia los astronautas deberán esperar en la superficie de Marte 16 meses (25 - 9) y luego hacer un viaje de regreso de 8 ó 9 meses de duración. En total un viaje de estas características duraría 34 meses aproximadamente, casi tres años.

Cuando los viajes espaciales son tan dilatados en el tiempo están rodeados de todo tipo de dificultades y peligros. El cuerpo humano ha evolucionado durante más de 3.000 millones años siempre sometido a la fuerza de la gravedad propia de la Tierra, y cuando se le priva de ella por un período largo de tiempo sufre deterioros muy importantes principalmente en su sistema óseo y muscular, siendo este último especialmente peligroso ya que afecta al músculo cardíaco. Pero no son los fisiológicos los únicos problemas. Decía Charles Berry el médico jefe de los astronautas de la NASA que: «Los problemas psicológicos consecuencia de la exposición de los seres humanos a viajes de larga duración en vehículos pequeños, muy poco confortables, con constante sensación de peligro, etc., pueden ser mucho más graves que los problemas de tipo fisiológico». De todos es conocida la agresividad mutua que surge entre dos personas que están un largo período de tiempo encerrados en un sitio muy pequeño. Valeri Ryumin un experto cosmonauta de la antigua Unión Soviética escribió en su diario de a bordo, que luego fue publicado como documento científico: «Si se pretende favorecer la posibilidad de que se cometa un crimen lo más apropiado es encerrar a dos personas durante dos meses en una habitación de solo 4x6 metros».

La sensación de peligro que padecen los astronautas en circunstancias como estas es muy grande. Ellos saben que una vez que se haya iniciado el viaje con el encendido del cohete que empuja a la nave a la órbita de transferencia, comienza un «viaje sin retorno» puesto que hasta que no se llegue a Marte y se complete la estancia allí, no se podrá regresar y el regreso durará del orden de 9 meses. Esto es consecuencia de que las naves espaciales que siguen órbitas keplerianas van a la deriva, es decir no van impulsadas por ningún cohete que se pueda apagar. La nave deberá seguir esa órbita hasta alcanzar su destino. No es posible frenar y dar marcha atrás. Cualquier incidente que ocurra, una avería, una enfermedad, un accidente, etc., tendrá que ser solventada dentro de la propia nave.

Tampoco es posible una misión de rescate. Al tener que lanzarla después de la misión original la alineación entre Marte y la Tierra ya no será favorable y habrá que esperar 25 meses para que lo sea, un lapso de tiempo impensable para que una misión de este tipo pueda ser efectiva. Los tripulantes de la nave que vaya a Marte sabrán que su vida estará en grave peligro hasta el mismo día de su llegada a la Tierra y esta es una situación que termina por quebrantar los nervios de cualquier persona aunque haya sido entrenada para ello y tenga un temperamento de acero.

Evidentemente existen algunas estratagemas que alivian en parte varios de estos problemas aunque no los resuelven por completo. Se puede utilizar navegación gravitacional, un método de viajar por el espacio ideado ya hace muchos años por un joven estudiante italiano que trabajaba para la NASA en California. Consiste en hacer que la nave espacial robe energía cinética de algún cuerpo celeste pasando muy próximo a él. El cuerpo celeste, un planeta o una luna, reducirá su velocidad de rotación como consecuencia del robo, pero la disminución será tan pequeña que resultará insignificante dado que la masa de este cuerpo siempre será mucho más grande que la de la nave. Por el contrario la nave puede sufrir un cambio significativo en su velocidad o en su dirección al pasar cerca del cuerpo celeste dado que la energía cinética que roba tiene un valor importante con respecto a la suya propia. Este procedimiento no acorta la duración del viaje, por el contrario la alarga, pero evita el tener que esperar 16 meses en Marte, pudiendo reducir este período a solo 2 ó 3 meses. Sin embargo este sistema tiene contrapartidas negativas ya que la nave debe acercarse bastante a Venus para hacer sobre él la maniobra de navegación gravitacional, y esa es una región del espacio interplanetario bastante caliente, por lo que deberá ir muy bien protegida térmicamente lo que implica mayor peso, cohete lanzador más potente y por consiguiente mayor coste.

Otra posibilidad es hacer el viaje con dos naves. Una primera que irá sin tripular deberá transportar a Marte el habitáculo que ocuparán los astronautas cuando estén allí, una fábrica de combustible para obtener en el propio planeta el combustible necesario para el regreso y algunos otros equipos adicionales pesados. Cuando esta nave llegue a Marte pondrá en funcionamiento robóticamente la planta química que a partir del dióxido de carbono existente en la atmósfera marciana producirá metano y

oxígeno líquidos que podrán ser utilizados como combustible para el cohete que se utilice en el regreso. Cuando se disponga de ese combustible se podrá enviar la nave tripulada que será mucho menos pesada que cuando el viaje se efectúa con una sola nave. Al ser más ligera podrá hacer el viaje de ida a través de una órbita mucho más energética y por tanto más rápida.

«Stranded» es una magnífica novela de ficción científica que nada tiene que envidiar a las que se publican por autores extranjeros. Sin ir más lejos las cuatro últimas novelas publicadas en los EE. UU. sobre vuelos tripulados a/o desde Marte, que las cuatro han sido llevadas al cine, son sin lugar a dudas muy inferiores a la de Juan Miguel Aguilera y Eduardo Vaquerizo y reflejan muy torpemente las circunstancias que rodearían a un viaje real al planeta, lo que no ocurre con «Stranded», que por cierto también ha sido llevada a la gran pantalla.

Estoy seguro que los que lean este libro quedarán asombrados con todo lo que se cuenta en sus páginas y a partir de entonces seguirá con entusiasmo los progresos de la tecnología espacial hasta que lo que se cuenta en la novela llegue algún día a convertirse en realidad. Mi más sincera felicitación a los autores.

Madrid, 28 de agosto de 2001.

Luis Ruiz de Gopegui

El Sol lo era todo. No había ya cielo, tierra, no había sabana, ni existían los Ohafa, solo un brillo intolerable que ardía en lo alto; una furia ígnea, descomunal, que devoraba el universo a gigantescos bocados ardientes.

Cerró los ojos y volvió a bajar la cabeza para evitar que el resplandor le quemase las retinas aún más. La piel le ardía, y tenía los labios completamente despellejados. Se pasó la lengua, hinchada y seca, por ellos y el dolor se hizo insoportable. Intentó variar la postura. Un agudo pinchazo, intenso y localizado cerca del omoplato derecho le recordó su lesión de espalda. El círculo que habían trazado para él en la tierra no incluía ningún apoyo, hubiera sido mucho pedir. Hizo un esfuerzo por concentrarse y colocarse de modo que la postura fuese fluida y en equilibrio. Luego suspiró quedamente.

Quedaba poco tiempo para que el Sol se ocultase tras la roca que tenía a su derecha y dejase de torturarlo hasta el día siguiente. El sitio parecía haber sido escogido con habilidad, el sol caía a plomo sobre él, pero no durante todo el día, ni en las horas más duras.

Entrecerró los ojos y miró al horizonte. La sabana, una infinita y amarilla extensión de hierba seca, se extendía a su alrededor. Solo enormes baobabs y espinos destacaban aquí y allá. Grandes animales se guarecían bajo los árboles. El sol, el inmenso sol de Africa parecía abrir sus fauces de fuego sobre todo el paisaje y mastcarlo lentamente.

El Sol crece, dicen los ritos Ohafa, crece y se hace tan grande que se come al cielo primero y después amenaza con comerse también a la tierra. Solo el valiente que lo espera y enfrenta lo evitará.

«¿Valiente...? Valiente tontería», pensó como había pensado cien veces antes durante los dos días que llevaba allí, encerrado en el círculo mágico.

Había acudido a Ohafa de vacaciones. Durante los últimos años el trabajo en el JPL había sido intenso. Investigando el sistema solar desde sondas robots casi había olvidado cuánto le gustaba explorar con su propio cuerpo, viajando. Ohafa era una de las reservas etnoterra de la Unión de Estados Africanos. Dentro de esas reservas el siglo XXI e incluso el XX estaban prohibidos, por tanto eran sitios donde aún cabía la aventura.

El paso de la civilización a la etnozona siempre le había parecido fascinante. Tras un corto vuelo desde Pasadena en un convertiplano tomó un transatmosférico en Los Ángeles para cruzar el Atlántico. El *trans* rugió sobre la pista y se disparó al cielo a toda velocidad en una trayectoria balística que le mantuvo en ingravidez durante cinco minutos. Como resultado aterrizó en Níger solo hora y media después de despegar. La tecnología aeronáutica de alto nivel dio paso a las carreteras de asfalto,

luego a los caminos y al fin... al desierto.

Una vez que el *jeep* le dejó en el perímetro de la etnozona había tenido que caminar hasta llegar al poblado donde los nativos vivían en todo como sus antepasados. Aquello era una forma de locura revisionista, una más de las cosas extrañas que había traído el nuevo milenio, pensaba Herbert. Primero se habían abolido las distancias, luego la uniformidad había acabado con casi cualquier diferencia entre individuos. Y al final, se añoraba y recuperaba con ahínco todo lo que se había tenido antes.

No había sido la primera vez que había salido de vacaciones a un sitio así. No era fácil ser admitido como visitante-residente. Lo había conseguido casi en todas las ocasiones, aunque a veces había tenido que pasar muchas entrevistas y pruebas. Recordaba con especial cariño el tiempo pasado junto a los aborígenes de la Ayer's Rock. Igual que los Ohafa, eran desertores de la sociedad moderna. Por propia elección habían vuelto a caminar por los senderos del sueño, recuperando toda la cosmogonía aborígen de los últimos chamanes.

Los Ohafa también eran así. La mayoría no habían nacido allí, no había heredado directamente las ricas tradiciones, las danzas de guerra y lluvia, los ritos iniciáticos y sin embargo...

Se removió recolocando las piernas una vez más. Había alguien en el borde del círculo. No era el brujo que le había aceptado para el rito, ni siquiera un guerrero, parecía solo un chiquillo curioso.

Herbert se esforzó en enfocar la vista. Lo conocía, su nombre era Yahumi, igual a todos los otros niños: sonrisa deslumbrante, miembros largos, delgados y ágiles. Al moverse, aquellos niños curtidos por la vida al aire libre le recordaban mucho la gracia de las gacelas. Yahumi, con el tiempo, llegaría a ser como sus hermanos y padres, leopardos rápidos y letales en la caza, prestos a beber fermento de raíz hasta caer casi muertos en el suelo de la tienda y llamar a gritos a sus mujeres para hacerles el amor toda la noche. Herbert torció el gesto. Todos ellos habían pasado por esta iniciación. Todos los niños lo harían.

El adolescente se agachó y miró debajo del toldete de telas dónde se le ofrecían las nueces, las tortas de semillas, el agua y el fermento de raíz huenmbele. Tomó una torta, medio comida por las hormigas, la arrojó lejos y la sustituyó por una recién horneada que traía en su morral. Luego, tras dedicarle una sonrisa nerviosa, toda dientes enormes, salió corriendo en dirección a la aldea. No podía estar allí, el brujo lo había prohibido ya que el guerrero del Sol no puede ser visto en su batalla mas que por gente consagrada.

Herbert se rio en voz muy baja. Luego comenzó a toser y después apenas pudo respirar de lo agotado que le dejó el esfuerzo. Se lamentaba, sufría, pero sabía que no cambiaría aquella experiencia, que había elegido el camino correcto, lo sentía así en todos los huesos y músculos de su cuerpo.

Es algo que no había podido explicarle a casi nadie, aún menos a Lorna. ¿Dónde

estaría en ese momento? ¿Torturando los dientes a algún gordo saturado de azúcares? ¿Feliz de regresar a la casa que había comprado a las afueras de Nueva York en su todo terreno que jamás se saldría de las carreteras?

Se habían conocido tras el que consideró el mejor periodo de su vida. Acababa de terminar su doctorado en planetología por la Universidad de Cornell. Había trabajado sobre la morfogénesis en el Sistema Solar, un amplio estudio que pretendía encontrar parámetros comunes a las formaciones rocosas de diversos mundos. Al acabar los dos años de investigaciones, al obtener el *cum laude* y unas cuantas ofertas de trabajo a las que atender, se había encontrado misteriosamente pleno y, también, desocupado.

Lo normal es que hubiese emprendido uno de sus viajes, a la Ayer's Rock en Australia, a visitar a los chamanes que le habían adoptado como visionario aprendiz, o quizá a buscar un nuevo lugar en el mundo, ese sitio cada vez más difícil de encontrar al que no llegaban ni móviles, ni satélites, ni turistas. No lo hizo, paseó por el parque con las manos en los bolsillos y la mente extrañamente vacía, no acostumbrada al descanso después de tantos meses de trabajo intenso. Era primavera y el sol ardía en el cielo como si el mundo fuese enteramente nuevo. Se sentó a mirar un estanque lleno de patos y, de repente, alguien pasó delante de él. Herbert lo recordaba perfectamente. En la onda de aquel olor a primavera, aquella luz nueva y verde, quedó enmarcada ella, Lorna. Caminaba también despreocupada, comiendo un helado. No creyó lo que los aborígenes le habían dicho, que tenía algo de visión, la máxima que un blanco puede tolerar sin enloquecer, hasta aquella ocasión. Al mirarla supo, de modo inmediato, lo que sucedería, un inamovible cúmulo de sucesos futuros. Lo olvidó también inmediatamente.

Pasaron una primavera larga e intensa, un verano tórrido, agotador, y un otoño melancólico. Se querían, hubieran vivido felices juntos muchos años... de no ser por él, claro.

Herbert nunca olvidaría aquella tarde cuando tras horas de discusión, al fin le explicó por qué no dormía, por qué conducía sin rumbo hasta perderse durante horas, por qué miraba interminablemente al cielo desde la ventana del dormitorio.

Y se lo explicó de un modo muy sencillo, con un cuento. Él era el protagonista, un niño con una lesión en la espalda que no podía moverse ni correr hasta que los nuevos tratamientos de osteogénesis le repararan el espinazo quebrado en un accidente. Y ese niño era un niño muy triste, muy solo, hasta que alguien, su abuelo, le regaló unas novelas antiguas, una reedición de coleccionista. El niño apenas sabía leer pero aprendió espoleado por aquellas portadas brillantes, los dibujos de soles y desiertos y bestias de muchos brazos: *Barsoom*. Marte. Aquel mundo fue suyo ya por siempre. Su silla de ruedas viajó por el espacio, los apoyabrazos fueron los mandos de una astronave, el sol del jardín se hizo el sol de un desierto abrasador y las matas de petunias ciudades de jade y cristal que elevaban sobre la arena cientos de agujas y cúpulas. Y la noche... la noche tras la ventana era también la noche marciana, la noche en que Dejah Thoris, la princesa de Marte, paseaba su sensualidad alienígena

bajo las dos lunas de *Barsoom*, quizá esperando la llegada del guerrero verde y de cuatro brazos, Tras Tarkas.

Ella no le entendió, le miró con amor, pero sin entenderle ni lo más mínimo. No sabía de sueños, de ese ansia por llegar más lejos, allá dónde solo tus fuerzas y tu corazón te sostienen vivo contra la naturaleza salvaje, sin domar aún. Y siguió sin entender por qué Herbert decía quererla mientras hacía las maletas y se marchaba a Goddard. Había aceptado el trabajo en el centro espacial, su futuro estaba claro. El de ella también.

Y se separaron.

Todo eso lo había visto aquel instante en el parque, hasta había paladeado el dolor de esa separación que luego le llegó como un incendio terrible que casi le hace abandonar sus tontos sueños de adolescente paralítico y regresar junto a ella.

Herbert se sintió derrotado. Sabía que el camino que había elegido era duro, muy duro, y a veces se sobreestimaba, echaba de menos la dulce calidez de Lorna, su mundo pequeño, limitado y controlado. La aspereza que lo rodeaba hería con espinos, con sol y viento, con ferocidad interminable.

El Sol se ocultaba tras la roca, le liberaba de su peso descomunal, retiraba sus zarpas y dientes ardientes sin haber podido devorarlo aún. Quizá al día siguiente lo lograría. Era una locura, debía salir de allí. Probablemente no sobreviviría a la noche.

Sin embargo no lo haría, Herbert sabía que nunca renunciaría. La muerte no era una amenaza.

En el cielo se derramaron colores morados y rojos. Toda la sabana despertaba con la llegada del frescor. Aves extrañas, criaturas pesadas y lejanas aleteaban entre las hierbas; el león rugía a la noche, gacelas y ñús corrían a juntarse en apretadas manadas; las criaturas de la sabana se preparaban para cazar, morir, huir.

El brujo llevaba mirándolo un largo rato. Estaba sentado en el borde del círculo mágico. Apenas se distinguía a la luz escasa del crepúsculo. Solo los ojos, dos ascuas brillantes que parpadeaban, parecían vivos. El resto del cuerpo macizo, muy negro y tiznado de ceniza en amplias bandas, permanecía perfectamente quieto.

Herbert lo miró durante un largo lapso. Su mente vacilaba a las puertas de la realidad. La debilidad y la fiebre lo atacaban con súbitos cambios de perspectiva que deformaban las distancias y le daban al brujo muchos aspectos, todos aterradores. Pero había conocido ya a los hombres santos de Iquito, a los chamanes de *Ayer's Rock*. Sabía que todos hablaban con un lenguaje que la mente normal no entendía a no ser que se la anestesiasen con dolor, con drogas o cansancio. Y él ahora entendía lo que el brujo, perfectamente inmóvil, le estaba diciendo: que la prueba había terminado. No iba a danzar, ni le haría beber sustancias extrañas, ni tendría que escarificarse la piel. No. Eso quedaba para el principio de los rituales. Estaban en el final. El brujo permanecía allí, como una piedra negra e irregular al lado del pequeño templete lleno de viandas y calabazas de agua que le salvaría la vida.

Parecía que había vencido al Sol y este no devoraría la Tierra. Herbert, y

seguramente el brujo, sabían que el Sol no tenía nada que ver, que sus mandíbulas ardientes no tenían intención de comerse a nadie. El desafío no era nunca lo externo, sino lo interno.

El brujo se movió, elevó la cabeza. Comenzaban a cristalizar las estrellas en un cielo casi completamente negro. Justo encima suyo, muy cerca de la masa oscura de los árboles, brillaba un rubí que fulguraba intensamente.

Por un instante la mente de Herbert vaciló por completo. Nunca había sentido nada igual.

El brujo dijo solemne:

—Como premio a tu valor, los dioses te han concedido una visión.

Las dimensiones y las distancias desaparecieron, el tiempo se evaporó. La noche, el cansancio, la sed, ya no estaban.

Solo él y aquella luz pequeña y belicosa... teñida de sangre...

Sabía que era Marte, y también sabía que era su camino.

Los chiquillos habían entrado en el garaje de aquella cabaña cerca de los Andes. Venían corriendo desde el jardín, haciendo un ruido de mil demonios. Había sido un día de primavera estupendo. Acababan de volver de una de sus rutas biológicas, recorridos por el campo tras los cuales los niños volvían cargados de piedras, semillas, plumas y todo lo que podían cargar en sus mochilas.

Allí, en el garaje que el todoterreno nunca había ocupado, Fidel tenía preparados varios terrarios con diversos insectos y plantas, un par de microscopios, una colonia de abejas encristaladas y muchos huesos, fósiles, conchas, muestras biológicas. Aquel era su laboratorio de fin de semana, de biólogo aficionado, y dónde enseñaba a los niños algo de la fascinación que la naturaleza siempre le había provocado.

—A ver... sí, trae la egagrópila. —Encarnita extrajo con mucho cuidado una bola negra de un contenedor de plástico—. Ahora la vamos a poner en agua.

Ricardo, el pequeño, se asomó al borde de la mesa.

—Y... y... de verdad vomitan eso... es ¡asqueroso!

—Sí hijo, los cernícalos y las lechuzas se comen a los ratones enteros, sin quitarles la piel ni nada. Cuando los han digerido, lo que no se ha podido disolver, los pelos y los huesos, lo aglutinan y luego lo devuelven. Mira, ahora que se disgrega... ves las cabezas de ratón... una, dos, tres.

—¡Puaghh! Voy a por un batido de chocolate.

Ricardo salió corriendo hacia la casa. Era incapaz de mantener la atención demasiado tiempo sobre algo.

Carlos, el mayor, y la niña, miraban la egagrópila y como Fidel iba seleccionando huesecillos diestramente, con un par de pinzas, y construyendo un esqueleto de ratón sobre un paño negro. En eso llegó Ricardo chupando su batido con fruición.

—Papá, ha pasado algo en la nevera...

—Sssssh... Ricardo, mira los huesecillos.

Fidel tardó un poco en darse cuenta de lo que había dicho Ricardo, aproximadamente medio esqueleto de ratón. Luego se levantó y fue a la cocina.

La nevera era un mueble enorme de metal lacado en blanco que se erguía sobre el suelo de madera como un desafío. Abrió la puerta y se encontró con lo que temía.

La nevera estaba infectada de hongos de color marrón.

Se llevó las manos a la cara sin dejar de mirar aquel desastre. Toda la comida se había echado a perder contaminada del hongo que habían recogido en el bosque el día anterior.

—Papá, tenías razón en que esos hongos con el frío crecerían más, en contra de los otros —dijo Carlos, situándose a su lado.

—Si hijo, ya veo, ya.

Como si hubiese estado coreografiado, se escuchó un coche detenerse en el porche, el portazo y unos pasos apresurados. Adela entró con las manos totalmente ocupadas y contempló a su marido y a los tres niños mirando a la nevera abierta. No pudo por menos de sonreír.

—Eh... —Fidel buscó las palabras—. Querías hacer rossbeef para cenar, ¿verdad?

Ella ni se acercó a la nevera.

—Sí, pero también podemos irnos a cenar a la parrilladora... ¿no?

Los cuatro culpables sonrieron mientras ella comenzaba a guardar paquetes en los estantes. Y añadió tras una pausa dramática:

—Claro que para eso, la nevera tendría que estar limpia en... ¿digamos una hora?

Cuando él y los niños terminaban de limpiar con desinfectante el interior de la nevera, sonó el teléfono del estudio. Fidel lo cogió.

Cuando regresó a la cocina se apoyó en el marco de la puerta y se quedó mirando con cara ausente. Los niños aún fregaban vigorosamente todo el interior del electrodoméstico. Su mujer trasteaba en el salón.

El sol del atardecer entraba por la ventana y se derramaba por todo aquel cuarto lleno de cosas conocidas y acogedoras.

Los niños pronto empezaron a jugar con las bayetas y el agua, a salpicarse y a ponerlo todo perdido. Los dejó hacer mientras el «sí» que acababa de dar resonaba aún en su interior.

A veces pensaba que Adela poseía poderes telepáticos. Entró en la cocina y se acercó a él, estudiando la expresión de su rostro.

—¿Qué pasa, Fidel? ¿Son buenas noticias?

—Creo... espero que sí.

—Te han seleccionado para el proyecto.

Él la miró directamente a los ojos y dijo simplemente:

—Sí.

—Has dicho que sí.

Él asintió.

Había dicho «sí», y el significado de esa palabra tan corta empezaba a pesarle ya como una losa.

Iba a viajar a Marte, ¡fantástico! ¿Qué exobiólogo no se hubiera cambiado por él en ese preciso instante?

Pero ese «sí» significaba muchas cosas más. Miró a sus hijos jugando... dos años y medio. A la edad que tenía el pequeño Ricardo aquello era igual que decir «infinito». Una eternidad.

¿Cuántas cosas se iba a perder en esos treinta meses?

Demasiadas y demasiado importantes. No vería a Carlos ingresar en la universidad, ni como Encarnita empezaba a arreglarse y a volver locos a los chicos. El pequeño Ricardo sería casi un adolescente a su regreso y él se habría perdido todos

esos momentos. Lejos, muy lejos de su casa y de aquel planeta.

Pero eso lo sabía cuando cursó la solicitud ¿no?... ¿Acaso no lo había pensado ya una y otra vez?

¿Por qué empezó todo esto?

Sí, lo recordaba perfectamente. Creía que el mundo le debía algo ¿no? Había dedicado su vida a estudiar los fósiles de bacterias encontrados en los meteoritos llegados desde Marte. Y, como premio, había conseguido aislar fragmentos de algo que no podía ser más que ADN alienígena. Demasiado poco y demasiado dañado, pero allí estaba: ¡Una cadena extraña de auténtica vida alienígena!

Pero nadie le había dado mucha importancia. Oh, por supuesto, le habían reconocido el mérito de sus investigaciones: De acuerdo, alguna vez, en un pasado muy remoto, habían existido bacterias en Marte.

«Genial —había dicho un periódico—, aquí nos gastamos una fortuna en productos de limpieza para eliminarlas y el profesor Bacterias nos quiere traer más de Marte».

¡Era vida! La demostración de que no estaban solos en el Universo, pero a nadie le impresionan unas pocas bacterias fosilizadas.

Fidel estaba convencido de que el Marte del pasado había sido muy diferente del desierto helado que era hoy. Esas bacterias lo demostraban, pero sin duda había pruebas más espectaculares de vida ocultas en el Planeta Rojo. Quizá fósiles de animales inimaginables enterrados en los cauces secos de antiguos ríos.

Y pensaba que era él quien debía descubrirlo.

Se lo debían, y esa invitación para participar en el Proyecto Ares demostraba que eso mismo debían de pensar en la NASA-ESA.

Gracias. Pero ¿y ahora?

¿Cómo era aquello? Cuidado con lo que deseas porque puedes llegar a conseguirlo. ¿Y ahora qué?

—Debes ir —dijo su mujer.

Él levantó la vista hacia ella.

—No —dijo sonriendo—, para mí es suficiente el que me hayan invitado. Mi ego está ya a salvo ¡Aleluya! Ajá, les llamaré para decirles que muchas gracias, pero que lo he pensado mejor.

Adela se acercó a él y rozó con el dorso de su mano la barba entrecana de Fidel.

—No es por tu ego, no seas mentiroso.

—¿Ah no?

—No. Te conozco demasiado bien como para saber que esas cosas no te importan en absoluto.

—¿Cómo que no? —bromeó él—. Estuve mirando un catálogo de chaqués para ir a recoger el premio Nobel. ¿No te acuerdas?

—Oh, vamos. Te meterías en un volcán en erupción si pensaras que con eso ibas a aprender algo. Eres así.

—Quizá. Pero también valoro otras cosas.

Ambos se quedaron callados un momento. La batalla de los crios había crecido y encharcaba la mitad de la cocina. Ellos parecieron darse cuenta del desaguisado y, prudentemente, comenzaron a pasar la fregona mirando de reojo a sus padres.

—Lo sé, y por eso te quiero. Pero esta es una oportunidad que solo pasa una vez en la vida, y tú has dedicado toda la tuya a Marte. ¿Cómo puedes rechazar ahora esto?

—Van a ser dos años y medio separados...

Ella asintió con tristeza.

—Lo sé. Y es muy duro para mi decirte esto, créeme. Pero... —sonrió y se formaron aquellos adorables hoyuelos en sus mejillas—, si no vas te vas a poner insoportable todo este tiempo.

Él miró de reojo a los niños. Estaban ajenos a la conversación o, al menos, fingían estarlo. Se acercó a su esposa y la besó.

—Te quiero —dijo Fidel.

Ella cerró los ojos y suspiró.

—¡Ojalá pudiera ir contigo!

Jenny despertó en mitad de la noche. Las sábanas yacían tiradas en el suelo. El cuerpo de Ramiro despedía un calor denso y animal. Al acostarse no había puesto en marcha el aire acondicionado. No había primavera en el sur de España, solo inviernos suaves y veranos bruscos y abrasadores. Se levantó y abrió de par en par las puertas del balcón. Afuera era aún de noche, una noche calurosa en Rota, una de las bases militares de aterrizaje alternativo para el desvencijado trasbordador. Ella, de niña, se había aprendido ese nombre remoto, apenas un puntito en el mapamundi. Había memorizado todos los datos que consiguió reunir sobre los viajes espaciales y los repetía como un lorito pequeño y asustado cuando los amigos de su padre le pedían una demostración. Su padre la animaba diciendo «mirad qué mona... qué memoria tiene, ha salido a su madre», y ella era feliz repitiendo nombres, pesos, potencias, biografías y fechas.

Su padre no había dicho otra cosa de ella, nunca, ni siquiera en el hospital horas antes de que se lo llevase una neumonía vírica. No había dicho nada cuando había terminado la carrera de medicina, ni cuando había conseguido su primer destino en el ejército. Ahora era directora de un importante departamento de medicina aeroespacial en las instalaciones de la ESA-NASA en Rota. Una niña pequeña, un pequeño lorito que mandaba un equipo de treinta investigadores.

Se volvió, había oído un ruido. Sofía volvía a tener pesadillas. Caminó muy despacio hasta el cuarto de su hija y la vio agitarse en la cama. ¿Contra qué lucharía aquella pequeña mocosa de cuatro años que miraba con los mismos ojos profundamente azules de su abuelo, los ojos que ella no había heredado? Al fin la niña pareció calmarse.

Sintió caminar a Ramiro a su espalda, por el pasillo, y luego sus manos posarse como dos hojas de otoño sobre los hombros. Se estremeció ligeramente a pesar del calor.

—¿Duerme?

—Sí.

Se escurrió de su caricia y caminó hasta la cocina. La luz fluorescente la hizo parpadear. Todo era demasiado denso, demasiado real y doloroso bajo aquella luz, así que la apagó. Abrió la nevera y bebió agua fría directamente de la botella. Ramiro entró y se sentó a la mesa, a oscuras y mesándose la barba. El frío de las baldosas en la palma de los pies era agradable. Jenny se sentó en el suelo. En el techo los faros de los coches que pasaban por la carretera urdían dibujos de luz y sombra. Pronto la escena se le antojó extraña. Eran peces fríos, nadando en aguas oscuras; peces que no se conocían, que se buscaban para... ¿aparearse?, ¿devorarse?

Ramiro tenía una voz espesa, cargada.

—¿Has pensado en eso?

—Sí.

—¿Y?

—Me voy.

—Pero...

—¿Pero qué?

Había sido casi un grito. Peces cargados de dientes, aleteando, acechando entre helechos y rocas.

Ramiro respiró fuerte.

—No puedes dejar a tu hija. No es...

—¿No es qué? Es mi carrera, una ocasión irrepetible.

—Pero una hija no puede crecer sin su madre... sabes que es así... lo hemos hablado muchas veces... ¡joder!

Jenny se recostó con violencia contra un mueble haciendo crujir la madera. El eco del taco rebotó de pared a pared en el interior de su cráneo. ¿Qué tendría aquel idioma que hacía los tacos tan rotundos, tan vivos, que dolían tanto?

—No voy a empezar a discutirlo todo otra vez... Si fueras tú el que tuvieras posibilidades de irte... veríamos cual sería la situación.

—Coño, Jenny, joder, no me juzgues por lo que haría, sino por lo que hago, por lo que estoy dispuesto a hacer: a quedarme aquí, al lado de mi hija.

Por un instante, Jenny estuvo tentada de levantarse y salir de allí, salir de la casa en camisón y descalza y no volver a convivir con nada que tendiese aquellos lazos insidiosos, los ojos tan azules de su hija, el cuerpo macizo de Ramiro envolviéndola. Quería salir del río, quería huir. Ramiro se levantó de la mesa. Era una presencia, un pez magnífico, oscuro, brutal, 90 kilos de músculo que se sentaron a su lado y la tomaron delicadamente la mano.

—Jenny...

La voz estaba casi rota.

A la mañana siguiente él no hablaba, solo permanecía quieto, en el salón, viéndola moverse, llenando maletas de pequeñas cosas. Era ya un pez muerto, boqueando en la orilla, sin aire. Había otro pez, un alevín perfecto y luminoso, que corría montado en un patinete en el patio. Un poco más allá, en la calle, un coche militar la esperaba.

Ya perfectamente equipada, al lado de la puerta, le miró. Sus ojos no imploraban, ardían con odio derivado de la podredumbre, de la asfixia. Jenny desvió la vista. Miró afuera, a través de la puerta, a Sofía de ojos límpidos. Veía en ella el futuro, esa mirada calando en el fondo de sus ojos azules, el odio cultivado con paciencia y tesón.

—Quiero el divorcio —dijo Ramiro con una voz de poco volumen pero que retumbó en las paredes.

Jenny salió de la casa y se acercó hasta su hija.

—Me voy a trabajar, Sofía.

La niña corrió hasta ella y se la echó encima.

—Ya, me lo ha dicho Papá. Pero no tardarás ¿no?

—No, volveré el mes que viene, pero luego quizá tenga que hacer un viaje muy largo.

—¿Puedo ir?

—No, preciosa, pero te traeré cosas muy bonitas, y podremos hablar por la tele.

—Bueno, quiero un biperpokemon y un patinete como el de Julio. ¿Me los traerás?

—Claro, preciosa.

La niña le dio un beso y corrió a jugar con su patín.

Jenny no miró atrás ni una sola vez, ni cuando el coche la llevó a la base, ni cuando el C-5 despegó sobre el paisaje de Andalucía, ni cuando aterrizó en Estados Unidos. Si lo hubiera hecho, hubiera vuelto.

Tenía que convencerse: el río, los peces, la otra vida había muerto, solo quedaba la NASA-ESA y sus pruebas de acceso.

Y no le fue difícil. El ambiente en *Johnson Space Center* era frenético, no había tiempo para pensar en nada. Era una candidata más de los más de tres mil que habían sido llamados para las pruebas preliminares, una semana de entrevistas y exámenes médicos. Como los otros, circulaba por pasillos interminables buscando despachos y laboratorios, esperaba cola para los análisis y sudaba bajo el escrutinio de los psicólogos.

Le asistía una rara tranquilidad. Iba a ser seleccionada, estaba convencida de ello, la sola posibilidad de que la rechazasen le parecía absurda. En los momentos más duros, durante las largas pruebas psicológicas, apretaba mentalmente los dientes y no se dejaba derrotar. Apartaba la debilidad como había apartado las lágrimas, como se había impedido volver la vista mientras el coche de la base la acercaba hasta el transporte.

Pasó los exámenes médicos sin problemas. Eso no le preocupaba, estaba en forma, y ella misma, antes de salir, se había hecho los análisis NASA clase II, — agudeza visual sin corregir 20/200, presión arterial 140/90 en reposo y una altura entre 1,60 y 1,90— que necesitaba un especialista de misión. Ella podía pasar incluso los clase I que se exigían a los pilotos. Encontró muy torpes a los psicólogos, era evidente lo que buscaban, alguien con facilidad para trabajar en equipo, lo suficientemente individualista y capaz para no resultar inútil fuera del apoyo del grupo, pero también alguien que necesitase la integración, que era el mejor modo de que un grupo pequeño destinado a permanecer junto mucho tiempo no se desintegrara. Toda aquella semana le pareció molesta, un puro trámite. Conocía la mayor parte de los test, había colaborado en la redacción de muchos de ellos. Pero no se engañaba, sabía que la verdadera prueba sería el año de selección básica y los dos

años de entrenamiento final para la misión. Ninguna experiencia previa le ayudaría a superar ese periodo en el que estaría en permanente evaluación.

Al final de la semana pudo volver a su casa, a esperar los resultados. Había hablado con su hija todas las tardes, breves conversaciones desde el teléfono móvil en las que la constante había sido «¿cuándo vuelves?». Ramiro ni siquiera se había puesto. Aún rumiaba su rencor, lo amasaba y lo convertía en una bola que le haría llegar, más tarde o más temprano, quizá en la voz delicada de su hija «¿cuándo vuelves?». Al final de la semana dejó de llamar todos los días. No podía volver a oír aquella vocecita al final de la línea telefónica.

Cuando recibió la noticia ni siquiera sonrió. Había algarabía por los pasillos, gente contenta, gente triste. Candidatos que volvían a sus ciudades y pueblos para intentar ser otra cosa en la vida, otros que regresaban a casa con la alegría tatuada en el rostro. Ella, antes de volver, terminó de arreglar el alquiler de una casa. La NASA-ESA les facilitaba *bungalows* a bajo precio. Como nadie había sido tan previsor, eligió el que quiso. Solo entonces hizo las maletas y volvió a enfrentar los papeles del divorcio y el comienzo de la actitud retraída de su hija. Y no se equivocaba, Ramiro lo tenía todo listo, solo pendiente de su firma. Cuando regresó al JSC para empezar el período de preparación previa, traía ya firmada la separación efectiva y la renuncia a la custodia de la niña.

Durante el año que duró la preparación supo que esos papeles seguían en un sobre amarillo, sobre la mesa de su despacho. Nunca lo abrió, solo se concentró en el entrenamiento para evacuación de emergencia, en las sesiones en la piscina de agua, en los vuelos del KC-135 para evaluar su comportamiento en microgravedad, y en la preparación técnica que su tutor le obligaba a desarrollar día a día, hora a hora, en un exhaustivo programa de aprendizaje y evaluación simultánea.

Aquello era una apuesta ciega. No sabía si pasaría la selección. Comenzaban ya a influir factores que su especialidad en medicina espacial no le permitía dominar. Ni siquiera si pasaba aquella selección previa nadie le aseguraba que podría ser elegida para el primer equipo que pondría el pie en Marte. Las posibilidades eran tan remotas que no se atrevía ni a calcularlas. Y el precio pagado por optar en esa lotería era tan alto que tampoco se permitía pensar en ello, en las carreras alocadas de su hija por el jardín, en las noches que no eran una cama enorme, fría y vacía.

Le comunicaron que había sido seleccionada para la fase final una tarde de septiembre. Había pasado una semana en la playa con su hija, una niña huraña que no la miraba nunca a los ojos al hablar y se empeñaba continuamente en caprichos tontos.

La llamada llegó cuando Jenny permanecía mirando el parque enfrente de los *bungalows* del JSC, tan parecidos a los de todas las otras bases militares en las que había vivido junto a su padre.

Había paseado y jugado por jardines así, había corrido en bicicleta en medio del calor de Guam, del frío de Alaska, del clima templado de Aviano. Una vida nómada,

como la de tantos niños hijos de militares. Recordaba los ojos azules, glaciales de aquel piloto rígido, que vestía a su hija con el celo que ponía en lustrar sus zapatos, en limpiar todos los sábados por la mañana la carrocería del coche. «Diles a estos señores en dónde puede aterrizar el trasbordador».

—Ha sido seleccionada para la fase final junto a otros trescientos astronautas. Felicidades.

Eran palabras que hubieran debido ser felices, pero ni siquiera esa frase logró borrar la mueca de desaprobación frente a sus zapatos sucios de jugar fuera, frente a sus deseos de salir hasta la madrugada, frente a sus extraordinarias notas académicas. Nunca era bastante, y nunca demasiado alto el precio a pagar para dejar de ser un pequeño lorito.

Jenny había sido seleccionada para la fase final. Había transcurrido un año y dos meses desde la tarde en que abandonó su casa en Rota. Ya era una mujer divorciada. Junto a los otros treinta y tantos seleccionados, todos vestidos con los monos de vuelo de la NASA-ESA, entró en el salón de conferencias.

Había pocas sonrisas, pocas conversaciones, apenas se conocían entre sí.

Una vez estuvieron sentados, el conferenciante, un hombre recio, de unos cuarenta años, porte militar, rasgos duros y mirada intensa, subió a la tarima. Parecía haber llevado el uniforme desde siempre, haber nacido con él puesto. Se colocó en el atril, abrió su *notepad* y lo manipuló un instante.

A su espalda el videomural cobró vida con los signos hibridados de la NASA y la ESA. Luego elevó la mirada y recorrió lentamente al auditorio. Hubo un murmullo quedo entre el público. Había allí hombres y mujeres marcados por un patrón perceptible, pilotos, ingenieros, geólogos, biólogos, planetólogos, todos ellos altamente competentes, todos ellos de sexos, razas y países diferentes. Desconocidos entre sí, apenas llevaban juntos unos días, todos conocían a André Vishniac, uno de los veteranos comandantes que habían sido asignados como cabezas de la misión a Marte.

Había otros tres veteranos indiscutibles, cabezas de grupo, pero el más imponente era el hombre que había visitado la Mir, había construido la estación internacional Alfa y luego su ampliación, la *Beta*.

Para todos estaba claro que el primer hombre en pisar Marte tendría que ser, sin lugar a dudas, André Vishniac.

Una vez hubo inspeccionado a su auditorio comenzó a hablar con una voz de bajo que rebotaba en las paredes:

—Buenos días y bienvenidos a las instalaciones de la NASA-ESA en el JSC. Acaban de llegar y esto les es extraño, pero les aseguro que se convertirá en su hogar. Para mí ya lo es, desde hace muchos años, y me es grato darles la bienvenida a él.

«Bien, hoy comienza una muy larga preparación que, sí todo va bien, culminará con cinco de nosotros embarcados en el más fascinante viaje que haya emprendido jamás el ser humano. La ruta es larga y, como se suele decir, lo mejor para llegar es dar un paso detrás del otro, comenzar a andar. Pero no crean que esto va a ser un paseo, el destino está muy lejos y habrá que dar muchos, muchos pasos...».

Jenny atendía concentrada a todas sus palabras. Vishniac tenía una mirada hipnótica, sus pupilas parecían más puntos de mira de armas que nunca fallarían que dispositivos ópticos al uso. El silencio en el salón era estático, casi religioso, y nadie se atrevía siquiera a moverse por miedo a romperlo con el susurrar de la tela.

Uno de los asistentes, el que Jenny tenía justo al lado, alzó una mano con un gesto

displicente. Todos parecieron despertar, volvieron la vista a esa mano solitaria, elevada sobre las cabezas como un estandarte de batalla.

—¿Sí? ¿Tiene alguna pregunta?

Discretamente Jenny pulsó en su *notepad*, recorrió las fotos de los candidatos hasta encontrar una: Luca Baglioni, ingeniero. Volvió la vista, la foto no le hacía justicia. Baglioni poseía unos ojos salvajes que no parecían entender de urbanidad ninguna. Eran ojos de depredador que no cabían en una foto de alta resolución.

—Todo eso es muy interesante, comandante, pero... —Miró a un lado y a otro, como si buscara algo—. No veo ninguna cámara de televisión por aquí. Esta es una reunión a puerta cerrada, así que no es necesaria toda esa introducción de cara a la galería. Creo que todos sabemos para qué estamos aquí, si me disculpa el atrevimiento de decírselo. Y creo que hablo por todos si digo que estamos ansiosos por empezar de una vez a trabajar en algo productivo, hemos estudiado la misión, los sistemas y queda mucho por hacer.

Jenny no pudo contener un pequeño bufido. Aquel hombre era un insolente. Baglioni la miró durante un instante y volvió a concentrar su atención en el conferenciante. La ignoraba total y completamente, con una mirada tan solo la había evaluado y despreciado.

Vishniac dejó de hablar y durante un lapso en que el silencio cristalizó en hielo solo apuntó aquellas pupilas armadas a Baglioni. Luego habló y todos imaginaron que sus palabras eran balas certeras.

—Por supuesto. Vamos a empezar a trabajar de inmediato. Pero quiero dejar algo claro para todos los que, como yo, somos ingenieros a parte de astronautas. En lo que a nosotros atañe, el diseño de la misión es cosa de los de desarrollo. Seguro que ustedes ya han estudiado muchos de los detalles de las misiones proyectadas, seguro que tienen muchas ideas y mejoras, pero les aseguro que no más, no mejores que las personas que han diseñado la misión. Eso sí, nosotros tendremos que conocer hasta el color del lápiz que usaron para bosquejar el último tornillo de nuestra nave pero no decidiremos cómo ni de qué modo tiene que funcionar todo esto. Seremos unos conejillos de indias, nuestras sugerencias serán tenidas en cuenta, pero nosotros no tendremos influencia decisiva en los aspectos técnicos de la misión. Es importante que todos tengamos claro nuestro sitio en esta maquinaria inmensa del proyecto Marte... ¿Lo tiene claro, Baglioni?

El joven ingeniero asintió lentamente, sin variar su expresión de aburrimiento.

—Pero antes de que abran sus *notepads* y comiencen a estudiar los perfiles de sus respectivos puestos —siguió diciendo Vishniac—, previo a toda esa tarea que les va a caer encima, hay un tema que quiero que este en sus mentes durante todo el periodo de instrucción. Y es algo muy importante: el sistema de trabajo en equipo, cómo la tripulación tendrá que funcionar para sobrevivir dentro de los parámetros que se han establecido para este viaje. Y quiero que sea algo previo a todo lo que vendrá después, porque de cómo funcione ese grupo que viajará al planeta rojo, va a

depender el éxito de la misión.

Jenny notó la mirada de Luca. Volvió la cabeza ligeramente. Baglioni, con una sonrisa de duende, la miraba interesado. Compuso un gesto de desprecio lo más frío y duro que pudo y volvió a mirar a Vishniac. Luca Baglioni ya no existía para ella.

—En una misión como esta el factor humano ha sido especialmente difícil de considerar. No es esta una misión de días, como los viajes a la Luna, sino de años. La ingeniería, cómo van a funcionar las naves, y de qué carga de pago podrán llevar, depende absolutamente el tamaño y composición de una futura misión a Marte. El tamaño de la tripulación determina exactamente la masa de los hábitats, de las naves, y por último de los vectores de lanzamiento.

«La cuestión es entonces doble: ¿Cuántas personas podrían llevar a cabo una misión así desde el punto de vista psicológico, y cuántas desde el punto de vista técnico?».

«Los psicólogos han elucubrado mucho y la conclusión es que cualquier número de personas, incluso dos, podrían hacerlo. La historia de las exploraciones humanas lo ha demostrado una y otra vez».

«Pero la parte técnica también tiene su importancia y en una misión tan compleja como esta hay limitaciones de lo que la tripulación debe ser capaz de hacer para sobrevivir».

«Si por los ingenieros hubiera sido, habrían diseñado la misión a Marte para un hombre solo. Pretendían automatizar todo el proceso de orbitaje, amortizaje etc. Se puede hacer. Los modernos pilotos automáticos son auténticas maravillas. No obstante varias directrices, antiguas normas de seguridad de las agencias espaciales involucradas, y una prudente reserva, han hecho pensar en poner a bordo tres tripulantes que ayuden en las tareas de pilotaje y manejo de sistemas de ingeniería. Uno de ellos quedará en órbita esperando el regreso del resto desde la superficie para volver a la Tierra todos juntos, y los otros dos, el comandante y el primer piloto, serán los que conduzcan el módulo de descenso hasta Marte y, una vez allí, organicen las tareas, asignen prioridades, y se ocupen del manejo del *rover* marciano y toda la infraestructura de la misión».

«Lo que, junto con el ingeniero, el médico y los dos científicos hace un total de siete. Siete personas para ir a Marte... Parece un número mágico ¿no?».

Hubo algunas risas discretas, y Vishniac siguió hablando:

—Les he descrito cómo son los grupos a los que se les ha asignado. Lo que no les he contado, ni serviría de nada decírselo, es lo difícil que va a ser el viaje para los afortunados que sean elegidos —Vishniac volvió a hacer un silencio, el aire volvió a descender de temperatura—. Se sentirán muy mal durante la duración de este periodo de entrenamiento, y algunos de ustedes incluso renunciaran, pero intenten recordar que se están embarcando en la mayor aventura del ser humano, y la recompensa será inmensa; todo un nuevo planeta bajo las plantas de sus botas.

«Por supuesto si están aquí sus calificaciones serán más que correctas, brillantes,

y habrán sido puestas en práctica en infinitud de ocasiones. Pero con eso no basta. Tiene que haber algo más, espíritu de sacrificio, sentido de la aventura, que les permita aguantar la rudeza de esta misión. En Marte hará falta también que se aferren a la vida».

«Si tienen o no ese algo más lo descubriremos durante estos próximos años...»

«Muchas gracias a todos. Cedo la palabra ahora al director de vuelos, Mr Friendham Font».

Mr Friendham, el director de las instalaciones, habló durante diez minutos más con palabras huecas, política y buenos deseos que nadie escuchó. Jenny tenía la cabeza ocupada con pensamientos abrumadores. Lo que estaba por venir en el tiempo del entrenamiento y aún más allá si era elegida, era tan enorme que parecía pesar como plomo en el centro de su cerebro. Lo curioso es que no parecía haberse dado cuenta antes, solo en ese momento, cuando no había ya marcha atrás, comenzaba a alcanzarla la ola de pesar y miedo. Pero no había otra opción.

Los astronautas y algunos ingenieros y personal encorbatado pasaron al salón contiguo donde había preparado un pequeño cóctel. Allí se sirvieron algo de limonada, vino y canapés, mientras las cabezas no dejaban de rotar, oteando a los otros, quiénes eran, por qué estaban allí. Pero el aspecto de los astronautas con el mono de vuelo puesto hacía difícil identificar a conocidos.

El equipo *Gamma* hizo un aparte —vasos en mano, miradas erráticas— buscando palabras para romper el hielo. Todos los grupos, inconscientemente, lo hicieron.

Herbert miró de reojo al resto del equipo que apenas conocía más allá de unas palabras casuales. Delante de él Jenny, la doctora de ojos grandes y oscuros, no sabía qué hacer con el vaso y lo apretaba alternativamente con la mano derecha y la izquierda; al lado Baglioni, el ingeniero de pelo rebelde y mirada salvaje torcía el gesto y miraba de reojo a cualquier chica que pasase cerca. Habían sido presentados brevemente el día anterior, pero el único que parecía encontrarse desinhibido, como si aquello no fuera con él, era Baglioni.

Con esas personas, entre otras, tendría que enfrentarse a las dificultades de un periodo de entrenamiento y selección. Así lo llamaban, entrenamiento y selección. Parecía una broma después de que miles de candidatos hubieran presentado sus solicitudes y hubieran sido procesados e investigados de mil maneras distintas. Solo un equipo de los cuatro que se entrenarían irían a Marte. Los demás quedarían en espera de las siguientes misiones.

Herbert no se sentía especialmente presionado por ese periodo de muchos meses de intenso entrenamiento que les esperaban. Era parte de su naturaleza el esfuerzo y la lucha contra condiciones adversas. Quizá tenía aquello de lo que hablaba Vishniac. Una vez en Marte, tendría bajo su responsabilidad la investigación de campo de los recursos y la historia geológica del planeta. Solo podía soñar con la cantidad inmensa de información que se podría recolectar en un periodo de estudio de unos cuantos meses sobre la superficie de Marte. Una sola hora allí, equivaldría a 25 años de investigación mediante instrumentos astronómicos y sondas.

—Vaya, vaya —estaba diciendo Luca—, no sabía que formáramos un grupo tan equilibrado y autosuficiente. Un médico —y miró a Jenny—, un planetólogo... Eh, ¿no tendría que haber un exobiólogo con nosotros?

—El doctor Fidel —dijo la chica—. Por lo que me han dicho, está a punto de llegar a la base.

—¿Fidel? —Baglioni alzó una ceja— ¿Fidel Rodrigo?

—Así es.

—Vaya —el joven ingeniero sacudió la cabeza—. Aquí tiran con bala. Estoy impresionado, lo reconozco. ¡El doctor «Bacterias» en persona!

—Bueno, no creo que esa sea una adecuada muestra de respeto a un gran científico que además será nuestro compañero durante mucho tiempo.

—No, en serio, no era una falta de respeto al doctor... ¡Por Dios, ese tipo estuvo a punto de ganar el premio Nobel! Pero no tengo tan claro su papel en una misión espacial.

Herbert le miró detenidamente. Siempre tenía la misma expresión en el rostro, a medio camino de una sonrisa y a medio camino de endurecerse en un gesto de fuerza indomable. Luego comenzó a hablar con rapidez y precisión, como si tuviese poco tiempo.

—Bueno, además de Rodrigo, aún nos faltan los pilotos. Vamos a trabajar codo con codo casi continuamente durante dos años. ¿Has pensado en ello, Baglioni?

—Por supuesto que he pensado en eso, Herbert. Es mi especialidad, pensar.

Herbert Sagan mantuvo la mirada de lobo del otro.

—No sé —dijo—, no te veo mucho espíritu de equipo.

—Pues lo tengo, Herb, o no estaría aquí ¿no? Los psicólogos no se equivocan, menos conmigo. Soy la persona más importante de todas las que van a ir a bordo, de la que dependerá la supervivencia de todos, es el ingeniero.

—¿Piensas eso? —le preguntó Jenny.

—El ingeniero es el que puede reparar los sistemas. Y en dos años y medio pueden fallar muchas cosas, creedme, conozco como se ha diseñado todo esto —y abarco todo su alrededor con un gesto amplio y teatral—. La misión es tan crítica que no es suficiente con un solo ingeniero. Se necesitan, al menos, dos. Solo que no se pueden llevar dos, son muchos. Por lo tanto, están obligados a encontrar a un ingeniero excepcional. Alguien fuera de lo común...

—¿Tú? —La expresión de Jenny ya era claramente burlona.

—Ajá, yo. Puedes apostar por eso, preciosa.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya os lo he dicho: soy muy bueno pensando. Extraordinario para obtener conclusiones a partir de unos pocos datos.

Hubo un silencio incómodo mientras Jenny parecía considerar lo que sería aguantar dos años y medio a aquel estúpido ególatra.

Al fin, Herbert, mirando el fondo de su copa de vino, dijo:

—Bueno, tal y como yo lo veo, todos tenemos interés en llegar allá, ¿no? Y si los psicólogos nos han puesto en el mismo grupo, nos vamos a llevar bien. Así que me remito directamente a ese adagio chino: «Si tienes problemas y tienen solución, ¿por qué te preocupas? Si tienes problemas y son irresolubles ¿por qué te preocupas igualmente?».

Jenny rio abiertamente mientras Herbert sonreía y tomaba vino. Baglioni, desde su asiento, también sonrió, pero con condescendencia. No hacía falta que dijese nada, que expresase lo que opinaba sobre la afabilidad paternal de Herbert Sagan, lo expresaba con todo el cuerpo.

Vishniac se acercó y los saludó uno a uno, sin vacilar ni un solo momento en los nombres. Era un hombre grande, más imponente aún de cerca que desde la tarima. Y la seguridad que exhibía en cada gesto, en cada palabra, era como un bálsamo de confianza que relajaba la tensión.

Por último saludó a Baglioni estrechándole la mano. Se miraron durante un instante a los ojos, sin sonreír, mientras las manos subían y bajaban imperceptiblemente. Al fin Luca desvió la vista. Jenny lo observó todo con atención. En un solo apretón de manos Vishniac había dejado claro quién mandaba y mandaría allí.

Tras los primeros meses de estudio y las prácticas de seguridad aeronáutica básica, comenzaron con las pruebas de simulación.

Cada uno de ellos tenía asignadas tareas específicas en la *Belos* y el *Ares*. Cada una de esas tareas tenía que ser aprendida y evaluada hasta la saciedad. Al conocimiento teórico de los sistemas, seguiría una fase de evaluación computerizada, y la fase final de ensayo en simulador y en tanque de agua.

En el hangar 30 del JSC la NASA-ESA había construido una réplica exacta y perfectamente funcional de toda la nave *Ares* al completo, hasta el último tornillo, toda ella cableada y operativa. Era el mayor y más completo simulador jamás construido. Dentro de la nave la sensación de estar en el espacio profundo era completamente verídica. Lo único que faltaba era la escasez de peso.

Todos y cada uno de los astronautas odiaban aquel hangar y aún más al director de evaluación y entrenamiento, John Jiménez. Aquel sitio era el infierno, y John el diablo. Sentado en su consola, asistido por demonios menores, se ocupaba de preparar y activar anomalías de los sistemas, fallos, problemas que iban desde un módulo de computadora defectuoso a una descompresión explosiva que les arrojaba a una nada ficticia asfixia cuando todo el aire de la nave desaparecía bruscamente.

Indefectiblemente, tras un fallo catastrófico, la voz de John en los altavoces de cabina resonaba lúgubre y ligeramente irónica.

—Estás muerto amigo.

Para todos aquellas horas pasadas en el simulador eran una tortura. Sabían que no solo se les evaluaba técnicamente, sino que también se verificaban estudios de presión psicológica. Tanto era así que hubo algunos que incluso se derrumbaron en medio de la prueba.

Jenny recordaba momentos allí dentro de tal intensidad que la sensación de encontrarse auténticamente en una emergencia de la cual dependía su vida se hacía real y se olvidaba totalmente que detrás de las paredes del *Ares* estaba el hangar y no el espacio profundo.

Para todos era así menos para Baglioni. En las muchas pruebas que había realizado no había muerto en ninguna. Todos sospechaban que John se lo había tomado como algo personal. Estar en el equipo *Gamma* a veces no era nada agradable. Sus sesiones de simulador siempre eran mucho más tumultuosas, caóticas y sorprendentes que las de los demás.

En una ocasión John programó una secuencia de averías que condujeron a la separación física de la sección rotatoria de la nave con gente a bordo, algo prácticamente imposible. Baglioni, sin despeinarse demasiado, tuvo que reprogramar tres módulos de control de la *Ares*, obligar al piloto automático a actuar de un modo

no ortodoxo, para que pudiese acoplarse de nuevo al giro de la sección desprendida. Hubo aplausos cuando salió del simulador, con el mismo gesto de siempre. Aquella maniobra no aparecía en el manual antes de ese día. Luego si fue incluida.

Y todas aquellas duras jornadas de entrenamiento terminaban, indefectiblemente, en el *Sortie's*.

El *Sortie's* era un bar tranquilo a medio camino del NASA-ESA Lyndon B. Johnson Space Center, y la ciudad de Houston, Texas. El JSC era uno de los dos grandes centros de entrenamiento y dirección de misiones del gigantesco conglomerado NASA-ESA. El otro, la central europea, estaba en Toulouse, y se ocupaba en esos momentos de entrenar las tripulaciones del asentamiento lunar, el otro gran proyecto que la Agencia llevaba entre manos.

Afuera era media tarde y el sol del desierto brillaba aún con fuerza calcinando la carretera, pero dentro, como sucedía con casi todos los bares americanos, el aire acondicionado invitaba a abrigarse y la luz escaseaba. Sentados en un apartado, en unos sillones corridos y circulares, cuatro de los siete miembros del equipo *Gamma* —Jenny, Baglioni, Herbert y Fidel— permanecían en silencio. Había pasado casi un año desde su llegada a Houston, desde aquella conferencia de Vishniac.

Bruscamente Fidel levantó la mano e hizo un signo. El camarero volvió a poner una ronda completa de *budweisers*. Fidel bebió con mucha sed hasta casi agotar su cerveza.

Hizo chasquear la lengua antes de hablar:

—No es para tanto, chicos. Vamos, animaos.

Herbert Sagan miró levemente a Fidel Rodrigo. Herbert aún se sentía abrumado por la presencia de aquel hombre un poco mayor que él, barbado y afable, pero uno de los mayores especialistas en el campo de la exobiología.

—Pues sí, tienes razón. No tenemos aún pilotos asignados, pero eso no significa nada, somos el mejor grupo, con los resultados más altos.

Baglioni, miraba a unos y a otros con calma, sabía que esos buenos resultados eran exclusivamente gracias a él y disfrutaba de la sensación.

No hacía falta decirlo, todos comprendían que era cierto. Habían transcurrido muchas horas juntos, muchas horas de estudio y de simulador. Probando y aprendiendo rutinas de trabajo, siendo observados y evaluados. Se conocían mucho, sabían como reaccionaban, cuales eran sus capacidades.

Jenny recordaba lo impresionada que se había sentido, a su pesar, cuando vio a Baglioni trabajar en el modulo de simulación de la *Belos*.

Fidel terminó su botella y miró a Luca directamente.

—Bueno, quizás puedas convencerlos para que te dejen ir solo, Luca.

Todos rieron, menos Luca que siguió mirando a Fidel con su eterna sonrisa de medio lado, mientras permanecía muy quieto, con los brazos apoyados en el cuero del sofá.

—Ten por seguro que iría y volvería.

En ese momento una rubia de metro ochenta y espectaculares piernas entró en el bar. Luca levantó la vista y comenzó a incorporarse.

—Si me perdonáis, tengo cosas más interesantes que hacer que lamentarme delante de una botella de cerveza.

La rubia y Luca salieron por la puerta y todos escucharon el rugido del corvette de Luca quemando goma en el asfalto del *parking*.

—Es imbécil —dijo Jenny— ¿quién se cree que es?

—Un genio —respondió Herbert—. Es un genio, insoportable, pero un genio. Bueno, yo también tengo que marcharme. Hay unos datos que tengo que comprobar.

—Siempre trabajando, Herbert.

—No es trabajo Fidel, para mi al menos no. Es un placer.

Herbert se levantó y salió del bar no sin antes hacerles una seña con la mano y sonreírles. Fidel también hizo ademán de levantarse.

—Bueno, estoy cansado y hoy es el cumpleaños de Ricardo.

—El pequeño ¿no?

—Sí, el pequeño de edad y tamaño, pero el que da más trabajo de los tres. Es un trasto.

—Dale un beso de mi parte.

—Lo haré Jenny. Tu hija...

—Bien, la vi hace poco.

—Se hace duro ¿verdad?

—Bueno. Mi matrimonio fue una especie de lapsus muy agradable. Mi padre, yo y una base militar, ese es todo el ambiente familiar que he tenido. Supongo que no he aprendido a valorar lo que es una familia.

—Bueno, sabes dónde tienes una cuando quieras un rato de lapsus —Fidel sonrió mientras se levantaba— estamos ahí, los niños, Adela y yo.

Jenny sonrió y sus grandes ojos oscuros parecieron iluminarse y perder algo de la tristeza que siempre tenían.

—Gracias Fidel.

Jenny continuó mirando y sonriendo mientras Fidel se dirigía a la barra a pagar las cervezas, un pitido le hizo detenerse. Se llevó el móvil a la oreja y habló brevemente. Luego, con una sonrisa en el rostro, volvió a la mesa y se dirigió a Jenny, aún repantingada en el sofá.

—Ya tenemos pilotos. Mañana habrá un *briefing* de presentación.

—¿Quiénes...?

—Vishniac, Lowell, y Sánchez.

—¿Vishniac? Joder, eso es como un pasaporte a Marte.

—No creas Jenny, es el de más edad de todos los comandantes. Es un tema delicado. No creo que Vishniac a nuestro lado sea todo lo bueno que creemos.

—Bueno, no vendamos el oso antes de haberlo cazado. De momentos ya tenemos

pilotos. Eso es lo que queríamos ¿no?

A la mañana siguiente el sol del desierto, justo en el horizonte, hacía brillar las superficies blanqueadas de los edificios del JSC. Los coches, con las luces aún encendidas, iban pasando los controles de seguridad y aparcando en la gigantesca explanada a la entrada. Una ingente cantidad de personas comenzaban repartirse por despachos y hangares dispuestos a iniciar el trabajo diario que exigía la misión a Marte.

El equipo *Gamma* ocupó una sala de reuniones en el edificio de control de misión. Los pilotos, un grupo ya formado y compacto, se sentaba enfrente del equipo *Gamma* a lo largo de una gran mesa de reuniones. Eran Susana Sánchez, una militar española de aspecto frágil pero de mirada decidida, Lowell, un piloto inglés todo fibra y flema británica, y Vishniac, el veterano, siempre sin una arruga de más en el mono, todos los pelos de la cabeza cortados a la misma distancia y una expresión de acero.

—Bueno, parece que vamos a ser compañeros durante mucho tiempo... —comenzó a hablar Vishniac.

Todos se conocían, había dado tiempo a que en mayor o menor grado, todos los miembros del proyecto misión a Marte se conociesen. Jenny había hablado un par de veces con Susana, Lowell con Herbert, con quién compartían la afición de los viajes. Vishniac no se había relacionado prácticamente con casi nadie, igual que Luca, pero habían estado ahí, cerca, en múltiples ocasiones. No eran extraños, sin embargo tampoco eran aún un equipo.

—Con esta asignación se puede decir que está prácticamente concluida la primera fase del entrenamiento para el viaje del *Ares*. A partir de ahora esto va a ser una carrera contra reloj. Dentro de cuatro meses comenzaran a elevarse las partes del *Ares*. En otros nueve meses más estará todo en órbita. Un par de meses para ensamblaje y pruebas de acople y estaremos llegando a la ventana de inyección en órbita transmarciana con un mes de margen.

Herbert miraba a aquel hombre y leía la seguridad de que iría en el viaje, pasase lo que pasase. Él sentía algo así, pero no con la fría intensidad de aquella mirada. Se preguntó brevemente si habría algo detrás de aquellos ojos, si esa determinación de titanio habría terminado, tras muchos años de ejercerla, por comerse todo lo que pudiera haber habido en él de humano.

Lowell era mucho más normal. Parecía un hombre perfectamente competente, un inglés delgado y algo quisquilloso. Podría haber sido insoportable en su infinito amor por la precisión, pero le salvaba su ironía británica.

Susana era algo mucho más complejo. Tenía un aspecto frágil, en nada compatible con sus aptitudes. Era una rubia delicada, no muy alta, ni con aspecto de resolución. Engañaba. Herbert la había visto actuar, cuando en el simulador apretaba la mandíbula y tomaba los mandos en una emergencia desaparecía esa sensación de

desamparo como por ensalmo. Solo así había podido llegar hasta allí, claro.

—Como decía tenemos mucho camino aún por delante. El entrenamiento ha ido bien, pero aún funcionamos aislados, cada uno en su campo. Y hay otros aspectos también a tener en cuenta y que en anteriores viajes espaciales no habían sido tan críticos.

Vishniac sonrió. Tenía captada la atención de todos, incluso de sus pilotos.

—El señor Kerrigan les terminará de explicar.

Vishniac dio una orden por su comunicador y la puerta de la sala se abrió. Entró un hombre joven, pequeño, delgado y con mucho pelo. Tenía las gafas, grandes y doradas, como colgadas de la nariz. Se sentó tras sonreír con amplitud.

—Buenos días. Soy el asesor psicológico de su grupo.

Hubo remover de cuerpos en las sillas.

—Tranquilos, no va a haber más test, ni nada por el estilo. Las pruebas de selección están terminadas y no tienen nada que ver con mi tarea. Mi trabajo es conseguir de ustedes un equipo indisoluble, cualquier cosa que eso signifique. Ya mucho esta hecho, ningún aspecto de su formación y de cómo han sido elegidos se ha dejado al azar. Como comprenderán, no hay otro modo de hacerlo. Van a pasar mucho tiempo juntos allá arriba, durante el viaje y después en Marte. Y tienen que colaborar y mantenerse con vida en circunstancias difíciles, en el profundo espacio y en la superficie de un planeta. Eso significa que la cohesión intergrupala debe ser inquebrantable...

«No va ser nada traumático, se lo aseguro».

Algún tiempo después Herbert comenzó a reírse. Las piernas le flojearon y se revolcó en el barro pegajoso de aquel pantano de Georgia. El resto de los componentes del grupo, totalmente empapados de lluvia, hartos de cargar las pesadas mochilas por kilómetros de terreno pegajoso buscando el puñetero punto base, le miraron con incredulidad. Aquellas misiones de cohesión grupal estaban empezando a ser un fastidio, pensaban todos. Ya habían recorrido el desierto, los Apalaches y la selva tropical cumpliendo las etapas que les habían marcado, y ahora Herbert enloquecía bruscamente.

Al final, Susana se acercó, un poco preocupada.

—¿Te ocurre algo?

Herbert apenas podía articular palabra, no conseguía tranquilizarse lo suficiente como para coger aire y explicarse. Seguía riendo y riendo, mientras la lluvia caía como una metralla acuática sobre el bosque.

Luca se acercó a dónde Susana se había arrodillado y la siguió Jenny, a medias sacando el botiquín de la mochila. Herbert hizo un signo con las manos de tranquilidad. Pero seguía sin poder hablar. Al final pareció tranquilizarse un poco.

—¿Os acor...? Ja, ja. ¿Os acordáis de... Kerrigan? Ja, ja.

—¿Qué sucede Herbert? —Susana ya estaba medio sonriendo.

—Nada, nada... ja, ja... dijo, dijo... «no va a ser nada traumático» dijo..., el

tío... ja, ja, ja.

Primero Susana... luego Jenny, uno a uno todos fueron contagiándose de la hilaridad explosiva de Herbert. Poco a poco fueron doblándose y sucumbiendo a la gracia de la situación mientras la lluvia los calaba hasta los huesos. Solo quedaron en pie, sonriendo pero sin dejarse atrapar por la ola de salvaje liberación. Vishniac y Luca se miraron durante un instante, la sonrisa torcida en el rostro, los ojos de hielo, luego miraron al grupo de aguerridos astronautas revolcándose en el barro y riendo como niños y no dijeron nada.

Susana colgaba en posición vertical sujeta por un correaje y dentro de un saco térmico en uno de los módulos de la estación espacial *Beta*. Intentaba dormir. Una suave corriente de aire fresco la llegaba hasta el rostro. Era muy importante, si durmiendo la corriente dejaba de fluir respiraría una y otra vez el aire a su alrededor y moriría intoxicada por su propio dióxido de carbono. Si cerraba los ojos, se sentía en la más suave cama que jamás hubiera podido imaginar, pero no podía mantenerlos así mucho tiempo. Era la excitación del viaje, de los preparativos, el despegue, el acople con la estación espacial. No era la primera vez que subía a órbita. El más novato de la expedición había contabilizado ya más de dos meses de estancia en la estación espacial ultimando la preparación para el viaje. Pero daba igual, era imposible sentirse indiferente ante aquello. Susana se agarró a una de las correas que la mantenían sin derivar constantemente por el habitáculo y miró por la ventanilla. Afuera había un fulgor azul y marrón y una curvatura monstruosa. Sí, la Tierra seguía aún ahí abajo, muy cerca.

Volvió a mirar al techo. Era la luz, el cambio en los ciclos circadianos y la bioquímica de la melanina la que no la permitía dormir. ¿O no? Escarbó más dentro aún y no, no era eso. Había un miedo intenso y muy oculto que la contaminaba de ansiedad. Había llegado muy lejos, más de lo que nunca hubiera soñado, más de lo que ella había creído posible.

Aún allí, en la antesala del viaje, cuando, si todo iba bien, su equipo podría ser elegido para ir a Marte, todavía tenía que luchar contra la sensación de incertidumbre, de saber si iba a ser lo suficientemente dura y capaz para soportar el viaje más peligroso y fascinante que el ser humano hubiera emprendido nunca.

La Academia del Aire había sido un lugar duro. A pesar de que había bastantes mujeres, el ejército aún no había asumido del todo su presencia, menos si una de ellas aspiraba a pilotar el EF-IV, la élite de la élite en aeronáutica, y menos aún si iban superando prueba tras prueba y terminaban obteniendo el número uno de la promoción. Ninguno de sus mandos estuvo cómodo con ese resultado por lo que cuando Susana decidió pasarse a la ESA hubo muchos suspiros de alivio.

No fue una retirada, solo la búsqueda de un desafío mayor. Sabía cual era su futuro en el ejército: volar unos años y luego vegetar en un despacho militar hasta abandonar y pilotar un avión comercial. Eso hubiera sido relajarse, dejar de demostrarse a si misma hasta dónde podría llegar. Y no había nada más adecuado a sus necesidades de dificultad que la carrera espacial.

Ahí ya no hubo limitaciones por ser mujer. En el proceso de selección y posterior entrenamiento la dureza venía directamente de los desafíos inmensos de volar al espacio. Y una vez más lo consiguió, y voló como segundo piloto en un par de

misiones del *Venture Star*.

Y una vez más no fue suficiente. Aspiraba a más.

Susana intentó tranquilizarse. Aún no se había cerrado la selección. Estaban pasando el periodo de aclimatación en la estación espacial dos equipos, el *Gamma* y el *Beta*. Uno de ellos sería el elegido para el primer viaje. Durante el mes en el que los médicos y psicólogos confirmarían todas las pruebas y verían las reacciones de los organismos a la ingravidez, se terminaría de acoplar todos los módulos de la nave *Ares*. Si todo seguía según los planes habría un margen de diez días hasta el inicio de la ventana de lanzamiento, y de un mes para la inyección en la órbita Honman elegida.

¿Sería bastante aquel viaje? ¿Podría con él acallar esa voz que le preguntaba si podría ser lo suficientemente dura como para llegar y volver con éxito? No lo sabía.

Al final el cansancio y el efecto de los tranquilizantes y biorreguladores que les habían dado pudieron más que los nervios y Susana se durmió.

Dos días después, la achaparrada delta del transbordador se desprendió de la estación espacial y comenzó a derivar hacia la Tierra. Vieron, de lejos, el encendido de los cohetes principales que frenaron la nave lo suficiente como para que iniciase el descenso. Luego la perdieron de vista.

Vishniac, justo por encima de sus cabezas, miró a Luca, Fidel y Herbert.

—Bueno, hoy tenemos que ir a la *Ares* y comenzar con los chequeos.

—¿Esta ya presurizada y con energía?

—Ayer hubo un equipo de la Estación Alfa que terminó con esa fase. Ya solo falta cargar el combustible y las provisiones de aire y agua.

Luca tecleó en su ordenador táctil.

—Pues llevan retraso. Se necesitan cinco vuelos para llenar los tanques y la bodega.

—Sí, un poco. Pero seguramente usemos dos o tres *Arian V* para reforzar los *Energía II* que se han retrasado.

—Eso significa que alguien va a tener que hacer malabares con los plazos.

—Los paquetes van autopilotados y no creo que fallen.

El trayecto entre la estación espacial y el *Ares* era un paseo espacial de menos de cinco minutos. Usaron dos EVAV, largos tubos con agarraderas, depósitos y toberas que se usaban para trasladar más de una persona entre puntos en órbita. Uno lo pilotaba Susana, y el otro Vishniac. Se alejaron de la estación *Beta*, en las antípodas de la órbita de la Alfa, y con suaves impulsos que los hacían desplazarse por el espacio, comenzaron a acercarse al *Ares*. No era la primera vez para ninguno que efectuaban una operación en el espacio. Sin embargo la tierra, enorme y azul justo debajo de ellos, era una presencia imponente que les daba continuamente la sensación de estar cayendo. La teoría decía que para evitar el vértigo y la desorientación, lo adecuado era no mirar, pero casi ninguno podía distraerse de aquella inmensidad de

azules moviéndose a toda velocidad bajo sus pies.

Desde la estación, la nave transplanetaria era un delgado lápiz que refulgía cuando el sol se reflejaba en sus superficies. Según fueron acercándose la *Ares* comenzó a agrandarse. Era un vehículo imponente, de más de 700 toneladas, un alargado huso de metal con un módulo de descenso, la *Belos*, en la punta, y ocho grandes motores químicos en la popa. Ellos la conocían como un ciego conocía su hogar. Se habían movido incontables horas en el simulador. Pero la cosa real, aquel monstruo de casi 100 metros de largo y 700 toneladas de metal, combustible, aire, pilas nucleares y eléctricas, asustaba.

Según fueron acercándose vieron la estructura en su conjunto. Los cohetes de inserción transmarciana eran el primer módulo. Estaban diseñados para producir una aceleración muy alta durante poco tiempo gracias a la cuál saldrían de la órbita terrestre. Igualmente, funcionarían para frenar al llegar al apogeo de la elipse Honman que recorrerían entre la tierra y Marte, y conseguir inyectarse en baja órbita marciana y no seguir de regreso a la Tierra.

La siguiente sección era el habitáculo de viaje. Los cuatro grandes cilindros en los que viviría la tripulación durante todo el viaje, permanecían anclados a la estructura principal. Una vez acelerada la nave se soltarían de sus sujeciones al fuselaje y se harían rotar a 2 r. p. m. al extremo de unos brazos extensibles y contrapesados. Eso bastaría para proporcionar 0.4 ges, lo suficiente como para minimizar los efectos de la ingravidez durante el largo viaje.

Tardarían casi 300 días en llegar. Trescientos días en aquellas latas rodantes, pensó Herbert. Había viajado en sitios peores, sin duda, y el viaje había sido infinitamente menos interesante.

A los habitáculos le seguían la nave de regreso. También motores cohetes de combustible criogénico, solo que menores ya que la masa a acelerar de regreso a la Tierra era mucho menor. Y en la punta, aerodinámica, desafiante y muy blanca debido a las losetas térmicas, la nave *Belos*, el módulo de descenso, la nave que pilotaría y que los dejaría sobre la superficie del planeta rojo. A una distancia prudente, cuando ya se podían leer la letras en el fuselaje, Vishniac y Susana dispararon retrocohetes y se quedaron estáticos respecto al *Ares*.

Todos los miembros del equipo *Gamma* permanecieron en silencio. Solo escuchaban el ruido de succión del suministro de aire en el traje. No se veían, el reflectante de los cascos no permitía atisbar su reacción. Al final Luca rompió el silencio:

—Je, bonita ¿no?

—Sí, Luca —admitió Susana—. Es la cosa más bonita que he visto nunca.

Maniobraron para acercarse a la nave y esta creció hasta que perdieron la visión de conjunto y solo percibieron una masa metálica enorme a la que orbitaron como pequeñas lunas autopropulsadas. Por el canal de radio del casco escucharon el saludo de los astronautas que efectuaban los últimos ajustes. Toda la estructura de la nave

había sido ensamblada en el espacio. Veinticinco cargas de *Arian V* y *Saturno VII* habían sido puestas en órbita baja a lo largo de todo el año anterior.

Durante ese tiempo, equipos de veinte astronautas se habían turnado en la estación espacial *Beta* para ir maniobrando las enormes secciones, acoplándolas, desplegando y plegando antenas, paneles solares, brazos de inercia. Un trabajo ímprobo que había mantenido la atención del mundo con el cuello doblado hacia arriba. Más de cien contratistas principales y una infinidad de subcontratistas en todo el mundo habían trabajado en el diseño, construcción y prueba de aquellas secciones. Y seguían haciéndolo. En los hangares de Cabo Kennedy se terminaba de ajustar la *Ares II*, que sería lanzada un par de años después de la I. Se calculaba que la misión a Marte estaba consumiendo el 4% de los recursos de los estados que financiaban la organización NASA-ESA. Y eso continuaría mientras una crisis política o económica no cortase aquel fabuloso chorro de dinero.

Y la punta de iceberg de todo aquello era la *Ares*, una nave varada en órbita baja de la Tierra, pero con la potencialidad de ir muy lejos. Se podía palpar en las formas poderosas que era el último caballo tecnológico del ser humano, el último desafío que la raza humana le hacía al Universo.

Así lo veía al menos Herbert. Sentía el corazón encogido.

Vishniac interrumpió el silencio reverente.

—En unas horas comenzarán a acercarse los tanques autopropulsados. Cuando empiecen el trasvase tendremos que estar fuera, así que tenemos un par de horas para explorar la nave.

La nave ya tenía presión y energía, así que, por turnos, fueron entrando en una escotilla de la parte central. La primera tanda, Susana, Herbert, Luca y Lowell emergieron de la cámara de descompresión. No era su *Ares*, no la encontraban familiar.

Sin decir una palabra, comenzaron a derivar por los habitáculos. Vishniac, Lowell y Susana corrieron a la cabina del *Belos*. Los demás flotaron por los pasillos.

La perspectiva era totalmente diferente. La ingravidez lo cambiaba todo y se movían con torpeza por un espacio que conocían al dedillo en el simulador.

Jenny, entró resoplando, en la segunda tanda de visita. Abrió mucho los ojos y en cuanto se libró del traje, tarea que apenas le costó un minuto con el nuevo diseño modular, se dejó arrastrar hasta una pared y permaneció allí agarrada, mirando aquel tubo hueco y rodeado de cajas y equipos variados. Era uno de los cuatro habitáculos rotatorios que permanecían anclados al fuselaje principal de la nave y que luego rotarían dando una fracción de la gravedad terrestre. Eran grandes, de unos quince metros de largo y cinco de diámetro. Su interior estaba diseñado para tener una orientación abajo-arriba que coincidiese con la dirección de la fuerza centrífuga. En ingravidez nada parecía tener sentido y Jenny tuvo que esforzarse por conseguir una perspectiva correcta. Sabía que no tardaría en adaptarse. En cuanto su cerebro tradujese las coordenadas espaciales de la nave a un sistema de referencia diferente al

que tenían ahora, que era la gravedad de la tierra, del simulador de la NASA-ESA.

La sensación les duró apenas una hora. En ese tiempo pudieron curiosear todo aquello que ya conocían. No había diferencias, todos los sistemas parecían responder exactamente igual que en el simulador.

Vishniac y Susana permanecieron en la cabina de la *Belos* toda la hora que tenían hasta que las operaciones de carga en los tanques comenzaron. Vishniac, una vez sentado y sujeto por velcros, ojeó un poco aquel habitáculo posando la vista aquí y allá. Era una mirada profesional, segura.

Susana tardó un poco más en concentrarse en los mandos, computadoras y sistemas de la cabina. Afuera, más allá del parabrisas, había muchas estrellas.

—¿Qué piensas Susana? Tenemos aún que hacer un par de listados de chequeo.

—Eh. Nada, ¿has visto?

—A ver... sí, Orion, y aquello es Ophiuco... Ya has estado aquí arriba antes. No me dirás que te impresiona.

—Sí, he estado dos veces más, pero nunca sentada a los mandos de una nave que me llevará hasta Marte. El simulador es casi igual, pero hay una leve diferencia.

—Sí, la hay. Lo llaman el factor psicológico. En cualquier simulador, por bueno que sea, siempre sabes que no vas a morir de verdad. Y aquí... bueno, tienes que verlo como una tarea más. Hay que verlo así, si no te comerá la responsabilidad.

Encendieron los monitores de plasma. Obedientemente los cuatro computadores de a bordo se inicializaron y comenzaron a mostrar parámetros de estado. Las alarmas de bajo combustible aparecieron en rojo hasta que Vishniac entró en el modo mantenimiento e introdujo el código de seguridad del comandante para poder anularlas.

—Vete cantándome el chequeo, Susana.

Susana abrió un menú en su pantalla de copiloto y apareció un listado con una larga lista de items a comprobar de los sistemas de abordó. En principio los computadores eran capaces de comprobar todos los elementos ellos solos y sacar un resumen de fallos, pero una larga tradición aeroespacial hacía que también fuese necesaria una comprobación por los tripulantes.

—Carga de termocouplers.

—Ok.

—Termogeneradores.

—Seis, operativos.

—Presión sistema neumático.

—Verde.

Abajo, Fidel flotaba por los espacios amplios y blancos de lo que sería su hogar durante los nueve meses del viaje. En estanterías bien apiladas había sitio para colocar muchos paquetes, equipos de laboratorio y equipos de mantenimiento. Todos tenía su sentido, cada caja, cada hueco, tenía su diseño perfectamente estudiado. Miró uno de los paneles, una pantalla de plasma multifunción, como en toda la nave. Él,

hasta llegar a Marte, sería el encargado de verificar los niveles de reciclaje de agua y aire. También debería cuidar de los experimentos biológicos en microgravedad. Estaba razonablemente seguro que aquella carga experimental que agobiaría a toda la tripulación se había incluido meramente para que la tripulación no se aburriera en el viaje.

Flotando, vestido con el mono interior del traje de vacío, comenzó a acariciar las superficies plásticas, impolutas, y recordó involuntariamente la nevera. Parecía que había pasado una eternidad desde aquella tarde de verano en su cabaña de los Andes.

Fidel apartó aquellos recuerdos y regresó al aséptico módulo científico de la *Ares*. No era buena idea empezar a pensar ahora en eso, porque corría el peligro de echarse atrás y eso era algo que, desde luego, no deseaba. Pero ahora se sentía, por primera vez, realmente lejos de su familia. Estaba en otro mundo. El mundo metálico, estrecho e ingrátido de la *Ares*.

Y la *Ares* le llevaría aún más lejos, a 130 millones de kilómetros de aquella cocina inundada de sol.

Luca no entendía a qué tantos nervios.

Para empezar, él nunca había dudado que ellos serían los elegidos para ir a Marte. Lo había sabido desde el día que había echado la solicitud en la NASA-ESA, desde el mismo momento en que había pulsado el botón de enviar en su correo electrónico. Normalmente si se marcaba un objetivo solía cumplirlo. Era sencillo, solo tenía que trazar un plan, optimizarlo y luego dejarse llevar y tratar los imprevistos de la mejor forma posible. No le costaba mucho. Solo las circunstancias no controlables, Murphy, podía ponerle pegos y si se minimizaban sus oportunidades de fastidiar, todo solía ir bien.

Miró a su alrededor. A su izquierda, en la *Belos*, se encontraba Jenny. A la derecha su panel de ingeniería. Delante los tres pilotos se afanaban con las comprobaciones y últimos chequeos. Sonrió como un gato satisfecho. Los cuatro ordenadores marchaban al unísono, todos los sistemas estaban en verde.

Indolentemente, pulsó una secuencia de comandos. En el monitor de plasma de su panel apareció un esquema de la órbita de inyección transmarciana.

Cinco días antes, mientras los demás celebraban el haber sido elegidos como el equipo que iría a Marte, había repasado todos los cálculos del JPL para aquella órbita. Era inconcebible que hubiera un fallo en aquellos limpios cálculos orbitales, no obstante Luca iba dentro de aquella lata de guisantes y ellos no. La diferencia de punto de vista hacía que comprobar los parámetros no fuese una tontería. No había encontrado fallos. Insertarían en el perigeo de la órbita Hohman transmarciana en... cinco minutos. Comprobó el nivel de los tanques de combustible criogénico, las turbobombas parecían estar operativas. El sistema de calefacción de conductos también. El inyector y la bujía de quemado estaban ya cargados.

No le gustaban aquellos cohetes químicos. Él hubiera preferido un motor nuclear tipo Nerva, o mejor aún uno tipo Vasimir, o aún el sistema de restos de fusión de rubia, cualquier cosa menos los lentos cohetes químicos. Pero, como sucede con los proyectos y organismos tan grandes, prevaleció una prudencia exagerada unida a la moratoria para emplear combustible nuclear en el espacio. Idiotas. En un mes con una trayectoria directa, empujados por un par de megavatios nucleares, hubieran podido estar en Marte. Viajar arrastrándose, nueve meses de lenta agonía, rotando como peonzas en aquellas latas importadas de la estación espacial, le desesperaba.

—Tres minutos para ignición. —Anunció Vishniac.

Lo cierto es que ya poco tenían que hacer. El encendido, la modulación del empuje, la corrección de actitud, todo quedaba en manos de los ordenadores. Solo podían comprobar que todo iba correctamente, y si no era así, rezar porque el fallo se produjese dentro del abanico de trayectorias de seguridad, aquellas que les llevarían

de vuelta a la Tierra.

En la pantalla brillaba la órbita transmarciana de mínima energía, una mitad de circunferencia cuyo centro era el Sol. Tendrían que acceder a una variación de velocidad de 4 Km/s en el perihelio de esa órbita al Sol para inyectarse en la trayectoria que interceptaría a Marte en el afelio, dentro de 257 días. El resto del viaje sería cuestión del señor Kepler y Newton y esos nunca fallaban. Luca se relajó.

—Dos minutos para ignición.

Todos podían ver el reloj en el cuadro de mandos, no hacía falta que Vishniac dijera nada. Viejos hábitos de piloto. Respiró fuerte, durante el viaje habría más de aquello. Nueve meses de ida, un mes de disfrute en Marte, y otros nueve meses de vuelta. Eran dieciocho meses de soportar posibles tormentas solares, la lluvia de radiación cósmica, el desgaste de huesos y músculos, y de convivencia difícil, para un mes de visita al planeta rojo. Bueno, se suponía que con ejercicio y con los nuevos tratamientos ucranianos la pérdida de calcio y glóbulos rojos quedaba reducida a un escaso 4%. Se tocó disimuladamente el bíceps. Le iban a arruinar el tono de aquel cuerpo que tanto apreciaba.

En cuanto a la convivencia... los demás siempre le habían parecido máquinas muy simples, sería cuestión de darles lo que pedían y así no le molestarían demasiado.

Volvió a mirar la pantalla.

Tenía grabada en la cabeza la secuencia de despegue. De un vistazo comprobó que los parámetros a controlar estaban todos bien. Se había iniciado el circuito de alimentación de las turbobombas. Iban a quemar muchas toneladas de oxígeno e hidrógeno y el circuito ya funcionaba en bucle, para calentarse. A la orden del ordenador se abriría una válvula, los flujos de oxígeno e hidrógeno líquido se mezclarían, se expandirían, una chispa los haría reaccionar y un torrente de fuego saldría por la tobera sometiéndolos a casi 2 g de aceleración.

Tenían puestas las escafandras. En todas las maniobras de riesgo como aquellas se calaban el casco y el traje ligero por si alguna fuga de presión les dejaba sin aire. Se volvió con dificultad y le dio un suave codazo a Jenny a su derecha. La doctora tenía los ojos pegados al reloj. Se volvió y le miró intrigada. Luca le sonrió.

Ella hizo un amistoso ademán de pegarle y luego también le sonrió. Había armonía entre ellos, los psicólogos parecían haber trabajado bien en seleccionarlos y cohesionarlos.

—Un minuto para ignición.

Susana, Vishniac y Lowell permanecían ocupados, atentos a cualquier mal funcionamiento de los sistemas para pasar a manual la función que fuese necesario. Los ordenadores de a bordo prácticamente no necesitaban ayuda, pero el soporte humano seguía siendo considerado indispensable. Era algo que Luca nunca había entendido muy bien. Si un sistema cuádruple redundante como el de aquella nave no podía hacerse cargo de ella, nada sería capaz. La secuencia, el momento y la posición

en que el empuje de los motores tenía que ser modulado era algo muy delicado, tenía que hacerse adecuadamente para insertarse en la trayectoria elegida. Si fallaban podían errar Marte por mucho. Había métodos para hacerlo manualmente, los habían probado en el simulador hasta que tenían un porcentaje de éxitos aceptable, pero todos sabían que sin el ordenador era muy difícil conseguirlo.

Luca comprobó una vez más que todo estaba bien y levantó la vista de su panel de ingeniería. Aunque había cosas que no le gustaban de su diseño, tenía que reconocer que aquella masa de intrincados componentes era toda una belleza. Escuchó atentamente: las tripas de la *Ares* se revolvían, le llegaban variados zumbidos y chasquidos de la estructura dilatándose y contrayéndose al recibir el calor del Sol por una cara si y la otra no.

Luca vio a la *Ares* como una bestia acumulando tensión para un brutal salto. Esos chasquidos eran sus músculos tensos, dispuestos a soltar toda la energía acumulada.

—Quince, catorce, trece...

La cuenta atrás, dada por la voz computerizada del ordenador era neutra, no inducía a la preocupación, solo informaba.

—Diez, nueve, ocho, siete...

Luca volvió a sumergirse en la intrincada información de ingeniería.

Todo iba bien, la secuencia de acciones que iban a desembocar en la ignición se estaba desarrollando perfectamente. Luca mantenía un ojo siempre puesto en el sistema de referencia inercial. Para poder orientar y efectuar el disparo en la dirección correcta, el computador de la nave tenía que tener información concreta y actualizada de su posición y orientación milésima de segundo a milésima de segundo. El sistema, en las cercanías de la Tierra, tomaba su referencia del sistema de posicionamiento global GPSII, y mantenía su referencia por un sistema de triples inerciales láseres. Luego, lejos de la Tierra, tendría que orientarse por un sistema automático que identificaba estrellas y deducía posiciones y actitudes a través de ellas.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno, ignición.

Hubo un rugido apagado, lejano. Las turbobombas gimiendo transmitieron su vibración a toda la nave. Luego, tras el inicio del quemado, la nave entera comenzó a absorber aceleración. Los anclajes de los asientos, las cuadernas del fuselaje, todo crujió. El metal y el plástico, que hasta ese momento solo soportaban la presión interior de una atmósfera, comenzaron a acusar la componente de aceleración. Hubo quejidos, chasquidos, vibraciones que aumentaron de frecuencia.

Para ellos el golpe fue más brusco de lo esperado. No eran las 4 g verticales del transbordador, pero la aceleración de un par de g's partiendo de la anterior ausencia de peso, fue como si una mano enorme los aplastase contra los asientos.

Luca miró el panel. Todo verde, las secuencias de encendido habían sido correctas, y los cuatro motores J-3 funcionaban al 90% de potencia total con leves oscilaciones de ajuste. Todo el crítico sistema de posicionamiento parecía ir como la seda. Los cuatro ordenadores calculaban constantemente las correcciones de rumbo a

los motores de control de altitud y estabilizado. Las ordenes parecían coincidir siempre en las tres unidades de cálculo y se aplicaban con corrección. En la pantalla de la trayectoria largas ristas de cifras y una representación de la órbita real y la teórica que coincidían casi punto por punto. Luca sonrió.

—Informe ingeniería.

—Trayectoria correcta. Doscientos segundos para apagado de motores.

Iban hacia Marte, otra etapa más parecía cumplirse.

Un asiento detrás, Herbert también había visto la órbita y sabía lo suficiente de mecánica celeste para comprender que todo iba correctamente. La espalda le dolía ligeramente, sabía que la aceleración no duraría mucho y que había superado los exámenes médicos, que había sido su mayor miedo en la selección. Estaba allí arriba, rumbo al planeta rojo. No podía dejar de ver las máquinas a su alrededor, todo el inmenso esfuerzo técnico y económico que había logrado construir y poner en marcha aquella nave. Pero para él el viaje era algo más, no solo la técnica. El viaje eran ellos, siete personas y aquel vacío aterrador que mordía con hielo y fuego en el exterior. Tenía ganas de saltar, de recorrer a brazadas el espacio que les separaba de Marte. En seguida le volvió la conciencia de que aún quedaban muchos días y se relajó.

No solo es llegar —se dijo— sino cómo llegar. Siempre había sido así, el camino era lo importante, la cima un regalo que se obtenía de recorrer la senda correcta, pero que no era importante en sí.

Los días pasados en la estación espacial Alfa habían estado llenos de tensión. Hasta última hora no habían sabido que su equipo había sido elegido para la misión. En tierra las cadenas de noticias, los periódicos habían enloquecido con la elección. Herbert había pensado a menudo si aquella incógnita no había sido hábilmente diseñada por algún departamento de publicidad de la NASA-ESA. Por lo visto no estaban dispuestos a repetir la pérdida de audiencia que tuvo el programa *Apollo* después de llegar a la Luna. Y quizás era lo mejor.

Otro factor de tensión durante todo el entrenamiento habían sido los crecientes problemas entre Europa y Estados Unidos. Una época de colaboración y acuerdos, en contra principalmente del conglomerado asiático, parecía flojear. Pero la ortodoxia del neocomunismo parecía haber remitido y había muchos ojos y muchos bolsillos puestos en lo que iba a suceder.

Y la NASA-ESA y su inmenso presupuesto se resentía a la mínima duda de los políticos y economistas.

Pero ya no les afectaba, estaban en ruta, el programa prosperaba.

—Veinte segundos para ingravidez.

Le gustaba la voz de la computadora. Era un poco neutra, pero incapaz de esconder cierta calidez. Herbert rio. A nadie se le había ocurrido ponerle nombre. Con esa voz era evidentemente chica, además, ponerle HAL hubiera sido tentar al destino.

Además, había cuatro unidades de proceso a bordo. CU-1, CU-2, CU-3 y CU-4, exactamente iguales y con capacidad cada una de ocuparse de la gestión de todo el módulo. Herbert se esforzó en pensar en cuatro personajes famosos que podría usar para ponerle nombre a las computadoras. Cuando lo encontró la sonrisa se le heló en el rostro.

—Diez segundos para ingravidez.

Se apartó de la idea como si hubiese tocado algo repulsivo, pero la imagen de cuatro jinetes terribles cabalgando en un crepúsculo polvoriento aún lo tenía capturado. La voz ya no le pareció tan agradable.

Hambre: si había algún fallo en las trayectorias, o un retraso, o una avería, tendrían que hacer un vuelo más largo y eso significaba economizar raciones.

Enfermedad: durante todo el viaje acumularían una dosis de radiación que les llevaría a un 1% de contraer un cáncer.

Guerra: un habitáculo reducido y muchos meses de convivencia. Confiaba en los psicólogos pero siempre podría pasar algo malo.

—Ingravidez en cinco, cuatro, tres, dos, uno.

El silencio se hizo muy denso. Todas las tripas de la nave habían dejado de rugir. No había aire afuera contra el que la nave rozase. Todo parecía en calma.

Muerte: el último jinete.

La potente voz de Vishniac en los cascos hizo que Herbert pudiese seguir respirando.

—¿Ingeniería?

—En chequeo *post-ignición*. Todos los sistemas funcionando. Órbita correcta en un 99.548%.

—Bueno, pues parece que podemos abrir ya el champaña... Estamos camino de Marte.

Las dosis de champaña estaban cuidadosamente diseñadas, como todo en la misión. Envasado a la presión que se hacía en la tierra hubiera producido un chorro de dos metros, sin embargo el envase plástico se adaptaba perfectamente a las condiciones de la *Ares* y la espuma se derramaba de una forma más o menos controlada.

—Venga, reparte Luca.

—Voy, cantidades exactamente iguales para todos.

El habitáculo 2, la zona de laboratorios, tenía una gran área despejada entre los equipos. Habían decidido tácitamente que aquel sería un espacio común que usar en reuniones como aquella, el cumpleaños de Fidel.

Los miembros de la tripulación del *Ares* se repartían en el suelo o en las sillas delante de las consolas de los experimentos.

—¿Cuántos, Fidel?

—Humm, muchos más que tú Jenny. No quieras saberlos.

—Vamos, lo puedo mirar en tu ficha médica.

Fidel, sentado en el suelo hizo ademán de darle un capón a Jenny. Enfrente suyo Susana comía su ración de tarta deshidratada y le dio por reír y atragantarse.

—Vamos Fidel, en esa postura de padre recriminador estas muy aparente.

—No tienes más edad que yo, Fidel.

—¿No André? ¿Paleozoico superior o inferior?

Todos rieron de buena gana. Cuando se acallaron las risas, Lowell compuso un gesto adusto, elevó su vaso de champaña y entonó un brindis.

—Por la reina.

Luca sonrió y dijo:

—Pero Lowell... ¡Que hace diez años que ya no tenéis monarquía...!

—Una tradición es una tradición.

Y mientras lo decía, muy serio, todos vieron en sus gestos que bromeaba, pero solo en parte.

Susana tomó la palabra:

—Y yo brindo por nuestros dos científicos, Fidel y Herbert. Ellos son la carga útil de esta nave, y tenemos que cuidarlos como valioso material que son. Sus mentes serán las que trabajarán para traer de vuelta resultados... Porque si no, me parece que estamos perdiendo el tiempo.

Jenny alzó su champaña y se sumó al brindis de Susana:

—Por nuestros científicos. Que encuentren de una vez a esos puñeteros marcianos...

Los demás asintieron con sonrisas. Vishniac que ya se había tomado su ración, se

levantó con delicadeza. Al principio del viaje, ese movimiento le hubiera llevado casi hasta el techo. La gravedad inducida por el giro del habitáculo era de 1/6 de la terrestre, la misma de la Luna.

—Bueno, tengo que hacer mi turno de comprobaciones en cabina. Felicidades Fidel.

—Gracias.

—Susana, ocúpate de revisar el estado del combustible en el módulo.

—Lo hice ayer. Tengo en el cuadrante...

—Repítelo, esta mañana tuve unas lecturas muy raras.

Luca torció el gesto de la forma burlona en que solía hacerlo y fue a decir algo, pero se reprimió al ver la cara de Susana.

Susana permaneció quieta en el suelo. Jenny le dio un beso en la mejilla a Fidel y desapareció. El resto también se fue, a ocuparse en sus tareas felicitando efusivamente a Fidel. En cuanto se quedaron solos, Fidel le habló a Susana.

—Deberías ir.

—Lo haré, pero ahora no, dentro de diez minutos cuando comienza mi turno de trabajo.

Ambos se callaron. Fidel, como un oso grande y barbado, ocupaba con su presencia casi toda la sala. Susana no le miraba directamente, tenía la vista perdida en el vacío.

—¿Por qué te molesta tanto?

Susana se volvió con violencia, pero se calmó antes de responder.

—¿Por qué lo hace? Siempre soy yo, Susana siempre es la que tiene que ponerse el traje, la que tiene que comprobar circuitos, la más ocupada y la que siempre tiene trabajo.

—Bueno, ya sabes como es André. No creo que lo haga por fastidiarte. La misión es lo más importante y quizá la persona más indicada para esas tareas seas tú.

—Ya. Y él y Lowell en cabina contándose chistes. Ya me conozco yo eso. Vengo del ejército ¿recuerdas?

—No digo que no haya algo de eso, Susana, pero date cuenta que llevamos ya 170 días de viaje. Las relaciones se erosionan con el tiempo. Abajo, durante el entrenamiento la tensión era alta, pero ni la mitad que aquí. Es lógico que tengamos roces. Más si lo vuestro no funcionó como debiera.

—Sí, eso contribuye, he herido su orgullo de hombre de acero.

Susana se rio quedamente.

—¿De que te ríes?

—Bueno... pareces tan razonable... y luego Luca te saca de tus casillas con una facilidad pasmosa.

—Ja, Luca... —Fidel había fruncido el ceño y parecía que se iba a enfurecer, pero recapacitó en medio segundo y volvió la afabilidad—. Sí, yo también soy sensible a eso. Es mucho tiempo, pero, cuanto lleguemos a Marte, las cosas serán más fáciles.

Tendremos todo un mundo que explorar.

—Y eso que el *planning* de trabajo apenas nos deja dos horas libres al día. Si no hubiesen incluido tantos experimentos y tantas comprobaciones nos habríamos matado en dos semanas.

—¿Y por qué te crees que han sobrecargado de experimentos una misión en la que el peso era crítico?

Susana volvió a sonreír, esta vez con toda la cara. Se acercó y le dio un beso en la mejilla a Fidel.

—Tienes razón. Voy a ver ese tanque del módulo. Quizá sea una avería, dependemos de ese combustible para frenar.

Susana se levantó, y con pasos largos y precisos, casi un *ballet* que había perfeccionado a lo largo de los casi cinco meses a bordo, se dirigió hasta la salida del módulo, una escotilla en lo que parecía el techo.

Por ella ascendió hasta el siguiente módulo, los habitáculos dónde dormían y descansaban las pocas horas que teman libres. Los dos módulos, unidos por los costados, giraban al extremo de una estructura de soporte. Contrapesando esa masa, había otros dos módulos de igual peso que contenían más laboratorios, el pequeño hospital y el gimnasio. Todo ese conjunto giraba a 4 r. p. m. con el fin de generar la pequeña gravedad que les resultaba indispensable para no llegar a Marte con los músculos completamente atrofiados.

Susana se deslizó, volvió a entrar por una escotilla en el techo y accedió al tubo de conexión. Le parecía subir interminablemente. Con cada peldaño, al acortar la distancia al eje de giro, se sentía más ligera. Al llegar al fin del tubo se encontró en ingravidez dentro de un habitáculo cilíndrico que giraba lentamente sobre si mismo.

En sus dos bases había compuertas. Entró en una, en dirección a la popa de la *Ares*, y accedió a otro tubo similar al anterior, pero en total ingravidez. Lo recorrió hasta llegar al módulo de potencia del *Ares*, la popa donde se alojaban los tanques criogénicos y los motores que les habían empujado a la órbita transmarciana y que les sacarían de ella al llegar.

Aquel módulo, una vez fuese usado en el frenado se abandonaría, pero hasta ese momento era algo muy valioso que había que mimar. Susana sonrió interiormente. Habían repetido tantas veces aquello de «de esto dependen nuestras vidas» que ya era una frase gastada. De casi todo lo que había a bordo de la *Ares* dependían sus vidas. Lo sabían y procuraban no pensar mucho en ello. El conducto acabó en una esclusa de vacío. En la pared colgaba un traje. Más allá de ese punto la *Ares* no estaba presurizada.

Se puso el traje con rapidez y eficacia. Solo tenía que introducirse por la parte trasera y ajustar el casco. Los trajes de vacío habían ganado mucho con el transcurso del tiempo. Los modelos nuevos no necesitaban de ayuda para ser ajustados y tampoco de engorrosos trajes interiores refrigerados y/o calefactados. En el grosor de la piel había multitud de capas capaces de trabajar eficazmente evacuando,

transfiriendo el calor, o actuando de barrera contra erosiones mecánicas, micrometeoritos, radiación y, por supuesto, evitando que la presión de aire se perdiese.

Susana se ajustó los guantes, esperó el *ok* del traje y pulsó el botón de vaciado. El aire fue absorbido de la sala y cuando se alcanzó atmósfera cero, Susana abrió la exclusiva exterior y accedió a las tripas del *Ares*.

Encendió las luces. Apenas un pasillo entre estructuras metálicas intrincadas conducía al tanque que tenía que inspeccionar, un receptáculo enorme y abombado donde se almacenaba el oxígeno líquido. Recordó la expresión de Vishniac: «aún así, revisalo». Torció el gesto. Manejándose con la agilidad de un mono entre aquella maraña de tubos y soportes, Susana se acercó a su objetivo. El tanque medía siete metros de diámetro y la empequeñecía, era un obeso gigante metálico que almacenaba en su estómago el poder del fuego. Comenzó a recorrerlo buscando algún chorro de vapor que delatara una fuga. No lo encontró. Falsa Alarma de nuevo.

En cabina recibieron la señal del traje EV-3 como un agudo pitido intermitente. En dos de los paneles de control se iluminaron señales localizadoras. El traje parecía inmóvil en el módulo de potencia, entre los tanques de oxígeno e hidrógeno.

De inmediato Vishniac tomó la radio.

—EV-3. ¿Susana? ¿Me recibes?

Lowell estaba atento a la telemetría del traje. Las señales parecían normales, no había un porcentaje inadecuado de mezcla, la reserva de aire era buena, y no había pérdidas. El corazón del usuario latía normalmente. Lowell amplió los parámetros biomédicos. La presión arterial estaba por los suelos.

—Hay algo raro, André.

—EV-3 ¿me recibes?

—Tensión arterial muy baja.

—Ya veo. Jenny, Herbert, acudid al módulo de potencia. Hay una señal de alarma en el EV-3. Es Susana.

Herbert y Jenny estaban en diferentes zonas de la nave, pero corrieron a la zona de entrada al módulo con el corazón en un puño.

—Herbert, Jenny, informad en cuanto la encontréis.

—Aún estamos llegando.

Se movieron por la estructura aún más rápido de lo que lo había hecho Susana. Seguían las indicaciones de posición en las viseras del casco. Dieron la vuelta a los grandes tanques de hidrógeno y esquivaron estructuras, bombas y anclajes. Al fin vieron al EV-3, Susana, al lado del tanque de oxígeno en el pequeño rincón que formaba este con el fuselaje. Trabajaba con una linterna moviéndola sobre la superficie metálica. No vio llegar a Herbert y Jenny, y solo los advirtió cuando los destellos de sus linternas la hicieron volver la vista. Los saludó con la mano y enseguida notaron que trasteaba en su equipo de control, en el guante, para intentar

que la radio dejase de estar muda. Les hizo un signo con la mano indicando que la radio estaba rota.

Un rato después todos volvían a estar reunidos en el laboratorio. Susana permanecía apoyada en una nevera y miraba al suelo con los brazos cruzados.

—No entiendo como ha podido pasar algo así. —Vishniac estaba visiblemente preocupado, casi enfadado.

—Espera que Luca termine de mirar el traje. —le respondió Herbert.

—Se supone que los equipos de comunicaciones están hechos a prueba de fallos.

—A mi no me saltó ninguna alarma. —La voz de Susana era fría como el hielo.

—Bueno, lo peor no es eso. Es un fallo mecánico que puede suceder —intervino Jenny—. Lo que más me preocupa es lo de tu tensión. Estaba muy baja, aún sigue estándolo.

Susana se tocó inconscientemente el brazalete que tenía a la altura del bíceps. Era de color negro y en él brillaban un par de luces verdes y una roja. Jenny miraba en su cuaderno electrónico cómo las gráficas de tensión arterial y venosa y el pulsar rítmico del corazón se cruzaban y descruzaban en una compleja danza.

—Me voy a adelantar al calendario de control.

Todos se removieron inquietos. Eso significaba un par de días de monitorización, análisis de muestras, control de placas de absorción de radiación, una molestia vamos.

—Luego habrá que comunicarlo a la Tierra.

—Si, pero no creo que nos digan nada útil, Fidel. Una fallo en una unidad de comunicaciones, algo muy normal.

En ese momento Luca asomó la cabeza por la escotilla en el techo. Haciendo una cabriola saltó y ejecutó un doble mortal. Aterrizó lentamente en el suelo y abrió los brazos como un artista de circo reclamando un aplauso. Pero el ambiente no estaba para aplausos. Luca miró a todos, y un poco decepcionado, se dirigió a Vishniac y le entregó una pieza del tamaño de una moneda.

—El chip, está frito.

—¿No se supone que los trajes llevan dos radios?

—Sí, pero ese chip no es el de la radio, es el control de potencia. Por eso tampoco saltó la alarma, el ordenador estaba *offline*. Menos mal que desactivado la batería sigue proporcionando energía al soporte vital, si no hubiera sido así... —Luca hizo un gráfico gesto con la mano cortándose ficticiamente el cuello.

—No lo entiendo —dijo Vishniac.

—Yo sí. ¿No tenías una graduación en ingeniería? —replicó Luca.

—La entropía, Murphy, las cosas son así, y es mejor aceptarlas —sentenció Lowell—. Se pueden producir fallos aún en la *Ares*, en la que está todo cuidadosamente diseñado. Quizá un átomo ultraenergético, un rayo *gamma* ha tenido la mala suerte de impactar contra el chip, quizá un transistor fluctuó y se fundió e inició una cadena de fallos catastróficos.

—Así es —admitió Luca—. Pero para saberlo con certeza habría que meter ese chip en un laboratorio mejor de los que tenemos aquí.

Susana se acercó y tomó el chip de manos de Vishniac. Lo miró de cerca, como preguntándose algo. Luego se lo devolvió y se fue hacia la escala que conducía a la escotilla.

—Tengo muchas cosas que hacer. Supongo que este asunto está resuelto ¿no?

Cuando ya Susana había desaparecido, Vishniac dijo en voz baja:

—Sí, parece que sí. Bueno, cada uno a lo suyo entonces. Jenny quédate un momento por favor.

Cuando todos hubieron salido, Vishniac miró a Jenny en silencio. Durante un momento Jenny creyó ver dudas en aquella mirada impenetrable. Luego la impresión pasó.

—Jenny ¿qué puede ser esa caída de tensión?

—Oh, puede no ser importante. Un desarreglo hormonal por la menstruación, un ciclo metabólico un poco bajo, el efecto de la ingravidez y de la masa circulatoria. Tengo que verlo más despacio.

—Pero también puede ser...

—¿Cáncer? No lo creo. Podría ser síntoma de un cáncer linfático, sí, pero no lo creo.

—¿Qué dosis de radiación llevamos absorbida?

—Aproximadamente la misma que si hubieses vivido diez años al lado de una masa granítica. No es preocupante aún.

—Jenny, hay algo que me preocupa. El protocolo para una enfermedad grave.

—Todos lo conocemos André, todos.

—Ya, pero una cosa es saberlo y otra el efecto que tendrá en nosotros si tenemos que aplicarlo.

—Eso es cierto, pero todos aceptamos un riesgo al subir. Estamos en manos de Dios. Él no nos dejará morir. Y si lo quiere, será porque encaja en sus planes. No hay que preocuparse de eso. No creo que la idea de la muerte propia, y la de otros, no haya sido considerada por cada uno de nosotros.

—Sí, tienes razón. Además de qué vale preocuparse por los problemas antes de que lleguen.

—Sí. Ya te informaré de los resultados.

Jenny partió hacia la unidad médica, un pequeño espacio en el módulo opuesto al de reunión que ocupaban. Se conocía el trayecto de tal modo que podía hacerlo hasta con los ojos cerrados. Recorrió los dos tubos, uno hasta el eje subiendo, y otro hasta el laboratorio, bajando, y solo cuando se sentó enfrente de la computadora médica, se dio cuenta de que había llegado y estaba sola. Lentamente elevó la mano hasta la altura de los ojos. El pulso le temblaba ligeramente.

«André tiene razón —pensó— una cosa es saber algo y otra aceptarlo». Y ella no

lo aceptaba. Había mentido, pero la presión enorme que sentía solo con pensar en contradecirse de aquel modo. No había sido consecuente, tenía que haber declarado sus creencias, pero no lo hizo, el viaje era muy importante, lo era todo.

Sin saber por qué recordó a su padre. Había muerto dos años atrás, en un accidente aéreo en El Salvador. Le hubiera gustado que supiese de aquel viaje, aquella aventura en que su hija, callada y tímida, había conseguido enrolarse. Lo echaba de menos, siempre lo haría, pensó. De algún modo había algo más, algo relacionado con su padre que aún le dolía. Sabía que aquello la había impedido mantener una relación el suficiente tiempo como para que hubiese alguien en la Tierra, fuera de los amigos, que la esperase al regreso. Aquello dolía y lo apartó con prisa de su mente. Tenía mucho trabajo, un largo viaje por delante. Ya habría tiempo de solucionar aquello más adelante.

Lentamente, casi con renuencia, comenzó a preparar el equipo para un exhaustivo control de la salud de toda la tripulación incluida ella misma.

La *Ares* tenía varios telescopios ópticos de pequeño tamaño. A pesar de su falta de diámetro, la imagen de Marte que proporcionaban ya mejoraba la del *Hubble II*. El planeta era un círculo rojo, a veces empañado de cierta neblina, pero en el que se distinguían grandes accidentes sobre todo la gran cicatriz del Valle Marineris cruzando el hemisferio sur. A pesar de la cercanía, y de que en cuanto tenían un rato libre todos se afanaban en curiosear con los telescopios y las imágenes digitales que producían, solo comenzaron a ser conscientes de que el largo viaje estaba terminando cuando la computadora comenzó la cuenta atrás para la inyección en la órbita marciana.

—Veinte horas, tres minutos, diez segundos para ignición.

Se inició en ese momento un periodo de mucho trabajo para la tripulación de la *Ares*, sobre todo para Luca. Control de misión tenía perfectamente planificadas todas las tareas que se necesitaba hacer sobre la nave antes de iniciar el frenado. Control de misión —refunfuño Luca—, ellos no estaban allí y él sí. Por eso había rehecho las secuencias de una forma más eficiente. Claro que el ordenador no parecía estar de acuerdo y tuvo que convencerlo. Le costó un poco más de trabajo, pero el resultado compensaba, le dejaba más tranquilo.

Antes de iniciar la secuencia de anclaje de los habitáculos rotatorios Luca se paseó por ellos. En cuanto detuviese la rotación lo que no estuviese sujeto comenzaría a flotar descontrolado. En cuanto los motores comenzasen a decelerar, sería aún peor ya que todos los objetos flotantes se convertirían en proyectiles que podría provocar muchos destrozos. Recorrió el laboratorio, los habitáculos personales, descendió por el conducto de comunicación y revisó los otros dos módulos. Luego volvió a la cámara, en el eje de rotación donde confluían los conductos de acceso a los dos módulos rotatorios, a la popa, y a la *Befos*. Allí es donde estaban los controles para el plegado y anclaje. Destapó una chapa de la pared e hizo descender un panel. Estuvo un rato estudiando los parámetros de rotación y luego ordenó la secuencia de parada. Pequeños cohetes de hidracina se encendieron oponiéndose al giro y poco a poco los largos brazos metálicos se detuvieron. Luca controlaba su posición por los sensores y por las cámaras exteriores. No era una operación crítica, pero no se fiaba. Una desestabilización demasiado severa podría partir las estructuras de los brazos de soporte. No eran estructuras muy fuertes, no hacía falta en la ingravidez del espacio. Ese era el motivo por el que tenían que plegarlos, no soportarían las dos ges de deceleración en el frenado. En cuanto los brazos se detuvieron, Luca comprobó si estaban alineados con los puntos de anclaje. No era así. Activó los controles hasta que los habitáculos giraron diez grados más. En cuanto estuvieron alineados desactivó los bloqueos y lanzó la secuencia de plegado.

Mientras los motores eléctricos en los codos de las articulaciones comenzaban a doblar la estructura, Luca pensó en los últimos 256 días. No había habido ningún problema mecánico. Los partes a Houston habían sido siempre limpios. Quitando el EV-3, un par de roturas en juntas, un motor averiado y algún problema eléctrico todo lo demás había ido como la seda. Sonrió para sí. Las máquinas, si están bien hechas, son seguras y fiables. No se podía decir lo mismo de la tripulación. Había pasado aquellos meses ocupado en las tareas de mantenimiento o estudiando los sistemas de la *Belos* o repasando los perfiles de las misiones en superficie. Se había trazado una rutina y no alejarse de ella le había sido sencillo. Otros no lo había tenido tan fácil. Era su problema. A veces los seres humanos eran patéticos, no sabían seguir una estrategia clara y se dejaban arrastrar a inútiles tormentas emocionales. Como Susana y sus problemas con Vishniac y Lowell, o Fidel echando de menos sus hábitos de tranquilo profesor universitario, o Jenny. Bueno, quizá Jenny no, se dijo, ella sería una monja aburrida tanto en el espacio como en la Tierra.

El plegado continuó correctamente hasta acercar los cuatro módulos al eje de giro, una estructura mucho más fuerte que los brazos. Activó los anclajes y comprobó que las bisagras giraban sobre las orejetas y sujetaban firmemente los habitáculos a la estructura de la nave. Comprobó que todos los anclajes estaban seguros y dio por finalizada la operación.

—A otra cosa mariposa.

En la cabina de la *Belos* Vishniac, Susana, y Lowell estudiaban sus pantallas.

—Tiempo para ignición, dieciocho horas, quince minutos, veintidós segundos.

—Apaga ese aviso, Susana por favor, me pone nervioso.

—Ok.

—¿Habéis visto el último parte de Houston?

—Sí, dicen que los paralelajes radiométricos que nos hacen nos dan justo en el curso. No hay que hacer correcciones.

—Mejor. Se sabe cuando se empieza a corregir pero nunca cuando se acaba. ¿Baglioni ha terminado?

—Sí comandante.

Lowell siempre le hablaba así a Vishniac en cabina. Susana también compartía una educación militar con los otros dos pilotos, pero había desterrado el tratamiento formal en aras de la convivencia. No sabía si se había equivocado.

—Todo parece correcto y tenemos el *ok* de control de configuración. A no ser que haya manipulado el ordenador, que todo podría ser, ha seguido el protocolo.

Los tres sonrieron. Al fin Lowell rompió el silencio con una pregunta.

—¿Baglioni siempre habrá sido así? Me lo imagino recién nacido mientras el médico se acerca con las tijeras para cortarle el cordón, «trae aquí, hombre, que se me ha ocurrido una forma mucho mejor».

Los tres rieron con ganas. El primero que se recuperó de la hilaridad fue el comandante. Tecleó en su pantalla y observó la lista de tareas que el monitor le

mostraba.

—Tenemos aún que transferir combustible, los tanques no están a los niveles óptimos para la ignición.

—Se supone que dentro de dos minutos el ordenador iniciará el trasvase. Mira el *planning*.

—Sí, ya veo. En los viejos tiempos no era todo tan automático.

—Bueno, los hermanos Wright pensaban que el control automático añadiría peso supérfluo, por eso prescindieron de un sistema cuádruple redundante.

Vishniac se volvió ligeramente. Lowell se sentaba justo detrás. A veces Susana pensaba que las bromas continuas de Lowell le fastidiaban sobre todo cuando se referían a su edad. Probablemente fuese cierto. Sonrió un poco forzosamente y continuó con las comprobaciones.

Susana, mientras Vishniac seguía con la lista, posó las manos en la palanca de control. Seguramente el piloto automático haría todo el trabajo del descenso. Se sorprendió tomando la palabra.

—¿No os apetecería hacer la reentrada en manual?

Vishniac levantó la vista de la pantalla y luego, antes de responder, volvió a mirarla y a pulsar con el dedo sobre ella para acceder a un submenú.

—Ya lo has probado en el simulador. Las probabilidades de éxito descienden mucho.

—Sí, eso es cierto, pero...

—Ya tendrás tiempo de pilotar cuando volvamos a la tierra. Recuérdame que te deje volar mi mustang.

—¿Tienes un mustang?

—Sí, se lo compré a otro astronauta hace ya mucho, y me cuesta un dineral en mantenimiento.

—¿Y aún te dejan volarlo?

—Claro, pasa perfectamente todas las revisiones.

—Eso es volar.

—Bueno, esto tampoco está mal del todo ¿no?

Lowell y Susana lo miraron, luego contemplaron un momento las cuatro pantallas, y los teclados y cursores. No dijeron nada.

—Diez horas, treinta y dos minutos, cinco segundos para ignición.

—Gracias.

Fidel siempre le daba las gracias a la voz de la computadora cuando le informaba de algo, a pesar de que Susana se reía mucho cuando le escuchaba hacerlo. Había vuelto al habitáculo una vez que Luca había detenido la rotación. Tenía que revisar algunas cosas antes del descenso. Todos los protocolos de investigación estaban completamente desarrollados, pero necesitaba repasar algunas cosas y atender a un montón de notificaciones y correos electrónicos de control misión en la Tierra. El grupo de exobiólogos en el JPL, no paraban de elucubrar y proponer nuevos

experimentos que el comité debía aprobar. Él era la parte principal del comité, aunque solo fuera porque los experimentos tendría que hacerlos con sus propias manos. Recordó, entonces, que no había mejor manera de limitar las ansias experimentadoras de algún alumno, que obligarle a que hiciese él mismo el trabajo. Ahora le pasaba lo mismo. En la Tierra, durante todo el proceso de selección e incluso antes, había escrito una larga lista de pruebas que hacer en Marte. Estaba decidido a que aquella vez no se le iban a escapar las posibles bacterias marcianas, o los fósiles, o incluso los restos congelados en el permafrost, si es que lo había. Aquella lista inicial había sido revisada múltiples veces por el comité del JPL y por él mismo. Cuanto más cerca se encontraban de Marte, más excesiva le parecía. No iba a tener ni un minuto de respiro. Quizás fuese mejor así. Comenzaba a parecerle mucho tiempo y, sobre todo, mucha distancia de su familia.

En realidad la incógnita sobre la vida en Marte era aún mayor de lo que se creía. Las diversas sondas no habían sido capaces de dilucidar esa cuestión principalísima. Incluso había voces que decían que hasta la misión *Viking* había procedido de una forma no adecuada, que la vida en Marte podría ser tan extraña y residual que hubiese escapado a nuestra capacidad de detección. Desde luego el fallo del experimento biológico había sido total. El espectrómetro a bordo del *Viking* había detectado de todo, hasta trazas de los desinfectantes empleados en su esterilización, pero ni un rastro de materia orgánica.

Esta vez no se les iba a escapar. Iba a desmenuzar roca a roca el planeta si era necesario para dejar claro qué sucedió o qué sucedía en Marte. Estaba harto de buscar estructuras hexagonales en microtomos de meteorito. Si los microorganismos marcianos existían, solo era cuestión de mirar un poco atentamente, deberían estar ahí.

—Cinco horas, cincuenta minutos, dieciséis segundos para ignición.

Marte había aumentado de tamaño. Ya era del tamaño de la luna en el cielo terrestre. Herbert había cerrado su ordenador y miraba por la escotilla, hipnotizado por la visión de aquel planeta al que tanto había costado llegar. Apenas podía creérselo. Desde la Tierra Marte era apenas una mota rojiza en el cielo. Estaban allí, no cabía duda. Tenía la cabeza llena de datos, sinclinales, fallas, líneas de ruptura, pluvioogénesis, fenómenos erosivos, movimientos sísmicos y cráteres, pero todo eso no era Marte. Agradecía tenerlo a la vista, había pasado demasiado tiempo entre datos técnicos, diseñando estrategias de investigación, y había perdido la imagen mental que lo había llevado hasta allí. Ahora el vacío del exterior adquiría su sentido con aquella esfera roja colgada de él. Iba a ser un mes en su superficie, un mes fascinante. Algo muy dentro le decía que tendría que aprovechar el tiempo que viviese sobre Marte. Iba a ser muy preciado.

Pasó a su lado, rebotando de pared en pared, Luca. Se detuvo un momento y miró cómicamente por la ventana, luego le guiñó un ojo y continuó avanzando a saltos. Herbert no pudo por menos que reírse, aquel Luca era mucho. No podía entenderle,

su mente funcionaba a otro nivel totalmente diferente, pero era coherente consigo mismo, no había conflictos y eso se notaba en su facilidad. Era, con mucho, el más inteligente de todos ellos. Y, a pesar de eso, también el que menos mal lo había pasado en la larga travesía.

Decidió no preocuparse más de aquello. Había habido momentos malos, discusiones, enfados, pero todo estaba superado. En Marte no habría tiempo para nada que no fuese la emoción de estar allí. Herbert notó la impaciencia crecer dentro de él. Se calmó respirando fuerte.

—Hola Herbert.

—Eh... hola Jenny.

—En fin, me es desagradable esta tarea... —La sonrisa que exhibía indicaba lo contrario— pero no te has tomado las pastillas de yodo en la última semana.

—¡Anda...! se me acabaron y no te pedí más.

—Me fastidia hacer de mamá pero...

Jenny exhibía una pistola de inyección cutánea y una carga.

—¿De verdad es necesario?

—Sí. Necesitas una dosis preventiva.

Herbert se descubrió el brazo, y Jenny aplicó la pistola en el hueco del codo y comenzó a moverla lentamente. La pistola tenía una luz roja que parpadeaba.

—Esto te gusta, a todos los médicos os gusta. Estoy convencido.

—Shhh, no te muevas, que los ultrasonidos no te localizan la vena.

La luz de la pistola cambió al verde. Jenny pulso el disparador y la carga desapareció en el interior del brazo de Herbert.

—Auch.

—Quejica, ¿no decías que has estado en ceremonias de iniciación que incluyen el dolor como vía para llegar al conocimiento?

—Eh... pues sí, pero este dolor no conduce a ningún conocimiento.

—Solo al de saber que seguirás vivo.

Por un momento los dos callaron. Jenny no parecía con ganas de irse, y Herbert tampoco se decidía a decir nada. Al fin los dos fueron a hablar al tiempo.

—¿Has vis... que ah...?

—Tú primero.

—No tú.

—Vale, quería decirte, Herb, que, no sé, tú no crees en Dios ¿no?

—No.

—Entonces ¿por que participas en las ceremonias religiosas de esos pueblos?

Herbert se separó un momento, flotando en el vacío, miró al techo y luego volvió a mirar a Jenny.

—Bueno... nunca lo he tenido claro del todo. Solo sé que aquello, cuando estoy, está vivo, es importante. Tú eres católica ¿no?

—Sí.

—Yo he estado en San Pedro. No me gusta la idea de la Iglesia, perdona que te lo diga con tanta sinceridad, pero en San Pedro, aquella enormidad, el incienso, el latín, los órganos, la luz de las velas y los bronce y mármoles, aquello, mientras estas allí, es auténtico. Fuera de teologías, de todo, el rato que las liturgias duran, son intensos. Es lo que creo que busco, caminos, no objetivos. El objetivo... bueno... el único que claro que he tenido ha sido ese.

Herbert señaló por la escotilla, hacia Marte.

—No lo entiendo muy bien, para mi es justo lo contrario. No creo en las liturgias pero sí en las ideas. Por eso no comprendo que puedas conectar con varias religiones.

—Una pregunta indiscreta ¿rezarás cuando la deceleración y el amortizaje?

Jenny sonrió y sus ojos se iluminaron al mirar a Herbert.

—¿Tú que crees?

En ese momento la voz de la computadora interrumpió la réplica de Herbert.

—Una hora para ignición. Toda la tripulación a cabina. Una hora para la ignición. Toda la tripulación a cabina.

—Hala... un pis y al traje.

En menos de media hora estaban todos embutidos en sus escafandras de descenso, de color naranja, sentados en sus posiciones de la *Belos*.

—Iniciado el posicionamiento. En tres, dos ahora.

Todos notaron el giro. Toda la *Ares* giraba para colocar los motores en la trayectoria que llevaban. Cuando llegasen a las cercanías de Marte, justo en el afelio de la órbita solar que trazaban, solo tendrían que frenar para dejarse caer en una órbita baja de Marte o LMO. Era como un *ballet* cósmico, dejarse resbalar y ser recogidos por otro bailarín. Solo que si algo iba mal, en vez de ser recogidos, se estrellarían contra él.

Notaron las correcciones, los golpes de los motores de maniobra hasta ajustar toda la nave y estabilizarla. Al fin las oscilaciones fueron muriendo y todo pareció volver a estar en calma.

—Treinta minutos, dos segundos, para inyección.

—¿Todo anclado Luca?

—Todo.

—¿Los sistemas?

—En verde, por completo. Ya me he ocupado yo de eso, jefe.

—Bueno, chicos —la voz de Vishniac a través de los cascos del traje era aún más intimidatoria que en directo— se inicia la secuencia final. Allá vamos Marte.

En esa media hora Luca no perdió ojo de los parámetros de posición. En Marte era mucho más difícil la localización espacial. Usaban de referencia a Phobos y algunas estrellas. El sistema funcionaría, también Control-Tierra mantenía un ojo sobre ellos, pero había algunos decimales menos de precisión que en el localizado espacio circunterrestre y eso le bastaba para sentirse algo más incómodo.

Revisó una vez más los niveles de combustible. Había más que suficiente para el

frenado. Luca recordó que una de las propuestas había sido un frenado aerodinámico, raspar y rebotar a Mach 25 contra la tenue atmósfera de Marte hasta disipar la energía de bala enloquecida que llevaban. Se alegraba que hubiese prevalecido la prudencia.

—Tres, dos, ignición.

En una de las pantallas de la cabina apareció una ventana. En ella un locutor con aspecto de maniquí de plástico hablaba a la cámara sin dejar de sonreír.

—Desde que los *Vikings* se posaran con éxito en el planeta rojo, las misiones de exploración de Marte han cosechado un fracaso tras otro...

—Un poco exagerado ¿no?

Vishniac contempla la pantalla en su habitáculo rodeado por el resto de la tripulación. De nuevo había microgravedad y se repartían alrededor de la silla de Vishniac. Aquellas eran las preguntas que le hacían en el programa de más audiencia en la Tierra. La entrevista no podía ser en directo debido al retraso en las respuestas desde Marte, más de cinco minutos.

—Luca...

—¿Y que se supone que tienes que hacer?

—¿Responderle? Si es idiota, no tiene ni idea de lo que está hablando.

—Bueno, tenemos que llevarnos bien con la prensa, ya lo sabes.

—Sí, lo sé.

El locutor siguió hablando. Esta vez mirando de reojo a una ventana virtual en la que se contemplaba una imagen exterior de la *Ares* en las cercanías de Marte.

—El promedio de desastres en las misiones a Marte es realmente malo ¿no sienten un poco de temor...?

Vishniac pulsó en la pantalla para congelar la imagen. El locutor se quedó a medio camino de una expresión y otra.

—Así queda más natural.

Todos rieron. Vishniac se aclaró la garganta y se recolocó el traje. Luego pidió silencio con la mano y pulsó el botón de grabación.

—Este es nuestro trabajo y nos han preparado para realizarlo. No podemos tener en cuenta otros factores. Hace más de medio siglo que el hombre llegó a la Luna. El siguiente escalón tenía que ser Marte, pero se ha demorado más de lo previsto.

—¿Por qué ir a Marte? ¿Qué esperan encontrar allí?

De nuevo Vishniac detuvo la grabación. Se lo pensó un poco mientras hacia oscilar de adelante a atrás la silla dónde se sentaba. Luego pulsó el botón de grabación con la velocidad de una serpiente.

—No hay una respuesta sencilla para esa pregunta. ¿Por qué explora el hombre...? Para aprender y saber más, para demostrarnos a nosotros mismos que somos capaces de alcanzar objetivos que antes nos parecían inalcanzables. El ser humano es curioso y explorador por naturaleza. Conocer su mundo y ampliar fronteras es consustancial a nuestra naturaleza.

—¿Qué opinan acerca de las corrientes de opinión opuestas a los programas

espaciales? ¿No cree que el viaje a Marte y la base permanente en la Luna son despilfarros?

—Espera André —le interrumpió Fidel—, esa pregunta esta envenenada.

—Lo sé, a ver... si no os gusta la respuesta podemos rehacerla. Ahí voy.

Activó la grabación.

—¿Despilfarros? ¿Dinero mal empleado? ¿Cómo podría ser ampliar conocimientos un despilfarro? Despilfarro podría ser algo como la celebración del decimoquinto aniversario de esta emisora con la reconstrucción y posterior destrucción del *Empire State Building*.

En cuanto apagó la grabación, todos estallaron en carcajadas. Aquello del Empire State fue un acontecimiento sonado. La Kesat, la emisora que emitía esa noticia, había promovido una réplica del edificio derruido por atentado terrorista como conmemoración de su apertura como emisora. La cobertura en directo de aquel derrumbe fue el acontecimiento que la hizo emerger como cadena de noticias. Desde ese lejano día había seguido creciendo y desbancando rivales hasta hacerse con el liderazgo de audiencia. Al final de la fiesta de conmemoración habían volado de forma controlada la réplica en un espectacular cierre de fiesta.

—Bueno, desde la Tierra, todos esperamos que tengan un feliz amartizaje y les emplazamos a que, en el regreso, podamos tenerlos en el estudio para poder hablar de esta magnífica aventura, quizá la más grande que el ser humano haya emprendido nunca.

—Gracias. Transmitiré sus palabras a mi tripulación.

Vishniac apagó el ordenador y dio la orden para que empaquetase el mensaje y luego lo trasmitiese a la Tierra. Luego abrió una ventana llamada «control de misión». En ella, había una indicación en grandes letras rojas: «Descenso en diez horas».

—¿Habéis visto? ¿Baglioni?

—La nave está lista, desde hace un par de días.

—¿Y todos los demás?

Uno a uno fueron asintiendo.

—Yo ya tengo mi cepillo de dientes —bromeó Jenny.

Herbert no entendía por que Vishniac les preguntaba eso directamente. Habían tenido que rellenar varios listados en el ordenador para asegurar que todo estaba dispuesto para el amartizaje, tanto desde el punto de vista de la nave, como del personal, con sus equipajes, experimentos y demás material. Luego entendió que necesitaba sentirse listo y seguro, y los ordenadores no le daban tanta seguridad como las confirmaciones orales.

Vishniac se volvió hacia Lowell.

—Lowell te vamos a dejar solo.

—Uff, ganas tengo, toda la nave para mí, ¡podré organizar fiestas!

—Bueno, pues todos en cabina, menos Lowell claro, en cuarto de hora.

Y en cuarto de hora estaban en posición de descenso, a bordo de la *Belos*.

Herbert miró a Luca trabajando en su panel de ingeniería. Luego se tomó las pulsaciones, estaban un poco altas. Aquella era una de las seis operaciones críticas del vuelo; dos —la inyección en la órbita transmarciana y la inyección en órbita baja de Marte— habían salido ya bien. Ahora llegaba el descenso, potencialmente peligroso, mucho más que las otras. El ambiente era más serio, se notaba. André y Susana no habían dicho una sola palabra que no fuese estrictamente técnica en todo el tiempo que llevaban sentados en la cabina. El único que parecía normal era Luca, pero él nunca se alteraba por nada.

En ese momento le rondaron la memoria aquellos nombres que les había dado a las computadoras, C-1 Enfermedad, C-2 Guerra, C-3 Hambre, C-4 Muerte. Se arrepentía de esa perversidad. No era supersticioso, pero a veces su mente seguía caminos extraños que llevaban a sitios de los cuales no quería saber mucho. Se quitó la idea de la cabeza sacudiéndola enérgicamente. En el vaivén chocó contra la escafandra de Fidel. Este le miró sonriendo y prácticamente nada más que con un gesto de las cejas le dijo, calma, todo va bien.

Y era así. Miró de nuevo a Luca. Manipulaba su panel ajustando los trasvases y el equilibrado del combustible, comprobando cargas de baterías, recuentos de última hora, comprobando sistemas.

—Luca, informa.

—Todo verde. Hay un problema con uno de los inerciales, pero es menor, no es causa de abortaje.

—Ok, procedemos a fase final de descenso.

Vishniac pulsó una serie de códigos en su panel. La voz sintetizada del ordenador volvió a acompañarles.

—Desacople en veinte, diecinueve, dieciocho...

—Controla que entremos dentro de la ventana de descenso. Aunque lo hace ya el ordenador, no me fío.

—Ok, no le quito ojo.

En la pantalla central la tripulación pudo ver cómo un esquema de la órbita a Marte era recorrido por un cursor verde, ellos. Había dibujada una trayectoria descendente que partía de un punto en concreto. Pasaron ese punto. En la siguiente órbita sería cuando lo alcanzarían y tendrían que entrar en ese estrecho pasillo a la velocidad y ángulo correctos. Si no serían tan solo un bonito meteoro en el cielo de Marte.

—Activada secuencia de desacople. ¡Adiós Lowell!

—Tres, dos, uno...

Todo estaba firme, anclado y estable. Escucharon los garfios de sujeción girar y soltarse con un chasquido metálico, casi un golpe dado a la chapa bajo los asientos. El simulador en Tierra había reproducido todas esas sensaciones con total perfección pero de algún modo no era igual, allí afuera estaba Marte, y la inmensa masa de color

rojo del planeta ardía como un infierno. Los motores de maniobra le dieron un suave empujón a la *Belos* y se vieron aplastados contra los asientos.

—Desacople. Activado posicionamiento para el descenso.

En los monitores se podía ver una vista exterior del puerto de amarre de la *Ares* alejándose suavemente. Con la misma suavidad y precisión, la *Belos* se dio la vuelta hasta que Marte quedó a sus pies.

—Susana, nos vamos acercando a la ventana de descenso.

—La veo ¿todo correcto Luca?

—De momento sí. Me sigue preocupando el inercial 2, pero los otros van bien.

—Susana, aún vamos altos para la ignición de frenado.

Susana manipuló el ordenador indicándole un descenso de altitud. La *Belos*, de forma automática, activó los motores de maniobra frontales. La tripulación sintió varios tirones hacia delante, pero en absoluto la sensación de caer. Por dinámica gravitatoria, todo descenso de velocidad se traducía automáticamente en un descenso de órbita. Tenían que modularlos con cuidado para entrar en la adecuada senda de descenso que les llevaría a la zona de aterrizaje.

Luca tomó la palabra.

—Cerradas las escotillas de los localizadores de estrellas. Ahora volamos en inercial puro. Activado el evaporador de alta capacidad. Los bucles de freón 21 y los radiadores de soporte vital preparados. Listos para el infierno.

—¿Altura, Susana?

—425.000 pies y bajando.

—Entramos en zona de ignición.

Susana y Vishniac parecían ejecutar un *ballet* perfectamente coordinado. Las pantallas de sus monitores cambiaban acompasadamente. No parecía haber prisa, pero tampoco descuido o desconcierto. Los miles de veces que habían realizado aquello en el simulador parecían haber surtido efecto.

—¿Control de computadores, secuencia de descenso?

—Funcionando bajo parámetros. En verde.

Herbert miró el botón rojo al lado de cada uno de los puestos de piloto y copiloto de la *Belos*. Era el sistema de desconexión de la secuencia automática. Activaría el control manual de la nave.

—Rotación para encendido.

La *Belos* comenzó girar sobre si misma hasta presentar la popa a la dirección de movimiento. Herbert miró la pantalla de Luca, la que tenía más cerca. En ella se veía como el cursor verde que era la nave, entraba en altura y posición en la trayectoria de descenso, una línea verde dibujada esquemáticamente. Había unos números justo encima. Ocho, siete, seis. Herbert había olvidado ya cuantas cuentas atrás había vivido. A veces pensaba que los latidos de su corazón se acompasaban a ese ritmo... cuatro, tres, dos, ignición.

Fue como una patada en la espalda. Durante 2,5 segundos todos volvieron a tener

gravedad concentrada en la espalda. Deberían estar a casi dos ges. Jenny y Fidel, a su lado, temblaban y se sacudían dentro de sus escafandras.

—Dentro de perfil.

La voz de Vishniac era más fría y precisa que nunca. Susana le miró de reojo, en una micropausa en el recorrido inalterable de sus ojos por los parámetros de vuelo más importantes.

No solo no estaba asustado, o nervioso, sino que disfrutaba intensamente.

Salieron de la deceleración también bruscamente, de nuevo en ingravidez. Sus estómagos estaban vacíos para prevenir cualquier problema.

—Cerrando sistemas, bucles de motor y turbobombas en verde. No hay fallos. Podremos volver.

De aquellos motores dependían para el regreso.

Susana marcó la secuencia y la *Belos* giró y volvió a encararse con la trayectoria de descenso. Miró el altímetro. 350.000 pies y bajando a una velocidad pasmosa. Comprobó otra vez el control automático. Todo correcto. El ángulo de ataque en la entrada a Marte era de 27 grados. Presentarían toda la panza contra el aire. Ahí es donde la capa de cerámica y grafito impediría que se friesen. Comenzaron a sentir el rugido del aire a su alrededor casi enseguida. Pronto se convirtió en un grito de mil uñas arañando el fuselaje. Volvió la presión que los aplastaba contra los correajes. Estaban frenando contra el aire, a más de dos gses de nuevo. Susana se consoló pensando en la brutal deceleración de las naves *Apollo* con su ángulo de descenso de 50 grados y los seis gses de punta en la deceleración.

La curva del planeta ya era enorme, casi estaban allí.

El descenso continuó. Pronto se hizo más suave, la presión cedió. El anemómetro sobrepasaba la indicación de mach 18, pero descendía suavemente. Susana tocó suavemente la palanca de control, para probar su tacto, y notó como los mecanismos de retroalimentación la movían casi sensualmente. El piloto automático corregía y mantenían a la nave en un equilibrio delicado, cabalgando las propias ondas de presión y calor que iba generando el descenso.

—Estamos en atmósfera baja, por debajo de 50.000 pies.

La *Belos* comenzaba a comportarse menos como un ladrillo controlado que como un avión. Lo notaron en que la presión del frenado casi había desaparecido y tenían de nuevo una componente de gravedad hacia abajo.

Herbert le hizo una seña a Jenny y luego dejó el brazo en el aire. Los dos vieron como descendía solo. Estaban, después de mucho tiempo, de nuevo bajo la gravedad de un planeta. Sonrieron como niños de excursión antes de bajarse del autocar.

Afuera, tras la escotilla, se veía un gran horizonte de color rojizo.

Susana volvió a cantar parámetros.

—Mach 5 y descendiendo. Altura 12.000 pies. Entramos en fase de aterrizaje. ¿Qué... sucede...?

Bruscamente todas las pantallas de la cabina oscilaron y se apagaron.

Susana, con voz extrañamente calmada dijo:

—Nos hemos quedado sin ordenador.

Vishniac, con movimientos de serpiente, pulsó un conmutador y luego otro, sobre

su cabeza.

—Eso es... imposible...

—¡Estamos ciegos! —insistió Susana.

—Pasa a manual —ordenó Vishniac.

—No responde, los servos también dependen del ordenador.

Luca, al que por primera vez oyeron alterado, respondió desde su panel:

—Es un apagón total. Estoy en ello.

Luca pulsaba códigos a una velocidad de vértigo, mientras la *Belos* comenzaba a inestabilizarse.

En el parabrisas delantero el horizonte era todo cielo, ya no se veía la superficie de Marte.

—Susana, lanza los paracaídas —dijo Vishniac.

—Vamos demasiado rápidos.

—¡LÁNZALOS! Necesitamos mantener la altitud.

Susana levantó un indicador.

—Agarraos.

Lo pulsó y algo agarró a la nave entera y la sujetó con brusquedad.

La sacudida los lanzó salvajemente contra los correajes. Solo fue un tirón, asombrosamente violento, que cesó en seguida.

—Ahí van los paracaídas —dijo Susana entre dientes.

En ese momento los ordenadores cobraron vida de nuevo.

Un parpadeo y todo parecía en orden de nuevo.

La misma sensación de alivio recorrió a los seis astronautas. Pero...

—Atención tenéis control primario, no compensado, sin automático. Tampoco hay indicación de instrumentos —gritó Luca.

Vishniac agarró la palanca y comenzó a moverla sin quitar ojo del horizonte. Susana comenzó a pulsar en su panel intentando recuperar sistemas. La mitad estaban muertos; la otra mitad reiniciándose e inútiles. Solo el radioaltímetro parecía funcionar correctamente.

—Estamos a dos mil pies —dijo.

La *Belos* respondía al pilotaje de Vishniac... más o menos, pero llevaba demasiada velocidad.

Vishniac miró también al altímetro.

—Demasiado bajos, demasiado rápido... —musitó.

Susana, sin esperar órdenes, activó la secuencia de aterrizaje en emergencia. Se desplegaron las patas y se dispararon los motores de aterrizaje a plena potencia.

Pero nada parecía bastante.

Herbert contempló todo lo que pasaba como si se encontrara muy lejos de aquel lugar. Como si presenciara algo que le está sucediendo a otra gente, y con la sensación de seguir una senda trazada, de la que no se puede escapar y por tanto es mejor resignarse a continuar.

Miraba a derecha e izquierda, fugazmente.

Fidel mantenía la vista al frente con intensidad fanática, Jenny movía la cabeza ligeramente, aplastándose contra el respaldo todo lo que le era posible.

Herbert recordaba haber vivido sensaciones parecidas en el simulador, pero de nuevo sabía que no era lo mismo.

En absoluto.

Luego ya no pudo pensar en nada, porque se les vino encima una masa montañosa, un inmenso pedazo de roca roja que ocupó todo el parabrisas.

—Oh... ¡mierda! —Escuchó decir a la voz de Vishniac.

Vishniac activó los propulsores de emergencia y dieron un violento bandazo que les sacudió al límite de sus cinturones de seguridad. La roca desapareció del parabrisas bruscamente sustituida por el cielo marciano.

Algo les golpeó.

Susana sintió una vibración brutal, chirridos, gemidos desesperados de los motores de aterrizaje que rugían intentando estabilizar la nave.

Pero no lo estaban consiguiendo.

Se desplazaron un trecho de lado, luego volvieron a encarar la dirección de vuelo.

Vishniac sudaba manejando la palanca, pero poco podía hacer.

Herbert de nuevo vio el horizonte en el parabrisas, un largo y rojizo horizonte marciano. Volaban muy cerca ya de lo que parecía una gran planicie llena de arena y rocas.

Pensó: «Que hermoso es esto». Y lamentó tener que morir.

—¡Agarraos! —gritó Susana.

Todos adoptaron la posición de impacto y, sin darle tiempo a nada más, la *Belos* chocó contra algo que la hizo girar y los empujó contra las correas hasta dejarles completamente sin aliento.

Luego siguió ingrávida medio segundo y volvió a chocar. Con un estremecimiento agónico del fuselaje, la nave resbaló hacia adelante, sacudiéndoles brutalmente de un lado a otro.

Las escafandras y los cuerpos se movían sin control, sujetos únicamente por los correajes. Los paneles estallaban, las luces se apagaban y encendían, saltaban chispas por todos lados.

Otro impacto y Vishniac fue arrancado de su asiento para estrellarse contra un panel del techo.

Susana pudo ver, con una enloquecedora nitidez, como la escafandra de André Vishniac se destrozaba contra el panel. Este se desprendió y quedó colgando de un manojito de cables que se cortocircuitaban.

Luego todo se volvió negro. Ya no había luz dentro, no había luz fuera, solo fogonazos dispersos y después... silencio.

Herbert estaba soñando.

No podía ser más que en sueños que pisó aquella tierra completamente negra. Todo a su alrededor era nocturno, sin luz. Solo había estrellas en el cielo, pero eran estrellas muy raras, apenas sin brillo.

Caminaba y la falta de luz no parecía molestarle, era lo normal allí, que no hubiera sol ni movimiento. Descubrió, con asombro, que tampoco había árboles o animales, solo suaves colinas de tierra desnuda y muchas rocas de mineral negro que pudo distinguir del resto del paisaje oscuro por un fulgor oleaginoso que las recorría.

—Es la tierra de la muerte, sin duda. Es lo malo de tener mucha imaginación —se dijo.

De repente el suelo comenzó a retumbar y esas sacudidas le recordaron el aterrizaje... la vibración, los golpes. Pero no era eso. Se volvió y vio, en el horizonte, un caballo inmenso, aún más negro que todo lo demás y a sus lomos una figura encapuchada que cubría el firmamento con un cuerpo lleno de filos amenazantes todos hechos de números.

—C-4, sin duda.

—*Belos*... ¿me recibes?

Herbert torció el gesto... ¿*Belos*?

—*Belos*... aquí Lowell... ¿me recibís...? Por Dios, contestad.

Y aquellas palabras fueron seguidas por un largo sonido de estática.

Herbert parpadeó. Lo rodeaba la oscuridad, una noche densa. Tenía los correajes desabrochados y yacía de costado, sobre un suelo duro e inclinado.

Casi delante suyo había una pantalla, desprendida de su soporte en la pared. Solo tenía unas letras en verde sobre fondo negro: «NO SIGNAL».

Se quitó la escafandra, no sin antes comprobar si había presión fuera. En seguida percibió un aire denso de aromas sobre los que se imponía el tufo del plástico quemado.

Alargó la mano enguantada y pulsó en el control de recepción hasta que la pantalla se sintonizó en el canal adecuado.

—¿*Belos*?

Se formó la imagen de Lowell.

«Lowell, por supuesto» —pensó Herbert—. Lowell, en órbita aún y con aspecto muy preocupado.

Sacando la voz de no sabía donde, Herbert le contestó:

—Te escuchamos, Lowell. Parece que nos hemos estrellado después de todo.

De repente, la luz roja de emergencia inundó la cabina y mostró un caos de paneles desprendidos, cables sueltos, luces intermitentes, quemaduras y abolladuras.

Dos de los asientos estaban aún ocupados por cuerpos que se movían lentamente. Otros dos intentaban mantenerse de pie dificultosamente ya que el suelo de la cabina estaba inclinado.

La luz roja lo hacía parecer todo mucho peor, un infierno confuso.

Herbert, mentalmente, anotó un reproche para los diseñadores que eligieron ese tipo de luz de emergencia. Psicológicamente hubiera sido más adecuada una luz amarilla o verde.

Herbert luchaba por ponerse en pie. Le dolía todo el cuerpo, lo imagina lleno de moratones, pero no parecía tener nada roto.

Solo en ese momento reparó en un cuerpo tendido en el suelo, inmóvil y con la escafandra destrozada.

—¿Estáis todos bien?

Era Lowell desde la *Ares*.

—No lo sé —dijo Herbert—, yo estoy bien, pero el choque ha sido terrible. De momento parece que la presión de la cabina es estable.

—¿No hay heridos? ¿La nave mantiene su estabilidad?

—Hay... mucha confusión aquí... No puedo decirte más, Lowell; informaremos más adelante... déjanos un tiempo.

Sin más explicaciones Herbert cortó la conexión. Lowell no podía hacer nada por ellos ahora y lo primero era comprobar cual era su situación real.

Se acercó a Fidel, aún sujeto por las correas y con la cabeza apoyada en las manos. Le levantó la visera del casco y vio que estaba bien, solo conmocionado y con una expresión de dolor en el rostro.

Desde el otro extremo, Susana se puso en pie y avanzó hacia Herbert, pero calculó mal la gravedad y la inclinación del casco y casi se derrumbó contra él.

—Hemos... chocado... accidente... —dijo.

Herbert la recogió antes de que cayera al suelo.

—No te preocupes por eso ahora, Susana. Descansa.

Con mucha delicadeza la dejó resbalar hasta el suelo, donde ella se quedó con la mirada perdida, aún totalmente desorientada.

El otro astronauta que estaba en pie también dio unos pasos tambaleantes, pero se aguantaba mejor que Susana. Terminó de quitarse el casco. Era Baglioni, ágil y despierto aún después del impacto.

—Es increíble, estamos vivos.

—Baglioni —le dijo Herbert—, ¿puedes volver a dar potencia?

—Lo intentaré.

Casi sin transición tomó un destornillador, desmontó un panel en el techo y se puso a trastear en él murmurando para sí:

—Estamos vivos. Es increíble. Esta nave es una maravilla.

Herbert se movió hasta llegar al lado de Jenny. También parecía bien dentro de la escafandra. Su piel apenas tenía color y los ojos, muy grandes y negros, estaban muy

abiertos. Reconoció a Herbert, y cuando este le sonrió se le llenaron de lágrimas.

Herbert le ayudó a quitarse la escafandra.

—Estoy bien, estoy bien... ¿y vosotros?, ¿algún herido?

—El comandante está inconsciente. Parece grave. No quise moverlo.

Jenny se acercó a Vishniac. Yacía de costado, con la escafandra rota y una posición que recordaba a un muñeco desmadejado.

—Ayúdame, Herb.

Herbert se acercó inmediatamente y entre los dos le dieron la vuelta.

Tenía la escafandra rota y el rostro ensangrentado. Los ojos grises muy abiertos. Jenny le tomó el pulso en el cuello. Levantó la vista hacia Herbert y no fue necesario que dijera nada.

Ya no había prisa. La doctora Johnson se dejó caer en el suelo y se apoyó en un mamparo, tirada al lado del asiento del piloto. Habló en un susurro.

—Se ha roto el cuello. Qué dios se apiade de su alma.

En ese momento las luces rojas se apagaron y lucieron los focos habituales de la *Belos*. Bajo esa iluminación la crudeza del desastre era aún mayor. Resaltaban los colores, el negro de los chispazos eléctricos, los trozos de metal y plástico rotos y los restos de sangre, los arañazos y moratones en los rostros.

Bagglioni se volvió con una expresión de triunfo. Ensimismado en restaurar el fluido de energía, no había reparado en las palabras de Jenny.

—¡Luz!

Todos le miraron de tal modo que terminó por entender lo que pasaba.

Lentamente, Luca cerró el panel en el que estaba trabajando.

—Tenemos aire, luz y energía de momento, pero tengo que hacer una revisión de los sistemas para ver si todo esto aguantará. De momento recomiendo que no dejéis el traje de presión demasiado lejos.

Nadie se movió de su postura. Todos miraban a Vishniac. Todos menos Luca, que trabajaba con su ordenador, maldiciendo cada poco.

Susana, que había permanecido quieta hasta ese momento, se levantó y los miró uno a uno. Al fin miró a Vishniac, luego al exterior. Afuera solo había oscuridad. Sacó una manta térmica de color dorado del equipo de emergencia y con ella tapó al cadáver.

—Ya nada podemos hacer por él —dijo Herbert—. Pero sí por nosotros.

Dando ejemplo se deshizo del traje de presión y se vistió con el mono de vuelo color azul. Todos le imitaron. Fidel fue el último en quitarse el traje. Veía a los otros comenzar a moverse, veía la determinación escrita en el rostro del geólogo, pero no encontraba fuerzas para moverse. En un instante el mundo había muerto; aún estaba vivo, pero la perspectiva no era muy halagüeña. No quería hacerlo, no quería pensar en su familia, pero la imagen estaba muy viva, en su mente, los cuatro pendientes de la televisión y los mensajes por la red, sufriendo por él tras saber del accidente.

Jenny trasteaba a su lado y cuando se quiso dar cuenta le había colocado una inyección en el cuello. Notó un pequeño ardor y luego el cosquilleo.

—¿Qué...?

—Shhh... lo necesitas. Todos lo necesitamos.

Fidel recordó, E-12, MDM estimulante, droga antiestrés que hubiera estado prohibida para los viernes de fiesta en la Tierra y que ellos llevaban de dotación normal. El estimulante hizo su efecto en poco tiempo. Fidel comenzó a despertar. Tenía que moverse, solo así podían salir de allí. Se quitó el traje y, como los otros, lo guardó en el armario, muy a mano por si le era necesario para una situación de descompresión.

No sabía muy bien qué hacer, aún estaba desconcertado. Y el bulto tirado en el rincón, Vishniac. Prefería no mirar en esa dirección. No se consideraba un hombre débil, quizá algo cansado, pero le costaba reaccionar con la firmeza con que lo había hecho Herbert.

O Jenny, que, en ese momento, estaba curándole una brecha a Luca.

Quizá se escudaba en su profesión, pensó Fidel. Los médicos lo tienen fácil en las emergencias, siempre tienen algo que hacer, alguien de quién ocuparse para evitar pensar, pero ¿qué se supone que debía hacer un exobiólogo cuarentón en un accidente en Marte? No lo sabía.

Herbert miro a Fidel andando aún desconcertado, a Jenny curando a Luca sin que este dejase de trabajar. Se dio cuenta que empezaban a estorbarse, a moverse por la cabina sin orden ni concierto, quizá fueran a cometer algún fallo fatal, necesitaban algo de calma, organización.

—Necesitamos descansar. Debemos enfrentarnos a esto una vez nos hayamos tranquilizado. Vamos a intentar dormir algo.

—Yo voy a seguir despierto hasta que averigüe qué narices ha pasado.

Herbert miró un momento a Luca y asintió con la cabeza. Necesitaban saber qué fallaba, podría volver a hacerlo.

Atenuaron las luces de la cabina. Susana envió un informe completo a Lowell, para que fuese retransmitido a la Tierra y luego comenzó a revisar los procedimientos de emergencia y las órdenes que le llegaban desde la Tierra iluminada únicamente por la luz de su *pad*.

Luca la miró de reojo un par de veces y luego se enfrascó en revisar el estado de la *Belos*. El ordenador chequeó sistema por sistema y fue creando un fichero con todas las cosas que parecían no funcionar. Cuando lo leyó torció el gesto. Funcionaban el sistema de soporte vital, la baterías, los sistemas de comunicaciones, pero un par de barras de potencia estaban fuera, carecían de radioinstrumentos, localizadores y seguramente habría alguna pérdida de aire muy pequeña en cabina. Los tanques de aire, agua y los depósitos de alimento no daban señales de estar dañados. En conjunto la estructura parecía haber aguantado bien el impacto. Distribuidos por el fuselaje, en largueros, cuadernas y herrajes había colocada una miríada de sensores de esfuerzos. Esos aparatos habían registrado las fuerzas sufridas durante el aterrizaje. Luca estudió largo rato la distribución de aquellos esfuerzos, que se le mostraba en un gráfico multicolor y tridimensional que cubría toda la nave. Habían tenido suerte, no habían superado en ningún punto los 16 ges de diseño, solo habían llegado a esos valores de forma puntual. La estructura general se mantenía perfectamente, pero esos esfuerzos localizados, le preocupaban. Había uniones de vigas y largueros que habían sido muy forzadas, a consecuencia de golpes o tirones estructurales. Ahí la chapa podría desprenderse y provocar una pérdida que el autosellante no pudiera taponar.

Elaboró una lista de tareas críticas de reparación de sistemas, mezcla de chapuza y procedimientos de emergencia, y luego un pequeño programa de revisión de esas posibles zonas de pérdida. Para cuando realizó las tareas más urgentes —reparar y activar el reciclador de aire y agua, sellar los depósitos de alimentos, activar el gestor de consumo de las pilas de isótopo— se dio cuenta que llevaba más de 23 horas despierto y en tensión. Herbert había sustituido a Susana y él ni se había dado cuenta.

No obstante siguió trabajando. Había algo que le sacaba de quicio, ¿cómo podían haberse apagado los ordenadores? Era un sistema cuádruple redundante, con alimentaciones a cada ordenador por barras de potencia separadas. Con uno solo de aquellos ordenadores podrían haber aterrizado sin problemas. Incluso sin ellos, si el

fallo no hubiese arrastrado también el sistema de servoequilibrio automático, sin el cual la nave era ingobernable. Bastante había hecho Vishniac con lograr que no se mataran todos.

Había un registro completo de los eventos del sistema y las posiciones de conmutación y memoria que el sistema había tenido durante el accidente, así como un registro de la memoria. Eran muchos datos y solo abarcaban una hora pero bastaba ya que incluía todo el proceso del fallo.

Entró en los listados y se movió por ellos hasta localizar el momento exacto del apagón. Aquello era la consecuencia de una larga serie de operaciones, bucles, activaciones, decisiones que tuvo que seguir marcha atrás, lentamente, con una tenacidad de cangrejo hambriento. El ordenador de a bordo no tenía las capacidades de investigación que hubiera necesitado, se suponía que aquellas tareas no se hacían *in situ*, sino en Washington, o en Langley, en algún enorme laboratorio de análisis de accidentes. Pero para que esos datos llegasen allí y fuesen analizados, ellos podrían ya estar muertos por otro fallo y eso no podía permitirlo.

Los ojos le picaban. Se tomó una píldora estimulante y siguió trabajando. Luego dormiría.

—¿Tú crees que es este filtro el que no funciona?

—Sí, mira se ha vuelto de color azul, es un testigo químico de contaminación por toxinas. El analizador del sistema debe detectar algo raro y se bloquea.

Eran Jenny y Luca. Herbert los contemplaba y escuchaba sus voces como en un sueño. Nada parecía muy real desde que había despertado tras el golpe. Estaban en Marte por fin. Pero se habían estrellado. Todo había salido mal. Herbert había temido una y otra vez esa pesadilla y ahora estaba sucediendo.

Miraba a sus compañeros y quería gritarles, quería decirles: «Ey, esto es solo un sueño, amigos, despertemos y pongámonos a trabajar...».

—Y por eso el sistema secundario de reciclaje esta bloqueado, al fin hemos cazado la avería.

Baglioni metió la mano en el registro, sacó la placa e introdujo otra de repuesto que tenía preparada.

El joven ingeniero parecía incansable. Corría de un lado a otro reparando componentes, solucionando multitud de pequeños fallos, devolviendo a la *Belos* su operatividad. Entendió entonces por qué el ingeniero de la misión había sido de importancia decisiva en todo el proceso de selección. Sin duda Luca era el mejor.

—Bueno, una cosa lista. Lo que no entiendo es... ¿toxinas?

—Puede haber sido por los chispazos eléctricos, o por la combustión... o por la sangre —repuso Jenny—. También puede que alguna bacteria haya crecido en el filtro y lo haya envenenado... vete a saber.

—Bueno, ahora ya esta listo.

Herbert paseó la vista por la cabina de la *Belos*. Casi todos los paneles caídos estaban de nuevo en su sitio y las pantallas e indicadores mantenían una apariencia de funcionar correctamente. Del techo colgaban gruesos manojos de cables reconectados con cinta aislante.

«Vamos a sobrevivir —se dijo—, por muy improbable que parezca lo vamos a lograr. Somos el mejor equipo posible».

Pasaron las horas y afuera empezó a amanecer. Su primer día marciano.

El horizonte era de color rojo intenso, mientras que el cielo tenía delicados tonos entre el azul y el morado. Muchas estrellas se seguían viendo a simple vista, pero nadie en la *Belos* parecía interesado en el exterior. Su único mundo estaba encerrado en aquellas delgadas paredes de metal.

Con preocupación, Herbert dirigió la mirada a Susana. Permanecía sentada en una de las butacas traseras, ajena a toda la actividad que se estaba desarrollando a su alrededor. Como si ella no estuviera en aquella nave con ellos. De vez en cuando dirigía una mirada al cuerpo del comandante Vishniac, envuelto en una manta

térmica, una mortaja dorada.

Más tarde, Luca y Jenny, agachados, miraban a un monitor en el panel principal, ocupado por el rostro preocupado de Lowell.

La imagen se movía un poco a saltos mientras Luca intentaba ajustarla.

Jenny le dijo en susurros a Luca:

—Se ve mal.

—Es por el enlace. No tenemos ancho de banda para más.

Lowell estaba diciendo:

—Tenemos el fallo registrado. Durante unos segundos todos los sistemas a bordo de la *Belos* se desconectaron. Seguramente se trata de un fallo en cascada que implicó al suministro de potencia a los cuatro ordenadores. Fueron solo unos instantes, pero justo en la parte más crítica de la reentrada. Por eso os estrellasteis.

—¿Cuál fue la causa?

—Imposible saberlo desde aquí. Tendréis que buscar en vuestros bancos de datos, pero... —Lowell sacudió la cabeza, parecía avergonzado—. Siento mucho lo sucedido. Ojalá pudiera hacer algo más para ayudaros... Todo el mundo está ahora trabajando en la Tierra para encontrar la forma de sacaros de ahí.

Susana se levantó entonces de su asiento y se acercó al monitor. Herbert la miró esperanzado «¿empezaba a reaccionar por fin?». La chica tenía la mandíbula tensa y el ceño fruncido.

Se encaró con la imagen del monitor y dijo:

—Muy bien, gracias Lowell, hablaremos más tarde.

Luego alargó el brazo y pulsó el icono para dar fin a la conversación. Luca y Jenny le miraron mientras ella regresaba a su asiento sin siquiera dedicarles una palabra.

—¿Qué pasa? —preguntó Luca.

Susana permaneció mirando inexpresiva aquel objeto plano donde antes aparecía la cara de Lowell y ahora solo el símbolo NASA-ESA. Lentamente, sus ojos derivaron al bulto cubierto del dorado de la manta térmica.

—Lowell no puede hacer nada por nosotros —dijo—. Ojalá estuviera André con vida. Él sí...

—Maldita sea, Susana —dijo Luca con una mueca de desprecio—. No me fastidies con comentarios que no nos llevan a ningún sitio.

Susana iba a responder algo al ingeniero, pero Herbert les interrumpió:

—Ya está bien Luca. Todos estamos nerviosos y no es el momento de levantar la voz.

—¿Quién ha levantado la voz? Me cago en... Si ella estuviera colaborando un poco no tendría que correr yo de un lado a otro solucionándolo todo.

Como si Fidel corroborara las palabras de Baglioni, llamó al ingeniero desde el otro lado del puente:

—¿Puedes echarme una mano Luca?, no logro ver nada.

Fidel se encontraban junto a un monitor ennegrecido situado sobre el mamparo trasero. Debajo de la pantalla había una palanca que el biólogo sostenía con solo dos dedos.

Luca lanzó una última mirada a Susana y con dos zancadas se plantó junto a Fidel.

—¿Qué intentas hacer con esto? —le preguntó.

—Los experimentos hidropónicos... todo lo que estaba en el hangar... Quiero ver en qué estado se encuentran —dijo.

Luca estudió el manojito de cables situados tras el monitor.

—El mando de la cámara parece que está bien —añadió Fidel moviendo a un lado y a otro la palanquita—; pero no registra ninguna imagen.

—Ajá. Lo he pillado. Dejádme ver —dijo Luca, y empezó a trastear con el mazo de cables, mirando de vez en cuando el esquema que aparecía en la pantalla de su panel de ingeniería.

Fidel lo miraba intrigado.

—¿Como puedes ir tan rápido siguiendo ese esquema?

—Bueno... nosotros los ingenieros... no somos como vosotros los científicos, no avanzamos consolidando hechos poco a poco, sino que, muchas veces vamos directos a la solución de forma intuitiva. Somos más artistas que científicos.

Luca unió dos cables de los cuales saltó un súbito chispazo.

—¡Mierda! —Luca retiró la mano y la agitó en el aire— ¡Ay! Ya está.

Al principio, en la pantalla de plasma no había nada que se pudiera reconocer, pero poco a poco fueron apareciendo formas difusas.

Fidel y Luca miraron intensamente, allí había muchos bultos sueltos, piezas de maquinaria desperdigada y tanques metálicos desprendidos de sus abrazaderas y esparcidos por todas partes.

—Uf.

Fidel movió un poco la palanca y la imagen se desplazó suavemente. Con la panorámica consiguieron empezar a hacerse una idea de lo que veían.

El desastre en la bodega era completo. El techo se había aplastado contra el suelo y multitud de paquetes habían quedado destrozados en esa pinza monstruosa. Por algunas ranuras se colaba la luz rojiza del exterior.

—Hay una grieta... mira... esta todo lleno de polvo rojo —dijo Luca fascinado.

—Y... ¿Aquello es el *rover*? —preguntó Fidel señalando la pantalla.

El vehículo, cuatro ruedas enormes y una estructura ligera y flexible, estaba completamente aplastado, retorcido y arrumbado contra un mamparo.

—Adiós a ese paseo en descapotable.

Fidel miró a Luca. «¿Cómo podía seguir bromeando en un momento como ese?» —Se preguntó asombrado por la imperturbabilidad del ingeniero.

Luego se volvió para hablarles a Jenny y Herbert que contemplaban la desolada escena del monitor desde un poco más lejos.

—Esta todo hecho un desastre —dijo—. Nunca podremos restablecer la presión en el hangar y el *rover*, mejor no hablar del *rover*.

Jenny no parecía decidirse a hablar, era todo ojos y manos que se restregaban nerviosas contra el mono, pero al final lo hizo mientras Herbert la miraba y callaba.

—No podemos quedarnos encerrados en la cabina de vuelo. Necesitamos más espacio para vivir.

La voz de Jenny era casi una suplica, y esto no pasó desapercibido para Herbert. El geólogo se volvió para mirar a Susana que seguía apoyada en su butaca, con la vista perdida en la imagen de la bodega.

—Bueno, Sánchez, tú eres la segunda en la cadena de mando —le espetó Herbert a Susana Sánchez—. ¿Qué propones?

La joven no parecía darse por enterada. Solo miraba fijamente esa pantalla que se había convertido en el foco de toda su atención, pero la línea de su mandíbula, convertida en un trazo tenso, demostraba que había escuchado las palabras de Herbert.

El silencio se hizo intenso durante un par de segundos. Solo se escuchaba el susurro del acondicionador de aire y algunos crujidos de la estructura acomodándose a los cambios de temperatura exterior.

Al final, Susana alzó la vista, como dándose cuenta de repente de todo lo que la rodeaba. Habló con una voz muy cansada:

—Ok, primera orden del nuevo comandante: podéis tumbaros a dormir y esperar. Fidel, aún sentado delante de la pantalla, se puso en pie bruscamente.

—¿A esperar qué?

—Imagina, Fidel.

Herbert dejó de mirar a Susana y enterró su cabeza entre sus manos mientras apoyaba los brazos en las piernas. Se removió el pelo, rubio y muy corto, con brusquedad, y por fin emergió de su masaje moviendo el cuello como un latigazo de cobra.

—Me... —dijo muy lentamente— niego a... aceptar eso.

—Pues debes empezar a hacerte a la idea, Herb —intervino Luca con el cortante tono de voz que acostumbraba a usar en las discusiones—. La *Ares* está girando ahora sobre nuestras cabezas, pero puedes olvidar cualquier posibilidad de rescate. Lowell nos seguirá dando todos esos consejos inútiles y nos hará saber con precisión británica cuanto lo siente y como le gustaría estar aquí con nosotros... y luego, cuando llegue el momento, regresará, solo, a la Tierra. Y nosotros nos quedaremos aquí.

Fidel estaba justo al lado de Luca. Frunció el ceño al escuchar las palabras del ingeniero y abrió la boca para hablar. Pero algo pareció abrumarlo hasta casi hacerle saltar lágrimas de los ojos y decidió seguir en silencio.

Solo Jenny encontró fuerzas para responder. Miró a Luca como se miraría a un niño demasiado sincero y luego intervino:

—Con eso ya contábamos, Luca. Repites lo obvio.

Fidel buscó una cara que le dijera que aquello no era cierto, pero todos apartaron los ojos.

—Pero mandarán una misión de rescate desde la Tierra ¿no? —dijo— Solo es cuestión de permanecer con vida hasta entonces.

Luca se volvió hacia Fidel y algo de la amarga sonrisa que exhibía desapareció. Cuando habló de nuevo, su tono era menos duro:

—Una misión de rescate... veamos... Fidel, sabes tan bien como yo el programa de lanzamientos. La *Ares II* no estará lista hasta dentro de cinco meses. Eso hace que la ventana de la órbita Honman está cerrada hasta dentro de 26 meses, como mínimo.

«No, no, no —se dijo Herbert—. Esto no va nada bien».

Él había estado en misiones peligrosas, en situaciones muy comprometidas, y sabía perfectamente lo que podía suceder con un grupo cuando la moral se venía abajo. El miedo se alimentaba de miedo, y eso solo era el principio del fin.

—Es mucho tiempo, es cierto —dijo—; pero podemos tener la seguridad de que enviarán una misión de rescate.

Jenny terminó por levantarse del asiento en el que estaba sentada. Luego, asustada de su movimiento, se detuvo y retrocedió hasta apoyarse en el respaldo. Miró al suelo y se retorció las manos. Luego levantó la vista y se dirigió a Herbert con una voz muy fría.

—¿De qué estas hablando Herb?, ¿de una misión de rescate? Sabes mejor que nadie que esa misión solo servirá para recuperar nuestros cuerpos. Lo más probable es que hayamos muerto todos antes de un año.

Herbert hinchó el pecho y habló llenando la cabina con su voz.

—Ahí es dónde te equivocas Jenny; vamos a sobrevivir.

El convencimiento y la energía acumuladas en esa voz hicieron que todos diesen un respingo.

Susana pareció salir del letargo en el que estaba y respondió rápida en un tono de voz demasiado alto, próximo al pánico:

—¿Cómo? Los sistemas de este módulo de descenso no fueron diseñados para mantenernos con vida durante los tres años de espera. Estamos a 191 millones de kilómetros de la Tierra, solos... ¿os dais cuenta?

Herbert la miró con tristeza.

—Siempre hay una forma de sobrevivir, Susana, y el primer paso es desearlo con intensidad...

—¿Tienes alguna idea en concreto?

—Debemos empezar a trabajar. Todos. Esa es ahora nuestra misión: sobrevivir, del mismo modo en que siempre han sobrevivido los hombres en situaciones difíciles como esta. Nuestra situación no es tan desesperada como parece a simple vista.

Luca, apoyado en un mamparo, contestó con una voz cargada de sorna.

—Ah, claro... no es tan desesperada... me encanta este tipo —dijo mientras miraba a los demás con sorna—. Me recuerda ese chiste de un geólogo, un físico y un matemático de viaje en Suiza. Un día ven una vaca negra al borde de un camino. Al regresar el físico dice: «En Suiza hay vacas negras»; el matemático «en Suiza hay una vaca que por su lado derecho es negra»; y el geólogo comenta: «todas las vacas suizas son negras».

Todos torcieron un poco el gesto imitando una risa, excepto Susana, que no dejó de mirar fijamente al suelo. Herbert le sonrió ampliamente al ingeniero.

—Soy geólogo, es cierto; pero se tener los pies sobre la tierra, Luca.

Fidel, hizo un gesto con las manos abiertas, como suplicando.

—Pero estamos en Marte, Herb. ¿Has mirado por la escotilla? Ahí afuera no vamos a encontrar oasis ni palmeras te lo aseguro. Soy el primero en necesitar la esperanza, pero...

Herbert volvió a mirar a Susana que seguía ensimismada, con la vista perdida en un punto indefinido, pero con un gesto muy tenso en los hombros y cuello. «Dios... —pensó—. Reacciona, vamos, reacciona de una vez».

Luego continuó hablando:

—No sé ahora mismo lo que tendremos que hacer exactamente, pero sé lo que no debemos de hacer. Hay que buscar, no podemos rendirnos.

—O morir en el intento —dijo Jenny en un susurro.

—O moriremos en el intento —repitió más fuerte Herbert, con una media sonrisa helada en el rostro.

Hubo un incómodo silencio que finalmente rompió Fidel. Se apretó las manos con fuerza en un intento de parecer calmado y razonable, aunque el terror le burbujeaba en la garganta conforme iba comprendiendo el auténtico alcance de su situación.

—¿Cómo... cómo solucionaremos lo del agua, por ejemplo, Herbert?

—Sabemos que la atmósfera de Marte contiene rastros de agua. Es solo cuestión de...

—Ah, claro —le interrumpió Jenny—, lo del agua está solucionado. Se necesita un aparato de varios millones de dólares para detectar una sola molécula de agua en la atmósfera marciana, pero sí, hay agua. Solo que tendremos que acostumbrarnos a beber poco. Y a respirar muy poco también.

—Quién dice la atmósfera habla del famoso permafrost que muchos aseguran que está en el subsuelo de Marte —explicó Herbert manteniendo la voz tranquila y cordial, a pesar del amargo sarcasmo de Jenny—, agua congelada a un par de metros de la superficie. Tenemos ocho toneladas de oxígeno licuado en los tanques, y casi lo mismo de hidrógeno. Oxígeno más hidrógeno es agua. Quién sabe... hay más posibilidades para la supervivencia que las que ahora podemos imaginar.

Luca le interrumpió también; descuidadamente, hablando como si la cosa no fuese con él.

—Olvídate del oxígeno líquido. Lo he comprobado. El hidrógeno sí parece estar bien, pero no puedo asegurarlo, la conexión eléctrica se ha cortado y tengo solo lectura indirecta por presión en el sistema de refrigeración.

—Bueno, Hidrógeno solo, ya se nos ocurrirá alguna manera de usarlo para conseguir oxígeno.

Jenny se rindió, asintiendo nerviosa. Quería creer en el optimismo de Herbert. Quería que le contagiara su esperanza de sobrevivir.

—Ok, muy bien, te escucho, ¿cuál es tu plan?, ¿por donde empezamos?

—Precisamente por esto, por lo que estamos haciendo ahora mismo; hacer un balance de nuestra situación. Baglioni, necesitamos hacer una lista minuciosa de nuestros recursos...

Baglioni, movió la cabeza como si no hubiera estado atendiendo a la conversación.

—Eso es fácil. Os puedo dar ya una idea general.

—Adelante.

—Cada uno de nosotros necesita diariamente, para subsistir en buen estado físico, dos kilogramos de oxígeno, dos de agua y un kilo y medio de alimentos. Esto significa que... —Luca consultó un dato en su *pad*—. Primero, disponemos de comida para seis personas durante cien días. Como ahora el comandante ya no está con nosotros y somos solo cinco, racionándola con cuidado, podríamos estirla hasta los quince meses. Como ves estoy siendo muy optimista.

—Sigue por favor —le apremió Herbert.

—Dos, gracias a los recicladores disponemos de agua suficiente para un par de años. Pero los recicladores necesitan energía, y los GTR se agotarán antes de un año. Se suponía que solo íbamos a estar aquí un mes. Lo siento, soy realista.

Herbert hizo un gesto con la mano invitándole a continuar.

—Bien, apúntalo. Necesitaremos otra fuente de energía y otra fuente de agua. Trabajaremos eso luego.

—Tres, el problema del oxígeno es aproximadamente el mismo. Y podemos aguantar con poca comida, racionando el agua, pero ni dos minutos sin aire.

—Estamos rodeados de oxígeno. Este maldito planeta esta completamente oxidado ¡Por eso es rojo!

—Bueno, en la atmósfera está en forma de dióxido de carbono. Podríamos separar el oxígeno mediante un proceso de electrólisis seca...; pero, claro, se necesita energía y...

—Y los generadores termoeléctricos se agotarán en tan solo un año.

—Exacto, necesitaríamos reducir nuestro consumo de oxígeno, pero al final el problema grave será el de la energía.

Fidel intervino. Había cierto brillo de esperanza en su mirada. Al igual que Jenny intentaba contagiarse del optimismo del geólogo.

—Tenemos que empezar a economizar energía desde ahora mismo.

Luca, a su lado, le replicó:

—Claro, podríamos reducir la calefacción al mínimo, meternos en nuestros trajes térmicos, apagar las luces y...

—¿Tres años viviendo dentro de nuestros trajes espaciales, en la oscuridad...? —dijo Jenny, hablando bruscamente, con una voz muy aguda.

—No suena demasiado bien ¿verdad? —dijo Luca—. Pues es la mejor de las opciones que preveo.

Herbert comenzó a pasear por el pequeño espacio libre entre las butacas y el mamparo posterior.

—Necesito cifras exactas, no aproximaciones. Ponte a trabajar en ello, Baglioni.

Baglioni le miró atónito. Sus ojos se nublaron con un chispazo de ira, pero al instante descubrió lo divertida que era la postura de Herbert, intentando hacerse cargo de un navío que se iba a pique. Incluso después de que el capitán se hubiera lanzado al agua.

Sonrió a la vez que ejecuta una parodia del bastardo saludo militar de los piratas de las viejas películas de la Metro. Se llevó dos dedos a la sien y gritó:

—¡Sí, Señor!

Jenny seguía pensando en lo que Luca había dicho y Herbert había aceptado tan tranquilo.

—¿Estáis hablando en serio? ¿Realmente pensáis que es posible aguantar varios años dentro de un traje espacial, sin luz...? Nos volveríamos locos... Completamente locos... ¡Dios mío!

—Hay una cosa que tenemos que empezar a asumir. Ya no somos una misión a Marte, somos náufragos. —Mientras decía esto, Herbert miró directamente a Susana. Herbert tenía los ojos muy negros y brillaban con intensidad casi fanática—. Debemos aceptar un alto grado de sufrimiento e incomodidad, cualquier cosa para sobrevivir; yo estoy acostumbrado a enfrentarme a situaciones difíciles. Así que, Susana, si quieres seguir vegetando, no te preocupes. Yo me haré cargo de todo.

Hubo un pequeño silencio. Luca alzó la vista de la computadora y se quedó contemplando la escena con morbosos interés.

Susana y Herbert se miraban. Y los ojos de la chica eran todo menos amistosos.

Durante un instante pareció que no iba a decir nada, que iba a seguir con su desesperado alejamiento. Luego, torció la boca en una sonrisa sardónica.

Los demás miraban a Herbert, de pie, con los brazos apoyados en las caderas hasta que Jenny, justo detrás, rompió el silencio:

—Dime Herbert... ¿debemos empezar a llamarte «señor» a partir de ahora?

Herbert no le respondió. No apartó ni un milímetro sus ojos de los de Susana.

«Reacciona —pensaba con intensidad—. Reacciona porque te necesitamos...».

Pero, por supuesto, no podía decirle nada. No en público. El mando lo tenía ella, lo debía asumir ella por sí sola. No podía recibirlo de él.

Herbert tenía muy clara la situación. El siguiente en el mando, después de Susana, era Luca Baglioni. El ingeniero era demasiado individualista y cínico como para mantener al grupo unido. Pero estaba seguro de que tampoco le respetaría a él como su superior.

Tenía que ser Susana.

Con el comandante muerto, era ella la siguiente en la escala de mando.

«Lo siento, chica, te ha tocado».

Susana dejó de sonreír y se puso lentamente en pie.

Miró a Herbert como si pudiera leerle la mente.

—Gracias Herb —dijo—, pero, como tú mismo has dicho, ahora soy la comandante de la misión... o del grupo de náufragos, como prefieras.

—Si me permites...

Susana interrumpió a Herbert con un gesto y se dirigió a Luca:

—Baglioni, quiero ese inventario detallado de todo cuanto poseemos, y tus cálculos de cómo sería posible estirar nuestros recursos al máximo posible. Y algo muy importante: tenemos que averiguar qué ha sucedido. Fidel, ¿dónde nos hemos estrellado, cuál es exactamente nuestra posición ahora?; tú te ocuparas de eso. Jenny, necesitamos más espacio para movernos. Las literas de aceleración ya no nos serán necesarias. Desmóntalas.

Herbert no había dejado de mirar a Susana en todo momento. Sonreía, una sonrisa muy ancha, cálida y aliviada.

—¿Y yo? ¿Tienes algún trabajo que yo pueda realizar?

—¿Alguna idea de cómo obtener los recursos que nos van a faltar del propio suelo marciano?

Herbert asintió.

—Me pondré a trabajar inmediatamente en eso.

Todos comenzaron a hacer cosas siguiendo las órdenes de Susana, cambiaron de posición en el pequeño espacio disponible en la *Belos*, encendieron paneles de ordenador o trastearon en busca de herramientas.

Solo Susana y Herbert permanecieron en sus posiciones anteriores. Susana le habló al geólogo en un tono de voz suave mientras le miraba intensamente:

—Herbert...

—¿Sí?

—Gracias.

—Soy demasiado perezoso para hacerme cargo de esto. Y me gusta recibir órdenes...

Por segunda vez Herbert sonrió y Susana tuvo que admitir que tenía una sonrisa muy hermosa, que esa es su expresión natural y no el ceño fruncido y la voz potente que había mostrado antes. Ella también sonrió, desde muy dentro.

—Eso lo vamos a comprobar pronto. Anda, ponte a trabajar.

La cabina de la *Belos* ya estaba prácticamente libre de butacas. Jenny y Susana trabajaban con las llaves fijas, desmontando la última de ellas.

Baglioni, sentado en una esquina, seguía atareado con su *pad*; un modelo de ingeniería con bastante más potencia que los normales. El ingeniero introducía en la pequeña máquina órdenes verbales y furiosas combinaciones de pulsaciones en los receptores táctiles del aparato. De vez en cuando tomaba el lápiz óptico y dibujaba algo en la pantalla.

El primer día marciano había pasado y, afuera, tras el parabrisas, era noche cerrada. Para Luca, enfrascado en un inventario exhaustivo y en depurar los cálculos de aire, agua y alimento disponible, había desaparecido Marte, la *Belos* y todo lo que no fuera la limpia ruta que había trazado por medio de la masa de datos del problema.

Para él siempre había sido así. Solo esos momentos de concentración excelsa compensaban los aburridos inconvenientes del mundo.

Dio una última pulsación y la hoja de cálculo se puso a interpolar una compleja curva de cuatro dimensiones cuyo máximo iba a determinar el mejor uso de los recursos de que disponían.

Tras pulsar la orden, Luca advirtió lo agotado que estaba. Miró en derredor y descubrió que era ya de noche. A pesar que había descabezado un sueñecito a media tarde, empezaba a acusar el cansancio.

Los ciclos vitales de la *Ares* estaban ajustados a Marte y tan bien calculados que coincidían con los que encontrarían en el momento del amortizaje. El día marciano solo era un 2.5% más largo que el de la Tierra. Aquel planeta era, desde luego, el más parecido a la tierra de todo el Sistema Solar. Ningún otro presentaba la combinación de características cuasi-soportables. Luca miró un momento al parabrisas, afuera la noche era intensa. Debido a las luces de la *Belos*, no se veía más que una negrura muy espesa. Estuvo tentado de acercarse al cristal y pegar la cabeza hasta ver las estrellas, que deberían brillar con furia en aquella atmósfera tan débil.

En ese momento una llamada de atención le indicó el fin del cálculo. Luca sacudió la cabeza y volvió a enfrascarse en el *pad*.

—¿Sabes ya qué pasó? —le preguntó Susana.

Luca levantó un momento la vista del pequeño ordenador y le sonrió.

—¿Tú qué crees?

Susana continuaba mirándole sin ni siquiera insinuar una sonrisa. Al fin Luca dejó de trastear con el panel y la miró directamente.

—Sí. Control de Misión ha enviado un par de posibilidades, pero son erróneas. Las he comprobado.

—Ilumíname con tu sabiduría.

Luca sonrió, esta vez menos socarronamente.

—Bueno, tenemos el registro de una hora atrás en instrucciones procesadas por las cuatro computadoras de a bordo.

En la pantalla apareció un larga lista de códigos.

—El fallo fue una cadena de órdenes erróneas en bucle que cortaron la alimentación de todas las barras de potencia a la vez, incluida la de emergencia. Sí, ya sé que eso en teoría es imposible, pero he visto la cadena y sí, es endiabladamente improbable pero posible. Hubo un fallo anterior, algo que hizo que todo derivase, en cascada, en esa situación de apagón en los sistemas. He retrocedido atrás y creo haber detectado una interpretación errónea por parte de C4 en el nivel de KVA consumidos en la barra principal.

—Resumiendo...

—Un fallo en la medida de consumo en la barra principal de potencia fue procesado por C4. La medida indujo una cadena de modificaciones que fueron ampliándose hasta enredar en el problema a los cuatro ordenadores y terminar por un bucle de desconexión del sistema.

—Y para cuando los ordenadores se recuperaron, no tenían información de altitud, ya era tarde para seguir con la operación en automático ¿no?

—Básicamente sí. Los inerciales no tenían referencia y por tanto el sistema de equilibrio automático de la nave se fue al traste.

Susana sintió la rabia quemarla por dentro, pero la aplacó, no le servía de nada.

—Un error de *software*.

—Se sabía que podía haber esa posibilidad. Es imposible probar todas las respuestas de un programa, sobre todo uno complejo como este. Acordaros de los fallos que tuvo al inicio la estación espacial internacional, el *software* casi la derriba.

—Ya, pero aquello fue debido a que no se decidió usar el sistema operativo ruso, mucho más estable aunque de diseño anticuado.

Susana asintió. No valía la pena atormentarse con eso; que los técnicos de la Tierra se echaran las culpas uno a otro. Para ellos, ahora, lo único importante, era decidir qué iban a hacer a continuación.

En la proa, Fidel, levantó la vista de la pantalla sobre la que estaba trabajando.

—Susana, mira esto un momento.

—¿Qué sucede?

Susana se acercó a Fidel. Este le señalaba un mapa tridimensional en el monitor.

—Sé dónde estamos. Nos hemos desviado bastante del punto previsto de aterrizaje. Estamos exactamente aquí, en el ecuador del planeta, cerca del punto de latitud cero.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? El localizador no funciona.

Susana frunció el ceño sin dejar de mirar el mapa.

Fidel se levantó y caminó hasta la escotilla derecha. Estaba un poco empañada, el

sistema antivaho parecía tener un fallo en ese cristal.

Fidel limpió el vaho con la mano y le señaló el exterior a Susana.

—Mira esa quebrada frente a nosotros, ¿ves la línea montañosa?

Susana se echó encima del cristal e hizo pantalla con las manos.

Afuera había débiles líneas que podrían ser dunas y rocas, pero no estaba segura. Siguió el terreno con la vista hasta que se encontró con las estrellas. Había muchas y brillaban sin titilar, fijas y firmes en la débil atmósfera de Marte. Distinguió una sutil línea quebrada que separaba las estrellas de una negrura mucho más profunda.

Al fin se volvió hacia Rodrigo sin comprender.

—Es la vertiente norte del Valle Marineris —le explicó este.

—¿Estás seguro?

—Sí, mientras descendíamos las cámaras automáticas hicieron varias fotos.

—Muéstramelas.

Rodrigo regresó a la consola que ocupaba antes. Tecleó algo y empezó a operar con el dedo sobre la pantalla táctil. Al fin la pantalla se iluminó con una imagen desde el espacio de una zona de Marte. La resolución era muy alta. Se veían grietas enormes, cráteres y dibujos serpenteantes. Justo en el centro había un cañón enorme, una grieta de colosales proporciones que más parecía la huella de un enorme hachazo dado a la superficie del planeta que un accidente natural.

Rodrigo manipuló un cursor y la imagen aumentó hasta que los accidentes del valle se hicieron más detallados. Luego, cuando la resolución bajó, cambió a una larga serie de fotografías, desde cada vez menor altura.

—Es increíble.

Rodrigo siguió pasando imágenes. Se detuvo en una.

—Sí que lo es. Y hay más. Fíjate en eso.

—Eso parece... un banco de niebla permanente... ¿En el fondo del Valle?

—Sí, y es justo en el punto más cercano a nosotros... No estaría mal que la *Ares* sondeara esa niebla con un espectrómetro. Podría ser vapor de agua.

—Necesitaríamos algo más que un poco de neblina para sobrevivir. Eso si es agua... claro.

Susana levantó la vista y miró directamente a los ojos marrones del exobiólogo. Este mantuvo la mirada. Ella era su comandante, parecía decirle en silencio, de ella dependían las vidas de todos. Ella debía dar con las respuestas.

Por un momento se sintió superada por todo aquello. Pensó que no iba a ser capaz de afrontar lo que quedaba por llegar. El peso de las decisiones por tomar crecía y la aplastaba...

Esa sensación duró solo un momento, luego, esa determinación salvaje que siempre le había animado la electrizó. Endureció la mandíbula, apoyó la mano en el hombro de Fidel y apretó para transmitirle algo de esa energía.

—Pero lo vamos a conseguir.

Un poco más allá, Jenny trabajaba desmontando las literas. Decidió ayudarle para

tener ocupada su mente en algo sencillo.

Herbert se acercó a Jenny y Susana que trajinaban con las tuercas que mantenían la última litera de aceleración sujeta al suelo.

—¿Puedo ayudaros?

Susana se limpió el sudor de la frente con la manga del mono.

—Podemos hacerlo solas, gracias. Tú tienes tu trabajo.

—Bueno, tengo algunas ideas que quería comentarte... —dijo Herbert.

Susana bajó la cabeza y se esforzó con el anclaje de la litera.

—Muy bien, ¿de qué se trata?

—Como sabéis, la atmósfera de Marte es casi en exclusiva dióxido de carbono. Oxígeno y carbono.

—¿Hay alguna forma de aprovecharlo?

—Eso creo. Había un diseño de misión alternativo a este, no sé si lo recordáis. Se llamaba Marte Directo y se basaba en usar hidrógeno para producir *in situ* Oxígeno y Metano a partir de la atmósfera de Marte. A nosotros el metano no nos sirve para nada, pero el oxígeno y el subproducto de la reacción, el vapor de agua, sí. Se llama reacción de Sabatier y se trata de combinar dióxido de carbono e hidrógeno para obtener metano y agua. El agua se puede descomponer electrolíticamente y obtener oxígeno e hidrógeno que se puede rehusar para continuar el proceso.

Jenny y Susana interrumpen un momento su tarea y miraron a Herbert con algo de esperanza.

—¿Has dicho agua?

—Sí, Tengo un esquema de todo el proceso, ¿queréis verlo?

—¡Por supuesto que queremos verlo!

Herbert le pasó su *pad* a Susana que lo estudió con mucho detenimiento. Jenny se mantuvo expectante, con la llave en una mano y mirando a Herbert y Susana.

—Hay algo que no entiendo en todo esto... ¿De dónde vas a sacar la energía? Se necesita comprimir el dióxido de carbono, y también electricidad para escindir el agua. Creía que ese era precisamente el problema.

—No necesitaríamos los generadores termoeléctricos. Esa es la mejor parte.

—¿Con qué la obtendríamos entonces?

—¿Recuerdas que el motor del *rover* usa una pila catalítica que funciona con hidrógeno e oxígeno? Podemos usar parte del oxígeno de soporte vital para alimentar la pila. No necesitaríamos mucho, y al final lo recuperaríamos con creces, acompañado de agua y energía.

Susana se volvió hacia Luca con rapidez.

—¿Luca?

—¿Sí, Susana?

—¿Has escuchado la idea de Herbert?

—Sí.

—¿Qué opinas?

—Sigo pensando que nuestro geólogo es un optimista. No sabemos en que estado han quedado los tanques de combustible tras el choque. La lectura que tengo del hidrógeno no es fiable. El sistema eléctrico está interrumpido y no recibimos señal de ellos.

—Supongamos que están intactos —dijo Jenny—. En algún momento se debe acabar nuestra mala suerte.

—En ese caso su idea podría funcionar, pero tendremos que improvisar a partir de los sistemas de refrigeración y las turbobombas de expansión de la *Belos*. No es fácil.

Susana terminó de aflojar la tuerca en la que no había dejado de trabajar. Al fin la butaca quedó libre. Se puso en pie y con un solo movimiento enérgico la separó del suelo.

—Lo fabricaremos —dijo—. Disponemos de las herramientas necesarias para hacerlo.

Herbert sonreía; sentía el camino de nuevo bajo sus pies. En realidad nunca había dejado de percibirlo. Tenía cada vez más la sensación de deslizarse, de que alguien o algo lo llevaba de la mano. Eso estaba bien, así no tenía espacio para el miedo, para la incertidumbre.

Al fin Luca hizo un expresivo gesto encogiéndose de hombros y regresó a sus cálculos.

Susana se volvió lentamente. La cabina estaba iluminada por luz blanca. Las butacas apiladas en el centro del habitáculo completamente desmontadas. Los cojines estaban siendo separados de la estructura por Jenny, podían ser usados como colchón. Luca continuaba atado a su ordenador. Fidel calentaban algo de sopa en envases plásticos.

¿Era esa la vida que les esperaba? ¿Encerrados en aquel habitáculo durante días, meses, atendiendo a las órdenes de la Tierra? ¿Quizá explorando lo que pudieran para que sus muertes no fueran en vano? ¿Quizá matándose unos a otros de terror y desesperación? Aquel era el final de un camino, uno muy largo de muchos años y muchos millones de kilómetros. Todo para terminar varados en el polvo rojo por culpa de un medidor de potencia que costaría unos pocos cientos de dólares.

—Baglioni y Herbert, idos preparando para EVA —ordenó Susana—. Sacaremos todo esto al exterior y podréis echarle un vistazo al estado de los motores.

Luca y Herbert asintieron con rigidez y comenzaron a prepararse. Luca revisó los sistemas de la esclusa de aire mientras Herbert sacaba los trajes de un armario.

Eran escafandras adaptadas a Marte, de color blanco, que contenían un sistema calefactor y otro de soporte vital, todo controlado por un ordenador integrado en el casco.

Herbert activó la rutina de chequeo y, a la vez, revisó el estado general del traje dándole vueltas, palpando la tela de aramida reforzada y probando los cierres y válvulas.

Jenny se acercó a Susana que estaba ocupada mirando como Luca revisaba los sistemas de la esclusa.

—Yo iré con ellos.

—No es necesario.

Jenny se retorció las manos como si le dolieran, y miró de reojo al bulto tapado por la manta térmica, en un rincón de la cabina.

—Mientras desalojan toda esta chatarra yo prepararé una tumba para André.

Luca, que había terminado de revisar la esclusa y se dirigía a donde Herbert estaba ya poniéndose un traje, se detuvo con brusquedad y miró a Jenny con asombro.

—¿Una tumba? ¿Qué sentido tiene eso? Simplemente dejemos el cuerpo del comandante en el exterior.

Jenny miró durante un par de segundos a Luca y respiró profundamente. Cerró los ojos, como si buscara las palabras dentro de los párpados, y luego habló calmada, con voz suave:

—Herb dijo que éramos náufragos. Es posible, pero también somos civilizados. Si perdemos ese punto de contacto con nuestras creencias pronto empezaremos a comportarnos como animales.

—Con nuestras supersticiones, querrás decir. Jenny, el perder tiempo y energías cavando una tumba inútil no nos ayudará a sobrevivir. Debemos ser prácticos, aprovechar hasta la última partícula de nuestros recursos.

—Ok, Luca. Nadie te ha pedido ayuda para esto. Puedo hacerlo yo sola.

—Un momento, un momento los dos —intervino Fidel—. Escuchadme. No creo que estemos en situación de asumir la responsabilidad de sacar el cuerpo del comandante al exterior.

Jenny se volvió hacia el exobiólogo y este vio en sus ojos, por primera vez, una furia que no imaginó que estuviese allí.

—¿Por qué no?

—Contaminaremos para siempre este planeta. Un cuerpo humano está lleno de bacterias de todo tipo. Ningún experimento destinado a encontrar rastros de vida en Marte será fiable a partir de ese momento.

Susana se dirigió a Fidel:

—¿Crees que las bacterias terrestres pueden sobrevivir en el ambiente marciano?

—Las bacterias son capaces de hacer las cosas más increíbles.

Luca se acercó a Herbert que estaba terminando de ajustarse el traje y le ayudó con un par de cierres. Luego sonrió torciendo el gesto, como era habitual en él.

—Demasiado tarde entonces. Llevábamos varios experimentos hidropónicos en el hangar y sus restos ya deben de haberse esparcido, arrastrados por el viento, por toda la llanura de Chryse. A partir de ahora los exobiólogos tendréis que aprender a distinguir entre las bacterias que trajimos de la Tierra y las de Marte, si es que existen.

—¿Es eso cierto? —preguntó Susana.

—Al parecer sí.

Luca empezó a embutirse en su propio traje. Su pie tropezó con una pernera y, de no ser por Herbert se apresuró a sujetarlo, hubiera terminado de bruces en el suelo. Mientras lograba meter la pierna en el traje dijo:

—¡A la mierda con las bacterias! Vamos a morir aquí, no pretenderéis además, teniendo cuidado de no contaminar el planeta.

Jenny se volvió hacia Sánchez y le preguntó con una voz tranquila y convencida:

—Susana, ¿tengo tu permiso para salir afuera y enterrar de una forma cristiana al comandante?

Susana la miró un momento. Primero con intensidad, luego pareció pensárselo mejor, relajó el gesto y asintió con la cabeza.

Luca, que ya estaba dentro del aparatoso traje, parecía un gran gorila, blanco y furioso.

—¡Qué tontería! —dijo.

Ignorando sus comentarios, Jenny se embutió en su propio traje. Como ajuste final se calaron los cascos y comprobaron que el ordenador y la radio funcionaban.

Jenny, Herbert y Luca se metieron en la esclusa acompañados por el cadáver de Vishniac y la primera remesa de literas.

No se les veían los rostros tras el cristal protector. Susana y Fidel los vieron desaparecer tras la escotilla de presión. Parecía que iban a partir para un viaje muy largo y solo iban a cruzar el delgado espesor del fuselaje.

En cuanto la puerta se cerró, el silencio se hizo agudo, hiriente. Susana se acercó a Fidel imperceptiblemente. Los dos miraban el indicador de presión en la esclusa.

Comenzó a oírse el ruido de las bombas extrayendo el aire.

Al fin la presión marcó cero y se encendió el testigo de escotilla exterior abierta.

Susana miró a Fidel y se dio cuenta de que el biólogo estaba conteniendo el

aliento. Fidel le devolvió la mirada. Estaba tranquilo. Había mucha tristeza en sus ojos marrones, en su gesto cansado.

Susana apartó la vista. No podía seguir mirando a Fidel, era un espejo demasiado fiel de cómo se sentía ella por dentro.

En el interior de la esclusa no había mucho sitio. Jenny, Herbert y Luca estaban codo con codo y presionados por las piezas de las literas. Solo el cadáver del comandante parecía estar sin apreturas, tendido en el suelo dentro de la manta térmica transformada en mortaja.

Jenny, antes de cerrar sobre su cabeza el saco térmico, inspeccionó el cadáver. El rostro estaba ya lívido, amoratado dónde había recibido golpes y con una expresión extraña, a medias cansada, a medias estupefacta. A pesar de que, como médico estaba acostumbrada a tratar con la muerte, el ver aquel rostro de tan cerca le había impresionado.

Al fin, tras revisar los bolsillos y extraer del cadáver todo aquello que pudiera serles de interés, cerró la manta térmica y respiró aliviada.

Costó arrastrarlo hasta la esclusa. Nadie lo mencionaba, pero era incómodo el tacto del cadáver, ese peso muerto que una vez se había movido por su propia voluntad de máquina orgánica.

Las bombas succionaron el aire hasta dejarlo en un 1% de la presión terrestre, la presión en la atmósfera de Marte. Los trajes funcionaban con un suave susurro de aire fresco. Se mantenían calientes gracias a las estructura microtubular y por capas de la tela, que lo convertía en un magnífico termo capaz de conservar el cuerpo caliente con pocos aportes de energía. Solo así podrían soportar las temperaturas en el exterior, inferiores a los 70 grados bajo cero.

Al fin se encendió la señal de presión ecualizada y la de apertura libre. Herbert agarró el mango de la compuerta pero se detuvo sin accionarlo. Miró a Luca y luego a Jenny. Los dos asintieron con la cabeza. Herbert aún se lo pensó un instante. Luego dio un tirón decidido al metal y abrió la puerta.

Afuera estaba Marte. La primera impresión que tuvo fue de aridez. Bajo la *Belos* había una gran llanura arenosa de la que surgían formaciones rocosas de tamaños variados. La llanura no era regular, se ondulaba en colinas, pequeñas dunas y estaba salpicada de rocas medio enterradas. Todo lo que le rodeaba tenía un color teja vieja, un rojo que debido al sol poniente viraba rápidamente hacia el marrón.

Herbert había visto muchas fotos de Marte, le era casi familiar. Intentó dar un paso y descubrió que no podía, todavía no. Respiró hondo y se repitió una y otra vez que aquello era Marte, que tenía que bajar los peldaños. Había un ligero viento que le arrojó arena al visor. Eso le sorprendió y le hizo salir del asombro. Pisó el primer escalón, se detuvo y miró al horizonte. Atrás, ocupó su puesto en el marco de la puerta, Jenny.

—Mira Herbert, el cielo.

Herbert levantó la cabeza y miró dónde señalaba. En medio de un cielo de color

rosa suave el Sol era un punto blanco rodeado de un intenso y bellissimo halo azulado. Ya sabía que las puestas de sol en Marte eran desconcertantes. El color normal del cielo marciano se debía al polvo en permanente suspensión que absorbía todas las longitudes de onda menos el rojo. Las partículas de polvo también dispersaban algo de luz azul, pero muy poca. Solo cuando el Sol descendía hasta el horizonte y sus rayos tenían que atravesar grandes espesores de atmósfera ese azul se hacía visible en un halo alrededor de la corona solar.

Herbert sonrió. En Marte el color del crepúsculo es el azul y el cielo diurno rosado, justo al revés que en la Tierra.

Al fin despegó los ojos del horizonte. Sentía que habían pasado horas aunque en realidad había transcurrido menos de un minuto. En el monitor integrado en el visor del casco estudió sus parámetros médicos.

El corazón le latía a 120 pulsaciones por minuto.

«Solo son dos escalones más». Sin pensarlo los descendió y sus botas se hundieron ligeramente en el polvo marciano.

—Felicidades Herb —escuchó la voz de Luca en los auriculares—, eres oficialmente el primer hombre en Marte.

Herbert sabía que eso no significa nada, ser el primero, el segundo, es lo de menos porque el camino no se recorre nunca en contra de los demás. El camino es solitario.

Solo que era cierto, era Marte y estaba sobre él; y sus botas se hundían en la arena y tropezaba con sus rocas. Le parecía que siempre hubiese estado allí. Su vida es ese momento, los primeros pasos por un planeta que no es la Tierra, el descubrimiento y el viaje.

Recordó entonces, con una intensidad enfermiza, el momento en la sabana africana en que vio a Marte aparecer con el crepúsculo, una débil luz rojiza ocultándose tras el horizonte, esquiva y lejana.

Herbert se arrodilló y tomó un puñado de arena con la mano. Era muy fina y se escurrió entre los dedos del guante hasta flotar arrastrada por el viento. Luca y Jenny ya estaban abajo y se movían arrastrando piezas de las literas.

—Ey, héroe —le dijo Luca—. ¿Qué tal si arrimas un poco el hombro?

Dentro de la *Belos*, Fidel y Susana miraban atentamente por la escotilla. Primero vieron vacilar a Herbert, y al fin le vieron pisar Marte.

Luego, los tres astronautas se concentraron en deshacerse de las literas.

Susana se volvió hacia Fidel. Como ella, estaba emocionado.

Afuera, entre Herbert y Luca, bajaron el cuerpo de Vishniac, un bulto de metal dorado que depositaron sobre la arena.

Jenny ya había elegido un lugar para cavar y Herbert se acercó a ella mientras Luca se perdía de vista.

Luca revisaba el exterior de la nave. Había sufrido mucho, eso era evidente.

Todos los patines de aterrizaje estaban colapsados. El ala derecha tenía una rotura que casi la había partido en dos; y la zona trasera era un amasijo de grietas y aplastamientos.

«Si hubiésemos chocado contra la roca que hizo eso con el morro, y no con la cola, no estaríamos ya vivos» —pensó con regocijo.

Revisó cuidadosamente la estructura principal buscando grietas, algún indicio de tensiones que pudieran romper el doble casco del habitáculo. No parecía haber ninguna, la nave había aguantado bien el castigo.

Cuando terminó de rodearla, descubrió a Jenny y a Herbert esforzándose con la pala. Tras el lecho de arena comenzaba una zona pedregosa en la que la pala no podía hundirse.

«Estúpidos —pensó, pero su naturaleza de ingeniero no podía dejar pasar una solución a un problema».

—Hay que enterrarle con piedras.

Herbert asintió comprendiendo. Colocaron el cadáver en el pequeño lecho que habían excavado y comenzaron a apilar piedras sobre él.

Al poco habían cubierto por completo el cadáver.

El Sol aún brillaba en el horizonte, pero la atmósfera se enturbiaba rápidamente. El viento había aumentado de intensidad y comenzaba a ser algo muy molesto que les empujaba y arrojaba arena y polvo contra los visores dejándoles medio ciegos.

Herbert contempló como el paisaje se diluía lentamente en una sopa de rojo turbio.

Luca le hizo una señal a Herbert que este apenas alcanzó a distinguir.

—Herb, ven y mira.

Mientras Jenny terminaba la tumba, los dos hombres caminaron hacia la parte trasera de la nave. La visibilidad disminuía rápidamente. Para no perderse tuvieron que rodearla tocando con la mano el metal del fuselaje.

En cabina, Susana y Fidel los perdieron de vista. Al fin Fidel dejó de mirar hacia fuera y se dirigió a Susana.

—Baglioni tiene razón. Enterrar al comandante es una tontería.

Susana no respondió y siguió mirando fuera, donde cada vez se distinguía menos. Vio a Jenny rezando o haciendo algo al lado de la tumba, una figura pequeña, un insecto blanco zarandeado por el vendaval.

—¿Qué opinas de la idea de Herbert, Susana?

—Si hay una posibilidad de que funcione, la haremos funcionar.

—¿Sabes lo que pienso? Creo que Herbert es sinceramente optimista, pero tú... Estás en tu papel, asumiendo toda la responsabilidad que la muerte de André ha dejado caer sobre tus hombros. Entiendo que eso debe de ser muy duro ¿no? Tu posición es la más difícil de todas.

Al fin Susana abandonó la escotilla y miró a Fidel, recostado contra un panel.

—¿Crees que soy pesimista?

—Creo que eres una mujer muy fuerte y que sabes lo que hay que hacer en un momento como este. Si aceptáramos que estamos ya muertos, que no hay ninguna esperanza, ¿en qué nos convertiríamos?

—No soy fuerte, te lo aseguro.

—Pues lo pareces.

Susana hizo una mueca y desvió la vista hacia sus manos que jugueteaban con la cremallera de su mono.

—He pasado toda mi vida fingiendo que sí lo era y eso te da cierta práctica. Pero ahora mismo estoy aterrorizada. No se lo digas a los demás cuando regresen.

Susana levantó la vista y sonrió. Por primera vez en mucho tiempo Fidel vio como esa sonrisa no era forzada, era un gesto cómplice y muy sincero y le iluminaba el rostro con una llama de tristeza y resignación.

—Será nuestro secreto ¡vaya! Ojalá tuviera tu aplomo... yo necesito la esperanza. Mi cabeza de científico me dice que no tenemos salvación, pero no puedo escucharla, aún no estoy preparado.

—Lo tienes Fidel... lo estas haciendo muy bien.

—No es solo el miedo. Quiero confesarte algo. En mi caso no estoy tan seguro. Hay algo que me aterra tanto como la posibilidad de morir... y es perder la serenidad... dejarme llevar por el pánico. He estado a punto en un par de ocasiones ya.

—Eso no va a suceder, Fidel. Si llega ese momento sabrás reaccionar tan bien como cualquiera de nosotros. No todo el mundo se metería dentro de una nave como la *Ares* y dejaría que lo lanzaran al espacio durante tres años.

—Yo no soy un hombre valiente, te lo aseguro. No soy un Herbert, ni un Luca. Pero mi curiosidad científica es más fuerte que yo. Ahora mismo estoy sufriendo por no tener a mano mis equipos y ponerme a trabajar. Por eso entré a formar parte de esta misión. ¿Qué exobiólogo rechazaría algo así? Pero y tú; ¿cómo llegaste hasta aquí?

—Con mucho esfuerzo. No era un joven talento como Baglioni, ¿sabes? Tuve que pelear y esforzarme para dar cada paso en el camino que conducía hasta este lugar... Sí, tuve suerte... mucha suerte, vaya.

Fidel sonrió a su vez. Un exobiólogo sin instrumentos y una piloto sin avión varados en Marte. De nuevo la parte científica, la pasión de su vida tomó las riendas y comenzó a elucubrar con lo que será de sus cadáveres cuando Marte los matase, qué consecuencias tendrá para la posible biosfera esa contaminación brutal.

Tuvo que parar mientras notaba como las lágrimas se agolpaban justo detrás de los ojos, lágrimas con sabor a pastel de manzana los domingos, a gritos de niños persiguiendo al perro, a manga de riego lavando el todo terreno y el olor fragante de su mujer en el hueco de la almohada.

Afuera unas manos enguantadas colocaban la última piedra de la improvisada tumba en Marte. La primera. Todo era nuevo en ese mundo, hasta la muerte.

Los tres astronautas rodeaban la estructura en forma de cruz que Jenny había alzado. El viento arreciaba y apenas se veía dos pasos más allá. El Sol casi se había ocultado.

La voz de Baglioni seguía siendo cortante aún filtrada por la radio del traje:

—¡Estupendo Jenny! Algún día construirán un monumento aquí. ¿Nadie quiere decir unas palabras? Seguro que serán grabadas en una placa...

Herbert le contestó:

—¿Por qué no las dices tú, Luca? Eres el genio de la misión.

—¿Por qué no? Qué os parece esto: «Aquí yace André Vishniac, nacido en la Tierra, que recorrió un largo camino, en la vida y el tiempo, para venir a morir a este desolado lugar...».

Jenny se agachó en la tumba y tomó un puñado de tierra. Elevó la mano y lo deja caer. El viento lo arrastró.

—Yo diré unas palabras. Las escribió el doctor Wilson poco antes de morir junto a Scott, en la Antártida.

Herbert activó la cámara del casco y comenzó a grabar.

—Muy oportuno —dijo Luca.

—Este fue el pensamiento que se forjó en nosotros —empezó Jenny—, el silencio que a un tiempo nos quemaba y helaba: Aunque los secretos deban estar escondidos hasta que Dios los quiera revelar al hombre, quizá seamos nosotros los que Dios ha destinado para ver por vez primera el corazón oculto tras la Barrera de Hielo. Bajo el calor del Sol, bajo el brillo radiante que lanza sobre ella su rayo, mientras nos abrasa y nos hiela hasta los huesos la ventisca rabiosa con sus mordientes besos.

Mientras Jenny recitaba, Herbert miró a su alrededor.

—Qué desastre —pensó.

El purísimo paisaje de Marte había quedado dañado por su presencia. El enorme surco abierto por la nave y las piezas de las literas esparcidas por doquier, les daban la sensación de haber traído con ellos la contaminación y la basura a un mundo incólume.

Y rodeando aquella tumba, aquel montón de piedras que guardaba el cuerpo de André, comprendió que habían traído también la muerte.

—¿Dices que en la Tierra tienen una teoría de por qué nos estrellamos? — preguntó Susana a la imagen de Lowell en la pantalla.

Fidel, a su lado, también estaba atento a las palabras del inglés.

—Solo teorías —dijo Lowell—, pero algunas muy intrigantes...

—¿En que sentido?

—Como sabes, Marte carece de campo magnético planetario.

Fidel le interrumpió:

—Existen anomalías magnéticas y gravitacionales localizadas. No hay una explicación convincente para esto... Pero ¿qué tiene que ver con...?

—He detectado desde la *Ares* que la más potente de esas anomalías está cerca del punto donde os habéis estrellado. En el fondo del valle Marineris. Se trata de algo tan potente y localizado que muy bien pudiera haber afectado a la operación de los chips en la *Belos*. En la tierra han estudiado la hipótesis de Baglioni, y están básicamente de acuerdo, solo que el error en el programa fue externo, no un fallo de programación. Al parecer hubo un array de bits que cambiaron de cero a uno espontáneamente y eso indujo la lectura errónea en la señal de potencia. Y hay algo más.

—¿De que se trata?

—Oculto bajo esa niebla hay algo. No sabemos lo que es, pero no hay duda de que se trata de algo extraño que coincide con la anomalía magnética... Echadle un vistazo vosotros mismos. Os estoy transmitiendo los datos.

En la imagen en el monitor apareció una indicación de que estaban recibiendo un paquete de datos.

El ruido de la puerta exterior cerrándose hizo sobresaltarse a Susana y a Fidel. Al poco escucharon las bombas dando presión a la esclusa de aire.

—Herbert y los demás están entrando —dijo Susana—. Continuaremos más tarde, Lowell.

Susana dejó la conexión abierta mientras seguían llegando los datos, pero Lowell desapareció de la pantalla.

Al fin se abrió la compuerta interior y entraron Jenny, Luca y Herbert. Los trajes desprendieron un vaho muy frío. Estaban manchados de polvo rojo. Se quitaron las escafandras y respiraron fuerte, como aliviados de dejar de respirar la mezcla de los trajes.

—¿Cómo ha ido todo? —les preguntó Susana mientras les ayudaba a quitarse los trajes. Jenny dio cabezazos indicando que bien.

—Bien —habló Baglioni, a medio camino de quitarse el casco— Herbert ha recogido algo.

Herbert mostró un pequeño recipiente lleno hasta la mitad de hielo. Lo sacudió ante los ojos de todos para que observen como se había licuado en parte.

—Es hielo, es auténtica agua helada. La descubrí al lado de la tumba. Es el famoso permafrost. Existe de verdad. Todo el subsuelo de Marte debe ser de agua helada. Este planeta no es tan seco como pensábamos...

Susana y Fidel fruncieron el ceño. Herbert no parecía muy entusiasmado cuando hablaba.

Fidel tomó el recipiente y lo miró desde más cerca, entusiasmado. Por un momento olvidó por completo su situación actual. ¡Agua! Allí podría haber vida, esporas, bacterias congeladas que estarían volviendo a la vida en ese preciso momento.

—Agua, al fin era cierta la vieja teoría de que los mares de Marte se congelaron.

—¿Y cómo vamos a calentar el agua que necesitamos? —preguntó Jenny con amargura—. ¿Aplicándole las manos desnudas?

Susana ignoró el agua y se dirigió directamente a Luca.

—Eso es estupendo, tenemos una nueva fuente de agua... ¿Comprobásteis en qué estado se encuentran los motores y los tanques?

Luca dejó de esforzarse en sacarse una bota y desvió la mirada de Susana mientras hablaba.

—Ya no hay motores, Susana, ni tanques de combustible. Debieron desprenderse durante el choque. Fue un milagro que no estallaran matándonos a todos.

De repente el silencio se hizo intenso. Ya no había forcejeos ni tirones por quitarse los trajes y nadie se movía ni hacía nada.

—No ha sido un milagro, sino una maldición —dijo Fidel, mientras se dejaba caer en el suelo, recostándose contra un mamparo—. Estamos muertos, aún seguiremos respirando durante un año o así pero estamos tan muertos como André.

Susana se volvió hacia Fidel y le hizo un gesto con la mano extendida para que se tranquilizara. Luego se dirigió de nuevo a Baglioni.

—Espera ¿qué quieres decir con que no queda nada del combustible criogenizado?

—Esta pequeña cabina, los sistemas de soporte vital, y lo que hay en su interior es lo único que tenemos para sobrevivir... —Luca negó con la cabeza— y no lo vamos a lograr, Susana.

—Esperad, esperad todos... —dijo Herbert, señalando al pequeño recipiente que desprendía vaho y donde el hielo se estaba convirtiendo en una sopa de agua amarronada— Esto es agua, amigos. No contábamos con ella, pero aquí está. ¿Con cuantas cosas más no contamos y están ahí fuera esperando para ayudarnos a sobrevivir? Tenemos agua...

Jenny hablaba con una voz tranquila, muy relajada.

—El problema, Herb, no es el agua, ni el aire. El problema es que la energía se nos agotará antes de un año, y no tenemos forma de producir más.

—Tenemos que empezar a economizar energía —dijo Susana pensativa—. Ahora mismo. Informaré a Lowell.

Unas horas más tarde la cabina de la *Belos* estaba casi a oscuras. La temperatura había descendido y los miembros de la expedición se acurrucaban dentro de sus sacos térmicos. La luz roja de emergencia se reflejaba en el aluminio de los sacos produciendo reflejos de hoguera inexistente.

Susana y Herbert estaban despiertos, acurrucados dentro de los sacos y frente a una pantalla donde aparecía Lowell.

—Nuestra única oportunidad es reducir al mínimo el consumo de energía —al hablar, Susana expulsaba vaho—. Hemos bajado la temperatura interior del módulo hasta los siete grados sobre cero y limitado la potencia a la barra de emergencia.

—Muy bien Susana, espero que funcione.

—¿Qué piensas hacer tú ahora? ¿Alguna novedad sobre nuestro rescate?

—Van a adelantar mi regreso; partiré dentro de dos días. En la Tierra han dado con una trayectoria alternativa. La idea es utilizar una trayectoria hiperbólica sobre Venus para frenar a la *Ares* en su regreso a la Tierra. Es más arriesgado, pero me permitirá estar de regreso unos meses antes y ganar así tiempo para la misión de rescate. Hay mucho de la *Ares* que se puede reutilizar para volver a Marte.

—Entonces... ¿te vas?

—En un par de órbitas el ordenador encenderá los motores... Lo siento, yo...

Susana y Herbert no dijeron nada durante un par de segundos, mientras asimilaban lo que su compañero en órbita acababa de decirles.

Lowell dejó de mirar a la cámara y operó en algún panel a su derecha. Su gesto era impasible, muy forzado.

—Bueno... —dijo— debo prepararme para abandonar la órbita y me queda un largo camino por delante. Buena suerte a todos... amigos.

Cuando Susana volvió a hablar, la voz le salió un poco rota al principio pero luego se hizo firme otra vez.

—Gracias Lowell... buen viaje.

A la mañana siguiente la luz rojiza de Marte iluminaba el interior de la *Belos*. La temperatura era algo más alta. No obstante Jenny y Fidel aún se protegían con el saco térmico mientras sorbían bolsas de café con leche concentrado y miraban uno de los monitores.

Luca silbaba tranquilamente mientras plegaba el baño.

Afuera Marte brillaba intensamente en colores tostados. La tormenta parecía haber pasado y el aire era tan limpio que veían con nitidez la cadena montañosa que antes solo era un línea en el horizonte.

Luca se acercó a dónde estaban Fidel y Jenny.

—¿Qué pasa?, ¿se ha largado ya nuestro inútil vecino de ahí arriba?

Herbert, que se desperezaba realizando movimientos de yoga en un rincón, le respondió:

—Imagino que para él era una frustración estar tan cerca y no poder hacer nada.

—Claro... me parte el corazón —dijo Luca.

Fidel tomó la palabra señalando al panel de ingeniería de Luca.

—Lowell nos ha mandado un paquete de datos. Echales un vistazo a ver que sacas en claro.

—¿Siguen con esa idea de que el fallo fue debido a una anomalía magnética?

—Sí, pero no solo eso.

—A ver. Parece que nos está mandando una imagen SAR tomada desde la *Ares*.

Jenny salió al fin del saco y se acercó, tiritando un poco, al panel de Luca.

—¿SAR? —Jenny frunció el ceño e imitó la voz de McCoy, el médico de la serie *Star Trek*—. Soy médico Jim, no ingeniero.

—SAR, de Synthetic Aperture Radar —le explicó Luca—; funcionan con una frecuencia central de 1225 MHz, ondas de radar milimétricas de mucha resolución. Se tienen que emitir desde un vehículo en movimiento. Se va barriendo el terreno a franjas estrechas y recogiendo los ecos según avanza. De este modo se simula trabajar con una antena enorme y los resultados son de muy alta calidad. Se diseñó inicialmente para cartografiar Venus.

La imagen se formaba en la pantalla. Era una especie de plano en niveles de gris. Herbert y Susana se acercaron abriendo mucho los ojos.

—¿Eso está en el fondo del Valle Marineris? Parece algo artificial...

—Espera, Susana, no nos precipitemos en sacar conclusiones.

En la imagen se veía una retícula de celdillas cuadradas. Fidel también se acercó. Todos miraron el monitor de Luca.

—Yo he visto eso antes...

Herbert le respondió.

—Sí, yo también.

Luca usando el lápiz óptico amplió la zona de la retícula. Jenny abrió mucho los ojos.

—La verdad es que no parece algo natural... Es demasiado geométrico ¿no?

—Quizá es un efecto de la poca resolución —dijo Susana.

—No —dijo Luca—. La resolución es más que suficiente.

Herbert apartó suavemente a Luca del panel y operó sobre él mientras murmuraba.

—Creo recordar... ¡Ajá, aquí esta!

La imagen se dividió en dos. A la izquierda quedó la ampliación que estaban observando. A la derecha una imagen de archivo fechada y con referencia.

—Es la foto 4212-15 tomada por la *Mariner 9* cerca del Polo Sur de Marte.

Susana observó detenidamente las dos imágenes y luego a Herbert.

—Lo recuerdo. Se dijo que era una formación basáltica.

—Y eso debe ser... pero...

—¿Sí?

Herbert tomó el lápiz óptico, pinchó en la imagen de la derecha hasta que las escalas coincidieron en las dos. Luego tomó esa imagen, la hizo semitransparente y la arrastró encima de la otra.

Tuvo que cambiar un poco la perspectiva, pero al final se hizo evidente que las dos imágenes encajaban a la perfección.

—Fijaos, son exactamente iguales... la verdad es que es un muy extraño...

Todos miraron la superposición. Fidel se mesó ruidosamente la barba. Nadie rompió el silencio hasta que Susana le preguntó a Herbert.

—¿Cómo explicas esa coincidencia? La naturaleza no hace cosas así... ¿verdad?

—Desde luego que no.

Luca habló con voz muy clara y alta.

—Lo extraordinario necesita de pruebas igual de extraordinarias para ser admitido.

—Lo sé, Luca, pero... mira, dos formaciones exactamente iguales, geométricas, separadas por miles de kilómetros... como algo construido a partir de un mismo plano.

—Sin duda será algo interesante para investigar en la próxima misión a Marte —dijo Luca con tranquilidad—. Pero a nosotros el tiempo se nos acaba.

Susana volvió a tensar la mandíbula. Sus ojos, se transformaron en dos pozos de hielo.

—¿Eso es solo un comentario más o son tus conclusiones como ingeniero de la nave?

Luca aguantó la mirada. Sus ojos, muy negros, relampagueaban.

—Creo que sería conveniente que tuviésemos una reunión.

A más de doscientos kilómetros de altura sobre la superficie de Marte, la *Ares* entró en su ventana de aceleración.

Una vez más, la tercera y última, los motores de la nave ardieron como pequeños soles en el vacío del espacio empujando la flecha de metal que era la nave a una trayectoria de regreso hacia la Tierra. Esta vez consumió todo su combustible, diez minutos de empuje constante que le darían una variación de velocidad suficiente para hacer el viaje en siete meses.

Lowell confiaba en que Venus estuviese allí para servirle de freno y en llegar a la Tierra a tiempo de la misión de rescate.

Pero había muchas incógnitas en el largo viaje que tenía por delante.

Mientras la nave madre se alejaba, la *Belos* seguía sobre la superficie de Marte como una minúscula motita en medio de aquella rocosa llanura azotada por el viento.

Se había hecho de noche y la temperatura había descendido. El viento, que no había dejado de soplar desde la noche anterior, golpeaba las paredes y arrojaba arena contra ellas. Sonaba como si las suaves garras de inexistentes gatos marcianos arañasen el fuselaje.

Todos se habían acostumbrado a esos sonidos, y al ruido del acondicionador de aire. Ya no los escuchaban. Sin embargo sí les sobresaltaban los pitidos del *pad* de Baglioni. Estaban tendidos en el suelo, apoyados en los cojines de las butacas desmontadas y dentro de los sacos térmicos. Luca trabajaba con su *pad* sacando fuera del saco apenas la nariz, la pantalla que relucía en la semipenumbra y el lápiz.

Aún dentro de los sacos les era difícil acostumbrarse al frío. El sistema de calefacción de la *Belos*, limitado para ahorrar energía, solo corregía 70° C de diferencia entre el exterior y el interior; y como consecuencia en el habitáculo la temperatura era gélida, apenas 7° C.

La luz estaba apagada y solo les iluminaba el fulgor azulado de la puesta de sol marciana. Jenny, la única de pie, recogía todos los tonos azules del horizonte en su rostro. Miró un momento al Sol a punto de esconderse tras la línea quebrada del horizonte y luego continuó su labor de repartir las raciones de la cena.

Luca tomó la suya, el último en recibirla. Jenny corrió a meterse en el saco tiritando ya, y abrió el paquete de sopa autocalentable.

—Lowell nos aseguró que intentarían acelerar la misión de rescate.

Luca le respondió a Susana sin dejar de trabajar:

—El tiempo mínimo para un viaje de ida y vuelta entre Marte y la Tierra, en las mejores condiciones, es de dos años y medio. Quinientos días para el viaje de ida y vuelta. No hay forma de reducir ese plazo.

Fidel tomó su ración con desgana. Fue a abrirla, manteniendo el dedo en el tirador que activaría la carga química que le daría calor a la sopa, pero al final desistió y la dejó, intacta, en el suelo. Se arrebujó en el saco y se apoyó contra la pared. Susana le dirigió una mirada. Tenía el rostro marcado de arrugas profundas, oscuro en el atardecer sombrío de Marte. El biólogo parecía infinitamente cansado.

—Ellos lo saben. Saben que nunca lograrán llegar a tiempo para salvarnos, pero no pueden decírnoslo. Tiempo, siempre se trata al final del tiempo.

Susana hizo un gesto de disgusto y se dirigió a Baglioni:

—Luca, ¿de cuanto tiempo dispondremos contando con estas medidas de ahorro de energía?

—Bien, —Luca consultó el *pad*—; un año y dos meses. El problema son los sistemas de reciclado, consumen demasiada energía.

Susana esperó a que Luca siguiera hablando. Pero el ingeniero no se dio por enterado y continuó trabajando en su *pad*.

—¿Cuál es tu propuesta? —le preguntó Susana irritada.

—¿Por qué piensas que dispongo de una?

—Lo noto en tu expresión. ¿Cuál es tu propuesta, Luca?

Luca respiró hondo. Apagó el *pad* y metió las dos manos dentro del saco. Apenas se veía nada en la cabina.

El crepúsculo estaba terminando. Luca era solo un revoltijo de pelo y dos pupilas muy negras en la parte superior de un amasijo de tela metálica. Todos le miraban. Cuando comenzó a hablar sus palabras fueron como truenos en una noche calmada.

—Debemos de empezar a trabajar en el escenario de que los cinco no podremos sobrevivir.

Se escucharon variados bufidos y el roce de cuerpos que se removían nerviosos dentro de los sacos.

Jenny se retiró hacia atrás hasta chocar contra el mamparo.

—Luca, eso que estas diciendo es...

—Terrible, ya lo sé. Pero me habéis pedido datos y estas son las frías ecuaciones: es imposible que los sistemas de esta nave nos mantengan a los cinco con vida durante dos años y medio.

Se produjo un silencio aún más largo. Pero no era un silencio completo; estaba punteado de movimientos nerviosos que removían las telas metálicas de los sacos; de suspiros y chasquear de lenguas.

Al fin Susana volvió a interrogar a Luca. La luz había desaparecido. Ya no se veían unos a otros y la voz surgía de un bulto en un rincón.

Una voz fría y tajante:

—¿Cuántos de nosotros podrían tener una oportunidad de sobrevivir?

—Verás... teniendo en cuenta...

—¿Cuántos?

Luca calló por un instante. Y luego habló, por una vez, sin ninguna afectación,

casi con humildad.

—No más de dos.

Herbert bufó y se incorporó en su saco.

—La verdad es que no me parece un buen promedio; dos de cinco.

—Es lo que tenemos.

—No, no es lo que tenemos; es una forma de rendirnos. Que tres de nosotros deban sacrificarse para que dos sobrevivan... no puede ser. Debemos buscar otras opciones.

—Herb, fuiste tú el que comparaste esta situación con la de unos naufragos; y en ocasiones los naufragos han debido tomar decisiones tan terribles como esta.

Jenny se levantó y encendió la luz de emergencia. No era de mucha intensidad pero bastó para descubrir el gesto hosco de Herbert, el desdén de Luca, la tensión en la cara de Susana y el desánimo absoluto de Fidel.

A pesar del frío Jenny no volvió a entrar en el saco, se lo echó sobre los hombros y comenzó a pasear por la cabina a la vez que hablaba.

—¿Te has vuelto loco? ¿Quieres que empecemos a sortear quién vive y quién muere? ¿Y qué haremos con los que pierdan?

Luca siguió con la vista a la doctora en su paseo.

—Jenny, no dramatices la situación más de lo que ya está. No he planteado que nos comamos a alguien ni nada por el estilo. Solo digo que dentro de un año y medio seremos cinco cadáveres congelados en el interior de esta lata, a no ser que tres de nosotros dejen de usar el sistema de reciclaje, de consumir agua y aire.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —le preguntó Susana—. ¿Has repasado tus cálculos?

Luca se removió furioso en el saco y le tendió el *pad* a Susana.

—Toma Susana, hazlo tú. Empiezo a estar harto de que dudéis constantemente de mí. ¿Quieres volver a calcularlo todo?

—No te alteres, ya sé que eres muy profesional. Solo quería...

—Mis cálculos están bien, lo único que pasa es que tú no puedes aceptarlo, igual que el resto. No podéis aceptar que mis cifras dicen que en las próximas horas tres de nosotros tienen que morir, o los cinco dentro de unos meses... Es preferible seguir escuchando a nuestro optimista geólogo. Saldremos fuera, encontraremos agua y aire y energía y seremos unos héroes cuando llegue la misión de rescate. ¿Es eso Herb, esperas regresar a la Tierra como el gran héroe que nunca perdió la calma, que siempre supo lo que tenía que hacer...?

—Ya basta, Luca.

Rodrigo, desde su rincón, hablaba con una voz profunda. Les sorprendió a todos la gran serenidad que tenía su voz. Serenidad y tristeza.

—Tiene razón. No queremos aceptarlo pero tiene razón.

Jenny, aún de pie y comenzando a tiritar, contestó con voz casi rota por las lágrimas.

—Yo no voy a suicidarme. Mi religión no me lo permite.

Baglioni estuvo a punto de contestar a Jenny, pero se contuvo y se enfurruñó aún más dentro del saco; ya no se le veían ni los ojos.

—¿Alguien duda de los cálculos de Luca? ¿Alguien desea repasarlos personalmente? —preguntó Susana, mirándoles a todos, uno a uno—. ¿No? Bueno, pues en ese caso queda claro que todos aceptamos que las cifras de Luca son correctas: dos de cinco.

—Sí, seguramente son correctas —dijo Herbert—, pero creo no debemos apresurarnos. Démonos un plazo antes de tomar una decisión. Quizá encontraremos...

Luca siguió hablando desde dentro de saco:

—¿Qué vamos a encontrar Herbert? Ahí afuera no hay nada para nosotros. ¿Por qué no puede entrarte esto en tu cabezota? Estamos en el más árido e inhóspito de los lugares. Los polos de la Tierra son un vergel comparado con esto. Y cada hora que pasamos aquí, los cinco, respirando este aire, usando los sistemas de reciclaje, reducimos las esperanzas de los dos únicos que tienen una posibilidad de vivir.

Era como un voz de ultratumba, lenta y sonora. Precisa y letal como una guadaña bien afilada.

Y cuando dejó de hablar todo el mundo enmudeció, como si la conciencia de lo que Luca había dicho les hubiera arrebatado algo de vida a cada uno.

Tres de ellos pronto estarían muertos.

Tan muertos como Vishniac.

Tan muertos como aquel mundo helado que la humanidad se había empeñado en pisar.

Fidel habló con una voz muy calmada, que parecía no surgir de ningún sitio:

—¿Y cómo vamos a decidir quién vive y quién muere? —Como si la respuesta no tuviera ninguna importancia, como si fuera un detalle accesorio dentro de la enormidad de la situación—. ¿Cómo vamos a tomar una decisión tan terrible como esa?

«Dios mío, estamos hablando de nuestras vidas... —pensó—. Esto no puede estar sucediendo. No puede ser...».

Jenny se detuvo en su paseo y rio con carcajadas pequeñas y agudas.

—¿Por qué no seguimos el símil de Herbert también en esto? ¿Qué hacían los náufragos, Herb, buscar la paja más corta? ¿Lo decidimos así?

Nadie más se rio. Solo se escuchaban crujidos aislados y el ruido del viento golpeando contra el casco de la nave. Al final Susana respiró fuerte. A continuación habló con una voz que pretendía ser neutra.

—Yo decidiré.

—¿Qué?

—Estoy al mando, yo decidiré.

Herbert se echó hacia delante y miró a Susana muy fijamente.

—¿Realmente quieres cargar con esa responsabilidad? No estás obligada a hacerlo.

—No todos estamos en las mismas circunstancias —dijo Susana—. No podemos dejar al azar la resolución de este problema.

Luca siguió hablando desde las profundidades de su saco:

—¿Y en qué te vas a basar para tomar una decisión así? Dos de cinco.

—Rodrigo esta casado y tiene varios hijos.

—Ya los conocéis.

—Y tú Jenny, tú también.

—Sí, mi pequeña —sollozó Jenny.

Luego se tumbó en el suelo, tapada a medias por el saco, y cerró los ojos.

—¿Y tú Herbert? —preguntó Susana—. No sabemos nada de ti.

—No le doy importancia, por eso no hablo nunca de ello. Estoy divorciado, sin hijos. Imagino que eso me hace ser un buen candidato para salir.

—Igual que yo —dijo Susana—. Estoy sola y tampoco tengo hijos.

Luca resurgió de su capullo de metal con un nervioso movimiento de manos y brazos que casi rasgó la tela del saco.

—¡Un momento, un momento...! ¿Todo consiste en tener o no tener hijos? Yo tengo 25 años y no tengo hijos, de acuerdo, pero tengo toda la vida por delante y Fidel es casi un viejo. No te ofendas, Fidel.

Fidel sonrió por única respuesta. Estaba demasiado aterrorizado como para ofenderse.

Hubo un largo silencio en la cabina. Afuera la negrura era espesa. Phobos, como un rápido fantasma luminoso, cruzaba el cielo y el viento levantaba nubes de polvo que oscurecían las estrellas. La cordillera del valle Marineris se erguía en el horizonte como una fila de colmillos en la oscuridad.

Parecía hacer aún más frío en el interior del módulo *Belos*. Todos se refugiaban en sus sacos, dejando fuera apenas la nariz y los ojos.

«Dios mío —pensó Jenny—; que lugar más terrible».

Al fin Susana rompió el silencio. Se esforzó para que su voz sonara calmada, sin rastro de tensión.

—No Luca, es solo un dato a tener en cuenta. Hay otras cosas que considerar. Lo primordial es asegurar la supervivencia de los que se queden.

—¿Cómo? —preguntó con voz hueca, muy cansada.

—Dos personas, a solas, durante tres años encerradas aquí —le explicó Susana—. Muriéndose de frío y expuestas a que algo falle en cualquier momento... Lo siento, Fidel, tú eres exobiólogo, tus habilidades no servirían de nada en esta situación. Y las mías tampoco, me temo; soy piloto de una nave que nunca volverá a volar. Ni las de Herb... Pero Jenny es médico; y Luca es capaz de mantener en funcionamiento lo poco que queda de este trasto. No hay ninguna decisión que tomar; está perfectamente claro desde el principio quienes serán los dos que se quedarán en la

nave. Johnson y Baglioni son los únicos que pueden sobrevivir.

El frío era paralizante. La temperatura se acercaba a los cero grados pero nadie pensó en ese momento en acercarse al ordenador para aumentar un poco la temperatura.

—Eres muy inteligente, Luca —dijo Herbert, y al hablar expulsaba un denso vaho que, en el fulgor rojo de la luz de emergencia, parecía fuego—. Quizá el más inteligente de todos nosotros. ¿Lo habías calculado así cuando sugeriste que solo dos sobrevivirían?

Los ojos de Baglioni relucieron cuando respondió. La voz era tensa, arrastrada, cargada de rencor.

—Como tú dices soy demasiado inteligente para tener en cuenta tu provocación.

—La decisión está tomada, Herb, Luca, no le deis más vueltas... —Susana apenas se sentía con fuerzas para hablar. Cerró los ojos con fuerza, como si quisiera hacer desaparecer el mundo y quedarse solo con la negrura, el vacío, la nada...

—Jenny y Luca se quedan. Rodrigo, Herbert y yo saldremos a... dar un paseo por el exterior.

Sorprendido, Rodrigo levantó un poco la cabeza y sonrió lentamente de modo que sus facciones devastadas se iluminaron por un momento.

—Es una forma muy eufemística de expresarlo, Susana.

Herbert se estremeció dentro de su saco y terminó por levantarse.

Se acercó al panel de ingeniería y reguló la temperatura hasta los 10° C. Casi de inmediato se notó el aumento de calor.

Luca le miró con atención pero no dijo nada.

Herbert se plantó frente al círculo que formaban los sacos de los demás. Era una silueta robusta, con los brazos en las caderas.

—No puedo aceptarlo, lo siento.

—¿Qué quieres decir con que no puedes aceptarlo? —dijo Luca con frialdad, sin quitarle los ojos de encima.

—No hemos agotado todas las posibilidades...

—Herb...

—Si tengo que morir lo haré, Susana, pero no antes de haber quemado hasta el último de nuestros recursos.

—De eso se trata, de que ya no quedan más alternativas —dijo Luca.

Herbert hizo caso omiso de sus palabras y se agachó frente a los otros.

—¿Cuál es nuestro principal problema?

—¡Oh por Dios! —dijo Luca alzando las manos al cielo—. ¿Vamos a empezar a discutirlo todo de nuevo?

—Nuestro principal problema es la energía, ¿de acuerdo?

Susana lo miró y dijo con desgana:

—Eso parece, ¿tienes alguna idea nueva, Herb?

—Sí, ahora somos como hombres primitivos abandonados a nuestros recursos...

¿Y cuál es la máquina más sencilla para obtener energía?

Fidel miró a Herb, incrédulo, agotado de aquella reunión, de todos, pero especialmente de aquel hombre. Cada palabra, la energía inacabable que habitaba en Herbert, era como una losa que pesaba infinitamente.

—Herb, aprecio lo que haces, en serio —le dijo—; pero esta situación es insoportable... haz el favor de guardarte tus adivinanzas.

Luca se levantó y revisó su panel, retocó el ajuste de temperatura que había hecho Herbert momentos antes y se volvió hacia el geólogo.

—¿Quieres construir un molino de viento? —Su voz tenía un matiz de diversión.

—Sí.

Jenny, que había estado muy callada mirando como unos y otros hablaban, casi les gritó.

—¿Estáis de broma los dos?

—No, creo que Herb habla muy en serio —dijo Luca, torciendo el gesto—. Pero no funcionará.

—¿Por qué no? Aquí hay vientos de más de 130 kilómetros por hora.

—Pero con una densidad de mierda. El aire es demasiado tenue, amigo. Necesitaríamos unas palas monstruosas. No funcionará.

—Es una posibilidad de que vivamos todos, pero para probarla te necesitamos, eres el único ingeniero a bordo.

Luca se tumbó sobre su saco, sin meterse dentro, y cruzó los brazos.

—Pues ya te lo estoy diciendo: no funcionará.

—En tu posición es muy fácil decir eso ¿no?

—¿A qué te refieres?

—Tú no vas a salir a morir ahí fuera.

—Lo siento, Herb —Luca compuso un gesto de pena—. Lo siento muchísimo. Todo esto es terrible, no debería de haber sucedido, pero yo no puedo hacer nada. No puedo cambiar las leyes de la física. Lo siento —La voz de Luca era muy tranquila, como si le hablara a un hombre que estuviera muy grave, un enfermo terminal—. No colaboraré en un proyecto que solo servirá para consumir inútilmente una parte de mi aire, reduciendo mis posibilidades de sobrevivir.

—Luca, realmente eres un... —dijo Herbert entre dientes.

Susana no quería ver aquello. No quería oír ninguna discusión más, había tomado una decisión, la única posible.

—Ya basta, Herb —dijo suavemente—. Siéntate, por favor.

—Sácanos de aquí, Herbert —suplicó Jenny—. Ayúdanos tú.

Susana respiró hondo y cerró los ojos por un momento.

—Estoy harta de todo esto. Mañana saldré afuera, aunque sea sola.

Nadie respondió. Susana abrió los ojos y vio a Herbert agachado en el suelo, mirando fijamente a Luca, y luego a Luca tendido indolentemente sobre su saco con los brazos en la nuca. De inmediato se puso en tensión.

Luca se volvió a mirarla forzando la cabeza, como si la situación no fuese lo que era, como si no estuviesen discutiendo sobre vidas humanas, sus vidas.

—¿En serio que lo harás?

Susana ni siquiera le miró. Solo tenía ojos para el geólogo. Luca no se daba cuenta, pero Herbert tenía todos los músculos tensos, ciento diez kilos de furia que podía volverse asesina en una décima de segundo, un polvorín que solo esperaba una minúscula chispa. Habló muy calmada, muy despacio.

—Herb... —repitió Susana—. Regresa a tu sitio, por favor.

Fidel habló casi en un susurro:

—Yo no voy a salir a morir... no podéis pedirme eso...

Luca miró al exobiólogo con una expresión neutra. Esta vez no había ironía en su voz.

—No disponemos de recursos para todos, Fidel. Si te quedas moriremos todos. Es así de simple. —Se volvió hacia Herbert que seguía junto a él—. ¿Y tú qué harás Herb?

Lo que vio en su expresión le hizo quedarse muy quieto, con la boca cerrada y el cuerpo encogido. Susana, también tensa, estaba presta a intervenir.

Herbert habló entre dientes, muy despacio, arrastrando las sílabas:

—Perderte de vista Luca, perderte de vista.

El segundo amanecer en Marte.

Afuera el paisaje de rocas rojas y arena removida por el viento seguía inalterable.

La cabina de la *Belos*, por primera vez en muchas horas, estaba iluminada con una fuerte luz blanca que destacaba todos los detalles con nitidez. En el suelo metálico, agrupados en un rincón, se amontonaban cuidadosamente ordenados los sacos térmicos y los cojines. No había desorden, todas las precarias posesiones de la tripulación estaban ordenadas en armarios o colocadas en los rincones libres. Un pequeño montón de ropa y encima un cepillo de dientes, más allá un *pad* desgastado y una camiseta del MIT, después un minimicroscopio electrónico y un pequeño volumen del viaje del *Beagle* sobre una mochila de la NASA-ESA. Nadie le hacía mucho caso a esas pertenencias minúsculas.

Susana se colocó el pesado traje presurizado ayudada por Jenny.

Luca, de brazos cruzados en un rincón, miraba trabajar a las dos mujeres con una expresión indescifrable en su rostro. Se fijaba en los detalles. Susana estaba muy delgada, esos dos días en Marte parecían haberla consumido hasta dejar a la vista solo huesos y tendones. Tenía el rostro casi cadavérico, marcado de moratones y una pequeña brecha en la frente. Esos detalles bajo la débil luz de emergencia habían sido invisibles.

Jenny se movía con torpeza, manejaba las piezas del traje con lentitud. Los ojos, grandes y hermosos, perpetuamente húmedos. Algo de alergia al ambiente marciano, pensó Luca.

Herbert apareció cargando tres grandes bolsas de tela que casi no le dejaban moverse. Sudaba perceptiblemente.

Luca le preguntó:

—¿Para qué es eso?

—Vamos a llevar todas las cargas de oxígeno que podamos cargar.

Herbert, sin mirar ni un solo instante a Baglioni, comenzó a fijar los largos cilindros de aluminio a las mochilas de los trajes.

—¿Qué vais a hacer qué?

Arrodillado, Herbert levantó la vista y se limpió el sudor con la manga del mono. Habló repentinamente serio.

—Esas botellas solo os darían unas horas más de aire.

—Ya lo sé. Lo que no entiendo es por qué queréis vosotros... ¿Qué sentido tiene que alarguéis la cosa unas horas más?

Susana, ya con el traje completo a falta de guantes y casco, se dirigió a Luca:

—¿Nunca te han dicho que eres todo delicadeza?

Luca abrió la boca, pero luego miró los ojos azules y cansados de Susana y la

mirada torva de Herbert y prefirió no decir nada.

Herbert siguió trabajando y le habló a Luca con una voz más tranquila:

—Vamos a intentar llegar al valle Marineris.

Luca tardó en responder y lo hizo con voz deliberadamente neutra.

—¿Por qué?

Susana se acercó a Luca, apoyado en su rincón.

—¿Por qué no?

—Déjalo Susana, no puede entenderlo.

—No, no lo entiendo.

Al fin Herbert, una vez hubo terminado de colocar las botellas y sus conductos, se levantó. Tenía un cerco de sudor en la camiseta y una barba de dos días que le empezaba a dar un aire salvaje.

—No tenemos otra cosa que hacer, Luca.

—Pero...

Jenny, que estaba atareada preparando los otros trajes, se volvió como un relámpago.

—Por amor de Dios, Luca, tan solo buscan un objetivo, un sentido a sus...

De repente Jenny se quedó sin voz y se volvió de cara al mamparo. Luca se fijó en sus hombros. Se agitaban imperceptiblemente.

Susana también miró la espalda de Jenny.

—A nuestras últimas horas, sí.

Susana mantuvo unos segundos la mirada de Luca. Ninguno de los dos bajó los ojos, solo se miraban, largamente, como si ya no se conociesen y fuesen extraños que no hubieran compartido casi tres años de estrecha convivencia. Al fin Susana recogió su mochila, el casco y se dirigió a la esclusa.

—Bien, estamos listos. Luca, ocúpate tú de notificar a la Tierra nuestra decisión.

—Descuida.

Luca no dijo nada más, aunque no sabía cómo iba a hablar con la Tierra. El sistema de comunicación de larga distancia estaba dañado y con la partida de la *Ares* las comunicaciones con la Tierra habían desaparecido.

Fidel estaba sentado en el suelo escribiendo en su *pad*. Dio la orden para cargar lo que había escrito en la memoria del ordenador y se levantó. Su rostro barbudo parecía mucho más mayor, diez años más viejo de la edad real que tenía. Evitando en todo momento hablar o posar la vista en nadie se concentró en colocarse el traje.

—También hay mensajes... personales... que debes transmitir —dijo.

Tenía dificultades con el traje pero no pidió ayuda. Al fin Jenny se acercó y fue rechazada.

«Mis hijos... —pensaba de una forma febril—. ¿Qué hago aquí... qué demonios hago aquí?».

—Fidel, te lo estás colocando mal. Eso no va ahí —susurró Jenny.

Fidel alzó la vista un instante y sonrió, aceptando su ayuda con un leve

asentimiento de cabeza.

—Es cierto... es cierto... —musitó el biólogo.

Por un instante estuvo a punto de hacer una broma y haber dicho «me podía haber matado...». Ja, ja; pero Fidel tuvo que esforzarse para no romper a reír en carcajadas histéricas. «Para haberme matado».

En pocos minutos los tres tenían los trajes puestos. Hubo un momento de demora. Nadie parecía dispuesto a tomar la decisión de empezar a caminar hacia la escotilla.

Susana se mordía los labios. Buscaba desesperadamente argumentos para no tener que salir precisamente en ese instante. Estaba muy lejos de la actitud firme del día anterior. No quería salir. No quería morir.

Fidel miró la escotilla, luego volvió la cabeza a Herbert, a Susana, Luca y Jenny. Todo estaba listo, solo tenían que calarse los cascos y salir fuera. Parecía fácil, sencillo, una operación de rutina.

«Solo rutina —pensó Fidel—. Pero tras esa puerta no hay nada».

Jenny se encogió contra el mamparo. Tenía los ojos muy abiertos y un gesto de terror.

La mirada de Luca era indescifrable, salvaje, medio oculta tras su barba feraz y la melena despeinada.

Al fin, Herbert se puso el casco y todos escucharon el chasquido de los cierres. Susana, que mantenía una mirada gélida, al fin sonrió y muy despacio se puso el casco.

Fidel fue el último en hacerlo. Estuvo tentado de empezar a gritar, de arrojar lejos aquella estúpida escafandra. No podían, no podían obligarle a hacer aquello. Pensó en acercarse a Jenny y Luca... en rogarles que le dejaran quedarse... no quería morir... No podían obligarle...

Hubo un silencio en su mente, unos segundos eternos.

Inspiró hondo y se puso el casco con rapidez. Con la misma sensación con la que un suicida colocaría la soga alrededor de su cuello.

Ya no se les veía el rostro, solo eran grandes insectos blancos de un solo ojo, visitantes del exterior que habían irrumpido momentáneamente en la *Belos* y que no tardarían en volver a su medio ambiente, a Marte.

Uno a uno penetraron en la esclusa. La puerta se cerró y se escucharon las bombas de aire succionando el preciado oxígeno.

Jenny sintió que se ahogaba, no había aire suficiente, no podía moverse. Luca redujo la iluminación hasta que el brillo rojo de Marte se coló en la cabina, una luz que se derramaba por el suelo y las paredes manchando la impoluta blancura del módulo con el color del planeta, charcos de luz líquida y carmesí que crecían hasta casi tocarle los pies.

Jenny se encogió aún más, aterrada por el contacto con esa luz.

Luca se concentró en mirar al exterior.

En la esclusa solo se escuchaba el resonar de las bombas de aire.

En cuanto terminaron de aspirar el aire, Herbert tomó el mango de apertura. El golpe de la compuerta al desbloquearse sonó como un disparo. Luego la luz de Marte les iluminó de golpe.

Hubo un silencio inmóvil, hasta que Susana habló por la radio.

—¡Qué día tan maravilloso! —dijo.

—Sí, tiene todo el aspecto de un soleado día de invierno en la Tierra —añadió Fidel. Asombrado de la tranquilidad que de repente sentía.

¿Qué mal podía sucederles en medio de un día tan hermoso?

—Ciertamente nadie diría que estamos en otro mundo —dijo Herbert.

«Pero lo estamos» —pensó.

Descendieron por la escalerilla y las botas se les hundieron en el polvo de Marte.

Susana y Fidel caminaron entre rocas, restos de las literas y chatarra desprendida de la *Belos*.

Herbert se limitaba a mirar al horizonte, a la lejana cordillera del Valle Marineris. Iluminada por el sol parecía un risco terroso. El camino que conducía hasta allí estaba plagado de rocas, de valles y colinas arenosas.

Luego volvió la vista y vio a los otros dos curiosear Marte. Aquella era la primera vez que lo pisaban.

Herbert sabía que justo detrás del morro de la nave estaba la tumba de Vishniac, pero no lo mencionó.

El cielo era de color rosa muy pálido. Fidel elevó la vista y distinguió muchas estrellas en él, las más potentes. Muy cerca del horizonte destacaba una luz brillante.

—¿Habéis visto esa estrella? ¿Es...?

Susana elevó la vista y consultó en el ordenador del traje.

—Sí, es la *Ares*. Aún está cerca y el fuselaje debe reflejar el brillo del Sol.

Herbert miró un momento a la *Ares* alejándose. Luego su vista se dirigió de nuevo hacia la cordillera. Notó la urgencia del viaje bullendo en sus venas. Aún había mucho camino que hacer antes de que les llegara el final.

Eso le animó.

—No hay duda de que es un buen día para pasear —dijo—. Te entran deseos de librarte de este pesado traje y retozar un poco por ahí fuera.

—Pues no lo hagas, Herb —dijo Fidel—. Ochenta bajo cero, diez REM al año, y una birria de presión atmosférica.

«Por supuesto —pensó Herbert—. Pero ¿quién puede decirme lo que hay al final del camino? Nadie. No puedo aceptar mi propio final. Nadie puede hacerlo. Esta es solo una aventura más».

Al fin Susana comenzó a andar y escaló una pequeña duna medio resbalando sobre su lomo.

—Pongámonos en marcha —dijo.

En el interior de la *Belos*, Jenny al fin se había decidido a mirar por la escotilla y los vio desaparecer tras la duna.

Se retorció las manos interminablemente. Luca estaba sentado frente a su panel de ingeniería. Pulsando sobre la pantalla estableció un enlace.

—Susana —dijo—, he estado pensando que podéis poner en funcionamiento vuestras cámaras de vídeo. Desde aquí lo registraré todo y en la Tierra seguro que se sentirán muy satisfechos con las imágenes que obtengáis.

Jenny abandonó la ventana y miró a Luca, mientras en los altavoces sonaba la voz de Susana.

—¿Estás hablando en serio Luca? ¿Eso no consumirá demasiada de vuestra energía de reserva?

—Lo he estado calculando, Susana, y creo que podemos permitirnoslo. En realidad creo que merece la pena hacerlo.

Jenny se sentó al lado de Luca y, por primera vez en mucho tiempo, le sonrió. Luego habló muy bajito, para que solo Luca le escuchara.

—Un sentido para sus últimas horas...

Luca cerró el micrófono.

—No es eso —dijo con tono neutro—. Ellos pueden obtener imágenes realmente valiosas. Es algo útil e interesante. No se trata de ninguna estupidez sentimental.

Jenny asintió mientras sorbía por la nariz. De repente sus ojos estaban otra vez húmedos.

—Debe ser una alergia a algo de Marte —le dijo a Luca sin mirarle.

Luca ajustó los monitores y puso el ordenador de la *Belos* a grabar todas las imágenes que recibía. En las tres pantallas aparecían panorámicas estabilizadas de lo que se veía desde los cascos de Susana, Fidel y Herbert: el paisaje marciano oscilando con el vaivén de la marcha.

El terreno era muy irregular. Los astronautas debían esforzarse por subir y bajar cuestas, esquivando y apoyándose en rocas. De vez en cuando las cámaras dejaban de mirar hacia delante y se detenían en mostrar las botas pisando con cuidado un lecho de rocas.

Susana se aclaró la voz y comenzó a hablar entrecortadamente.

—Bueno, todos sabéis ya las circunstancias en las que nos encontramos. No vale la pena repetirlo ahora. Debemos economizar aire, por lo que hablaré lo mínimo. Vamos a intentar llegar hasta el borde del Valle Marineris. Hemos calculado que tendremos que caminar durante cuatro o cinco horas. Llevamos varias botellas de oxígeno de repuesto, por lo que hay bastantes probabilidades de que obtengamos algunas buenas imágenes del Valle; que las disfrutéis.

Los tres astronautas caminaban sobre la pedregosa superficie de Marte. El avance no era muy difícil, solo a veces tenían que esforzarse en subir y bajar lomas empinadas. La escasa gravedad hubiera debido ayudarles en el avance, pero para sus músculos, que habían pasado casi nueve meses en la menor gravedad artificial de la Ares, Marte era tan duro como la Tierra, si no más.

Al poco de iniciar el camino Herbert se entregó al viaje, a la sensación de avanzar por sendas desconocidas. Volvió la sensación que tan bien conocía, esa paz lenta que le gritaba, la misma que le había asaltado antes en la tundra helada siguiendo a las manadas de renos, o en el desierto de Australia, abrumado de calor y sed. Solo que ahora era más intensa, proporcional a la aspereza insoportable de aquel Marte helado que le rodeaba a la distancia de un espesor de tela.

Herbert sonreía. Ya no había abatimiento. El mover una pierna, luego la otra, el sentir el peso hender el suave polvo marciano, y ver balancearse delante suyo a Fidel y Susana era todo el mundo, todo el universo. Eso y la cadena montañosa, el borde de esa herida inmensa que era el Valle Marineris.

Por el contrario, para Fidel aquel paseo era el alejarse de su propia vida, el último paso, el más doloroso, del camino que le había alejado de aquella soleada tarde de primavera, cuando el teléfono del estudio sonó y le trajo la noticia de que iba a ir a Marte.

Se movía por no quedarse atrás tan pronto. Ya no había interés... ¿O sí?

Sí, si lo había. No quería reconocerlo porque lo adivinaba monstruoso, pero existía y lo descubrió al advertir que no quitaba el ojo de las rocas, en las que su vista entrenada buscaba indicios de fósiles, irregularidades debidas al musgo, humedad, o colonias de hongos. Su mente de científico, la misma que le había traído hasta Marte, seguía trabajando incansable, al margen del dolor, de los recuerdos. Por un momento ardió de furia, luego se resignó, sabía que era su maldición, que su último aliento no sería para recordar el nombre de sus hijos sino para una hipótesis, un teorema, un enunciado.

Susana y Fidel caminaban al frente.

Herbert tenía una indicación en el casco, un pitido intermitente y un icono con el símbolo del Oxígeno molecular que parpadeaba en rojo reflejado en la superficie interior del cristal.

—Vamos a hacer un alto —dijo—. Necesito reemplazar una de las botellas.

Mientras Herbert manipulaba su equipo, Fidel se tambaleó y terminó por apoyarse en las rodillas. Luego movió la cabeza buscando una roca plana para sentarse. La encontró unos metros más allá y se dirigió a ella.

Susana lo interceptó sujetándolo del brazo y le miró a la escafandra. Debido a la protección contra los rayos ultravioletas, no le veía el rostro, solo su reflejo.

—¿Qué tal estás?

—Bien.

—No te sientes, te congelarías el trasero. La diferencia térmica entre el suelo y el aire marciano es de más de cien grados. Deberías recordarlo. Solo las botas están preparadas con una capa aislante lo bastante gruesa como para resistirlo.

Fidel sentía que el planeta se le venía encima. Caminar y caminar sin descanso, sin tan siquiera el pequeño alivio de sentarse un momento a descansar... Caminar hasta la muerte. Solo entonces podrían tumbarse y descansar.

Susana ayudó a Herbert a sustituir la carga de oxígeno. Fidel, apoyándose en una roca, miraba al horizonte y veía el Sol que comenzaba a tener un halo azulado alrededor, cayendo ya sobre la cadena montañosa en el horizonte.

—¿Cuántas horas del luz nos quedan? —preguntó.

Herbert activó la nueva carga de oxígeno. El indicador en el casco le dijo que el nivel era de nuevo óptimo. Los filtros de carbón activo funcionaban correctamente y el circuito de calefacción también. Luego miró también al Sol. Por un breve instante recordó otro sol, otro momento, y pensó que ya esta muy lejos, que sus mandíbulas llegaban débiles hasta él.

—Por la posición... calculo que unas cuatro.

En las radios escuchaban la voz de Jenny, alta y clara.

—Exactamente cuatro y diez minutos, Herb.

—¿A qué distancia estamos del borde del Valle?

—Ya habéis recorrido tres cuartas partes del camino.

Susana esperó un momento, por si había más comentarios. Al fin hizo una seña y continuaron andando.

El Sol parecía colgar del cielo, inmóvil, pero las sombras se iban alargando, la luz menguaba y el rojo intenso de las piedras se hacía marrón con tintes de un verde muy sucio y oscuro.

El caminar se volvía más difícil, tropezaban. La atmósfera de Marte era muy tenue, no había bruma y eso no les ayudaba a calcular bien las distancias; la roca a la que creían poder llegar en pocos pasos, tardaba una eternidad en acercarse; la cadena montañosa que parecía poder tocarse con la mano estaba aún muy lejos.

Herbert no había querido decirlo, pero posiblemente ni pudieran asomarse al Valle, ese reborde ínfimo que daba paso al abismo tendría setecientos metros de alto, imposible de sobrepasar en sus condiciones. A no ser que encontrasen un paso, no verían el fondo del Valle.

Miró de reojo su indicador de oxígeno y torció el gesto. Luego hizo un esfuerzo consciente por olvidarlo. Respiró hondo y abrió todos los sentidos al paisaje que lo rodeaba. Siguió avanzando.

Al fin llegaron a las cercanías del cañón y, efectivamente, las montañas eran demasiado altas para escalarlas, solo que encontraron grietas abundantes en esa muralla formidable. Una de ellas era un estrecho desfiladero al final del cual se adivinaba luz. Encendieron los focos del traje y caminaron por él con cuidado de no desgarrarse los trajes con algún saliente afilado.

Al fin lograron salir. El paisaje se abrió de repente en una visión inmensa.

El terreno descendía abruptamente. Lo que antes era llanura irregular se convertía en una brusca y enorme hendidura que se descolgaba interminablemente. A derecha e izquierda gigantescas paredes rocosas se perdían en el horizonte. Al otro extremo, cruzando aquel valle colosal, se adivinaba otra escarpadura similar a la que ellos coronaban.

—¿Habéis visto qué belleza? El Valle Marineris tiene más de 4.000 kilómetros de largo y, en su parte más profunda, casi 7.000 metros de profundidad. En comparación el Gran Cañón del Colorado tiene 900 kilómetros de largo y tan solo 1.800 metros de profundidad máxima. No hay nada igual en todo el Sistema Solar.

Susana ajustó los controles de su cámara.

—Fijaos en esos estratos —la pared rocosa les mostraba delicadas trazas, líneas horizontales de colores diversos, fallas y accidentes dentados que hendían el borde elevado del Valle—. No sé si la imagen de vídeo registrará estos colores tan sutiles... Es un lugar realmente hermoso.

Jenny les habló de nuevo a través de la radio.

—Se ve bastante bien, Susana —dijo.

Luca se levantó desprezándose, había estado durmiendo en el saco y le habían despertado las voces de Jenny y Susana.

—¿Ya han llegado al Valle? —preguntó en un susurro.

En la cabina de la *Belos* escuchaba la voz de Susana, entrecortada por el esfuerzo de andar.

—La belleza de este lugar es suficiente para hacer que olvides por qué estamos aquí... Es tan indómita, tan alienígena... Es imposible comparar esto con nada que exista en la Tierra... podría pensar que solo por haber llegado hasta aquí ha valido la pena.

Fidel señaló con la mano.

—¡Mirad allí!

En el fondo del valle había algo semejante a una nata espesa que bullera lentamente.

—¿Qué crees que es? —preguntó Susana.

—Es niebla, muy densa —dijo Herbert.

—Niebla —Susana no dejaba de mirar aquella extraña formación nubosa—. ¿Vapor de agua?

—O anhídrido carbónico... ¿quién sabe? —dijo Fidel.

—Es vapor de agua —dijo Herbert—. El espectrómetro no dejó lugar a dudas.

—¿Cómo puede mantenerse tan estable en esta atmósfera? —preguntó Susana.

—La presión atmosférica debe ser mucho mayor en el fondo del Valle —le explicó Herbert—. La atmósfera de Marte es muy diferente a la de la Tierra debido a la menor gravedad, es... esponjosa; en el espacio se extiende a gran altura, y en el fondo del Valle debe de estar muy comprimida, para los estándares marcianos, claro.

—Sí —musitó Fidel—. Ese es el tipo de cosas que hubiéramos tenido que investigar, si todo hubiera ido bien.

Herbert no podía apartar la vista de aquella niebla lechosa.

—Hay algo que quisiera someter a vuestro criterio —dijo—. Podríamos intentar descender hasta ese banco de nubes.

Fidel se volvió. Herbert le contempló moverse contra el fondo del cañón, pero era solo un casco refulgente, sin rasgos. Tan solo la placa con el nombre le indicaba quien era.

—¿Estás bromeando? Ese barranco tiene más de cinco kilómetros de profundidad.

—Sí, pero la gravedad de este mundo es un tercio la de la Tierra, no es tan difícil como parece. ¿Qué opinas Susana?

Susana no había perdido ojo de la niebla ni de las escarpadas laderas que conducían hasta ella. Por un momento se relamió el labio, seco de tanto respirar jadeando, y calibró lo que podía significar aquella masa blanda y blancuzca.

—Bueno... estamos aquí... ¿no? Si hemos llegado tan lejos... ¿Por qué no bajar para echar un vistazo?

Rodrigo se apoyó contra una roca y dejó caer los brazos a un costado.

—Claro, ¿por qué no?

—Bueno, en marcha de nuevo. No tenemos tiempo que perder.

Fidel no se movió.

«Tiempo que perder» —se dijo.

Vio avanzar primero a Susana y luego a Herbert, que, al notar que no los seguía, se volvió.

—¿Qué sucede, Fidel? —le preguntó.

—¿Tiempo que perder? ¿Eso intentaba ser un chiste? Porque solo lo cansado que me siento me impide ponerme a llorar ahora mismo.

—Podemos sentarnos por aquí a esperar —dijo Herbert sin rastro de humor—. O podemos seguir andando.

—En nombre de Dios, Herb, ¿para qué? —quiso saber el exobiólogo.

—Mientras tengamos un objetivo estaremos vivos. Cuando nos sentemos a esperar, en ese preciso instante, habremos muerto.

—Pero, Herb... —musitó Fidel—. Es imposible que podamos llegar hasta ahí abajo y tú lo sabes.

—No, no lo sé. Solo sé que el hombre es capaz de hacer las cosas más

inverosímiles. ¿Sientes tu corazón, Fidel? Está latiendo, estás vivo, amigo.

—Conectado a un equipo de aire que dejará de funcionar de un momento a otro.

—Quizá sí o quizá no. Tuve un amigo que enfermó de leucemia. Estuvo trabajando hasta casi el último día, haciendo planes, organizando sus próximas vacaciones. Los humanos no podemos aceptar nuestra propia extinción, y cuando lo hacemos dejamos de ser humanos. Nos convertimos en un conjunto de órganos que funcionan mecánicamente. Siente la fuerza de tu espíritu, amigo, y obedece tu instinto... Ese que te dice que no puedes morir.

Herbert le tendió la mano a Fidel y añadió:

—Vamos.

Fidel tomó su mano enguantada, y luego abrazó al geólogo. Las dos escafandras chocaron en aquel abrazo lleno de emoción.

—Vamos a vivir, amigo —dijo Herbert, y Fidel escuchó claramente su voz a través de las dos escafandras que se tocaban—. Vamos a vivir.

A un par de pasos de distancia Susana contemplaba la escena, en silencio.

Luego, los tres emprendieron el descenso al Valle Marineris.

Baglioni cortó la conexión y habló con normalidad, mirando a Jenny:

—Un propósito loable... pero, lamentablemente, no tienen ninguna posibilidad. El aire no les llegará para alcanzar el fondo del Valle.

Jenny volvió la vista a los monitores. El inmenso paisaje oscilaba con el ritmo de la marcha. Luego clavó sus ojos en Luca.

—¿Te has vuelto loco?

Luca sonrió sin despegar los labios, torciendo un poco el gesto. Era la misma sonrisa que Jenny le había visto ejercer durante todo el viaje, desde antes incluso. Jenny sabía qué significaba y no podía continuar mirándola. Disimuló un gesto de asco y fijó la vista en los monitores.

—No te preocupes, Jenny, he apagado el micrófono. Y, además: ellos ya lo saben.

La voz de Jenny fue contenida, de poco volumen, cuando contestó sin dejar de mirar los monitores.

—Lo saben, es cierto, por eso no es necesario que tú se lo recuerdes.

—¿Acaso nuestra situación es mucho mejor?

—Tenemos una posibilidad de sobrevivir, ellos no.

—Sí, una pequeña posibilidad; ¿y por eso debemos de ser considerados?

Jenny se volvió de nuevo hacia Luca. Ya no intentaba disimular, mostraba los dientes al hablar y sus ojos, siempre muy abiertos, eran solo una ranura en la que asoman las pupilas muy brillantes.

—¿Sabes? Hace años conocí a un tipo como tú.

—¿En serio?

—Sí, se creía el hombre más inteligente del mundo, pero era un idiota. Los hechos lo han demostrado.

El comentario no había borrado la sonrisa del rostro a Luca, pero ahora mostraba los dientes al sonreír.

—¿Tu pareja?

—Así es.

—Te diré algo, Jenny...

—Dime.

—Deberías de sentirte agradecida por haber encontrado compañía masculina.

Jenny le miró un largo rato antes de responderle. Sintió como las lágrimas se agolpaban en sus ojos, pero hizo un esfuerzo por no llorar y lo consiguió.

—Jódete, Luca —dijo entre dientes—. Jódete.

Estaba anocheciendo. Las cámaras de los cascos intentaban compensar la falta de luminosidad aumentando el contraste, pero las imágenes se volvían un poco borrosas.

Susana hizo un alto y encendió las linternas que el traje llevaba acopladas. Y de inmediato desapareció el paisaje y solo se vio un nítido cono doble de luz delante suyo, justo donde iban pisando sus botas.

Fidel y Herbert la imitaron; y pronto hubo tres rayos muy blancos trazando líneas de luz en la atmósfera polvorienta de Marte.

Herbert veía bajar delante suyo a Susana y Fidel, dos figuras blancas en la semipenumbra azulada del anochecer y rodeadas por inmensas sombras que crecían amenazando aplastarlas.

Se detuvo y levantó la vista. No se cansaría nunca de mirar aquello. Había farallones como gigantes esculpidos puestos en fila para proteger la inmensidad, formidables rocas desprendidas por antiguos cataclismos a medias trabadas en su descenso. El Sol desaparecía al fin tras el borde opuesto del cañón. Florecía allí un fantasmal brillo azulado, un infierno azul que moría lentamente. El color había desaparecido del cañón y quedaban únicamente las formas brutales, los perfiles sin desbastar, las escombreras infinitas que poco a poco se fundían en una negrura uniforme.

Herbert dudó un instante, luego comenzó a andar para no perder a Fidel y Susana.

—Esto es una forma de locura, ni más ni menos —estaba diciendo Fidel—. Todos los que estamos aquí estamos locos, o nos hubiéramos quedado en la Tierra contemplando esto por televisión. ¿Qué puede obligar a un hombre cuerdo a dejar a su mujer y a sus hijos... todo, y descender por un barranco de cinco mil metros de profundidad en el hemisferio Sur de un planeta muerto?

—Imagino que todos estamos razonablemente cuerdos, Rodrigo —razonó Herbert—, o no habríamos pasado los filtros psicológicos.

Susana se volvió un momento y les hizo una seña con la mano.

—Eh, muchachos, os recuerdo que todo esto se está grabando en la *Belos*, y que algún día lo pasarán por las televisiones de la Tierra. Cuidado con lo que decís.

En los cascos de los trajes se escuchó la voz de Luca:

—No hay problema, Susana, en la Tierra se cuidarán mucho de emitir algo que dañe de alguna forma la imagen de héroes que venderán de nosotros. Esta misión ha sido un completo fiasco y los héroes vienen muy bien para desviar la atención de los fracasos. Con un poco de suerte seremos elevados a los altares.

Jenny casi le interrumpió al hablar. Ensayó una voz optimista que fracasó tras las primeras sílabas.

—Deja de decir tonterías, Luca. En realidad tú eres la prueba de que los test psicológicos no funcionan. ¿Qué hay de tu espíritu de equipo?

—Oh, mentí, como todo el mundo, con la excepción de Herbert, claro.

—No tuve la necesidad de hacerlo.

—¿Cómo es posible, Herb?, ¿tan claras tenías tus motivaciones para venir aquí?

—Sí.

—Pues te felicito. Quizá eres el único de nosotros que no se está repitiendo ahora lo de «qué estúpido he sido», una y otra vez. Cuéntanos, Herb ¿por qué viniste a Marte?

—No, Luca, creo que voy a pasar. Tendrás que buscarte otra cosa para entretenerte.

Siguieron caminando. Ya apenas había luz, solo una claridad difusa en el cielo que era rápidamente sustituida por una negrura intensa punteada de estrellas muy nítidas.

—Me pregunto cómo verán esto por televisión —murmuró Fidel, como si hablara para sí mismo—, a qué hora... qué pensamientos cruzarán por la mente de la gente que presencie esto. He contemplado tantas veces situaciones semejantes... Sentado cómodamente en mi salón, tomando un café después de comer, te presentan las imágenes previas a un desastre, ves a la gente que un instante después... estará... muerta, y lo sabes, y te preguntas qué sentirán, qué les impulsará a seguir adelante.

A sus palabras siguió un silencio prolongado.

El viento comenzaba a soplar de nuevo. Rugía encajonado dentro del cañón. Al fin Susana, que iba al frente, eligiendo el camino de descenso como mejor podía, dijo:

—¿Y ya lo has averiguado, Fidel?

—¿El qué?

—¿Qué nos impulsa a seguir?

—No, en absoluto. Me siento igual que si estuviera viendo esto en un televisor. No puedo aceptar que me esté sucediendo precisamente a mí... Mi mente no concibe que dentro de unas pocas horas el aire se agotará y...

Volvió el silencio, pero esta vez era algo activo; un silencio que se alimentaba de la negrura que les rodeaba, que trepaba por dentro de su médula espinal y se agarraba a sus pulmones dejándoles sin aire.

—No pienses en eso ahora, Fidel —apenas musitó Susana.

—Será el final del camino. Solo eso.

Herbert sonrió al oír eso. A él el silencio no le asusta; sabía que siempre había vivido dentro de él. Ahora, al parecer, ese silencio negro había salido y estaba invadiendo el Universo entero. Pero no era un enemigo, para él no.

—Os sugiero algo —dijo—. ¿Qué tal si nos concentramos en el descenso? Mientras hablamos quemamos más oxígeno del necesario.

Fidel, Susana y Herbert continuaron el descenso. La noche marciana crecía a su alrededor como una selva de silencio y oscuridad. El viento nocturno soplabla entre las peñas arrojándoles puñados de tierra contra el casco. El descenso se hacía cada vez más difícil por la falta de luz. Pero ninguno de ellos lo mencionaba. No había opciones.

Se detenían frecuentemente para descansar. En una de esas pausas Herbert reclamó a Susana para que le ayudase a cambiar una de las botellas de aire. Susana tomó el receptáculo vacío, lo tiró y lo cambia por otro. Se dio cuenta en ese momento que Herbert no tenía más botellas de reserva.

No dijo nada y prosiguieron el descenso, bajando cada vez más, como si fueran a sumergirse en un lago de negrura.

Susana se volvió y tras ella solo vio las luces de un casco. Era Fidel. Habían dejado atrás a Herbert.

—Herb... —le llamó—. ¿Tienes algún problema?

—Ningún problema, Susana. Todo está bien.

Lo vio apoyado en una roca cien metros más atrás.

Fidel le hizo una seña con la mano para que avanzara, pero Herbert no se movió.

Retrocedieron para acercarse a él. Estaba apoyado contra una gran roca, a medias sentado. Miraba al cielo.

Fidel y Susana siguieron su vista y vieron una franja de negro tan intenso que parecía violeta. En ella brillan multitud de estrellas recortadas por los bordes del cañón. Y en el centro de ese cielo atezado resplandecía una luna asimétrica, un pedazo de luz contrahecha que alguien había pintado deprisa arruinando ese tapiz magnífico.

Herbert la señaló con la mano, y luego la cerró; como si intentara atraparla entre sus dedos.

—¿Algún... problema Herb?

—¡Mirad eso!

—¿Qué?

—Fobos.

La luna gibosa y pequeña se movía perceptiblemente contra el fondo de estrellas camino de ser tragada tras los dientes mellados de la oscuridad, la pared del cañón.

—Se mueve tan rápido como un satélite artificial —dijo Fidel.

—Sí. Tarda poco más de siete horas en completar su órbita. Y Deimos es esa estrella brillante situada junto al borde.

—Su aspecto no es demasiado espectacular.

—Está mucho más lejos que Fobos, y ambas son muy pequeñas... Pero no importa. ¡Son las auténticas lunas de *Barsoom*!

—¿*Barsoom*? —preguntó Susana extrañada.

—El nombre que dan a Marte los habitantes del imperio Helium. Donde la

hermosa princesa Dejah Thoris se sienta desnuda en el trono de rubí para dirigir el destino de sus súbditos. Allí donde corren los *thoat*, las prodigiosas bestias de carga de ocho patas. Donde lucha Tras Tarkas, el poderoso guerrero de piel verde y cuatro brazos. Donde abundan las ciudades con cúpulas como agujas de cristal de Helium, los senderos de color esmeralda del Gran Canal de Nylosirtis...

—¿De que estás hablando, Herb?

Herbert intentó tomar aire y apenas lo consiguió.

Sonrió y se esforzó en continuar hablando.

—De las aventuras de John Carter en Marte. Mi abuelo tenía todas las novelas de Edgar Rice Burroughs: las de *Tarzán* y las de *John Carter*; pero estas últimas eran mis favoritas. De niño pasé muchas horas devorando aquellas maravillosas novelas. Y soñé con visitar algún día el reino de la princesa Dejah Thoris, y con caminar bajo las dos salvajes lunas de *Barsoom*.

Herbert se detuvo... apenas le quedaban fuerzas para hablar. John Carter, Marte, su camino ha estado perfectamente dibujado, la senda del sueño de la *Ayer's Rock*, la visión de fuego de los *Ohafa*.

—Bueno, Herb, tenemos que seguir.

Herbert sonrió internamente.

—Tendréis que hacerlo vosotros dos solos. Yo creo que me voy a quedar por aquí un rato.

Susana escuchaba jadeos por la radio. No podía ver la cara de Herb y lo deseaba intensamente. Reprimió el deseo de acercarse a él, de tomarle el guante. Se mantuvo rígida, quieta frente a él.

—¿Qué sucede?

—Me temo que mi reserva de aire se ha agotado. No puedo seguiros. Pero os juro que me gustaría hacerlo.

Una luz roja parpadeaba en el visor del casco. Era el icono del O, en rojo. Sabía que el oxígeno retenido en el traje aún le mantendría con vida un rato, pero ya estaba sintiendo el sopor de la intoxicación por dióxido de carbono.

—Herb... —musitó Susana.

—Bueno... sabíamos que este momento iba a llegar ¿no? Pequeños inconvenientes de ser tan grande... —Forzó una sonrisa que se convirtió en tos ronca — ...consumo mi aire mucho más aprisa que vosotros dos. Espero que logréis llegar hasta el final de esto, sea lo que sea lo que encontréis allí.

Al fin Susana no pudo contenerse más, se arrodilló y lo abrazó. Rodrigo los contempló paralizado.

—Eres una buena persona Susana... deberíamos habernos conocido mejor...

Susana apretó su casco contra el de Herbert, quería sentirle cerca, pero el plástico no le dejaba ver nada y ella apenas le sentía a través de la gruesas capas de tela y metal del traje espacial.

Él hizo el ademán de indicarle que se fueran, que no malgastaran más tiempo

junto a él, que siguieran descendiendo, pero no tenía fuerza para apartarla. Al fin buscó su mano y la aferró con desesperación a través del guante. Esa presión fue la que le dio aún un resto de consciencia. Todo oscilaba, el cuerpo apenas era un tejido informe, flotando muy lejos.

Crecía el silencio, que ya estaba dentro de sus pulmones —alquitrán denso y dulce—, y la luz roja que se convertía en un sol de fauces ardientes, el enemigo que nunca podía ser vencido. Lentamente, muy lentamente, el Sol abrió las fauces y le devoró, le integró en su calor primordial en el que ya no había silencio, ya no había camino, no había nada.

Al fin, Susana sintió como la presión en la mano de Herbert se aflojaba y el brazo cayó inerte.

Le costó un mundo obligar a sus músculos a levantarse de nuevo, pero lo hizo, se irguió y miró el cuerpo tendido de Herbert que se desenfocaba y perdía nitidez. Se rio en silencio. Ningún ingeniero había pensado en que un astronauta pudiera llorar y en el traje no había un sistema que impidiera que las lágrimas entorpeciesen la visión.

Al fin, como muy lejos, advirtió que Fidel estaba a su lado y que había colocado su mano enguantada sobre el hombro.

—Dicen que los únicos hombres felices son aquellos que han hecho realidad sus sueños de juventud —dijo el exobiólogo.

En la *Belos*, Jenny miraba fijamente una luz en el panel del control médico. Es un corazón que descendía sus pulsaciones lentamente.

Al fin se detuvo y Jenny pulsó la desconexión para evitar que sonase la alarma. Se volvió para descubrir que Luca estaba a su lado, mirando también. Ninguno dijo nada.

Luca se recostó contra un mamparo.

—Sería mejor que interrumpieses el monitorizado médico. No vas a lograr nada.

Jenny llevaba un rato mirando la pantalla en la que no se veía nada. Al fin se secó las lágrimas con el dorso de la mano y respondió muy bajito, con rabia contenida.

—Soy su médico, no lo olvides, y estaré con ellos todo lo que pueda.

Jenny volvió la cabeza y vio como el indicador de señal se desvanecía. Las imágenes comenzaban a perder cuadros a medida que la conexión perdía ancho de banda. Los movimientos se interrumpían o iban a saltos.

Luca se acercó y se puso a ajustar controles.

—Fidel... Susana... Tenemos problemas con la recepción... hay interferencias... parece cosa de la distorsión magnética local.

Al fin las pantallas quedaron en azul. Había un aviso escrito encima de ellas que decía «enlace perdido».

Luca dio un golpe al tablero que resonó como un disparo.

—¡Mierda...! Algo está interfiriendo... y debe ser lo mismo que causó el fallo en nuestros sistemas.

De repente, la pantalla de ingeniería de Luca, unos metros más allá, se iluminó en rojo y una alarma estridente comenzó a sonar. Jenny dio un respingo y miró a derecha e izquierda.

—¿Qué significa eso?

Luca se lanzó como un lobo sobre su panel y comenzó a manipularlo salvajemente.

Muy asustada, Jenny se acercó. «¿Qué estaba pasando?». Nunca había visto a Luca tan frenético.

—¿Qué...?

Luca miraba hipnotizado un complejo esquema y Jenny solo advirtió una barra de color verde, justo en el centro, que disminuía lentamente.

Al fin Luca se volvió hacia Jenny. Ella tampoco lo había visto nunca con esa expresión en el rostro Desorientación, terror... Pero duró poco, en seguida regresó la mueca irónica.

—Significa que estamos muertos —dijo, casi saboreando las palabras.

Susana había caminado durante un rato sin pensar en nada. Solo percibía el silencio, la oscuridad delante de ella y los focos de Fidel iluminando a su espalda.

La voz de Luca, la sacó de su estupor. Apenas entendió nada entre ruido y el crepitar de la estática, pero el ingeniero pareció decir: «Estamos muertos». Solo eso, y las interferencias lo ahogaron todo.

—¿Luca...?

No recibió respuesta. Intentaba restablecer el enlace, pero el ordenador de a bordo le indicó que había perdido la señal. Para ahorrar batería puso el sistema de comunicaciones remotas en pasivo y solo dejó un enlace con Fidel.

Rodrigo no se había sentido tan cansado en su vida. Seguir los pasos de Susana se había convertido en una especie de obsesión. Veía el traje blanco, deslumbrante cuando le tocaban los focos. Oscilaba delante suyo, caminando entre rocas, resbalando por derrumbes, siempre hacia abajo y no tenía fuerzas para pensar en nada más.

Solo se sorprendió y adquirió conciencia de donde se encontraba, al advertir que la oscuridad era menos densa. Al volverse, observó una claridad de amanecer en la cima del Valle.

Susana también se detuvo. Juntos observaron al Sol ascender por encima de las escarpaduras. En el cielo se diluía la negrura nocturna en un violeta pálido que poco a poco se volvía rojizo. La luz se arrastraba sobre los riscos devolviéndoles su brutal perspectiva.

De nuevo Fidel y Susana eran solo dos motas blancas en un océano de estratos, cascadas y contrafuertes de roca rojiza.

Reanudaron la marcha y un poco más adelante descubrieron un tapiz blanco que les cortaba el paso.

—Parece yeso o algo así —dijo Susana.

—No soy geólogo, pero podría ser, sí.

Susana miró en derredor, pero no parecía haber otro camino, el paso estaba encajonado entre laderas pedregosas y difíciles de escalar.

—Pues habrá que intentarlo.

Susana le hizo una seña al exobiólogo de que esperase y comenzó a cruzar sin aparente dificultad hasta que se detuvo en el medio de aquella cosa blanca, extrañamente rígida. Cuando habló su voz era muy tensa:

—No des un paso Fidel.

—¿Qué sucede?

—No estoy segura, pero... mis botas resbalan en este terreno... no noto ningún rozamiento bajo ellas.

Fidel se agachó y se fijó mejor en la sustancia blanca. Era como espuma. Bajo los pies de Susana se desprendía un fino vapor.

—¿Qué es esto? —se preguntó Rodrigo.

—No estoy segura, pero creo que es nieve carbónica; anhídrido carbónico congelado... Para que se haya concentrado de esa forma, el sol no debe de dar aquí en ningún momento. Es muy resbaladizo.

Fidel hizo el ademán de entrar en la zona blanca.

—¡No te acerques! —le gritó Susana.

—¿Puedes retroceder lentamente?

—Eso he intentado... pero el calor que escapa de mis botas debe de estar sublimándola. Es como si estuviera de pie sobre un colchón de aire.

Lentamente, guardando el equilibrio con precariedad, Susana logró avanzar hasta Fidel, quien, en cuanto pudo, la tomó de la mano y el hombro y la impulsó hasta terreno seguro.

Esperaron un poco hasta recuperar el aliento.

—Parece que esto nos cierra el camino, no podemos seguir por aquí.

Susana se apoyó con las palmas en las rodillas.

—¡Oh mierda! ¿Tendremos que desandar todo?

Fidel se derrumbó contra una roca y se dejó resbalar indolente hasta quedar sentado en el suelo.

—Ponte en pie o te congelaras.

—No me importa. Ya no puedo más, las piernas no me sostienen. Y apenas me queda aire ya. El fin no puede andar muy lejos.

Susana se irguió. El peso de varios mundos le tiraba de los hombros, sentía dolorida cada fibra de la espalda y las piernas. Apretó las mandíbulas y comenzó a buscar un paso que les ahorrara el tener que retroceder, lo que representaba una buena subida.

No se iba a rendir, aunque tuviera que horadar Marte de lado a lado, iba a llegar al Valle y a esa niebla. Se lo debía a Herbert.

El Sol estaba a medio camino del cielo, iluminándolo todo con nitidez. Susana miró a su alrededor. Iba adquiriendo cierta destreza en adivinar los pasos más fáciles, la mejor forma de atravesar un obstáculo. Al principio había sido difícil. Las gradientes de los derrumbes, la orografía sin erosión los confundieron. Pero en aquel momento sus ojos ya diseccionaban el paisaje, identificaban rocas, pendientes demasiado pronunciadas y trochas suaves. Hasta que se fijó en un aterramiento de forma curiosa. Estrechó los ojos y puso todo el interés en ese accidente perdido en la inmensidad geológica del Valle Marineris.

En la *Belos*, Baglioni activó una serie de controles en el ordenador. Las luces se encendieron y el acondicionador de aire comenzó a bufar. Casi inmediatamente se notó como la temperatura ascendía.

—¿Qué...? ¿Qué haces, Luca?

—He anulado el programa de ahorro. Ahora funcionamos en soporte vital standard. No tiene sentido seguir economizando energía.

—¿Por qué? ¿Qué..., qué significa esa alarma, y la barra verde?

—Tenemos una fuga en el depósito de oxígeno líquido. No es tan hermético como habíamos pensado y estamos perdiendo aire. Esa alarma señalaba que la presión en él ha descendido demasiado. No entiendo por qué los indicadores no avisaron antes, hubiéramos podido hacer algo... No sé, quizá se dañaron en el choque.

—Pero... Podemos intentar localizar la fuga, sellarla, dejar de perder oxígeno...

—No. Mis cálculos eran muy precisos y partían de la base de que contábamos con las reservas integrales. No había previsto que perderíamos aire por culpa de una fuga. Esta variable no entraba dentro de mis ecuaciones, y ahora el resultado no puede ser peor. Aunque sellemos la fuga el aire no nos durará lo suficiente como para esperar la llegada de la misión de rescate.

Jenny se puso en pie casi derribando a Luca.

—Me niego a rendirme de esa forma. Encontraré esa maldita fuga y la sellaré...

—Jenny...

Jenny comenzó a buscar las herramientas de reparación en los armarios. Daba portazos y, sin orden ni concierto, sacaba cosas que se iban amontonando en el suelo.

—¿Qué?!

—Es inútil... —Luca le mostró una cifra en la pantalla— la presión en el tanque sigue bajando; quizá la grieta se está haciendo más grande... Lo más probable es que solo nos queden unas pocas horas, lo que nos dure el tanque auxiliar.

Jenny tomó la lanza de un soldador y la esgrimió frente a Luca.

—Nos pondremos los trajes y buscaremos por el exterior... La fuga se verá claramente desde fuera, veremos una escarcha de dióxido de carbono congelado, qué sé yo...

—Créeme, no hay ninguna posibilidad. Y no quiero pasar mis últimas horas dentro de un traje de presión, esperando pacientemente a que se me acabe el aire.

Jenny miró intensamente a Luca con cara de total extrañamiento.

—¿Qué...?

—Que no quiero...

—Te pregunto que qué quieres hacer...

Luca le respondió con una mirada divertida.

—Admitámoslo, vamos a morir —dijo—. No tenemos ningún sitio dónde escapar, excepto en nosotros mismos. Es lo más inteligente que podemos hacer.

—¿Cuánto tiempo nos queda realmente?

—No mucho más de doce horas... Jenny, durante todo el viaje te has mantenido al margen de ese tipo de cosas... ¿Por qué?

La mirada de Luca no dejaba lugar a engaños. Jenny, que aún sujetaba el soldador abrió aún más los ojos. Luego una furia fría, largamente gestada, le estalló por dentro y dijo, casi gritando:

—¿Quieres decir que tu enorme talento, tu gran inteligencia, no encuentra más solución que morir mientras follamos...?

Luca se puso en pie y se acercó todo lo que pudo a Jenny. Con la mano le apartó el soldador.

—Me ajusto a las circunstancias, eso es todo. Lo he pensado cuidadosamente y ya no queda otra salida. ¿Se te ocurre otra forma mejor de pasar nuestras últimas horas?

Jenny volvió a cruzar el soldador frente a Luca y le empujó el pecho con él hasta lograr aumentar la distancia que los separaba.

—Sí. Te diré lo que vamos a hacer; mi plan —dijo, casi sin separar los dientes, arrastrando las sílabas—. Yo voy a colocarme el traje a presión y saldré fuera a ver si localizo la fuga. No me importa si no sirve para nada, al menos tendré la sensación de que estoy haciendo algo útil. Tú puedes quedarte aquí dentro y masturbarte hasta morir deshidratado. Cuando llegue la misión de rescate te encontrarán así... —Y Jenny hizo un gesto colocándose la lanza del soldador entre las piernas— y puede que hasta te erijan una estatua en este mismo lugar. Así —lo repitió—, perpetuamente, esculpido en bronce.

Jenny dio media vuelta y comenzó a ponerse el traje sin apenas mirar a Luca.

Susana y Fidel escalaban en busca del aterrazamiento que habían divisado desde abajo. El ascenso no era fácil. En algunos tramos debían apoyarse en rocas y elevar el cuerpo unos metros tirando de los brazos.

Estaban tan cansados que esos pequeños obstáculos casi los dejaban al borde del desmayo. A una indicación de Susana, los dos hicieron que el traje les suministrase sustancias estimulantes.

—Aumentará un poco nuestro consumo de oxígeno —dijo Susana—, pero sin ayuda química no llegaremos allí.

Fidel asintió. En realidad ya hacía mucho que había dejado de plantearse las cosas. El aire se agotaría de un momento a otro —su indicador de CO₂ llevaba mucho rato en amarillo—, y entonces todo acabaría rápidamente. Casi lo deseaba. Estaba agotado, aturdido. Herbert no parecía haber sufrido en absoluto.

El ordenador del traje comenzó a difundir estimulantes en la corriente de aire que respiraban y, al instante, Fidel se sintió un poco mejor y se esforzó en seguir ascendiendo.

El Sol estaba en el cenit cuando llegaron a esa plataforma rocosa. Se alzaron desde el borde y contemplaron la boca oscura de una cueva.

—¿Luca? ¿Jenny? ¿Podéis leerme? ¡Joder!

Susana golpeó el casco con la mano abierta. Miró a Fidel que se había vuelto a derrumbar en el suelo y luego volvió su atención a la cueva. «Qué extraño...».

Se acercó lentamente hacia aquella boca negra, abierta en la ladera del Valle. La cueva era apenas una irregularidad de cuatro por cuatro metros en la pared rocosa. Encendió los focos y solo vio más roca ahondándose.

«Parece que desciende pero es solo una cueva —se dijo—. Una cueva natural...».

Sin embargo, en todo el trayecto no habían encontrado ni señales de algo parecido. Además esa terraza... en una posición tan favorable...

Avanzó un poco más. La cueva se hacía más regular y el suelo descendía sin accidentes. Se volvió y miró a Rodrigo, sentado en el suelo, recortada nítidamente su silueta por los bordes de la cueva.

—Parece profundo. Un corredor natural, largo y estrecho. Y desciende rápidamente... quizá sea un modo más fácil de llegar al fondo del Valle. ¡Oh!

Susana dejó de hablar. El corazón le saltaba dentro del pecho y bombeaba con una fuerza que creía ya no tener. En la pared de la cueva había unas marcas grabadas; en un primer vistazo parecían grietas de una antigua rotura, una piedra que se había resquebrajado, un golpe de una roca caída del techo.

Pero una segunda mirada descartó lo fortuito.

—Hay símbolos... esculpidos en la piedra —dijo Susana, notando que las

palabras se le agolpaban en la garganta—. Parece una especie de... escritura.

—¿Qué...?

Fidel se levantó trabajosamente y se acercó todo lo deprisa que podía, lo que no era mucho. Apoyándose en Susana, jadeó unos instantes. Fue el tiempo que su vista, borrosa por el esfuerzo, tardó en adaptarse y poder enfocar a la roca.

Fidel alargó el guante y, con mucho cuidado, apartó el polvo que cubría parte de los bajorrelieves.

—Fíjate cómo todos los ángulos son de 45° —dijo—, como si hubieran sido tallados por una mano inteligente... pero...

—¿No lo crees así?

—Está muy deteriorado, imposible saber qué es realmente. Podría tratarse de alguna forma de cristalización... Quizá en el interior encontraremos otras muestras menos deterioradas...

Susana y Rodrigo descendieron por la gruta. El suelo era empinado pero no peligroso. Las paredes parecían ampliarse imperceptiblemente.

A los pocos pasos, miraron atrás y apenas vieron la claridad exterior en la entrada. Con las linternas escrutaron las paredes buscando más marcas como aquellas, pero no las había.

—Es todo muy extraño Fidel, nada aquí parece natural.

—¿Qué quieres decir?

Susana se detuvo y miró la cueva. Paseaba la linterna por el arco de piedra irregular y luego la enfocó en la pared.

Pasó su mano enguantada por ella.

—No entiendo cómo la naturaleza ha podido crear una caverna como esta. Parece algo artificial, un túnel excavado por una mano inteligente... Fíjate, las paredes son lisas, casi perfectas.

Fidel asintió. No veía esa supuesta perfección; las paredes eran de roca sin desbastar y no había simetría ninguna. Sin embargo si le parecía encontrar cierta regularidad extraña, cierta desviación de lo que sería una uniforme falta de previsión. Sin embargo él era un hombre de ciencia, estaba acostumbrado a desechar ese tipo de corazonadas sin apoyo experimental y aquella caverna no les iba a dar ninguno, a no ser esas marcas en la entrada.

—Podría haber muchas explicaciones a eso, un antiguo cauce helado pudo perforar la roca de esa forma, como un glaciar subterráneo... luego el hielo desapareció y...

Susana, mientras Fidel disertaba, había continuado avanzando.

—¡Oh! ¡Dios mío! —exclamó, estremeciéndose.

Fidel corrió hasta donde Susana mantenía la linterna enfocando unas losas de piedra perfectamente talladas.

En aquel punto, la irregular superficie de piedra tosca daba paso a un teselado de losas pentagonales perfectamente alineadas.

Sin pronunciar una sílaba, pues no había palabras para un momento así, Susana y Fidel enfocaron más adelante. Frente a ellos el túnel se volvía más y más regular, y aquellos pentágonos de piedra cubrían perfectamente paredes y techo.

La sección del túnel también iba tomando una forma definida, estrechándose en la cúspide y ensanchándose en la base.

—¡Es artificial! Ahora ya no hay ninguna duda, pero sigo sin poder creerlo.

Los dos sentían la necesidad de tocar aquellas losas, de pasar las manos enguantadas por ellas.

—Alguien talló la piedra y la apiló para construir estos muros.

—«Alguien» —exclamó Fidel sin poder contener ya la emoción—. ¡Es increíble! Dios mío, no podemos quejarnos, no tenemos derecho a hacerlo... ¡Hemos descubierto restos de una civilización alienígena!

Fidel tomó a Susana por los hombros y la zarandeó un poco.

—¡Es increíble! —repitió.

Susana atribuyó el entusiasmo de Fidel a los estimulantes. De nada les iba a servir el descubrimiento. Pronto estarían muertos.

Al fin Susana se liberó del exobiólogo y se aproximó para estudiar un detalle de la pared.

—Hay más símbolos esculpidos en la piedra —dijo—. Y estos están perfectamente conservados.

Fidel se acercó y admiró lo que la mano de Susana estaba señalando. Ahora se apreciaba claramente la intencionalidad de unos signos delicados, sensuales incluso, que se enroscaban sobre sí mismos, punteados, enlazados por varios lados.

—Podría ser un adorno, podría ser un poema o solo una advertencia.

—Lo veo, Susana, Dios mío, esto es increíble.

Rodrigo se apoyó en la pared. Apenas podía tenerse en pie. Susana acudió rápidamente a ayudarlo. Le pasó una mano bajo el hombro y le sostuvo antes de que se derrumbase.

Se apoyaron contra la roca, los focos apuntando hacia la pared tallada. Susana miró el indicador de oxígeno: Amarillo parpadeante. Pronto pasaría a rojo y entonces les llegaría el fin a ambos. Aquella pared no les iba a dar más aire, no iba a alargar sus vidas, pero era más agradable morir habiendo desvelado un gran misterio: Marte no fue siempre un planeta muerto.

Solo por eso había valido la pena caminar hasta allí. Algún día encontrarían sus cuerpos y sabrían que ellos fueron los primeros en descubrir aquella cosa increíble.

Ojalá que Herbert hubiera podido llegar hasta allí.

Jenny acababa de accionar el mando de apertura de la esclusa exterior y contemplaba el agreste paisaje marciano de nuevo.

Se quedó sin palabras y tardó un rato en admitir que aquel desierto rojizo, que aquel cielo rojizo y aquellas rocas cariadas eran reales. Sintió el soplo del viento

chocando contra su traje espacial, y los remolinos de polvo, y eso le obligó a moverse.

Bajó la escalerilla y las botas rechinaron sobre la arena muy fina que recubría el suelo. Pero no tenía tiempo que perder, la fuga, mientras ella estaba mirando el paisaje, seguía soltando precioso oxígeno.

Comenzó a andar, rodeando el fuselaje.

La nave le pareció entera pero muy dañada. Había grandes boquetes, las cortas alas estaban desgarradas y muchas losetas de cerámica se habían desprendido dejando negros ladrillos en el fuselaje. La parte trasera estaba aún peor; aplastada, mordida y abierta. Faltaban los grandes depósitos de combustible, los motores y la bahía de carga parecía una lata de refresco aplastada por un enorme pie.

Y dentro de aquel desastre, perdido entre aquellos restos, había un tanque de oxígeno que los estaba matando.

Jenny se colocó la mochila a la espalda, con el equipo de reparación, parches de un compuesto de fibras metálicas y matriz de epoxy, que fraguaría sobre el metal apenas lo aplicase. Pero para eso debía primero localizar la fuga.

En el visor del casco, el ordenador le mostraba un esquema en planta de la nave; no le servía de mucho, no sabía leer planos.

«Eso es cosa de ese hijo de puta de Baglioni» —se dijo.

Aquello era un follón de tuberías, secciones, vigas... En ese momento apretó la mandíbula e hizo rechinar los dientes. Luca hubiera encontrado el tanque en un instante, pero había preferido quedarse en el habitáculo, tumbado sobre su saco y comiendo chocolate.

Jenny siguió avanzando, buscando un hueco por el que introducirse en la bodega y buscar el rastro de la fuga. El oxígeno estaba a muchos grados bajo cero, al expandirse tendría que producir aún más frío capaz de saturar y congelar el dióxido de carbono del aire de Marte. Se tenía que ver una pequeña traza de nieve carbónica en el aire. Eso le señalaría la fuga... Y luego, bueno, luego ya vería cómo la reparaba.

Al fin encontró una grieta en el desgarrado fuselaje por la que cabían ella y el equipo; pero se detuvo y no siguió avanzando.

Había algo que... se volvió lentamente.

Allí estaba la tumba de André, un alargado montón de piedras. Ya no tenía la tosca cruz que le hiciera, el viento debía haberla arrastrado.

Pero no fue eso lo que le llamó la atención. Dejó en el suelo la mochila de reparaciones y caminó hacia la tumba.

No se apresuraba, intentaba comprender qué había de extraño en ella...

Y no lo descubrió hasta estar ya muy cerca.

Había una sustancia oscura que cubría las rocas, que se metía por sus intersticios. Se agachó con cuidado y miró desde más cerca.

Era algo de color rojo pálido, una especie de... no sabía qué. Tocó aquello con la punta de los dedos enguantados y notó que era rasposo, como hecho con fibras

apretadas y duras que se aferraran a las rocas con tenacidad. Con mucho cuidado, tomó una roca pequeña, cubierta de aquello, y la metió en un contenedor de muestras.

Con mucha precaución Susana y Rodrigo se adentraron en el túnel.

En pocos pasos desaparecieron las rocas sin desbatar. La sección del túnel era de casi tres metros en la base y uno en el techo. Tenía una altura de dos metros y medio en la que las paredes se abombaban suavemente hasta terminar en una sección plana.

Toda la superficie de las losas pentagonales estaba tallada.

Tallada y algo más. Había líneas que se seguían, dibujos intrincados que circulaban de techo a suelo sin nunca repetirse.

Susana iluminaba con las linternas esos dibujos, como se entrecruzaban con otros y configuran una complejísima retícula que recordaba más a las interioridades de una máquina que a una escultura ornamental.

Además, Susana notó como la luminosidad aumentaba lentamente.

¿De dónde venía aquella luz?

—Fidel —dijo—. Apaga un momento tu linterna.

—¿Qué?

—Aquí hay luz... muy poca, pero...

Rodrigo asintió y desconectó la linterna manual.

Hubo un instante de oscuridad y, de repente, las piedras planas del techo, empezaron a desprender una suave luz entre violeta y rojiza.

—¡Jesús! —murmuró Fidel, y dejó caer la linterna que rebotó en el suelo con un sonoro «clank».

La intensidad aumentó poco a poco y fue desvelando toda la longitud del túnel, que seguía hacia delante, descendiendo ligeramente y sin variaciones apreciables hasta un recodo a veinticinco metros.

Fidel, aparentemente ajeno a aquella maravilla, se arrodilló en el suelo y recogió su linterna. La alzó en alto y volvió a dejarla caer.

Susana se aproximó a Fidel y observó el extraño comportamiento del exobiólogo.

—Fidel... ¿Qué estás haciendo?

—Sssh... Escucha esto, Susana —y dejó caer de nuevo la linterna.

Y de nuevo sonó un nítido «clank».

—¿Qué...?

—Parece que este lugar está vivo, Susana. Hay luz, energía y... ¡aire!

—Eso es imposible, Fidel. Se habrá estropeado tu manómetro.

—No, no; mira, hay aire, y con un contenido de oxígeno casi normal. ¿Escuchas lo fuerte que suena la linterna al caer? Aquí hay una presión casi normal.

Susana pulsó en el brazo de su traje y activó el modo de análisis de su traje. En la parte interna del visor el ordenador proyectó una serie de barras de colores que correspondían al análisis de la atmósfera marciana:

«Presión 500 milibares, concentración de oxígeno 45%. Nitrógeno y diferentes gases inertes de complemento. Temperatura 10° C».

—No hemos atravesado ninguna esclusa —exclamó Susana—. No hemos notado como aumentaba la presión. Debe tratarse de un error de los instrumentos.

Susana pulsó y activó una rutina de autochequeo. Se completó en unos segundos y el ordenador arrojó el veredicto con una suave voz sintetizada:

«Todos los sistemas en verde».

Fidel comenzó a aflojar los cierres de sus guantes. Susana, nerviosa, le detuvo apoyando su mano sobre la de Fidel.

—¿Te has vuelto loco?

Fidel miró a Susana. Dentro del túnel el filtro ultravioleta no era necesario y la escafandra se había aclarado; ya no era un espejo dorado y podían verse el rostro. Le apartó la mano suavemente.

—No tengo nada que perder. Mi reserva de aire está agotada.

—La muerte por descompresión es horrible.

Fidel suspiró y contempló a Susana. Alrededor de sus ojos había cercos oscuros y las facciones parecían las de alguien mucho mayor.

—Estoy cansado, Susana, muy cansado... si este es el final...

Al fin Susana quitó su mano del guante de Fidel.

—No lo hagas Fidel, no me dejes sola... por favor...

Fidel le dio media vuelta al anillo de presión de su guante izquierdo. El chasquido y el silbido del aire fue claramente perceptible. Lo repitió con el otro guante. Con las dos manos libres aferró la escafandra y la hizo girar unos treinta grados. Luego, con un movimiento lento, se la quitó y la dejó colgando de su brazo derecho.

Fidel respiraba con precaución.

—Está frío... y tiene un olor... metálico. Pero se puede respirar sin problemas.

—No puede ser.

Susana se rio. Era una risa que le salía debajo de los pulmones, que no se podía parar con facilidad. Se esforzó en respirar hondo y reprimirla.

Fidel se quitó la mochila de soporte vital y abandonó a su lado los guantes y la escafandra.

—Aquí hay aire y a una presión suficiente. No me preguntes como es posible.

Susana se quitó los guantes, el casco y luego la mochila. La risa estaba ahí, justo al borde oscuro de su mente. La sentía trepar de nuevo acompañada de ganas de gritar y respirar hasta ahogarse con aquel aire seco, un poco polvoriento. Pero una vez más se reprimió y todo lo que quedó de esa alegría fueron unos ojos chispeantes. ¡Estaban respirando!

—Es cierto... ¿Pero cómo?

Fidel acercó la linterna a uno de los muros.

—Este lugar... —dijo— no es solo una caverna. Parece...

Las losas parecían estar colocadas muy juntas, más bien soldadas entre ellas que

encajadas. Y el dibujo, los bajorrelieves se extendían en todos sentidos, una trama muy compleja que crecía casi como unas raíces de piedra que serpenteasen por los muros en geometrías fractales con intención de cubrirlos por completo. En medio de aquella trama se distinguían signos. Agrupaciones de marcas parecidas a las que encontraron en la entrada, a veces agrupadas en rombos u óvalos.

—Ojalá hubiéramos traído a un arqueólogo con nosotros —dijo Susana.

—Un arqueólogo nos hubiera ejecutado a sangre fría. Hemos entrado aquí sin tomar ninguna precaución, estamos distorsionándolo todo con nuestras huellas. Además, mucho me temo que no hubiera podido hacer nada. Esta cultura no tiene nada que ver con las de la Tierra. Hubiera estado tan perdido como nosotros.

—¿Qué crees que es esto? —preguntó Susana.

—No lo sé. Pero contiene aire respirable. Y eso es importante.

Susana señaló al suelo. Estaba lleno de polvo marcado por sus huellas.

—Me pregunto cuando durarán nuestras huellas sobre él.

—Miles de años quizá...

—O hasta que llegue el equipo de rescate... Rodrigo, si aquí hay suficiente aire...

—Podríamos sobrevivir, sí. Debemos entender qué es este lugar. Cuál es su función...

Susana comenzó a avanzar haciendo resbalar la mano por los relieves.

—Estos túneles parecen descender hacia el fondo del Valle Marineris...

Fidel permaneció quieto. Miraba a Susana alejarse por el corredor. De repente no había prisa, no había límite alguno en el tiempo. Estaban vivos, iban a seguir respirando. Rodrigo se preguntó cuánto tiempo y por qué, pero en realidad las respuestas carecían de importancia ante el sublime hecho de que estaban respirando aire marciano.

—Imagina este mundo perdiendo su aire —dijo Fidel meditando—. Al descender la presión atmosférica desaparecería el agua de la superficie. Los antiguos marcianos se verían obligados a refugiarse en simas cada vez más profundas donde la presión y el agua permanecerían por más tiempo, quizá ayudada por su ingeniería.

Mientras hablaba, siguió a Susana, descendiendo lentamente por aquel túnel maravilloso.

En la pared, a la derecha, algo le llamó la atención. Se acercó y enfocó la linterna sobre un grupo de signos. Parecían una flecha, una cruz y una estrella. Pero solo lo parecían, porque las líneas se entrecruzaban y jugueteaban unas con otras, hasta complicarse en un trazado tan complejo como el del resto del túnel.

—Quizá nunca logremos entender su significado... —añadió extrañado por aquellos símbolos.

—Pero no parecen muy extraños para un ser de una cultura alienígena —dijo Susana, que había retrocedido y estaba ahora a su lado.

Miraba también los signos que habían llamado la atención de Fidel y masticaba con ganas una de las tabletas de chocolate que el traje tiene como ración de

emergencia.

—Cualquier raza de cazadores habría desarrollado el símbolo de la flecha —explicó el exobiólogo—. La cruz y la estrella tampoco son difíciles de imaginar. «El ojo del pulpo».

—¿Qué?

—El ojo del pulpo. Su estructura es idéntica a la del ojo humano. Otro ejemplo: la mayor parte de los marsupiales no pueden distinguirse de sus equivalentes mamíferos. Evolución paralela. Pero yo no puedo aplicarlo a esto, los parecidos son bastante superficiales y entre símbolos muy sencillos.

—Bueno, sigamos adelante.

—Espera... ¿Te das cuenta de que no tenemos contacto con la *Belos*? Estamos aislados.

—Desde el módulo no pueden ayudarnos. Intentemos averiguar por nosotros mismos qué es este lugar.

En la *Belos*, Luca intentaba ociosamente restablecer las comunicaciones con Susana y Fidel sin éxito. No había respuesta en ninguna banda.

Al fin, suspiró y comprobó el nivel del oxígeno. El tanque principal estaba casi vacío. Solo contaban con el secundario.

No había ya nada que se pudiera hacer.

La compuerta exterior resonó al cerrarse. Luego las bombas de aire actuaron llenando la esclusa. Al fin se abrió la compuerta interior y Jenny ingresó, ya sin escafandra ni guantes, en la *Belos*.

No le dirigió una sola mirada a Luca. Se plantó frente al panel científico sin quitarse el traje y abrió un armario. Dentro había un espectómetro de masas y un completo juego de instrumentos de análisis molecular. Puso encima de la mesa una caja de muestras que sacó del bolsillo del traje. Extrajo un cajoncito donde acoplaba perfectamente la caja. Introdujo el cajón y comenzó a manipular el ordenador.

Luca se acercó y la observó en silencio pasar pantallas y pantallas llenas de compleja información.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó al fin.

Jenny prosiguió su trabajo sin apartar la vista de la pantalla.

—Encontré algo sobre la tumba de André; lo estoy analizando con el espectrómetro.

—¿Qué...?

—Parece una especie de líquen, pero ha crecido muy rápidamente... ojalá estuviera aquí Fidel...

Jenny dejó de mover controles en la pantalla táctil y presionó un gran botón rotulado «proceso». Se echó hacia atrás y contempló como los resultados iban apareciendo en la pantalla.

Al fin, Luca, viendo las cifras, abrió mucho los ojos.

—Eso no es posible —dijo.

—Sí lo es. Carbono... Nitrógeno... agua... largas cadenas de hidrocarburos... aminas, lípidos, materia orgánica compleja. Esa cosa tiene los mismos componentes que nuestros cuerpos.

Fidel y Susana avanzaban por aquel túnel interminable.

La luz era difusa y sus pasos levantaban pequeñas nubes de polvo rojo que tardaban en posarse.

Susana iba delante, caminando con paso firme aún. Fidel apenas podía moverse y se tenía que ir apoyando en las paredes cada pocos pasos. Le dolían todo el cuerpo, pero especialmente los gemelos que eran nudos apretados en sus piernas. Esto era una consecuencia del suelo en rampa; después de varias horas, descender resultaba más duro que trepar, todo el esfuerzo de sus piernas se concentraba en frenar el peso del cuerpo por la pendiente, y los músculos se le habían agarrotado de modo que cada paso era una tortura.

Susana se había acostumbrado a escuchar sus jadeos, era la forma que tenía de saber que estaba detrás de ella, aún en movimiento.

El sistema de túneles era muy extenso y complejo. Muchos de ellos terminaban en paredes cerradas y ambos astronautas temían que retroceder trabajosamente y elegir otro recodo.

Hacía mucho que habían perdido la orientación. A veces parecía que subían un trecho, pero casi siempre bajaban. Ese era el camino correcto; siempre hacia abajo. Susana creía ir en buena dirección eligiendo siempre las sendas descendentes, pero las pendientes eran a veces tan suaves que no podía asegurarlo. Y, por supuesto, la brújula no servía de nada en un mundo sin campo magnético central.

Se les habían terminado las provisiones y las reservas de agua que el traje llevaba incorporadas. Dentro de la boca, la lengua, era un trapo seco al que se pegaba el polvillo rojo que parecía flotar en todas partes.

Sobre una placa en la entrada de cada nuevo corredor, siempre encontraban los mismos símbolos grabados; a veces una flecha, a veces una estrella, en el resto de ocasiones símbolos incomprensibles.

El último intento fallido les había costado doscientos metros de descenso pronunciado hasta llegar a una pared cerrada.

Fidel no podía más. Se apoyó en la roca tallada y se dejó resbalar hasta el suelo. Susana golpeó con el puño el obstáculo; sabía que tendrían que rehacer el camino, pero decidió que era hora de descansar y se tendió al lado del exobiólogo.

—Esto es un laberinto —dijo Fidel.

Desde luego eso era evidente, pero se sentía demasiado cansado como para preocuparse de señalar o no lo evidente.

—Sí, y me siento como una rata de laboratorio recorriéndolo. Me pregunto si tendrá algún sentido.

—Debe tenerlo. Esto fue construido por alienígenas, pero sus mentes debían ser

tan lógicas como las nuestras. Construyeron este lugar con una finalidad, aunque ahora resulte oscura para nosotros.

No tenía sentido seguir dándole vueltas a aquello. Los dos se callaron y permanecieron un rato en silencio, apoyándose el uno en el otro.

Quedaba una barra de cacao, la última, que Fidel rescató del fondo de un bolsillo. La partió en dos y la masticaron lentamente.

Al fin Susana se puso en pie y ayudó a Fidel a levantarse. Emprendieron el regreso lentamente, con pasos cortos.

Fidel arrastraba los pies y, atrás, en el polvo, iban quedando dibujados dos largos surcos.

Llegaron al último desvío. Susana marcó el suelo con una gran cruz y tomaron el otro camino. Tras lo que parecían cien metros, dieron con otra encrucijada. Había más símbolos grabados en las paredes.

Susana se acercó y frunció el entrecejo mientras los investigaba.

—De nuevo esos símbolos. Debe ser...

Se dio la vuelta y miró a Rodrigo que, en silencio, alumbraba al suelo con su linterna. Siguió su mirada y descubrió huellas, como las suyas, que llegaban de ese pasillo.

—¡Huellas!

—Son nuestras, Susana.

Susana se agachó y las miró con atención.

—Es cierto y...

Alzó la vista y miró hacia delante...

Unos pasos más allá descubrió, apoyados contra la pared del túnel, justo allí donde los habían dejado, el casco y las mochilas de soporte vital de sus trajes espaciales.

Sintió como si el peso de un mundo le aplastase los hombros.

—Hemos caminado en círculo —dijo Fidel, sin dejar de mirar al suelo ni un instante—. Estamos prácticamente dónde empezamos, como ratas en un laberinto.

Finalmente Susana se incorporó, levantó la cabeza y se dirigió a Fidel.

—Debemos seguir, Fidel.

Fidel la dirigió una mirada larga y desolada, sin palabras. En su rostro se reflejaban cincuenta años de cansancio. No había palabras que Susana pudiese pronunciar capaces de borrar aquella certeza que se esculpía en arrugas marcadas, en ojos sin brillo, en los hombros caídos y las manos vacías y colgando inertes al final de los brazos.

Fidel intentó una sonrisa y arrastró los pies, acercándose donde Susana le esperaba. Tambaleándose, tomó el sendero de nuevo y ella caminó tras él, escuchándole arrastrar los pies por el polvo y sus débiles jadeos.

Decidieron tomar un nuevo corredor, este marcado con una estrella, y caminaron por él en silencio, muy lentamente. Era en todo igual a los anteriores, en todo igual a

aquel enorme laberinto.

Susana temía que terminase en otra pared, que siempre fuese así, hasta que ya no se pudiesen mover y fueran a morir en cualquier rincón bajo uno de aquellos símbolos que no comprendían.

De repente se detuvo.

Algo había cambiado de repente haciéndola sentir un dolor terrible en los oídos. Algo enorme se hinchaba en sus pulmones, obligando al aire a salir de su pecho.

Abrió la boca. Notaba algo cálido en la nariz, estaba sangrando.

El dolor en los oídos aumentaba. Su abdomen estaba hinchado y sus intestinos parecían retorcerse en una horrible tortura. Se miró las manos y descubrió con horror que muchos capilares epiteliales habían reventado formando bruscos moratones en la piel.

Se volvió y vio a Rodrigo con las manos en el diafragma.

El biólogo se tambaleó y cayó hacia un lado, chocó contra una pared y luego resbaló encogido hasta el suelo.

Susana sentía como las rodillas ya no eran capaces de sostenerla. Cayó al suelo, con un insoportable dolor en el pecho. Sentía el corazón bombear inútil, su sangre debía estar llena de burbujas de gas expandido. La visión se volvió una niebla roja inundada de sangre.

Sabía que tenía menos de quince segundos...

No había aire. No había presión...

Se levantó como pudo e intentó gritar, pero no había aire que pudiese transmitir la vibración de sus cuerdas vocales.

Corrió hacia el exobiólogo que se retorció en el suelo. Lo agarró de un brazo e intentó arrastrarlo fuera de allí.

Pero no pudo. Era inútil, pesaba demasiado y ella no tenía ya fuerzas.

¡Ambos se estaban muriendo!

Al fin un rayo de lucidez le hizo correr hacia atrás, hacia el camino que ya había recorrido. En pocos pasos sintió que volvía el aire.

Se derrumbó en el suelo, jadeando. Miles de agujas le recorrían la piel y gruesas gotas de sangre caían sobre el polvo marciano.

Bajo el diafragma, el horrible dolor de su intestino distendido parecía calmarse. Pensó que no iba a poder ni moverse, sin embargo logró ponerse en pie y empezó a correr chocando locamente contra las paredes.

Quince segundos, es todo lo que tenía.

Al fin retrocedió hasta dónde habían dejado los trajes. Con movimientos rápidos y precisos se colocó la mochila de soporte vital, su escafandra y sus guantes.

Luego tomó los de Fidel y corrió de regreso.

Quince segundos tan solo...

Fidel aún estaba en el suelo, avanzó hasta él y le colocó el casco y los guantes. Con dedos seguros y rápidos conectó la toma de aire auxiliar de su mochila al traje de

Fidel. El ordenador del traje le mostraba que la presión se recuperaba rápidamente.

Arrastró a Fidel hasta la zona segura rodeando el pecho del hombre con sus brazos y tirando de él.

En cuanto el traje le indicó que había presión se quitó la escafandra y libró de ella también a Fidel.

El rostro del exobiólogo estaba ensangrentado. Le corrían regueros sanguinolentos desde los oídos, la nariz y los ojos. La piel era casi de color azul a causa de los derrames.

No respiraba, el corazón no latía.

Con rapidez lo tumbó en el suelo. Acopló un respirador a su cara y activó una función de respiración artificial que el ordenador del traje traía como medida de urgencia. El pecho de Fidel se hinchaba y distendía con un remedo de respiración.

Susana se subió a horcajadas sobre él y comenzó a masajearle el corazón con fuertes golpes sobre el pecho dados con las dos manos.

—Fidel, maldita sea, ¡respira!

¿Quince segundos? ¿Quizá habían sido más? Por encima de ese tiempo los daños cerebrales eran graves. Susana prosiguió el tratamiento durante casi medio minuto. Sintió calambres que le corrían de los hombros hasta los dedos, pero no dejó de masajear el corazón.

Al fin Fidel tosió sangre y se agitó.

Se arrancó el respirador y se quejó sordamente mientras intentaba aferrarse el pecho con las manos. Susana se apartó.

—¿Fidel?

—¿Cómo... puede ser... posible? —susurró entrecortadamente.

—Fidel...

—El... corredor estaba... vacío...

Fidel tosió y escupió sangre sobre la mano.

—Intenta incorporarte... —le dijo Susana.

—No, Susana... Creo que... estoy... muy... cansado...

Fidel hablaba en un susurro y tosía abundantemente. Susana le tomó una mano. La piel estaba muy fría.

—Fidel, tenemos que seguir juntos... tenemos...

Fidel se soltó de Susana y luchó por incorporarse.

Al fin, solo logró apoyarse contra la pared. Desde allí miró a Susana.

Su cara era una terrible máscara azul y roja.

Susana lo ayudó a mantenerse erguido. Estaban muy cerca y ella sintió en el rostro su aliento, el último. Luego, la cabeza del biólogo quedó floja y se ladeó. Todo el peso del cuerpo recayó sobre Susana.

Lo soltó y el cadáver de Fidel resbaló hasta el suelo polvoriento donde quedó de medio lado, mirando hacia el túnel con una estrella grabada en su entrada.

—¡Fidel! —sollozó Susana.

Se tapó la cara con las manos. Las sentía húmedas, embarradas de polvo y sangre. Cuando liberó el rostro, largos surcos de humedad habían limpiado parte de las mejillas y ojos.

Susana se levantó vacilando. Se agarró a una esquina, mirando hacia el fondo de túnel.

Se caló el casco y los guantes y siguió caminando.

En la *Belos*, Jenny y Luca permanecían con los brazos cruzados y recostados, mirando las cifras de la pantallas de análisis biológico.

—Espera, espera... ¿Has encontrado ese... liquen creciendo sobre la tumba de André?

—¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? Sí.

—Pero...

—Vida marciana... ¡Por fin! Debe estar en forma de esporas ahí afuera, quizá en el interior de las piedras, para protegerse de la radiación. La humedad del cuerpo del comandante las ha hecho germinar.

—¿Y cómo es posible que no la hayamos detectado hasta ahora?

—¿Qué...? No lo entiendo, pero ¿qué importa? Aquí debe haber una ecología que haga crecer esos... bueno, aún no sabemos que son... pero habrá que buscar y...

—Asombroso. En la Tierra se van a volver locos de contento. Después de todo esta misión ha sido un verdadero éxito para ellos... ¿Por qué yo no me siento tan feliz?

—Espera, Luca ¡Esto es materia orgánica! ¡Podemos alimentar con ella a los cultivos y a los recicladores y obtener así comida sin límite!

Luca torció el gesto.

—Una vez más olvidas que nuestro principal problema es la falta de energía y esa fuga por la que estamos perdiendo el aire de la reserva.

La sonrisa en el rostro de Jenny se borró.

—Pero es una esperanza... Debemos seguir luchando, debemos...

—No hay esperanza, Jenny, en unas horas estaremos muertos. —Luca aumentó el volumen de su voz y golpeó el panel de biología con la palma abierta—. Acéptalo, maldita sea, acéptalo o déjame en paz.

Se levantó y caminó hasta la escotilla. Permaneció allí, mirando al exterior con los brazos cruzados.

Jenny le miraba a la espalda, luego otra vez a los resultados de los análisis, hasta que las lágrimas le impidieron enfocar bien las cifras.

—No quiero morir... —musitó.

Luca, sin darse la vuelta, la habló con rabia:

—Oh, por Dios, Jenny, ahórrame eso ¿vale?

Al fin Luca se tendió sobre su saco térmico con las manos sujetándose la cabeza.

Jenny dejó de llorar y siguió mirando los análisis, completándolos, viendo la mejor manera de aprovechar aquella materia orgánica. No iba a rendirse. Cuanto más cerca veía la muerte, más furia sentía.

Miró de reojo a Luca. Él lo había aceptado, en su sencillo universo de causas y

consecuencias no había ya más opciones, pero Jenny sabía que estaba equivocado, lo sentía muy dentro y le daba igual si se engañaba, si era una estúpida que iba a morir de todos modos.

Los túneles eran su universo.

Susana ya había perdido noción de Marte, del viaje, de todo lo que había en su mente desde un año atrás. Solo quedaban memorias antiguas que retrocedían y aquel mundo de semipenumbra polvorienta, de tallas incomprensibles y signos labrados en la piedra.

Quizá seguía andando por costumbre, ya no esperaba nada, no había esperanza, casi no había ya deseo de sobrevivir, solo el cansancio como una hiedra que se enredaba en brazos y piernas y la sed como un fuego que le ardía en la boca.

Recordó su primer vuelo en solitario, en la academia, su bautismo. Y también recordó lo que pensaba, nítido y claro como aquel día. El avión estaba listo, un veterano pero fiable C-101 con más de treinta años de servicio. Le esperaba en la pista. Los mecánicos dejaron de trabajar en cuanto llegó y la saludaron con la mano. Sabían que un primer vuelo era algo muy especial. Por mucho entrenamiento en biplaza y simulador que se hiciera, ese momento era decisivo; el piloto solo en el aire por primera vez en un reactor de reacciones rapidísimas y alta velocidad.

El avión era una flecha de plata y rojo, un monoplaza de formas suaves y alas rectas y cortas. Saludó a los mecánicos. El suboficial al mando la estrechó la mano y le deseó suerte. Luego colocó la escalerilla para que ella trepara hasta el *cockpit*.

Susana miró a la pista un momento y luego subió al avión. Una vez embutida en la cabina, dejó que la ayudasen a colocar el paracaídas, y las conexiones del sistema de oxígeno.

Al fin, hizo la seña de *ok* y bajó la carlinga. Automáticamente fue efectuando la secuencia completa, comprobando sistemas en el orden correcto. Su cuerpo sabía como hacerlo, no necesita pensar en ello.

Recibió autorización de la pista y arrancó el motor. El avión, cabeceando, carreteó hasta la cabecera de pista.

Todo el rato Susana sentía una sonrisa exterior, un gozo que se expandía lentamente.

Ya en cabecera de pista, preparada para el despegue —la torre tardaba en autorizarla—. Había algo en medio de aquella felicidad, una pregunta:

«¿A qué has venido aquí? ¿Qué quieres demostrar?» —la voz de su instructor estaba allí, con ella en la cabina.

«Chica mona... me temo que tú no eres lo suficientemente dura».

Susana perdió la sonrisa: «Sí lo soy, lo he demostrado una y otra vez».

Había obtenido el número uno, en vuelo y en teoría, pero ni siquiera eso era suficiente. No en un mundo que seguía siendo de los hombres, y ella era una chica pequeña, rubia y de aspecto delicado Apta para ser protegida, pero no para pilotar un

caza cargado de armamento.

«Eres demasiado decorativa, guapa».

«El color de tu esmalte de uñas no hace juego con la pintura de la carlinga, ¿no crees?».

Cuando le llegó el «autorizado despegue, buen vuelo», ya tenía los dientes apretados. Su mano llevó hasta el fondo la palanca de gases y la aceleración le pegó la cabeza contra el asiento.

—Autorizado nivel 20 —escuchó dentro del casco.

En cuatro segundos estaba en el aire y regresó la alegría. Gritó:

—¡Sí lo soy! —Mientras giraba la palanca a tope a la derecha, calibrando adelante y atrás, y ejecuta un rápido y perfecto tonel.

Nadie protestó, no recibió ninguna amonestación de la torre.

Susana se detuvo y enfocó la vista. Había estado caminando casi a ciegas...

«¿Sí lo soy?».

«¿Era lo suficientemente dura para sobrevivir en Marte dentro de unos túneles marcianos en ruinas?».

Se dio cuenta de que lleva toda la vida luchando contra esa afirmación; y nunca era suficiente. Si sobrevivía a Marte que vendría después, ¿Júpiter? No. Se apoyó en la pared y descubrió que estaba cansada, muy cansada. Qué no habría Júpiter, que lo más probable era que no sobreviviera, pero que esa pregunta ya había muerto, no tenía validez, como no la tuvo cuando fue pronunciada, como no la había tenido nunca.

Sintió la rabia inundarla cuando comprendió que había estado corriendo, esforzándose contra una barrera que no había que escalar porque era imposible, por que no era necesaria. Se apoyó en una pared y se dejó resbalar hasta el suelo.

Estaba muy cansada.

Poco a poco, recuperó la perspectiva; estaba en Marte, perdida, a punto de morir. ¿Quizá había tenido que llegar hasta ese punto para comprender?

Sonrió. Ahora quizá pudiera tenderse sobre el polvo y quedarse allí... como Herbert, como Fidel... para que futuras expediciones les encontrasen y los enterraran.

Al rato se levantó y se obligó a caminar. Aún había una pequeña esperanza de encontrar la salida, de llegar a donde fuera que conducía aquel laberinto.

Llevaba un largo trecho descendiendo sin interrupción. Activó la grabación de la cámara. No tenía capacidad en la memoria para grabar indefinidamente así que fue seleccionando tramos que le parecieron interesantes.

—Estoy registrando con mi cámara todo cuanto veo, pero no puedo transmitirlo y solo podréis ver estas imágenes si alguien se toma la molestia de buscar en mi cuerpo... Aquí está funcionando alguna especie de tecnología extraña. Este lugar no está completamente muerto, algo mantiene el aire aquí dentro y ese algo quizá sea el

origen de las anomalías magnéticas y gravitacionales descubiertas en Marte hace tanto tiempo y que tanto intrigaban a los científicos...

Había llegado a una bifurcación. Miró hacia las placas grabadas a la entrada de los dos túneles: una flecha y una estrella, dejando que aquellos símbolos se grabasen en la memoria de la cámara.

Hizo una señal en el polvo, una equis en el túnel marcado con una flecha, y avanzó por él.

—Quizá todas estas anomalías señalen laberintos como este dispersos por toda la superficie de Marte y sus interferencias sean el origen de todos los accidentes que hemos sufrido al intentar acercarnos a este planeta.

De nuevo cruzó una bifurcación. Eligió el túnel con la flecha y marcó el suelo antes de seguir por él. El terreno seguía descendiendo.

—Pero, ¿qué es este lugar? ¿Un último refugio para una civilización moribunda? Llevo horas dando vueltas y vueltas, y empiezo a pensar que Rodrigo estaba en lo cierto y que esto no tiene ningún sentido. Quizá es solo una trampa para ratas o... quién sabe. Lo único que creo haber resuelto es que los corredores marcados con una estrella son poco saludables. Espero de corazón que las flechas me conduzcan en la dirección correcta. Pero no hay nada seguro.

En mitad del túnel encontró una inscripción más grande que las otras. Ya había visto algunas de ellas que, sin previo aviso, aparecían en mitad de una pared enmarcadas por un romboide o una elipse.

La iluminó cuidadosamente para que se grabase y luego continuó avanzando.

—Un misterio para que alguien dedique una vida entera en descifrarlo. Para empezar, ¿por qué un laberinto? ¿Es posible que esto sea una tumba? ¿Por qué no? Parece exactamente eso... Las salas sin aire y los corredores sin salida serían trampas para los ladrones de tumbas, claro... a no ser que sean puertas, puertas cerradas que yo no sé abrir. En ese caso nunca encontraré una salida, estará detrás de uno de esos muros cerrados.

»De todas formas no puedo creer que este lugar no obedezca a un objetivo. Alguien se tomó muchas molestias en amontonar piedras para construir estos enormes pasillos... ¿lo hicieron para nosotros? ¿Sabían que vendríamos? ¿Quiénes eran? ¿Marcianos de un pasado remoto? ¿Cuál era su aspecto? ¿Cuáles eran sus objetivos? ¿Qué querían lograr al erigir esta interminable red de túneles? ¡Oh, Dios mío!

Susana se detuvo de repente.

Todo su cuerpo estaba en tensión. Había algo al fondo del corredor. Parecía una figura humana recostada contra la pared, pero no se veía bien.

—Rodrigo... ¿eres tú? No, que tontería. Rodrigo quedó muy atrás en el laberinto, y está... muerto.

Susana se esforzó por escudriñar la penumbra.

Al fin reunió el valor para avanzar paso a paso, todo el rato temiendo que aquello

se moviera. Pero no lo hizo.

Susana se detuvo a cuatro pasos y encendió los focos del traje para conseguir mayor iluminación. Era una figura muy delgada, de larguísima brazos, tórax estrecho y piernas retorcidas bajo el cuerpo de una forma que parecía antinatural.

La piel era negra y reseca. Se acercó un poco más... Era como pergamino viejo, llena de escamas que se desprendían. Había montones de ellas rodeando al cadáver.

La cabeza era un gran balón ovoidal. No tenía rostro, solo había un gran hueco carcomido, huesos y órganos renegridos.

Poco a poco sintió que el corazón volvía a latirle con normalidad. Se sentó en el suelo, frente al marciano.

—Tal vez acerté en lo de la tumba después de todo. Es una momia reseca. ¿Un marciano? Me pregunto qué edad puede tener. En este mundo sin actividad orogénica las cosas podrían ser mucho más viejas que lo que imaginamos. Quizá lleva un millón de años aquí.

Al fin Susana se aproximó e investigó el cadáver desde muy cerca. Programó la cámara para que grabase todo con detalle, pero no lo tocó porque pensó que, muy probablemente, se desmoronaría en polvo al menor roce.

—No tiene rostro, claro, pero el resto parece muy humano. Dos brazos y dos piernas... es difícil ver cuantos dedos tenía en cada mano porque ninguna de las dos esta completa. Las proporciones... los ángulos en los que se doblan los huesos... todo parece bastante normal. ¿O solo lo parece?

Susana se levantó para intentar hacer una toma aérea de la momia y en ese momento advirtió que no estaba sola. Más adelante, en el túnel en penumbra, descubrió muchas más siluetas.

Avanzó hacia ellas lentamente. Se apoyaban contra las paredes, todas en similar posición, cada vez en mayor número. Las había de todos los tamaños, apoyadas unas contra las otras.

Pronto solo quedó un pequeño pasillo entre las paredes atestadas de cadáveres. Susana caminaba muy despacio, mirando a derecha e izquierda. Apenas podía respirar, le parecía que el aire no bastaba para tantos cuerpos juntos en un lugar tan estrecho.

Casi todas tenían rostros lisos, sin apenas rasgos y dos grandes aberturas donde deberían haber estado los ojos.

Esos huecos ciegos le miraban pasar. Las bocas desdentadas se abrían en gritos silenciosos. Manos contraídas en garras, brazos unidos, cuerpos enlazados. Un mudo horror de tiempo y muerte rebotaba de aquel túnel.

—¿Qué es esto? ¿Qué hacen aquí? ¿Qué lugar es este...? —murmuró Susana—. Dios mío, no quiero perder el juicio ahora...

Respiró hondo. Se esforzaba en sentirse en situación, en Marte, en un túnel antiquísimo, en medio de los restos de seres inteligentes alienígenas.

Al fin los latidos de su corazón se fueron calmando. Se acercó a uno de los cadáveres que parecía tener los rasgos completos: ojos, nariz con extraños pliegues, boca pequeña.

—Dos ojos, una nariz, una boca. Está todo muy deformado por el proceso de momificación. Imposible saber cual fue el aspecto real...

Escuchó un pitido... la memoria de grabación estaba llena y el ordenador desconectó la grabadora.

Alzó el rostro y miró a su alrededor, fastidiada... había tanto que grabar...

En ese momento descubrió algo al fondo, una luz fuerte que se abría paso entre miembros y cuerpos amontonados.

Dudó en si acaba de aparecer o, simplemente, que tan absorta estaba en aquellas momias reseca, que no la había visto hasta ese momento.

Caminó hacia ella. El túnel cada vez estaba más atestado. Las momias se apilaban unas sobre otras, dejando apenas un estrecho pasillo entre dos montañas de cadáveres. Los brazos a veces cruzaban el espacio como las ramas de un bosque terrible. Pensó que le bastaría tocarlos para que se deshiciesen en polvo, pero prefirió esquivarlos con cuidado.

Al final, cuando ya casi llegaba a la abertura dibujada por la luz, los cadáveres se apilaban de suelo a techo. Intentó evitar pisarlos, pero era imposible. Caminó sobre ellos y se fueron deshaciendo en pellejos reseca y algunos huesos quebradizos. La luz era intensa y le hería los ojos.

Vaciló cuando llegó al umbral. Había algo afuera y, sin saber por qué sintió que las lágrimas le corrían por las mejillas.

Dio un paso y salió al exterior.

Había mucha luz, había aire y la temperatura era fría pero no insoportable. Parpadeó y poco a poco recuperó visión.

A su alrededor había muros inmensos, a derecha e izquierda, y una claridad lechosa que lo inundaba todo. En el cielo solo se veía una densa capa de nubes. Un poco más adelante, un pequeño lago rojizo.

Agua. Corrió hacia él y dudó antes de beber. Moriría de todos modos si no tomaba agua. Se encogió de hombros y bebió a pequeños sorbos. El sabor era desagradable, pero le calmó la sed y no sintió que ningún ácido le corroyese el intestino.

Más tarde se irguió y miró a su alrededor. Estaba en el fondo del Valle Marineris. La boca de la cueva por la que acaba de salir era una abertura ovoide en la pared de roca. Había otras, a intervalos regulares, otras salidas, o ventanas, a mayor altura. Gran parte de la pared estaba carcomida por cuevas.

—¿Dónde había llegado?

En el panel de monitores de la *Belos* atronó una alarma estridente.

Luca, tendido de espaldas sobre su saco, levantó la cabeza y saltó hasta el panel de comunicaciones Jenny que trabajaba en el módulo biológico, se dio la vuelta y acudió también. Las dos cabezas casi chocaron en su ansia por acceder al ordenador. En el monitor una marca verde indicaba que llegaban señales de radio desde el traje de Susana EM-3. El equipo de comunicaciones trataba de abrir un enlace pero las condiciones eran muy deficientes.

Luca miró a Jenny durante un instante, interrogándola con las cejas. Ella por toda respuesta se encogió ligeramente de hombros y él devolvió toda su atención al panel.

Sus dedos volaban eligiendo menús y ajustando parámetros.

—No puede ser... debería estar...

Jenny no respondió, solo miró obsesivamente a la barra que indicaba la calidad de la señal, aún muy baja.

—¿Es posible?

—No, pero aquí esta. Su aire debería haberse agotado hace horas, no puede seguir con vida, es imposible.

Una voz entrecortada surgiendo del equipo les hizo dar un respingo.

—Jenny... Luca... ¿Me recibís?

Luca, con un movimiento muy rápido pulsó el intercomunicador.

—Te escuchamos Susana, pero no tenemos imagen.

—Debéis intentar llegar... hasta aquí... eh...

—No debería quedarte aire...

—Aquí hay aire... para todos... hasta aquí.

Jenny se separó un poco de la pantalla y miró a Luca. Tenía la misma expresión de desconcierto que ella. Luego le habló al micrófono:

—¿Y Rodrigo?

—El... no lo ha logrado... muerto. Pero vosotros... sobrevivir. Aquí hay aire respirable. Pero debéis traer... mida. No hay... gún... alimento...

Luca recompuso el gesto, volvió inmediatamente a la sonrisa torcida y el brillo en los ojos. Se apartó un poco del micrófono y se volvió hacia Jenny.

—Creo que ha enloquecido.

—¿Puede seguir con vida?

—Solo si Rodrigo le ha entregado parte de su aire... O ella se lo ha arrebatado.

Jenny abrió los ojos más aún.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Parece estar sufriendo alucinaciones... Pero... podemos intentar llegar hasta ella para comprobarlo.

—¿Podemos?

—Aquí nos queda menos de una hora de aire. La presión sigue descendiendo... Pero tenemos dos trajes con los depósitos llenos, más las reservas completas del traje del comandante.

—Creí que no querías morir dentro de un traje espacial.

—He llegado a la conclusión de que ninguna muerte es buena, y me gustaría averiguar qué le ha pasado a Susana.

—Ya veo —dijo Jenny, mientras se acercaba al micrófono e intentaba de nuevo ajustar la señal— ¿Susana? ¿Me oyes?

—No muy... en, Jenny. Hay ...chas inter... cias —respondió la voz de Susana entre una crepitante marea de interferencias.

—¿Dónde estás, Susana? —preguntó Jenny pronunciando las sílabas muy lentamente.

—En el Valle... neris... Encontra... un túnel ...os indicaré.

—Muy bien, Susana. Vamos a intentarlo —dijo Luca por encima del hombro de Jenny.

—Traed ...ida. Aquí no... limentos...

Y esto fue lo último que lograron captar. El crepitar de estática fue *in crescendo* hasta anular por completo la débil voz de Susana.

Jenny intentó desesperadamente recuperar la conexión pero no obtuvo ningún resultado. Finalmente se dio por vencida y se volvió hacia Luca.

—Quiere que llevemos alimentos con nosotros —dijo.

—¿Para qué? —le preguntó el ingeniero—. No vamos a vivir tanto como para consumirlos.

—Ella está viva —Jenny señaló el monitor como si Susana se encontrara precisamente allí—. Explícame eso, genio.

Luca captó de nuevo aquel destello de furia en los ojos de la mujer, pero esta vez no dijo nada.

En poco tiempo prepararon los trajes. Luca se hizo con un equipo de comunicaciones mejorado, una pequeña maleta que les permitiría establecer contacto con Susana mucho más fácilmente y además localizar las señales del radiofaro de su traje. Luca no hacía más que mirar el indicador de nivel de oxígeno y de presión en la cabina.

Jenny preparó su equipo de medicina portátil y una mochila en la que fue metiendo toda la comida que pudo. Eligió alimentos deshidratados que eran los de menos volumen y peso. Pero, aún así, aquella mochila acabó siendo demasiado voluminosa.

—Estás completamente loca —le dijo Luca, mirando la mochila—. No vas a poder cargar con eso.

—¿No piensas ayudarme?

—No tiene sentido llevar toda esa comida cuando solo tenemos unas pocas horas

de vida por delante.

Jenny entrecerró los ojos mientras contemplaba a Luca.

—¿Qué pasa? ¿Soy la única que ha escuchado a Susana?

—Susana debe de estar usando la reserva de Fidel. Solo así ha podido sobrevivir hasta ahora.

—Eso no es cierto.

—¿Qué?

—Estás mintiendo porque no eres capaz de entender lo que está pasando —Jenny miraba ahora a Luca casi con lástima—. No entiendes nada, ¿verdad?

—¿De qué me estás hablando?

—Ni siquiera con la reserva de Fidel podría Susana haber aguantado hasta ahora. Es así ¿verdad?

Por primera vez en todo el tiempo que se conocían, Luca desvió la mirada.

—¿Verdad? —insistió Jenny. Luca Baglioni no respondió y la mujer siguió hablando—. Por eso has cambiado de opinión y has decidido ir hasta allí ¿no? Nada de esto encaja en tus cálculos y no entiendes nada.

Luca disimuló su turbación consultando el manómetro.

—La presión sigue descendiendo aquí —dijo—. Terminemos de ponernos los trajes y salgamos fuera antes de que sea demasiado tarde.

Salieron de la nave.

Jenny se tambaleaba bajo el peso de aquella mochila extra y sus pies se hundieron en la arena al pisar de nuevo el suelo marciano.

Se obligó a no mirar a la *Belos*, rajada, la puerta abierta, a no dirigir la mirada al rincón en el que sabía se hallaba al tumba de André.

Había sido sencillo ponerse el traje, abrir la esclusa, pero no podía pensar ni por un segundo hacia dónde iban, cuánto les iba a durar el aire.

Luca, aparentemente inmune a todo trasteaba con el maletín.

—¿Qué haces Luca?

—Busco una señal de Susana.

Jenny miró a Marte, a la extensión de arena y rocas que les rodeaban. Era mediodía y soplaban algo de viento. Quizá se preparaba una tormenta. Solo les faltaba eso. Al fin no pudo evitarlo y miró por un instante la tumba de André, sintiendo como el peso del equipo de supervivencia y la mochila de víveres extras le aplastaba los hombros.

¿Cuanto tardaría en yacer como él, convertido en exótico alimento terrestre para los líquenes marcianos? No lo sabía.

Luego, mientras Luca terminaba de trastear, Jenny miró al cielo y pensó en su hija. La había tenido poco presente durante aquellos días frenéticos, incluso durante los años del entrenamiento. Quizá era hora de darse cuenta de cuanto había crecido aquella mocosa de tres años que ahora era ya una niña despierta y tímida de seis, ya

una perfecta desconocida. Quizá también era ya muy tarde, o muy lejos, a 150 millones de kilómetros de ella. Sí, sin duda lo era. Sacudió la cabeza y, cuando Luca le indicó que avanzase, comenzó a moverse en dirección a la cadena montañosa que se veía en el horizonte.

Marte les envolvió casi enseguida. Borrada la *Belos* la sensación de abandono era absoluta. Se comía el tiempo, incluso el ansia, lo consumía todo en aquella inmensidad roja y desolada.

Le costaba seguir la marcha de Luca. A cada paso el equipo pesaba más y no lograba equilibrar correctamente aquella mochila extra.

Habían caminado por espacio de dos horas, en silencio. Luca seguía las radioseñales del traje de Susana. En dos ocasiones habían logrado contactar con ella. Les había informado del camino seguido por ellos hasta localizar el desfiladero. Llegaron a la pared rocosa en otra hora más. La luz había comenzado a declinar y las sombras comenzaban a convertir aquella dentadura cariada y rojiza en una confusa masa de claroscuros.

Jenny miró la pared intentado descubrir el estrecho paso sin perder ojo del indicador de CO₂.

El cansancio le hacía consumir más oxígeno, comprendió.

—¿Dónde está el desfiladero ese? —susurró—. ¿No hay manera de encontrarlo?

—Si al menos hubieran marcado el camino de alguna forma... —se quejó Luca.

—¡Joder! ¿Qué querías...? Que te marcaran el camino por si acaso. Iban a morir.

Jenny estaba agotada, el agua del traje se estaba terminado, quizá no había llenado adecuadamente el depósito, o quizá estaba bebiendo demasiada agua. Sudaba dentro del traje y aquello era gracioso teniendo en cuenta los sesenta grados bajo cero del exterior.

Luca caminaba bastante ligero delante de ella, pero a Jenny las correas de transporte le estaban haciendo heridas en los hombros y los pies comenzaban a pesarle excesivamente.

Luca, al ver que la mujer se iba quedando atrás, se volvió. Pero Jenny, que temblaba ligeramente, no pudo verle la expresión. La visera del traje era reflectante. En ese momento Luca no era ya humano, solo un extraño insecto blanco y de un solo ojo. Jenny se sorprendió buscando con la vista una piedra, una grande y afilada que pudiera romper ese ojo de cristal que la miraba acusadoramente, diciendo que era un estorbo para su supervivencia. Al fin respiró hondo.

—¿Qué te pasa Jenny?

—Nada, sigamos.

Les costó otra hora encontrar el paso. Jenny no lo hubiera logrado, pero Luca, aplicado metódicamente a la tarea como hacía siempre con cualquier problema, terminó por localizarlo.

Cruzaron por el estrecho desfiladero en sombras. Adelante y atrás brillaba fuerte el sol, pero en el fondo de aquella hendedura tenían que caminar iluminando con los focos para saber dónde pisaban.

Jenny se dejó caer al suelo y Luca permaneció erguido, con el equipo de comunicaciones sujeto al pecho.

—Ponte en pie, Jenny, o te congelarás —dijo con insultante tranquilidad.

—Que te jodan, Luca.

Baglioni dudó un momento. Finalmente se acercó a Jenny y le ayudó a librarse de la pesada mochila. Luego la obligó a incorporarse.

—¿Qué haces? —protestó ella.

—Ponte en pie. El aislante del traje solo en las botas es lo bastante fuerte para estar en contacto con el suelo. Yo llevaré la puta mochila a partir de ahora.

—No necesito...

Luca no le prestó atención y, tras cargar la mochila de víveres a la espalda, siguió caminando.

Al fin salieron al otro lado y toda la magnificencia del Valle Marineris se abrió ante ellos.

—¿Has visto eso Luca? —exclamó Jenny, sin poder contenerse.

Grandes nubes de polvo cruzaban la hendedura difuminando a ratos las escarpadas paredes. El viento soplaba muy fuerte. El Sol estaba a mitad del cielo iluminando oblicuamente las paredes. Había largas sombras que trepaban paredes escarpadas y se extendían por el fondo del valle.

—Sí —dijo Luca Baglioni.

—Es... grandioso.

—Es un valle, un valle grande. Venga, sigamos que se nos agota el oxígeno. Creo que es por ahí.

Jenny tardó aún un par de segundos en advertir que Luca había emprendido camino hacia abajo. Le siguió a duras penas. Jenny corrió un poco para alcance y a punto estuvo de caer. Se recuperó jadeando.

—¿Te ocurre algo?

—No, nada. Te sigo.

—Espera... —Luca la detuvo con la mano levantada y abierta. Con la otra trasteaba en el equipo de comunicaciones—. Creo que tengo conexión. Susana, ¿me recibes?

—... Roger... te recibo...

—¿Cómo encontraremos la cueva?

—... Bajad hasta una zona de neveros, cuidado, no piséis, es nieve carbónica y muy resbaladiza. Allí veréis que no se puede seguir excepto por una altura a la derecha. Allí esta la cueva. Tenéis que entrar dentro y seguid las marcas, las X en el suelo... la primera a la derecha, Allí esta Rodrigo, es fácil... ¿Luca, Jenny?

—Sí, Susana. Te recibo mucho mejor ahora. Fuerte y claro.

—Hay aire pero no dejéis los cascos atrás... Dónde esta Rodrigo hay vacío y...

Luca ajustó un comando y dijo:

—¿Puedes repetir, Susana? De nuevo hay interferencias...

—... E... aquí... venid...

—Se ha cortado de nuevo —aceptó Luca al cabo de un rato.

—¿Seguimos entonces?

—No, con esas indicaciones no llegaremos.

—¿No?

—No, son demasiado vagas... eligiendo mal una sola vez en la bajada jamás encontraríamos la cueva.

—Entonces. ¿Qué hacemos?

—Bueno... solo queda una opción... pero no te va a gustar.

Jenny no dijo nada. No hacía falta espolear a Luca para que te dijese una verdad de las tuyas.

—Tendremos que buscar el cadáver de Herbert. Con esa referencia tendremos menos posibilidades de perdernos. Murió un poco antes de que se cortase la comunicación. Tuvieron que encontrar la cueva solo un poco más allá.

Efectivamente no le gustó la idea. Pero no había otro remedio. Estaba harta de Luca. En realidad —pensó apretando los dientes— de quién estaba harta era de un universo de tantos dilemas insolubles, tantas opciones negativas entre las que elegir solo la menos mala.

Luca, manejando el radiogoniómetro, descendió buscando el radio faro que llevaba activo el traje de Herbert. Era una medida de seguridad para poder localizar a un astronauta en caso de accidente.

No tardaron mucho.

En una quebrada, apoyado en una piedra, había un cuerpo grande y blanco, ya manchado del polvo marciano.

Luca se acercó a él y lo contempló. Jenny mantuvo la distancia. Se sentía confusa; la visera no les dejaba ver la cara de Herbert, parecía que fuese a levantarse en cualquier momento, y ella sentía la necesidad de agacharse, de tomarle la mano y obligarle a seguir con ellos.

Duró poco, Luca se dio la vuelta y siguió caminando. Jenny le siguió.

—Con esa referencia ya es fácil, evidentemente es hacia abajo.

—Sí.

—¿No tienes miedo, Luca?

—¿Miedo?

—A...

—Ya. La muerte y esas cosas... Bueno, el universo funciona así. No merece la pena lamentarse mucho. Desde que escuché la alarma supe que estamos muertos. Todo esto no es más que una excursión, un extra. Hay que disfrutarlo. ¿No te parece?

—A veces creo que eres más marciano que este paisaje.

Jenny miró el indicador de oxígeno. El símbolo del O₂ parpadeaba. Tiempo de cambiar la botella. Pulsó el regulador para cambiar el flujo de una botella a otra. Todo

el rato había sentido un rumor de fondo, mascullaba palabras, solo cuando el sonido de su respiración se tranquilizó al pararse para efectuar el cambio de botella, advirtió que rezaba. Rezaba continuamente, todo el tiempo, paso a paso, en voz baja.

—Mira —escuchó decir a Luca.

Jenny se detuvo. Era un ventisquero, una zona de sombra que había atrapado nieve carbónica. Aquella era la referencia que Susana les había dado. Luca comenzó a mirar a derecha e izquierda, buscando el paso más lógico. Lo encontró casi en seguida. Subieron a la cueva cuando ya anochecía.

La explanada, extrañamente llana, mostraba claramente la entrada irregular de la cueva. Nada más entrar vieron las huellas, muy claras. Se miraron a través de las escafandras. Y luego comenzaron a bajar.

Enseguida descubrieron las señales en la pared y un poco más adelante... el túnel.

—¿Esto... como puede ser?

Luca hablaba de modo entrecortado. Jenny también estaba sorprendida, pero aceptaba aquello de un modo más natural. Siempre había creído que la vida no solo habitaba la Tierra.

—Es imposible —siguió diciendo Luca mientras acariciaba las paredes.

—¿Por qué?

—Es... parece piedra... pero esas marcas...

Caminaron un poco más adentro y las luces comenzaron a brillar de modo gradual hasta iluminar ligeramente el pasillo que parecía perderse en un recodo a treinta metros.

—Es... una máquina —comprendió de repente.

Luca parecía una ansiosa mosca palpando las paredes del túnel, investigando como podía funcionar aquello.

—Sí, es fascinante —admitió Jenny.

—No puede ser... parece antiquísimo. ¿De dónde obtiene la energía? Y... mira el manómetro... hay presión y temperatura... sin una esclusa en la entrada... de repente hay aire... no puede ser.

Jenny no miraba las paredes, permanecía extasiada mirando las tenues luces del techo. Había aire... lo que había dicho Susana era cierto, podían sobrevivir. Tenía los labios resecos. Necesitaba beber algo. Recordó que Susana también había mencionado el agua...

—Tenemos que seguir, Luca.

—Sí...

Jenny nunca le había visto tan desorientado.

Dejó de mirarle y cortó el suministro de oxígeno del traje. Poco a poco se desenroscó la junta de uno de los guantes. Dejó que la presión se equalizase y comenzó a respirar. Olía a polvo, era un aire poco denso, frío y muy viejo... pero respirable. Terminó por quitarse el casco.

Luca hizo lo mismo. Su mirada había perdido la dureza de otras ocasiones. En realidad no le prestaba ninguna atención. Sus ojos vagaban de un lado a otro.

—¿Qué ocurre?

—Nada... sigamos.

—¿Quizá te habías hecho a la idea de que estábamos muertos y ahora te sorprende que Susana no nos engañase?

Luca no respondió, la miró de reojo y comenzó a andar con brusquedad. Jenny le siguió. Caminaron unos metros y, a la vuelta de un recodo casi de bruces, se encontraron con el cadáver de Fidel.

Jenny apartó la vista inmediatamente. Solo atisbo la carne amoratada, la mirada vacía, dolorida. Se volvió contra una pared mientras Luca se arrodillaba al lado del cadáver.

—Es Fidel. Ha muerto por descompresión.

Jenny, vuelta contra la pared del túnel, respiró hondo. Era doctora, no podía olvidarlo. Se volvió lentamente y vio a Luca mirándola agachado al lado del cadáver. No tenía la sonrisa habitual, solo la expresión inescrutable y concentrada que exhibía cuando trabajaba intensamente en algún problema.

Fidel estaba recostado en la pared, mirándoles con ojos vacíos. Su cara era una máscara de moratones y churretones de sangre coagulada. Sí, había muerto de descompresión, de eso no había duda. Inconscientemente aferró más fuertemente el casco que llevaba en la mano mientras se acercaba. Lo primero que hizo fue cerrarle los ojos. Luego lo exploró rápidamente. No había ni el más lejano rastro de pulso. Sí, era una descompresión. Si hiciera una autopsia encontraría las bolsas de gases en la sangre, los capilares destrozados, los intestinos hinchados y quizá desgarros en los pulmones.

Se levantó inmediatamente.

—Sigamos.

Caminaron a lo largo del túnel. El suelo estaba lleno de marcas de botas y de un cuerpo arrastrado. Las siguieron hasta llegar a un sitio donde había manchas de sangre en el suelo.

Luca la impidió seguir avanzando. Dio un par de pasos mientras silbaba una melodía italiana.

—¿Qué haces?

Jenny entendió lo que hacía cuando el sonido del silbido comenzó a distorsionarse. Luca estaba entrando en una zona sin aire. La transición era sutil, si se hacía rápido apenas daba tiempo a notarla en los oídos, pero en dos pasos el túnel no tenía aire.

Luca dio un paso atrás, y el tono del silbido volvió a ser correcto.

—No entiendo como puede funcionar esto —dijo—. Hay una gradación de densidad, estática, que te lleva a una zona sin presión. Debe haber algo en estas paredes, algún tipo de máquina que inyecta presión de forma local, aunque... si fuera así se formarían corrientes. No lo entiendo.

—Bueno, que no lo entiendas no significa que no esté ahí.

Jenny se caló de nuevo los guantes y bajó la visera del casco.

Caminó observando detenidamente el indicador de presión del traje. Cuando volvió a detectar presión, se detuvo y volvió a quitarse el casco y los guantes. Luca aún seguía en el túnel, investigando las paredes. Tardó un poco en salir de la zona de presión cero y acompañarla en su viaje.

Les fue sencillo avanzar siguiendo las indicaciones de Susana. Había marcado con una equis las desviaciones que llevaban a un callejón sin salida en muy poco tiempo llegaron a un largo pasillo. Había alguien arrodillado en él. Susana no les había advertido de aquello.

—¿Es Susana?

Luca no respondió, se acercó a grandes pasos, sin dejar de apuntar con la linterna a aquella figura encogida. Jenny vio como se agachaba delante y la observaba detenidamente. Al fin, le hizo señas para que se acercase.

Aquello era un... marciano...

Y en ese preciso momento, sonó la voz de Susana en el intercomunicador:

—Jenny... Luca... ¿Me recibís...?

Jenny, que había dado un salto sorprendida por la voz de Susana, logró tranquilizarse lo bastante para decir:

—¿Susana?

—¿Dónde estáis?

—Eh... en un túnel —dijo Jenny—, al lado de una momia...

—¿Veis la luz? Un poco más adelante está la salida... os espero allí.

Ambos miraron al fondo del túnel. No había luz. Caminaron muy despacio, entre cadáveres reseco que los miraban con ojos vacíos, bocas implorantes. Al final la acumulación fue tal que Jenny cerró los ojos y avanzó a ciegas, dirigida por los pasos de Luca... No podía mirar aquella montaña de momias. Solo cuando sintió la claridad abrió los ojos.

Aquello era, sin duda, el fondo del Valle, pero no estaba sumido en niebla. Había un techo de nubes lechosas a cierta altura; y entre estas y el suelo, rocas de formas imposibles horadadas por lo que parecían cuevas.

El suelo era pedregoso, del continuo color rojo del planeta. Un poco más adelante había una superficie plana. Era agua. Jenny corrió hasta ella y Luca la siguió un poco más lentamente. Se detuvieron asomados al borde. El agua estaba estancada y era un color rojo sucio. ¿Oxido en suspensión o algo peor?

—Se puede beber.

Se volvieron asustados. Era Susana, sin casco, vestida únicamente con el mono interior del traje, la cara convertida en una máscara de suciedad sanguinolenta y los ojos inyectados en sangre.

Era de noche y la temperatura había descendido a casi cero grados centígrados. Los tres astronautas habían explorado algunas cavernas. En ellas el frío era menos intenso pero todas estaban atestadas de momias, montones informes de huesos y tejidos resecos.

Al fin, habían vencido sus reparos y habían sacado las suficientes momias al exterior como para hacerse un refugio justo a la entrada.

No se atrevían a explorar más.

—Me duele la cabeza —dijo Susana.

—A ver...

Jenny exploró las heridas de Susana a la débil luz que habían en el túnel. Ninguna parecía estar infectada. Después volvió a refugiarse contra la pared no sin antes mirar hacía el fondo del túnel. Tenían puestos los trajes, eran incómodos pero el aislamiento los convertía en estupendas mantas. Lo malo era que al menor movimiento hacían mucho ruido.

—Debe ser por el dióxido de carbono, hay demasiado en el ambiente —dijo Jenny.

—Es malo.

—Sí, Susana, pero ahora mismo es la menor de mis preocupaciones. El CO₂ no es tóxico, solo nos afecta la baja concentración de oxígeno y la presión. Todo se combina. Sufrimos mal de altura, lo mismo que sufren los que suben al Everest o a montañas muy altas. Está documentado.

Luca permanecía quieto, en un rincón un poco alejado de las dos mujeres, con la cara vuelta hacia el exterior.

—Tenemos que ir pensando en qué vamos a hacer.

Durante un rato, Luca no dijo nada más; y ni Jenny ni Susana añadieron nada a su comentario.

El silencio cristalizó igual que el rocío se escarchaba entre las piedras de afuera llenando el fondo del valle de reflejos cristalinos.

Luca continuó hablando como si lo hiciera para sí:

—Tenía que haber traído una bomba para rellenar los depósitos de los trajes. Ahora no podemos volver a la nave a por más comida, herramientas...

—Hay lo que hay, Luca —Susana se removió haciendo crujir la tela del traje—. Tenemos aire, tenemos agua, algo de calor, refugio. Crecen líquenes, no hay que desesperar aún.

Jenny intervino con una voz calmada.

—Recordad lo que decía Herbert... al final tuvo razón.

—Herb y su esperanza inútil... no sé qué es peor, morir lentamente o como lo

hizo él, a lo grande.

Jenny se incorporó bruscamente como para acercarse a Luca. Luego se lo pensó mejor y volvió a dejarse caer contra la pared. Tenía las manos tan frías que se las frotaba continuamente.

—No voy a empezar otra vez, Luca, estoy muy cansada y tengo frío.

Luca, como respondiendo a esas palabras, salió de la cueva. Las dos mujeres se miraron sin apenas verse. Al poco Luca volvió con un montón de algo reseco que puso en la parte exterior de la cueva. Luego se acercó al botiquín de Jenny.

—¿Qué haces?

—Un momento.

Luca tomó algo del botiquín y se acercó al pequeño montón. Arregló unas piedras de forma enigmática y, después se agachó. Susana y Jenny vieron un destello rojizo y luego una llama amarillenta que flameó un instante y luego se redujo hasta un pequeño tamaño. Al poco un pequeño fuego ardía a la puerta de la cueva.

—Nunca se me hubiera ocurrido darle ese uso a mi bisturí láser portátil. —
Comentó Jenny.

Susana y Jenny se acercaron a las llamas... El calor era como oro rojo corriendo por la piel de la cara. Movieron las manos sobre las llamas. Al tiempo que sus capilares superficiales se calentaban y transmitían ese calor al resto del cuerpo, comenzaron a sonreír.

Se sentaron cerca del fuego. Las llamas los iluminaban. Tenían las caras arrasadas por el cansancio y las heridas, sucias de sudor y polvo marciano y los ojos eran muescas negras y febriles.

Jenny, al rato, dejó de sonreír y comenzó a hablar en voz baja.

—No sé si es buena idea este fuego. Con tan poco oxígeno se producirá mucho monóxido de carbono en la combustión.

—Apártate si tienes miedo —dijo simplemente el hombre.

Ninguna de las dos mujeres volvieron la vista hacia Luca. Este tampoco se había molestado en levantar los ojos del fuego.

—Tiene razón, Jenny —dijo Susana—, tenemos tan pocas opciones... nos pueden matar tantas cosas que tenemos que correr algún riesgo.

—Y aún así...

—¿Aún así qué Luca?, dilo claramente. Me vas a contar otra vez el rollo de las frías ecuaciones, me vas a decir que no podemos hacer nada por que ya estamos muertos. Mira a tu alrededor. Hay aire Luca, respirable, y si hubieras colaborado en traer más comida, habiéramos podido sobrevivir sin problemas.

Jenny sentía la sangre tan caliente como las llamas. Había mucha rabia, toda la frustración del universo en su voz.

Luca levantó la vista del fuego y la miró a través de las pequeñas llamas. Sus ojos eran carbones encendidos en medio de una cara que eran todo negrura, barba sucia y una mata de pelo rebelde y apelmazada. Susana sintió algo de miedo, pero Jenny no,

Jenny solo lo miraba tan intensamente como él. Al fin Luca se levantó y se alejó de las dos mujeres.

Durante un rato ninguna dijo nada. Luego, cuando el fuego había perdido algo de su fuerza, habló Susana.

—Jenny, nos queda mucho que pasar, deberíamos controlarnos.

—Es que... no puedo soportarlo. Tiene una mente privilegiada... pero se puede equivocar, se ha equivocado de hecho. Si tan solo le entrase en la cabeza que hay posibilidad de sobrevivir puede que lo consiguiésemos, pero como sus cálculos le lleven a la conclusión de que no hay nada que hacer... no tenemos esperanza. Se negó a ayudarme con la comida porque no creyó que pudieras estar viva. Eso no se ajustaba a sus cálculos.

—Sí, porque esos líquenes no son comestibles... —musitó Susana.

—Son extraterrestres, lo más probable es que ni siquiera tengan los mismos aminoácidos que la vida en la Tierra. Investigaba eso cuando tuvimos la fuga en la *Belos*. ¡Maldito estúpido!

Al rato el fuego comenzó a descender lo suficiente como para que el frío de la noche comenzase a morder de nuevo, esta vez con furia renovada.

—Tendremos que volver a la cueva.

—Sí. ¿Con qué habrá alimentado al fuego?

—¿Líquenes?

—No creo que ardan con facilidad...

—¿Entonces?

Susana miró por un instante a Jenny, luego al fuego buscando reconocer la sustancia que ardía.

—¿No será...?

Al momento vieron aparecer a Luca. Caminaba pisando fuerte, removiendo las gravas del suelo a cada paso. Bajo un brazo llevaba un torso de momia marciana, y bajo el otro una gavilla de brazos y piernas tiesos y resecos, manos que imploraban como las víctimas de un holocausto. Se paró delante de los rescoldos y comenzó a desmenuzar su carga y alimentar el fuego. La carne momificada chisporroteaba y crujía antes de comenzar a arder, olía a viejo, un aroma extraño no del todo desagradable. Al rato levantó la vista y vio la mirada atónita de las dos mujeres.

—¿No querías sobrevivir? Todo vale a la hora de la supervivencia. Hay mucho combustible en este valle y no se puede desperdiciar.

A la mañana siguiente consumieron algunas de las provisiones que Jenny había cargado desde la nave. Eran en su mayoría raciones de emergencia y verduras deshidratadas, muy calóricas y ricas en fibra pero con cierta deficiencia en proteínas y vitaminas.

Jenny revolvió un momento en su maletín. Susana la miró mientras masticaba un trozo de una barrita de chocolate.

—¿Qué buscas?

—Tendremos que usar complementos vitamínicos. En el botiquín tengo algunos pero no sé para cuanto tiempo nos bastarán.

—Ese no será el problema —dijo Susana—. Ni siquiera racionando esta comida con cuidado lograremos que nos dure un par de años.

—No —admitió Jenny, mirando desesperada las escasas provisiones que había cargado con tanto esfuerzo—. Aquí apenas disponemos de alimentos para unas semanas...

Y se volvió para mirar con furia a Luca, que trasteaba con el módulo de mantenimiento de su traje.

—Voy a construir un compresor —informó sin levantar la vista de la cubierta abierta de la mochila.

—¿Cómo?

—Aún no lo sé, pero es evidente que necesitamos volver a la *Belos*.

—Bueno, Susana y yo exploraremos un poco los alrededores. Lo mismo hay un MacDonal'd's a la vuelta de cualquier roca de estas... siempre me han parecido establecimientos y comida marciana.

Susana y Jenny comenzaron a andar por el fondo del mayor cañón de todo el Sistema Solar. El manto de nubes seguía tan espeso como el primer día. No se veía el Sol y el aire tenía una luminosidad lechosa, como de día de tormenta. Pegadas a las paredes de roca había formaciones, torres, contrafuertes plagados de aberturas que ni ellas ni Luca habían sabido adivinar si eran naturales o artificiales.

Caminaron hacia el norte. En el suelo del Valle se alternaban zonas despejadas, pequeños lagos rojizos o azulados y montones de piedras irregulares. En las zonas despejadas y en las riberas de los lagos crecían praderas de líquenes de diversas tonalidades de rojo y azul.

Las agrupaciones rocosas eran muy escasas en la zona a la que había desembocado la cueva, sin embargo según avanzaban se hacían más espesas y menos frecuentes las praderas o los lagos.

Susana fue la primera en darse cuenta.

—¿Has visto?

—¿Qué? —preguntó Jenny— ¿El MacDonald's?

—No... es extraño. Hay líneas rectas y curvas muy regulares en estas rocas. No parecen naturales.

Investigaron una de esas agrupaciones. Susana dibujó la planta de aquello en su *pad*. Tenía forma de pera, sin simetría. Sin embargo, en la parte interior había algo así como un tabique recto que dividía la formación en dos mitades asimétricas. Se rascó la cabeza con el lápiz óptico...

—Aún me duele la cabeza... pero... no sé... ¿Podría ser una casa?

—¿Y la puerta...? Si esto es el muro exterior... no hay puerta.

—Pues... no sé. Puede que se entrase por el techo, sucedía así en las viviendas de los dakota, y en las ciudades neolíticas de la Anatolia.

—Vamos a mirar a ver si hay restos de algo más reconocible. A mi me sigue pareciendo un montón de rocas.

Superaron el murete exterior, roto y mellado en muchas partes, y dentro deambularon un rato.

Encontraron la inscripción y el pedazo de metal casi en el centro de la formación. La inscripción estaba en una losa enorme que parecía de un tipo de piedra diferente a la de la formación, más oscura, muy parecida a la roca del túnel. El dibujo era irreconocible, abstracto para sus mentes terrestres. El metal era como una cabeza de gruesa tubería que surgía del suelo al lado de la placa. Remataba en una protuberancia bulbosa y una boca cegada.

—¿Qué...?

—Ni idea.

Tocaron el metal, estaba ligeramente caliente.

—¿Y sí fuera un grifo...?

Manosearon la bulbosidad con esa intención pero era algo sólido, sin mecanismos. Tan enfrascadas estuvieron en aquella cosa que no advirtieron las momias hasta que Jenny piso una de ellas inadvertidamente. Se desinfló en un horrible quejido de tejidos rotos y polvo. Colocadas en forma circular alrededor de la protuberancia, estaban en mucho peor estado que las de los túneles, apenas quedaban de ellas restos reconocibles.

—¿Qué narices ha pasado aquí?

—No lo sé pero me pone la carne de gallina. Sigamos avanzando.

—Con que encontrásemos comida sería suficiente.

—Quítate eso de la cabeza Susana, esto es Marte, nada de aquí es comestible, como mucho podemos aspirar a que no sea venenoso y solo pase por nuestro sistema digestivo dejándolo intacto.

—Pero... estamos condenados entonces... a largo plazo al menos... aunque traigamos cosas de la *Belos* no nos duraran para siempre.

—Bueno, si consiguiésemos las semillas y esporas de los experimentos

hidropónicos podríamos cultivarlas usando los líquenes como abono. Si las semillas y los hongos se adaptan claro. Es una incógnita... pero una incógnita con cierta esperanza.

Continuaron caminando. Les fue evidente que se estaban internando en una especie de ciudad cuando las formaciones rocosas en ruinas dieron paso a auténticos edificios de muchas plantas, complejas estructuras que solo tras contemplarlas mucho rato se comenzaba a interpretar como algo no natural. Algunas de ellas habían caído y yacían en montañas de cascotes, otras tenían grandes secciones derruidas que dejaban ver un interior horadado en cámaras irregulares y pasillos sin aparente orden.

Las calles marcianas no parecían rectas, eran más bien un fluir que recordaba al meandro de un río. En cada isla crecía una aguja esbelta o gruesa que se unía en las alturas por arcos de piedra.

Pero eso no era lo más extraño. En las plazas irregulares que se formaban en el converger de algunas calles había pozas circulares, pequeños corrales de mampuestos rocosos completamente atestados de cadáveres.

En medio de aquellas tumbas circulares siempre había un grifo bulboso y metálico.

No había ningún detalle más, solo los cadáveres, la placa grabada y el mazacote metálico que siempre tenía algunos grados más que el resto del ambiente. Había cientos, miles de cadáveres en esas condiciones.

Jenny formuló muchas preguntas, una larga lista que se le iba escribiendo en la memoria. No había respuesta para ninguna de ellas.

Desde que habían entrado en la ciudad ninguna de las dos había hablado. Comenzaban a estar pesadas y los pasos se hacían lentos.

—Tendríamos que explorar algún edificio, volver con Luca. Por hoy basta.

—Sí.

Al volver una esquina desembocaron en una gran calle, casi recta, de treinta metros de ancho. Al fondo se erguía un edificio muy grande, una cúpula abullonada rodeada por grandes columnas picoteadas de ventanas. Las agujas más altas perforaban la capa de nubes lo que significaba que medía más de cuatrocientos metros de altura. El edificio no estaba conectado con ningún otro; eso aparte de su enorme tamaño, lo hacía más singular aún.

—Pues si hay que explorar alguno, mejor que sea ese.

—¿Has visto el tamaño que tiene? Tardaríamos meses.

Susana veía crecer aquella mole con cada paso, erguirse como un gigantesco interrogante delante justo de ella. El edificio tenía una coloración terrosa, igual que el resto de la ciudad, pero al ser más alto recogía mucha más luz y las partes superiores eran de un rojo profundo que decaía al bajar por los muros ciclópeos. Parecía que había sido pintado con sangre y que esta solo había bastado para la parte superior chorreando hasta la más oscura.

También tenía muchas ventanas o bocas de caverna, pero su estado general era

mejor que el del resto de la ciudad.

Camínaron durante media hora hasta llegar a su base. De cerca era indistinguible de una escarpada montaña. Lo rodearon buscando una abertura, algún medio de entrar en él.

La base medía tres kilómetros de circunferencia. Los recorrieron todos sin hallar una puerta. Lo que sí vieron fue gruesas tuberías de metal que recorrían el subsuelo convergiendo sobre el edificio. En los tramos que estaban al descubierto el metal tenía el mismo aspecto de la bulbosidad que habían hallado en los grifos. El tacto era cálido y Susana creyó percibir una lejana vibración al palparlo.

Detrás del edificio descubrieron que la ciudad decaía, desaparecían los edificios y el valle descendía un poco de nivel y se ampliaba en una gran planicie desprovista de edificios.

Claras carreteras irregulares, al estilo marciano, se extendían por la llanura salpicada de pequeños lagos y extensiones de liquen.

—Parecen...

—¿Campos cultivados?

—Sí.

—Hay que tener cuidado con las analogías espontáneas. La mente y el ojo siempre trabajan buscando elementos reconocibles, pero hay que recordar que esto no es humano, ni siquiera es terrestre.

Susana permaneció un rato mirando aquella extensión plana. Las nubes se movían continuamente y había sutiles variaciones en los patrones de luz y sombra que llegaban al suelo. Era un espectáculo hipnótico.

—Creo que deberíamos volver... —dijo Jenny.

—Sí, quizá era un empeño excesivo explorar este mamotreto —murmuró Susana —. Ya volveremos. Tengo incógnitas para llenar varios libros.

—Trabajo de los arqueólogos, no para nosotros.

«Nuestro único trabajo debe ser sobrevivir» —pensó.

La tarea no era sencilla. La presión a la que estaba almacenado el oxígeno en los tanques del sistema de soporte vital de los trajes era muy alta, 200 atmósferas. Un compresor no era una máquina muy compleja, pero aún así tenía una serie de elementos —cilindros, válvulas, calderín— de los que él no disponía. En realidad no tenía nada, todas sus herramientas, todos los pedazos de chatarra y sistemas, los motores eléctricos y las tuberías que hubiera podido usar estaban en la *Belos* separados de él por unos cuantos kilómetros de atmósfera tenue y saturada de dióxido de carbono.

Le dolía la cabeza. Era la presión y la combinación de gases. Había oxígeno, pero no era una atmósfera sana aquella.

Lentamente, obligándose a concentrarse, Luca hizo recuento: tenía tres trajes, el equipo de comunicaciones y el botiquín de Jenny.

Miró durante un largo minuto a los sistemas de supervivencia, las mochilas que contenían el sistema de soporte vital que permanecían amontonadas al lado de una piedra. Luego se levantó, tomó una de ellas y la depositó con cuidado sobre la arena. Con una multiherramienta que sacó de un bolsillo del pantalón desmontó la cubierta del equipo. Con dedos seguros desconectó la batería, la extrajo y la depositó sobre la arena. Sabía que por lo menos disponía de energía, esas baterías eran tan eficientes que aún estaban al 80% de capacidad.

Rascándose la barba estudió el interior de la mochila. El tanque de oxígeno casi llenaba por completo el espacio de la mochila. El sistema de expansión, el de filtrado, la computadora, los sensores, los equipos de comunicaciones, los conductos de ventilación y calefacción se enroscaban alrededor.

Luca levantó la vista. El fuego estaba apagado, un gran manchón ceniciento rodeado de piedras parecía ensuciar la uniformidad rojiza del suelo.

Jenny y Susana tardaban en volver. Se sorprendió mirando la pequeña bolsa en la que guardaban la comida. Tenía hambre, un hambre de lobo.

Tenía que olvidar el hambre. Tenía que pensar detenidamente en todo el sistema, en cómo funcionaba. El sistema seguía allí, destripado delante suyo. Contempló el depósito, la válvula reductora que permitía el flujo y la expansión controlada del aire. Siguió la tubería flexible que llevaba el oxígeno al casco donde se mezclaba en una tobera con el aire reciclado que provenía del filtro de carbono. Imaginó cómo el aire fresco era inhalado y cómo la exhalación circulaba por el traje y era absorbida por las tomas en el pecho y espalda. Parte de ese aire se expulsaba al exterior y parte se forzaba en el filtro de carbono donde se cerraba el circuito.

Quizá los motores de recirculación... pequeños, de alto rendimiento, dos por traje. No servían para comprimir, eran muy pequeños, como mucho le darían un ratio

de compresión de una o dos atmósferas, o sea que lograría solo una centésima de la compresión que necesitaba para llenar el tanque. Pero los compresores trabajaban siempre por etapas. Ahí tenía algo.

Tomó el *pad* y comenzó a hacer cálculos de rendimientos, carga energética en las baterías y presiones en las tuberías. De nuevo había un objetivo, una línea clara que cruzaba el problema directa a la solución.

Jenny y Susana llegaron caminando lentamente. Habían pasado casi todo el día fuera.

Luca levantó la cabeza de la estructura que estaba construyendo y les saludó con un alzamiento de cejas. Susana y Jenny se acercaron y miraron aquello con una mezcla de perplejidad y asco.

—¿Qué se supone que es eso Luca? —preguntó Susana.

—Mi compresor.

—¿Pero?

—No tengo otra forma de construir un armazón. ¿Ves algo de madera alrededor?

—Ya, pero ¿usar huesos de marciano?

—Están ya muertos, ¿no? A ellos no les importa.

Las dos mujeres se dejaron caer, agotadas, en el suelo, a la boca de la cueva. Recostadas contra la roca observaron a Luca trastear durante un rato. Al final Jenny no pudo contenerse.

—¿Luca? Tú crees que eso funcionará.

—Sí, claro.

—¿Pero...?

Luca dejó de atar huesos y las miró con ojos salvajes.

—¿Sabéis lo que ocurrió cuando se pusieron a diseñar el *Mars pathfinder*?

—¿Aquel pequeño robot que reinició la época de investigación de Marte?

—Sí. Pues sucedió que ya no quedaba nadie en la NASA que supiese diseñar un sistema de reentrada y amortizaje. Todos los ingenieros del proyecto *Viking* o habían muerto o estaban jubilados. Los llamaron para que les explicasen como habían diseñado los *Vikings*. Y lo hicieron, la experiencia es muy importante, pero aún así, tras recuperar esa valiosa información, desarrollaron otro enfoque, inventaron el sistema de los *airbags* que aún hoy se usa en las sondas.

—No entiendo. ¿Qué quieres decir Luca?

Luca volvió al trabajo.

—Es sencillo. A veces no cuenta lo conocido, la experiencia. Este compresor que estoy construyendo os parecerá raro, pero es lo mejor que se puede hacer con lo que tenemos a mano.

La luz fue cediendo poco a poco y la temperatura descendió apreciablemente. Durante el día alcanzaban una máxima de quince grados que descendía a cuatro bajo cero por la noche.

—¿A que hora nos tocan las raciones? —preguntó Luca.

—Eh... dentro de media hora —dijo Jenny.

Ninguno expresó la más mínima queja, sin embargo las miradas acudían frecuentemente a la bolsa donde se guardaban las provisiones que Jenny había traído de la *Belos*.

—¿Qué tal la exploración? —preguntó Luca mientras seguía trabajando en el compresor.

—Bueno... contradictoria —Susana resumió los hallazgos—. Basura, chatarra, ruinas, nada útil.

Lento y metódico, Luca agachó la cabeza y siguió trabajando atando un tanque vacío a una estructura de huesos con tiras de lo que parecía piel reseca. Tras unos segundos de actividad despreocupada levantó la vista hacia las dos mujeres.

—¿Os vais a quedar ahí mirándome?

Jenny se puso en pie y bufó brevemente. A continuación tomó el casco que usaban como recipiente para coger agua del lago y se dirigió hasta allí.

Pronto pisaba el suave musgo marciano. Al poco de caminar por aquella pradera rojiza, se tranquilizó. No tenía sentido discutir más con Luca. Mientras se agachaba en la orilla, se sorprendió pensando en la ecología marciana. Había agua, había musgo... ¿ningún animal o algo semejante?, ¿algo móvil? Retiró la mano del agua enseguida. La superficie del lago estaba roja por los óxidos disueltos. Aquel agua no debía tener ningún compuesto venenoso al menos a corto plazo. No había nada, nada se movía bajo la superficie... pero... ¿podía estar segura?

Sacudió la cabeza llevándose el casco lleno de agua hacia el campamento. Demasiadas preguntas para un solo día. Pero había marcianos... seres vertebrados... notablemente parecidos a los hombres. ¿Qué significaba aquello? Unos seres como aquellos no surgen de la nada, se necesita una evolución, otros animales que cubran diferentes nichos ecológicos.

Lo vio con el rabillo del ojo. Algo había saltado. Una mota gris rapidísima. ¿Eran imaginaciones suyas? Avanzó más rápido, hasta que casi se le vació el agua del casco cuando le pareció ver otro de aquellos movimientos.

¿Se estaba sugestionando? Es posible, pero no podía evitar sentirse asustada. Cargando el casco lleno de agua regresó rápidamente con sus compañeros.

Al llegar, se alegró de que el fuego estuviese ya ardiendo.

—He visto...

—¿Sí? —preguntó Susana levantando la vista del fuego.

«Está muy delgada» —pensó la parte médica de Jenny con preocupación.

Susana tenía profundas ojeras bajo los ojos, la piel ajada y sucia; el pelo greñoso y enmarañado. Luca no tenía mejor aspecto, lucía incluso peor fanáticamente enfrascado en su trabajo. Y ella, sin duda, nos les andaría mucho a la zaga. No podía mirarse en un espejo, pero se sentía cansada, muy cansada. Se dejó caer de golpe en el suelo.

—Nada... es igual.

Nadie habló durante un rato. Jenny repartió las raciones, que duraron apenas cinco minutos. Era poca comida, una dieta de hambre y desnutrición, pero la sensación de tener algo en el estómago era agradable, permitía afrontar el sueño.

Jenny y Susana se sentaron junto al fuego mientras, un poco más allá, Luca seguía enfrascado con su horripilante artilugio.

Aquellas llamas, pobres debido al escaso oxígeno, apenas bastaban para calentar el aire y las dos mujeres se apretaron aún más la una a la otra. Muy juntas y acurrucadas para combatir el frío, vieron arder los últimos habitantes de Marte.

Susana habló muy despacio, bajito, como si el silencio fuese sagrado o no quisiera que Luca juzgara su debilidad.

—No tenemos muchas posibilidades... ¿verdad Jenny?

La médico no respondió inmediatamente y cuando lo hizo parecía estar hablando con el fuego más que con Susana.

—Más que Herbert y Fidel, menos que Lowell.

—¿Crees que Luca logrará construir el compresor?

—Si hay alguien capaz de hacerlo es él —dijo Jenny, aunque sus palabras no sonaban convincentes ni siquiera para ella.

—Pero hay cosas que son imposibles —objeto Susana, estremeciéndose—. Yo también tengo la carrera de ingeniería, a pesar que Luca y los demás siempre lo han olvidado. Un compresor es una máquina que trabaja con altas presiones, y aquí no tenemos forma de construir algo que pueda aguantarlas con seguridad.

—Lo que está inventado parece que va a funcionar...

—No confiemos mucho en ello por si acaso. Deberíamos buscar en las ruinas. Estoy convencida que hay máquinas que todavía funcionan, sistemas que podemos aprovechar para sobrevivir.

—Sí, pero si es así, ¿por qué no queda ningún marciano vivo que los use?

—Son muchas incógnitas. Acuérdate de esos círculos de cadáveres, de los túneles atestados.

—Mañana voy a hacer algunas autopsias —concluyó Jenny—. Si conocemos un poco más de los marcianos quizá podríamos descubrir algo útil en las ruinas... esos grifos, el edificio enorme... no sé.

Las dos mujeres dejaron de hablar. Las llamas chisporroteaban. Luca había dejado de trabajar y se acurrucaba dentro de su traje, muy cerca del fuego. No dormía, solo miraba al cielo, a la capa de nubes que lo cubría. Aquella noche las nubes parecían descender sobre ellos. El aire perdía poco a poco su transparencia. La niebla comenzaba a envolverlos y solo el fuego parecía poder luchar contra ella.

—¿Recuerdas la Tierra? —susurró Jenny al cabo de un rato.

—La recuerdo... —Susana estaba a punto de dormirse cuando la pregunta de Jenny le hizo abrir los ojos—. Pero...

—¿Si?

—No sé... es como si fuese algo lejano, inalcanzable, una realidad que ya no

existe. Ya no me parece algo real. Solo recuerdo el entrenamiento el viaje, Marte.

—Lo mismo me sucede a mí. Pero en mi caso es peor... tengo una hija allá, en la Tierra. Ya no recuerdo bien su rostro, la estoy olvidando.

Susana se volvió y la vio de muy cerca. Sus grandes ojos negros parecían absorber todos los reflejos dorados del fuego.

—¿Te duele?

—Eso es lo más terrible. No, pasa como con la Tierra, todo lo que era mi vida allí, es algo que queda atrás. Te pareceré un monstruo... pero es así.

—No, no eres un monstruo, eres humana, nada más, una persona que quiere sobrevivir, y para eso solo cuenta el momento presente. La nostalgia es un lujo que no te puedes permitir. Ninguno podemos.

La niebla se hizo muy espesa, tanto que hasta el fuego se difuminó y se convirtió en una estrella roja y perdida en un espacio intangible. En medio de aquel vacío había sonidos, crujidos, rechinar de rocas. La niebla era húmeda y dejaba un rocío de agua condensada sobre los trajes.

Susana y Jenny dormían, despertaban sobresaltadas y luego volvían a dormir. No hacía mucho frío pero la humedad les calaba los huesos. Sin embargo ninguno volvió a las cuevas. De noche eran sitios que no les gustaba visitar.

Al amanecer la niebla persistía. La luz había llegado de forma uniforme, parecía que un fulgor blanquecino había sustituido al aire. Luca intentó encender el fuego, pero no pudo, todo estaba empapado.

—Y luego dicen que en Marte no hay agua —masculló.

Susana había decidido refugiarse en la cueva, que estaba seca, mientras aquel rocío persistente seguía saturando el aire.

Jenny se sentó mirando a Luca esforzarse, desganada, sin ánimo, cansada como nunca se había sentido en su vida. Pero al poco sucedió algo, la niebla fue cediendo, los contornos del fondo del valle se fueron definiendo cada vez más. En poco tiempo la niebla se había marchado... y con ella la capa de nubes que bloqueaba la visión del cielo de Marte. Allí estaba de nuevo la claridad rojiza del cielo marciano y el Sol brillando alto. Sin las nubes se apreciaban las escarpadas paredes del valle Manneris crecer en una pendiente pronunciada. La sensación de estar en una angosta grieta era mucho mayor, a pesar que las vistas se habían ampliado notablemente.

—¿Qué ha sucedido?

—No lo sé, Luca. Algún fenómeno atmosférico local. Quizá la capa de nubes es algo periódico.

Susana había salido de la cueva y entrecerraba los ojos mirando al pequeño y débil brillo del Sol.

—Deberíamos tener cuidado. Los ultravioletas deben llegar enteros hasta aquí.

—Hay algo de protector solar en el botiquín —dijo Jenny mientras corría a buscarlo.

Un poco después, Jenny repartía dosis del protector. Se untaron con él la piel expuesta.

—No sé si es mejor estar sin o con las nubes —comentaba la médico—. El sol nos viene bien, necesitamos la luz para metabolizar calcio, pero me preocupan los UV. No tenemos más protector.

—A mi los rayos esos es lo que menos me preocupa —dijo Luca.

Jenny estuvo a punto de replicar. Aún no habían desayunado y la falta de glucosa en sangre la volvía muy irritable. Sin embargo se contuvo y dejó a Luca trastear con su pequeño invento.

Susana avanzó hacia el lago, a menos de trescientos metros de donde tenían el campamento.

Jenny la vio caminar vacilante hasta que se quedó como paralizada mirando al suelo. Se levantó y comenzó a andar es esa dirección.

—¿Sucede algo, Susana?

—¡¡Eh!! ¡¡Mirad!! —gritó ella llena de excitación.

Jenny corrió hasta donde su compañera se agachaba ya para mirar más de cerca. Se dio cuenta casi enseguida. La pradera había cambiado de color, ahora no era rojiza, sino morada.

«Algo tiene que ver con la niebla y esos ruidos nocturnos...» —pensó sin detenerse.

Al fin llegó al lado de Susana. Esta le indicó con la mano un bulbo en el suelo. Era apenas una masa globular de metal que se estaba enterrando lentamente. En el tiempo que estuvieron mirando terminó de desaparecer entre los líquenes ahora de color malva.

—¿Qué es eso?

—Ni idea, pero se parece mucho a los grifos.

Volvieron lentamente, hablando entre las dos. Cuando llegaron al campamento de nuevo Luca mordisqueaba una ración.

Jenny sintió la sangre agolpársele en la cara.

—Luca... —Tragó saliva para contenerse—. Soy yo quien reparte las raciones...

—Ya, pero era la hora y no estabas.

Jenny hizo ademán de coger una piedra del suelo, había odio en su gesto, ira fría en sus ademanes violentos. Susana la detuvo.

—Tranquila Jenny... tranquila. No merece la pena...

Al fin se tranquilizó lo bastante como para tomar su ración y la de Susana. Luego miró durante un instante a Luca, que mordisqueaba despreocupado, y se marchó caminando rápido.

Susana se sentó trabajosamente enfrente de Luca. Mordió de su ración y durante un rato no dijo nada, solo lo miró sin emoción ninguna en el rostro. Luca mantuvo su actitud un tiempo, pero al poco comenzó a inquietarse, a desviar la vista. Fue entonces cuando Susana le habló.

—Luca... el tiempo de las provocaciones y los juegos ha terminado. Ahora no hay sitio para nada de eso. No lo había ya antes. Ya te libré una vez de Herbert, ahora acabo de volver a hacerlo. Es la última vez. —Luca fue a protestar, pero miró a los ojos azules de Susana y se lo pensó mejor—. Sigo siendo la comandante de la misión, aunque ya no haya misión y ni siquiera sepamos si vamos a sobrevivir. No voy a tolerar ni una estupidez más, ni una. Si soy yo la que decido actuar no te vas a librar como hasta ahora.

Luego se levantó y dejó a Luca sentado en cuclillas, con la barba manchada de miguitas y la boca abierta.

Jenny respiraba profundamente. Sentada en una roca, a pesar del hambre, del dolor de cabeza que se estaba convirtiendo en algo crónico, se sentía bien, bañada por los rayos del sol por primera vez desde que se inició el viaje. Sintió los pasos acercarse. Supuso correctamente que era Susana. Se sentó a su lado, mirando a las ruinas de la ciudad que antes habían interpretado como contrafuertes rocosos. El sol

hacía brillar los edificios iluminando la inmensa gama de ocre y rojos que resbalaban sobre las formas ahusadas dibujando líneas quebradas sobre puentes y galerías elevadas. Con tanta luz se apreciaba mejor su tamaño, que de todos modos no era nada comparado con los muros inmensos que los rodeaban y que crecían hasta los 4.000 metros de altura.

—Es algo fascinante.

—Sí —admitió Susana.

—Aún no sabemos qué pasa, por qué ha desaparecido la niebla, por qué ha cambiado de color la pradera, por qué esos grifos.

—No, y deberíamos intentar saber más, cualquier cosa nos puede ayudar a sobrevivir.

Siguieron mirando el paisaje en silencio. Poco a poco notaron cómo se desprendía una bruma sutil del suelo. La bruma se hizo niebla, creció en poco tiempo, y, también en poco tiempo, se elevó y comenzó a formar una nueva capa de nubes.

—Ahí tienes tu capa de nubes Jenny, ha regresado.

—No entiendo nada. Parece un ciclo ecológico, y no dudo que mantenido artificialmente, seguramente por aquel edificio enorme que vimos, pero ¿cuál es su objeto? Quizá reproduce las condiciones primitivas de Marte, ciclos de nubosidad intensa con cortos periodos de luz solar.

—Podría ser, pero hay que tener cuidado, esto es Marte, no la Tierra, nada tiene por qué ser igual. Nuestras suposiciones tienen que basarse en hechos firmes.

—Es cierto.

Pasó algo de tiempo, ninguna de las dos dijo nada. Al fin Jenny se bajó de la piedra en que estaban sentadas.

—Voy a investigar uno de esos marcianos —dijo, mientras se dirigía hacia la salida de la cueva.

El material de estudio abundaba. Apenas se habían fijado en ellos, los tres habían pasado de prisa por el tramo final del túnel un poco espantados de aquella acumulación siniestra.

Con calma y muy despacio, las dos mujeres fueron enfocando las linternas hacia las hileras de momias marcianas. Hacia el interior las momias estaban recostadas contra las paredes. Cerca de la salida había hileras de cadáveres amontonados para dejar justo el paso hacia el exterior. Y era así en todas las cuevas.

Los cadáveres estaban en un estupendo estado. Quitando las partes blandas, todos los cuerpos parecían enteros, secos y momificados normalmente en una postura sedente, o encogida.

Jenny y Susana eligieron tres, uno grande, otro que parecía un niño por el tamaño y otro más grueso que los otros y los sacaron afuera. Los extendieron sobre la arena y procedieron a estudiar los cadáveres.

—Lo sorprendente es que tengan huesos, que sean bípedos, y simétricos —dijo la médico—. Nunca hubiera imaginado que un marciano se nos pareciese tanto.

—Sí, no parece lógico. ¿Evolución paralela quizá?

—No sé, no lo veo normal, las condiciones nunca hubieran podido ser similares, o sí, no lo sé. No me imagino unos protomarcianos subidos a las ramas de árboles.

—No sabemos mucho del pasado de Marte —aventuró Susana—. Quizá en una época anterior sí hubiera sido posible.

Jenny comenzó a abrir la carne muerta con un bisturí, dejando expuesta la estructura interna de los miembros.

—Mira las rodillas, no se parecen en nada a las nuestras.

—No veo la diferencia.

—La rotula, fíjate, es curiosísimo. Esas rodillas no tienen punto de anclaje en vertical como las nuestras, giran 180 grados, no 90.

—Y... ¿eso cómo puede ser... y... para qué les serviría?

—Ver andar a uno de ellos debería ser algo muy... divertido.

Jenny siguió investigando los miembros. Eran muy delgados y las fibras musculares parecían débiles, escasas y en una disposición extraña.

—No parece que fuesen muy musculosos —comentó Susana.

—No lo necesitaban, recuerda que aquí la gravedad no es tan fuerte como en la Tierra. Sin embargo estos huesos sí son fuertes. Voy a cortar uno.

El láser brilló un instante y Jenny levantó el hueso seccionado. El corte mostraba claramente que no tenía médula.

—Qué raro, no hay estructura interna, es algo macizo, como si creciese por acumulación de capas exteriores y no de dentro afuera como los nuestros. ¿Qué

explicación tiene esto?

—A mí no me mires... solo soy piloto.

—Sigamos. Miedo me da mirar los órganos internos.

—¿Tendrá?

Jenny rajó de arriba abajo el abdomen. Susana miró brevemente las órbitas vacías del marciano como esperando que protestase ante aquella violencia, pero llevaba muerto demasiado tiempo como para decir nada.

Dentro del pecho del marciano no había casi forma de saber como había estado organizado su organismo. Solo quedaba polvo, huesos y láminas ajadas, deshechas.

—Vaya, así no hay manera —dijo la médico—. Para ver algo de la estructura de las partes blandas habría que hacer una tomografía.

—Sí.

Jenny profundizó en aquella masa de polvo gris sin encontrar nada de mención, solo la columna vertebral, que tenía muy pocas vértebras a diferencia de la humana.

—Unos tíos estirados los marcianos —bromeó Jenny—. Con esa columna vertebral seguro que iban siempre erguidos.

Ambas rieron como niñas. Cuando superaron la hilaridad, Jenny comenzó a seccionar el cráneo por la mitad. Tenía una forma ovoidal y nada más abrirse gracias al limpio corte del láser quirúrgico vieron que la estructura interna estaba compartimentada en multitud de cavidades comunicadas.

—Asombroso —dijo Jenny.

—¿Qué es esto?

—No lo sé, pero parecen cavidades cerebrales —la mujer sacudió la cabeza—. Es un cerebro compartimentado. No imagino la ventaja de ello. Mira, cada cavidad tiene comunicaciones con el resto.

—Humm..., estructuralmente eso lo haría un órgano muy fuerte —dijo Susana—. Esos pequeños nódulos, encapsulados en hueso aguantarían muy bien aceleraciones y golpes, no como el cerebro humano, propenso a aplastarse contra la bóveda craneana a la primera de cambio.

Jenny rebanó secciones de cráneo y fueron siguiendo las cavidades que se iban intercomunicando en una espiral creciente parecida a la del interior de los nautilus. En el centro de la espiral había un hueco más grande que el resto.

—Ajá, seguro que aquí estaba el cerebro nodular, la parte primigenia, el equivalente a nuestro mesencéfalo.

—Sí, pero... ¿y ese canal?... —señaló Susana.

Partiendo de esa cavidad había un canal recto y muy limpio que atravesaba las cavidades y salía justo por el paladar del marciano.

Jenny tomó la sección del cráneo y se la acercó. Luego tomó un horóscopo del maletín, un artefacto formado por un monitor de 5 pulgadas y un tubo de fibra de vidrio con iluminación y lentes de aumento en la punta. Lo pasó por el conducto sin perder detalle de lo que aparecía en el monitor.

Susana miraba por encima del hombro de la médico sin entender muy bien aquellas imágenes aumentadas.

—Mira estas muescas —musitó Jenny.

—Ya las veo.

—¿No te parece raro?... muescas circulares.

—Bueno, todo es raro en estos marcianos.

—Sí, raro pero natural... menos esto —afirmó Jenny—. Este canal ha sido horadado mecánicamente, por una broca o algo así.

—¿Cómo?

—Sí, no hay duda. Si hubiera sido un láser las marcas sería de otro manera. Si hubiera sido natural no habría marcas.

Susana se sentía muy confusa por todo aquello.

—Y... ¿Con qué objeto? —preguntó.

—No lo sé —admitió Jenny—. Desde luego esta cavidad central a la que accede el taladro parece un sitio vital.

Susana, se aproximó a los otros marcianos. Se quedó con la mandíbula inferior en la mano al intentar abrirles la boca, pero le dio igual. Los otros dos cadáveres también tenían un agujero en el paladar.

—Esto es... horrible —musitó.

—Bueno... no lo sabemos... no tenemos ni idea de por qué, no podemos juzgar.

Terminaron la autopsia en silencio. De repente a Jenny los misterios le parecían menos apetecibles. Marte les había mostrado algo de su extrañeza, apenas un atisbo, y ya estaban completamente desorientados.

No tenían forma de enfrentarse a aquello, de entenderlo aunque fuera mínimamente. Era demasiado extraño.

Y les rodeaba, tenían que sobrevivir allí.

Pero cuanto más investigaban más conscientes eran de que no sabían nada en absoluto de aquel lugar.

Luca manejaba las tuberías y los depósitos de aire vacíos con dedos torpes a causa del frío. Le costaba concentrarse, el hambre y el dolor de cabeza, que se estaban convirtiendo en crónicos, añadían dificultad a la tarea.

El sistema que había diseñado era muy simple, debería funcionar pero no estaba seguro. Disponía solo de los compresores diminutos que introducían el aire a presión en el filtro de carbono activo del sistema de soporte vital de los trajes. Eran capaces de proporcionar un aumento de presión de solo una o dos atmósferas. Era muy poco, pero Luca había pensado que bastaría si se empleaba acumulativamente.

En el almacén que había construido uniendo huesos marcianos para sujetar los depósitos, el aire entraba por un lado, se comprimía un par de atmósferas y se acumulaba en un depósito. De ahí, por una salida dotada de una válvula de no retorno, el aire pasaba a otro motor que comprimía otras dos atmósferas.

Había podido montar cuatro escalones —no tenía más motores—, que le proporcionaban en el depósito final 8 atmósferas.

No era casi nada, con esa presión disponía de aire en el depósito solo para diez minutos, necesitaba 200 atmósferas para poder tener una autonomía de dos horas, y de varios depósitos para poder alcanzar la *Belos*.

Por tanto en cuanto el cuarto depósito alcanzó las cuatro atmósferas de presión, cosa que Luca advirtió por el manómetro que la botella tenía acoplado, detuvo el proceso y colocó ese depósito al inicio de la cadena. Al entrar el aire ahora a 8 atmósferas, el sistema la elevó hasta las 16.

Era muy lento, pero en 50 pasos llegaría a las 200 atmósferas; 50 cambios de depósitos, más de veinte horas que debería permanecer vigilando el proceso, cambiando botellas cada 24 minutos.

Era agotador pero no había encontrado otro modo de hacerlo.

Cuando inició el procedimiento tenía muchas dudas. Los compresores eran miniturbinas alimentadas por un motor eléctrico de alto rendimiento, pero no estaban diseñadas para trabajar con flujos de aire a tanta presión. Las juntas, los tubos que usaba tampoco sabía si aguantarían. Estaba superando ampliamente las presiones de diseño de muchos componentes. Confiaba en los márgenes de seguridad usados, no obstante se mantenía muy atento a cualquier fallo en la cadena de elevación de presión.

Se sentía incómodo. Era una apuesta y a Luca no le gustaba jugar, le gustaba ganar. Pero la opción era aún peor, el hambre y luego... mejor no pensar en ello.

Jenny y Susana se sentaron junto al fuego. Luca levantó la vista de su almacén, vigilando de reojo el manómetro de la última botella, marcaba 40 atmósferas. Todo parecía ir bien. Sonrió.

—¿Estáis relajadas? —les preguntó— ¿Ya os habéis cansado de admirar el paisaje?

Ninguna de las dos mujeres respondió, miraban al fuego con aire ausente. Luca siguió hablando:

—Deberíamos discutir lo de las raciones. No me parece justo tal y como están repartidas ahora.

Jenny levantó la vista.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó—. Es un reparto a partes iguales.

—Precisamente por eso.

—Luca —dijo Susana suspirando—. ¿Dónde quieres ir a parar?

—Yo me estoy dejando la piel aquí y vosotras dos pasáis el tiempo dando largos paseos como si estuvierais en la Riviera —Luca soltó una risita—. No me parece mal, pero si yo trabajo más, debo disponer de mejores raciones. Me duele la cabeza y es por el hambre.

—Te duele la cabeza por la falta de presión, Luca —dijo Jenny.

—Es igual. Has establecido unas raciones demasiado escasas. Igual son suficientes para vosotras, pero yo necesito más para vivir.

—Con las vitaminas, son suficientes también para ti, Luca —le aclaró Jenny.

—Tengo hambre.

—Por supuesto —dijo Susana—, el estómago te pide más comida, pero tienes que acostumbrarte a superar eso.

—Pero mi desgaste...

—Es semejante al nuestro —le cortó Jenny—. También hemos trabajado, aunque tú no te hayas molestado en enterarte.

Luca hizo una mueca burlona y preguntó:

—¿En serio? ¿Y qué habéis estado haciendo?

—Hemos investigado las momias —explicó Susana—. Jenny les hizo una autopsia.

Luca permaneció boquiabierto durante un largo rato antes de decir:

—¿En serio?

—Sí —dijo Jenny.

—Y... —carraspeó Luca—; puedo preguntar... ¿Con qué objeto?

Jenny iba a responder, pero Susana le hizo un gesto para que se calmara y fue ella la que le habló a Luca.

—Supervivencia. Debemos averiguar todo lo que podamos de este entorno. Eso favorecería nuestras posibilidades de sobrevivir, ¿no crees?

—Es posible —dijo Luca—. ¿Y habéis averiguado algo interesante? Para la supervivencia, quiero decir.

—No —admitió Jenny—. Para ver la estructura interna de los órganos necesitaría una resonancia magnética.

—Ajá. ¿Y... la anatomía exterior, los huesos?

—Bueno, ahora tenemos más preguntas que respuestas. Resumiendo, tienen un ángulo de rotación en la rodilla de 180 grados, músculos lisos y largos, los brazos giran menos que los nuestros y las manos son mucho más delicadas y grandes.

Jenny se detuvo durante un instante. Susana continuó.

—Y luego está el tema del agujero en el paladar. Todas las momias tienen un agujero que va del paladar a una cavidad en el centro del cerebro.

—¿No es natural? —sugirió Luca—. Quizá sea la lengua o algo parecido.

—No, es un orificio —dijo Jenny—. Al microscopio se ven las astillas.

Luca miró el manómetro de una de las botellas. Ajustó una válvula con mucho cuidado y volvió a mirar a las dos mujeres. Un retortijón en el estómago le hizo vacilar antes de hablar.

—Suenan a asesinato ritual. ¿No?

Jenny tardó un poco en responder.

—No podemos suponer mucho. Esto no es la Tierra. Hay tantas incógnitas.

—Apuesto a que todos tienen agujeros —dijo Luca con seguridad.

—Todos tienen —admitió Susana—, las momias de los túneles, las que están tiradas por ahí, todas. ¿Tienes alguna teoría, Luca?

—Bueno, está claro, hacen falta más datos pero...

Se escuchó un silbar muy fuerte y Luca se abalanzó sobre una de las botellas y cerró una válvula.

Estaba llena. Detuvo los compresores y les hizo un gesto a las mujeres de que hablarían más tarde.

Luego se dedicó durante diez minutos a cambiar trabajosamente botellas de sitio. Sonrió cuando al peso ya se notaba que aumentaba la cantidad de aire en su interior. Después volvió a activar los compresores. El sistema continuó funcionando. Sonrió y plantado de pie, con las manos en las caderas, desafiante, levantó la vista. Pero las dos mujeres ya no estaban allí.

Caminaban lentamente hacia la ciudad. A cada paso que daban, Susana se hacía más consciente de lo débil que se sentía.

—¿Tú crees que las raciones son suficientes?

—No, no lo son. Estamos consumiendo nuestras reservas de grasa. ¿No notas cómo olemos un poco a acetona? Estamos segregando cuerpos cetónicos en la sangre ya que los lípidos normales no pasan la barrera hematocefálica del sistema nervioso. Eso es mala señal. Cuando hayamos consumido toda la grasa, el cuerpo comenzará a metabolizar proteínas, tendremos un alto riesgo de lesiones cerebrales.

—Joder, si lo sé no te pregunto.

Jenny sonrió, Susana también.

—¿Qué quieres? Es así.

—¿Crees que la máquina de Luca funcionará?

—Eso espero. Las cosas que traje de la *Belos* nos durarán solo tres semanas más.

Caminaron entre las calles marcianas, orientándose en el camino hasta el edificio que querían investigar.

Llegaron a su pie y elevaron la vista, casi alcanzaba la capa de nubes. Era una masa amorfa, extraña, que desafiaba su comprensión.

—Se me ha ocurrido una idea. ¿Ves ese edificio que tiende un puente hasta este?

—Sí.

—Pues tiene entrada. Si conseguimos ascender podemos llegar al otro.

—Es buena idea.

Se acercaron al edificio que mencionaba Susana. En la parte baja tenía una entrada con el mismo aspecto que las cuevas, paredes curvadas y un techo plano.

Entraron con precaución. La piedra en la que estaba construido parecía mucho mejor conservada en el interior que el exterior, de hecho se distinguían a la perfección todos los relieves y dibujos que adornaban las paredes.

Y, como en los túneles, nada más entrar las luces se activaron e iluminaron el pasillo. Esta vez no eran luces débiles y frías, sino potentes focos de colores pastel que iban variando su color a lo largo del pasillo. Al estar la luz apagada la pared había parecido gris, semejante a los túneles. Pero, al ser iluminadas, los relieves tomaron una compleja trama de colores entremezclados que además variaba con una suave transición casi hipnótica.

—Esto también funciona —musitó Jenny, hablando con una respetuosa voz baja.

—Ya veo. Es sorprendente. No entiendo como pudieron hacer máquinas como esta y después extinguirse.

Avanzaron pasillo adelante. A derecha e izquierda había oquedades y habitaciones sin ventanas, completamente vacías, menos algunas de ellas, llenas de momias amontonadas.

Lo comprobaron por curiosidad, todas tenían el agujero.

—¿Te has fijado Jenny?

—¿En qué?

—Todas estas momias miran en una dirección. Es como si hubiesen muerto de pie, mirando a algún punto, y luego hubieran caído de cualquier manera.

—Tienes razón. Y... ¿adonde miraban?

—Pues... parece que en aquella dirección... justo a aquel...

—... Grifo.

Se acercaron. En la pared había un grifo, una de aquellas excrecencias bulbosas de color acerado y ligeramente caliente.

Jenny intentó imitar la postura de uno de los marcianos caídos cerca del bulbo.

—Como afuera, estaban alrededor del bulbo este... Así. Lo que no sabemos es si fueron colocados así o murieron de esta manera...

—¡Cuidado!

Susana se echó encima de Jenny y las dos cayeron contra el suelo levantando una capa de polvo.

Jenny se volvió debatiéndose furiosamente, pero se paralizó cuando observó como una delgada barra de vivo color azul se introducía lentamente dentro de la masa metálica.

—¿Qué? —Jenny estaba aterrorizada. No entendía nada.

—Vi deformarse la superficie del metal antes que se... disparase...

Susana apenas podía respirar. Se tendió sobre el polvo esperando que su corazón se tranquilizase. Jenny, a su lado, tendida, seguía mirando aquella acumulación globosa con ojos desorbitados.

—Pero... ¿Qué ha sucedido?

—Casi acabas como un marciano... —Susana se apretó el pecho como si quisiera contener los furiosos latidos de su corazón. Le faltaban las palabras.

Jenny se levantó sacudiéndose el polvo. Fue a acercarse al grifo pero se detuvo en el ademán, y comenzó a alejarse hacia la puerta sin volverse.

—¿Tú crees que es buena idea que continuemos? —preguntó.

Susana estaba ya en la puerta, mirando al pasillo que continuaba internándose en el edificio. Empezaba a recuperar el pulso normal.

—Este lugar funciona, está vivo... Puede que encontremos algo que nos ayude a sobrevivir. Hay pocas opciones pero debemos intentarlo.

Jenny miró una última vez a la habitación. Luego siguió a Susana.

El pasillo dejó a derecha e izquierda muchas habitaciones parecidas a la que habían investigado.

Jenny apenas echó un vistazo. Se sentía extrañamente derrotada. Había un misterio resuelto, pero no servía de mucho. Solo habría una incógnita mucho mayor. Pensó que se empeñaban en algo inútil.

Aquellos grifos bulbosos disparaban una especie de lengua azul. Tal y como haría un camaleón para atrapar una mosca. Y esto parecía ser el causante de las perforaciones en el paladar de las momias.

No tenía sentido, claro.

Recordó brevemente los cadáveres de Herbert y Fidel sobre el suelo marciano, anónimos pedazos de la Tierra integrándose poco a poco en Marte.

Ya no eran más que recuerdos en sus hogares, en la memoria de la humanidad. Sin embargo Luca, Susana, ella misma, aún estaban vivos. Seguramente en la Tierra los habrían convertido ya en un emblema, símbolos, habrían celebrado un funeral y pensarían en una misión que diese sepultura a sus cadáveres.

Una niña morena, de grandes ojos, crecería con la sombra de aquello pegada a su vida, siempre sería señalada como la hija de la astronauta que murió en Marte. Quizá su padre tuviese más sentido que ella misma y la protegiese de todo eso, de su memoria.

Dio un traspies y se apoyó en la pared para no caer al suelo. Mejor dejar de pensar, seguir caminando, esforzándose. No había esperanza, pero daba igual, eso no mataba la curiosidad. Jenny miró los cambiantes colores de las paredes intentando encontrar una pauta. Pero solo había confusión y cierta belleza hipnótica.

Quizá aquellos diseños contaban en ese momento, mientras el suelo ascendía en una rampa suavemente espiral, una historia, quizá la historia completa de Marte, indicaciones de cómo conseguir comida y agua, incluso aire, pero no podían leerlo, nunca podrían.

Ascendieron por espacio de una hora. Caminaban muy lento, parándose con frecuencia para investigar las salas que encontraban. No había novedades. Momias, salas vacías, grifos.

—¿Dónde están los muebles, las cocinas, los laboratorios, los talleres?

—No lo sé, Susana. Todo aquí es muy raro. Mira ahora, el brillo de la pared desaparece.

La pared, tan misteriosamente como había comenzado a brillar, se volvió de nuevo de un gris polvoriento y viejo.

—Mira.

Habían llegado al final de la rampa, una cúpula abierta irregularmente. Un gran

arco se abría sobre un puente de piedra que unía ese edificio con el otro, la gran mole de la que no habían encontrado más acceso que aquel. El puente terminaba en una oquedad de aspecto misterioso.

—Oye —dijo Jenny—, ¿y si esos colores eran una advertencia?

Susana miró a su compañera y luego dio un paso cauteloso por el puente. Parecía bastante firme.

—Espera que pase yo y luego hazlo tú —dijo.

Susana cruzó sin incidentes.

Jenny la siguió cautelosamente, y sintió temblar la estructura con cada paso. A derecha e izquierda había una caída de treinta metros.

Sería curioso, pensó, morir al caerse de un puente después de haber recorrido 140 millones de kilómetros.

Se detuvo un momento. A un lado se veía el valle continuar en una zona de praderas plagadas de líquenes. La lluvia del día anterior las había vuelto de un color azul brillante. Al otro podía ver la estructura caótica de la ciudad en ruinas, los edificios en ruinas y los que aún se alzaban en pie.

Se decidió a continuar andando y al fin llegó al otro lado. Allí la esperaba Susana frente a una puerta, la primera reconocible como tal que veían en todo Marte. Bueno, tampoco es que fuese una puerta común, era una hoja de metal medio atravesada en el marco como un mecanismo atorado.

Se agacharon y pasaron al interior. Era una galería estrecha y sin luz. Encendieron las linternas y consiguieron iluminar lo suficiente como para no tropezar.

La galería parecía recta. Caminaron por ella iluminando las paredes. Eran superficies lisas, sin ninguna marca, quizá las primeras que veían en todo Marte.

—¿Oyes?

—Sí... ¿qué será eso?

Había un rumor leve, un latido profundo que reverberaba en toda la estructura. Jenny arrugó la nariz y se la señaló con el dedo a Susana.

—Huele... a ozono. —Dijo al fin.

—¿Dónde llevará esto? —preguntó Susana, indicando a Jenny con la mano el portal con forma oblonga en que terminaba la galería.

Lo cruzaron. La galería se abría, perdía su techo y continuaba pegada a la pared de una bóveda inmensa, sin ningún apoyo o columna desde el suelo al techo increíblemente alto.

Ese espacio alargado y hueco estaba iluminado por una constelación de enormes lucernarios ovalados e irregulares que cubrían el techo y parte de las paredes. Del suelo hasta esas oquedades inundadas de luz, crecía una estructura de metal azul, tuberías de grosores variables, ampollas y vejigas semitransparentes que latían con luz cambiante.

Algo parecido a engranajes blandos, como dentaduras que se mordiesen unas a otras, se movían y empujaban fluidos, sustancias, arriba, abajo y lateralmente. El

suelo del edificio estaba inundado de una sustancia de color terroso, agua estancada quizá, que bullía lentamente.

El olor era más fuerte, un ligero hedor, unas pizcas de ozono.

—¿Qué...?

Jenny se acercó todo lo que pudo al borde de la galería. Al fin, se tendió en el suelo para poder estudiar aquel árbol gorgoteante y móvil sin temor a caer. Durante un par de minutos intentó seguir los movimientos, encontrar una regularidad, algo que se repitiese, un patrón, una finalidad en aquel mecanismo inmenso. No la había.

—Es... no sé que es.

—Es una máquina Jenny, al menos eso parece.

—Una máquina que parece un híbrido de estómago y refinería de petróleo.

Jenny se rio quedamente.

—¿Por qué te ríes?

—Me estoy acordando de la máquina de Luca. Se parece un poco. Debe tener auténtico talento marciano.

Susana sonrió. Luego se inclinó sobre el abismo y se retiró hasta apoyarse en la pared.

—Pues más vale que su compresor funcione.

—Rezo por ello, rezo por ello día y noche.

Jenny se levantó con cuidado.

—¿Seguimos?

—Un poco más sí.

Avanzaron por la galería. El perímetro del edificio era muy grande y la curvatura de la pared apenas se notaba. Sobre los muros circulares crecía una red de galerías, de pasillos cubiertos y tubos verticales. La galería que seguían terminó en un pasillo cerrado y este en una pequeña bovedilla cerrada y sin continuación. Ambas mujeres se miraron iluminándose con las linternas.

—Esto no puede acabar aquí.

—Pues parece que lo hace, Susana.

Susana investigó por la pared. Era completamente lisa, con el tacto de la roca y de color entre rojizo y marrón. De repente se paró en mitad de aquel espacio vacío.

—¿Qué altura tendría un marciano erguido?

—Pues... así. —Jenny se agachó y comenzó a dar pequeños saltos en cuclillas—. Así, más o menos un metro veinte.

Susana la imitó.

—Es que se me está ocurriendo... apaga la luz. ¿En que terminarías un pasillo así?

Apagaron las linternas. En seguida vieron las luces. De seis pequeñísimas oquedades en la pared puestas más o menos en línea recta, surgía un brillo apagado que solo se podía percibir desde la altura de los ojos del supuesto marciano. Susana estudió los huecos. Luego, con cuidado taponó con un dedo uno de ellos, luego dos,

y, al fin, con esfuerzo logró taponar tres luces consecutivas.

El suelo se movió.

Jenny se sentó de culo y abrió mucho los ojos. Su voz fue a medias grito, a medias lamento.

—Un ascensor. ¿Es un ascensor?

—Sí.

Susana retiró la mano pero el ascensor no se detuvo. Miró a Jenny con angustia. La pequeña bóveda ascendía lentamente. Pasaron tres huecos que daban a pasillos sombríos y se detuvieron en el cuarto.

—Uff, menos mal.

—Deberíamos andar con más cuidado —dijo Jenny—. Toda esta maquinaria debe de hacer millones de años que no se revisa... Y no es una forma de hablar.

—Es cierto. Tienes razón. Lo siento.

—Bueno... ¿cómo hacemos para que baje?

Susana se sentó en el suelo. Estudió durante un instante las luces. Taponar los tres primeros habían hecho subir cuatro plantas a aquella máquina Jenny se recostó contra la pared sin perder ojo de las manipulaciones de Susana.

—Debe ser algo sencillo —dijo Susana.

—Esperemos...

—Tres, estos tres, hacen ascender...

—O es el piso tres.

—Piso tres... Sí. Eso es. ¿Cuántos haces hay?

—Pues... seis.

—Claro, cada piso un botón...

—¿Y solo va a haber seis pisos?

—Pues... tienes razón, esto es muy grande...

Susana no sabía qué hacer, y Jenny le propuso:

—Prueba a tapar cuatro.

—No, vamos a pensar un poco.

Susana miró concentrada los agujeros. Luego comenzó a murmurar y a contar con los dedos.

—Tres unos y ceros, o sea 64 pisos. Tapando los tres primeros... tenemos 111.000, que es... 56, o sea que para volver al punto de partida... descendiendo los cuatro pisos que hemos subido, solo hay que poner... 52, 110.100. ¿Cuántos dedos tenían los marcianos?

—Dos por mano y luego uno muy pequeño oponible —recordó Jenny.

Susana vaciló un momento, luego obturó los dos primeros rayos de luz y el cuarto. Al instante el ascensor descendió hasta el punto inicial desde el que habían partido.

Susana gritó brevemente, se levantó y elevó los brazos en el aire. Ambas saltaron de júbilo, alegres como adolescentes ante el tanto de su equipo. Se abrazaron.

Jenny, por un instante, olvidó el miedo, la desesperación, el hambre; aquellos animales furiosos que la devoraban por dentro. No lo pudo contener, toda el llanto salió al borbotones, un mar de dolor y miedo que había crecido día a día, que se había negado también día a día.

Susana apretaba contra ella a Jenny, absorbiendo su miedo. Era su tarea, la comandante de la misión, la más fuerte. Lentamente se formaron dos lágrimas en el fondo de sus ojos azules, solo dos, pequeñas, que nacían desde muy dentro, las únicas que podía permitirse, lágrimas por Herbert, por Fidel, por Luca y Jenny; lentas lágrimas también por ella misma.

Luca, tendido sobre los líquenes, intentaba no moverse.

Vigilaba los alrededores del lago esperando cazar al saltarín conejo marciano que le llevaba esquivando diez minutos.

Lentamente desvió la vista al reloj, aún le quedaban otros diez minutos hasta que tuviese que levantarse y cambiar las botellas. Era un nuevo paso, el número 35. Cinco más y tendría un depósito lleno, solo le faltarían otros tres para poder alcanzar la *Belos*, llegar hasta sus herramientas, las reservas de comida, las semillas para los cultivos hidropónicos y el pequeño y eficaz compresor portátil.

Llevaba día y medio pendiente del proceso, durmiendo a saltos igual que un padre primerizo, pendiente del menor problema con las conexiones, vigilando el estado de los motores, esperando a cada momento que algo fallase.

Luca se movió imperceptiblemente. Tenía el vientre hinchado, lleno de gases. Jenny decía que era normal, comían muy poco.

El conejo no aparecía.

Lo llamaba conejo por ponerle algún nombre. Varias veces, mientras trabajaba en el compresor, había visto el movimiento rapidísimo, imposible de seguir. Había escudriñado las cercanías del campamento buscando una señal, una mota de otro color, un bulto. Nada. Mientras esperaba descubrirlo lo imaginaba como una cosa peluda, de largas patas y de color rojo.

Todo en Marte era rojo, el conejo no sería menos. Quizá también imaginaba corzos rojos, jabalís rojos, elefantes rojos, todos llenos de carne roja que asar, que chorrearía grasa roja sobre el fuego.

Luca aferró la piedra que guardaba en su mano derecha hasta hacerse daño. En siete minutos tendría que abandonar y volver al compresor. Lo oía silbar no muy lejos. Atender a su máquina era monótono y angustioso, los ojos le dolían, veía doble, se equivocaba al realizar las lecturas y tenía que verificarlo todo dos veces.

Luca sintió la cabeza vacía. Se intensificó el ligero mareo que le acompañaba siempre y a veces empeoraba hasta convertirse en jaqueca. Efectos de la baja presión, decía Jenny.

Todo había estado previsto, un módulo presurizado, provisiones para aguantar hasta la llegada del rescate y todo había salido mal. Luca maldijo en silencio. La fuga, la maldita fuga.

Luca miró el reloj, cinco minutos. Aún así estaba vivo, dolorido, hambriento, pero vivo. Volvió a notar el movimiento súbito, dos saltos de una cosa borrosa a su derecha. Se alzó como un rayo y lanzó la piedra, pero mucho antes de que llegase a su destino ya no había nada a que atinarle.

Se puso en pie apretando los dientes hasta hacerlos rechinar. Luego miró el reloj y

comenzó a avanzar hacia el compresor.

Jenny y Susana apenas podían dar un paso más. Movían los pies arrastrándolos sobre el polvo. No hablaban, solo bebían de vez en cuando de las bolsas de agua amarrada que llevaban sujetas al cinturón, casi vacías ya.

La eterna capa de nubes grises no había cambiado. En el valle la luz crecía casi imperceptiblemente, llegaba a un máximo y luego decaía también uniformemente sin producir nunca sombras. El silencio era sobrecogedor. No soplaba viento, no había animales, nada se movía. Cuando se detenían y dejaban de remover grava a cada paso, Jenny se sentía aplastada por ese silencio enorme que parecía colmar el suelo del valle.

Susana miró el reloj. Ajustado a la rotación marciana se mantendrían en hora sin grandes errores durante muchos años.

Era media tarde, la hora de tomar una ración más. Jenny le hizo una señal a Susana y se encaminaron hacia el campamento.

Fue entonces cuando escucharon el estruendo. Ambas se quedaron paralizadas.

—¿Parece una explosión? —se preguntó Jenny.

—¡Luca! —gritó Susana.

El cansancio desapareció. Corrieron los pocos metros que las separaban del campamento. El compresor, el extraño armazón que Luca había construido, yacía despanzurrado sobre el suelo marciano. Varias de las tuberías estaban abiertas, rajadas por una súbita violencia.

Susana se acercó a la tragedia con precaución.

—¿Luca? —susurró en medio de un terrible presentimiento.

Los depósitos de metal brillante yacían tirados por aquí y por allá. Uno ellos, rota la válvula de seguridad, se había autopropulsado muchos metros y se había incrustado contra una roca, astillándola.

Las dos mujeres buscaron a su compañero en medio de aquel desastre.

Milagrosamente, Luca seguía vivo. Estaba sentado en el suelo de espaldas a ellas, contemplaba como el desgarrado metal del depósito se aplastaba contra la roca.

Susana se acercó y rodeó a Luca hasta encararlo. Tenía buen aspecto, el accidente aparentemente no le había dañado, sin embargo contemplaba la masa de metal roto con ojos demasiado fijos y brillantes.

—¿Luca...? ¿Te encuentras bien?

—Adiós al viaje a la *Belos*. No han aguantado, la presión, era demasiada. Estamos muertos, otra vez. La última...

Susana se agachó delante de Luca. Él no pareció notar que se interponía en su campo visual. Luego volvió junto al fuego apagado y lo encendió. Ya no la causaba ninguna aprensión desmembrar momias y alimentar el fuego con ellas.

Al poco Luca acudió al fuego sin una palabra. Tomaron sus raciones mientras oscurecía. Muy pronto se hizo de noche y el descenso de temperatura hizo muy

agradable la compañía del fuego.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Comernos al conejo.

—¿Cómo...?

—El conejo... ¿no me digáis que no lo habéis visto?

Jenny sonrió torciendo el gesto.

—Quizá sea una buena forma de suicidarse, sí, y dejar de sufrir. Ese conejo, como lo llamas, seguro que es venenoso, como los líquenes, como todo en Marte.

Luca miró a Jenny. El brillo de sus ojos era sobrenatural. Luca siguió hablando sin dejar de mirarla.

—Pues no tenemos otras opciones. Solo eso o acudir a por Fidel.

—¿Cómo?

Jenny y Susana se removieron en sus asientos Jenny sintió una oleada de algo físico, una contradicción que se hacía una bola sólida de angustia en el centro del pecho.

—No necesito explicarme, ¿no?

—¿Estás loco?

—Seguramente, pero ya no soporto más el hambre, este dolor de cabeza, el frío en el estómago, los retortijones.

Jenny apretó las manos hasta que las uñas la hicieron daño en las palmas. Habló llena de furia, luchando por controlar ese conflicto interior. Quería vivir pero no podía aceptar aquello.

—Si haces eso... te mato.

—Quizá no fuese mala idea... cuando se acabe Fidel... ¿qué comerás Luca?

Susana removía el fuego con una tibia marciana ennegrecida. Jenny y Luca la miraron.

—No es una solución, en absoluto.

—¿Y cuál es la solución, comandante?

Luca había pronunciado «comandante» con la misma intensidad de un insulto. Susana levantó la vista. Ambos se miraron. Luca era todo desesperación, la fuerza de una situación irremediable, un solo camino terrible. Susana apretaba la mandíbula hasta que líneas de tensión dibujaban los músculos bajo la piel. Jenny, al borde del desmayo, se agarró a esa mirada azul y limpia, fría y firme como el metal. No era la solución, quizá no había solución, pero había aún algo que llamar humano en ellos.

Al día siguiente se repitió el mismo proceso que habían contemplado en cada amanecer en el fondo del Valle.

Vieron como el Sol ascendía por el cielo limpio y transparente. Un azul que se transfiguraba en rojo, y este en amarillo anaranjado.

Y los grifos bulbosos y metálicos que aparecían por todas partes para soltar aquella bruma espesa y protectora.

Casi no habían hablado desde la noche, apenas podían mirarse a los ojos. Susana le había sugerido que visitase las ruinas, quizá él encontrase alguna utilidad en aquellas extrañas maquinarias. Luca se internó en una de las viviendas acompañado por Susana y Jenny. Contempló el anillo de momias y el grifo metálico brillando en el centro. Las esperanzas parecían no morir nunca.

—¿Queréis decir que si me acuclillo frente a esa cosa, adoptando la posición de las momias...? —empezó a preguntar Luca.

—Sería una buena forma de suicidarte. Sí. —Le respondió Jenny con socarronería.

Luca apartó una de las momias e inició la acción de acuclillarse frente al grifo. Susana lo sujetó por un brazo y obligó al hombre a retroceder.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Voy a probarlo.

—¿El qué? ¿La muerte? Debemos suponer que esa cosa mató a todas estas criaturas.

—No quiero morir, Susana. Eso te lo aseguro.

—Entonces...

—Creo que puedo esquivarlo, como hicisteis vosotras. Y siento curiosidad por ver ese artilugio.

Jenny se retorció las manos. Quería salir de allí huir de Marte y sobre todo de Luca, regresar a la Tierra y dejarlo allí solo para que jugase a sus anchas con aquella abominación. Pero sabía que no podía.

—Es un juego muy peligroso, Luca. Yo tuve suerte, Susana me salvó, pero ¿quieres que calculemos las probabilidades de sobrevivir a ese dardo retráctil? No tenemos ni idea de cómo funciona.

Luca asintió y permaneció allí, meditando en silencio, la mano en la barbilla. Finalmente decidió algo.

—Apartaros un momento. Las dos.

Luca se colocó detrás de la momia que había retirado, y la empujó lentamente hacia su posición frente al grifo.

Jenny y Susana le miraron hacer en silencio. Luca gateaba tras la momia,

empujándola centímetro a centímetro hacia el grifo metálico.

De repente, con total violencia, la lengua azul brillante brotó del grifo y se clavó en la boca carcomida de la momia desintegramosla en una nube de polvo.

Luca se quedó paralizado, estremeciéndose por el impacto que había hecho temblar todo el cuerpo reseco del cadáver marciano.

Jenny y Susana contemplaron atónitas aquella cosa. Era una especie de fleje de unos dos metros de longitud, que parecía haberse formado directamente del bulbo metálico para ir a clavarse en el cráneo momificado.

Durante unos segundos, el fleje brilló con un color azul iridisado, con ondas de tonos multicolores recorriéndolo arriba y abajo. Pero, de repente, se oscureció. Fue como si se marchitara, y empezó a replegarse con el mismo arrugamiento agónico que se veía en el cuerno de un caracol que hubiera tocado un grano de sal.

—¿Lo habéis visto, lo habéis visto?

—Lo hemos visto, Luca —dijo Jenny.

—Pero ¿qué significa? —preguntó Susana.

Luca Baglioni caminó alrededor de aquel asombroso bulbo metálico, pero se mantuvo en la distancia prudencial de más allá del círculo de momias.

—Mirad este lugar —dijo—. En lo que se ha convertido. Es evidente que siempre no fue así. Marte estuvo habitado hace millones de años. Una civilización creció sobre este mundo. Luego algo hizo que el planeta se enfriara, el aire se congeló o escapó al espacio... Quién sabe por qué... Los últimos supervivientes se concentraron en el fondo de los valles donde crearon enormes máquinas para mantener presión atmosférica y aire respirable. Y aquí aguantaron hasta el final... Eran demasiado pocos y este lugar demasiado pequeño para mantener una población... se extinguieron.

—¿Por qué? —preguntó Susana—. Con toda esa tecnología...

—Quizá no lo sepamos nunca —dijo Luca—. Pero...

El ingeniero se rascó furiosamente la barba y mientras se retiraba a una distancia prudencial, siguió hablando:

—En una ocasión vi un documental muy interesante. Era de National Geographic... creo. —Luca adoptó una voz dramática antes de continuar—. Un caudaloso río africano, con una importante reserva de hipopótamos en sus aguas. Entonces se produjo un pequeño cambio en la proporción de lluvias en aquella región. Algo insignificante, pero a una estación seca siguió otra más seca aún...

«Y el río empezó a perder caudal».

«Conforme descendía el nivel de sus aguas, los hipopótamos se vieron obligados a vivir más y más juntos. Los límites territoriales entraron en conflicto y se produjeron muchos enfrentamientos entre aquellas bestias. Era impresionante. Recuerdo como peleaban con esos gigantescos colmillos y como siempre había algún hipopótamo cubierto de heridas y sangre por ahí».

«Pero el río se fue haciendo cada vez más pequeño, más estrecho».

«Finalmente apenas era una charca embarrada donde los pobres bichos se amontonaban lomo contra lomo. Ya no había luchas por el territorio ni fuerzas para pelear. Cada uno permanecía en su pequeña parcela húmeda, muriéndose de hambre y sin atreverse a salir a buscar comida, porque los huecos húmedos eran inmediatamente ocupados por otro hipopótamo desesperado».

«El final fue terrible y magnífico a la vez: Una inmensa montaña de carne en putrefacción sobre el cauce reseco y cuarteado de un antiguo río. Una demostración salvaje de cómo funciona este Universo».

—¿Crees que algo así pudo pasar aquí? —preguntó Susana horrorizada.

—Mirad a vuestro alrededor y juzgad vosotras... —dijo Luca abriendo los brazos, como si quisiera abarcar todo cuanto le rodeaba—. Este lugar es como una montaña de cadáveres. Uno de los últimos rincones donde pudieron sobrevivir algunos habitantes de este mundo. Condenados, sin esperanzas. Esperando un final que ya debían saber inevitable.

—Es posible —meditó Jenny—. Pero, ¿qué crees que son esos bulbos metálicos entonces?

Luca se encogió de hombros y dijo:

—No lo sé, Jenny, no puedo saberlo todo. Sacrificios rituales, técnicas de exterminio masivo... religión... ¿Os habéis fijado que esa especie de arpón azul se clava directamente en el cerebro del marciano?

—Sí —dijo Susana—. Pensé en eso; es como la técnica de los antiguos egipcios para vaciar el cerebro a través de la nariz.

—¿Un sistema de momificación automático? —preguntó Jenny—. Suena ridículo.

—Y sin duda lo es —añadió Luca—. Un misterio para que alguien dedique una vida entera en descifrarlo, pero no nosotros, no.

—Yo he pensado mucho en esto —siguió diciendo Susana—. Para empezar, ¿por qué un laberinto? Creo que para los egipcios estos representaban el camino hacia el reino de los muertos. Entrar en ellos significaba morir, pero solo de forma simbólica porque, una vez superados, el espíritu del fallecido renacía en el mundo del Más Allá, perfectamente purificado... ¿Es posible que esto sea una tumba? ¿Por qué no? Parece exactamente eso... Las salas sin aire y los corredores sin salida serían trampas para los ladrones de tumbas, claro.

—¿Egipcios...? Ridículo —dijo Luca, rechazando aquello con un gesto de la mano—. Nada de lo que sabemos sobre las civilizaciones que habitaron la Tierra puede tener aplicación aquí. ¿Quién sabe lo que puedan ser esas cosas? —Y, mientras hablaba, Luca empezó a recoger trozos de las momias y a cargarlas bajo el brazo—. Lo que sí te puedo decir es qué somos nosotros.

—¿Qué?

—En aquel documental, en aquel último plano de la montaña de carne putrefacta, había un mensaje de alegría, de esperanza...

—¿Sí?

—Sí. Para los gusanos. Un inmenso y delicioso festín para los gusanos, los buitres y las hienas. Todas las criaturas, por miserables que parezcan tienen su momento, su oportunidad. Y los restos de esta ciudad desolada pueden ser nuestra salvación. O no, pero no tenemos más recursos que estos cadáveres resacos. Aleluya.

Luca se agachó y comenzó a recolectar momias. Pesaban poco y ya tenía costumbre de apilarlas en paquetes que ataba con tiras de piel reseca.

Y salió de aquella habitación con su botín de huesos bajo el brazo.

Luca desmontó cuidadosamente uno de los cascos y obtuvo una especie de cacerola semiesférica, una de las cubiertas interiores que era metálica. La llenó con el agua rojiza del lago. Luego alimentó la hoguera con los restos resecos de las momias hasta conseguir un buen fuego y colocó la «cacerola» sobre él.

—¿Qué haces, Luca? —quiso saber Susana.

Pero el ingeniero había perdido ya el humor para seguir hablando. Habían pasado algunos días desde sus investigaciones en las ruinas, ninguno de ellos llevaba el cómputo del tiempo. Luca había investigado el edificio gigante y la maquinaria marciana sin obtener siquiera una hipótesis parcialmente coherente. Ni todo su intelecto aplicado a analizar aquello había obtenido un resultado útil. Las máquinas marcianas seguían funcionando sin atención humana, indiferentes a su presencia, desafiando su comprensión.

Luca le hizo una señal a Susana de que tuviera paciencia y empezó a recolectar brotes de musgo marciano.

Ante la atenta mirada de las dos mujeres, corrió de un lado a otro, escogiendo los brotes más tiernos y frescos.

—Finalmente se ha vuelto loco —concluyó Jenny—. Nuestro amigo Luca ha perdido por completo el juicio.

Cuando el agua empezó a hervir, Luca dejó caer el musgo dentro de la improvisada cacerola y se sentó frente al fuego a esperar.

Un poco más lejos, Susana y Jenny también aguardaron hasta que el ingeniero decidió que ya era suficiente y retiró el recipiente del fuego.

Quemándose los dedos extrajo un poco de musgo cocinado. Lo sujetó ante sus ojos, mirándolo al trasluz, oliéndolo con cuidado. Lo probó con la punta de la lengua.

El trozo de musgo cocido había adquirido un color anaranjado, semejante a un alga o un trozo de carne descompuesta.

—No pensarás tragarte eso ¿verdad? —le preguntó Jenny.

Luca apartó durante un instante su atención del musgo hervido y miró a la médica.

—¿Por qué no?

—Con un poco de suerte no será venenoso. Pero no creo que puedas alimentarte de eso.

—Tú lo analizaste, Jenny —dijo Luca—. Dijiste que estaba formado por materia orgánica. Los mismos componentes que nuestro cuerpo.

—Precisamente por eso te puede matar. El petróleo y el plástico también son orgánicos, pero eso no significa que puedas digerirlos.

—Pero hay una posibilidad de que sí.

—¿De que puedas tragar eso y digerirlo? —preguntó Jenny.

—Sí.

—Una posibilidad... es cierto. Pero muy remota.

Luca miró directamente a los ojos a Jenny, luego a Susana.

—Vale la pena arriesgarse por eso. No tenemos nada más. En un par de semanas se terminarán las provisiones...

—Las provisiones que yo me empeñé en traer a pesar de tu oposición.

—Así es, Jenny. Quizá me equivoqué ahí.

«¿Quizá?», pensó Jenny. Pero dijo:

—Vaya, Luca. Es la primera vez que aceptas que hay una posibilidad de que te hayas equivocado. Asombroso.

Luca Baglioni asintió tristemente y, sin decir nada más, se llevó el pedazo de musgo anaranjado a la boca.

Sus rostro se frunció con una expresión de asco mientras masticaba lentamente aquella cosa.

—No está mal del todo —dijo con la boca llena.

Movía la bola de musgo de un lado a otro, como si le resultara imposible tragar aquello. Finalmente, realizando un evidente esfuerzo, consiguió que aquello se deslizara por su garganta hacia su estómago.

Feliz por su acción, Luca sonrió a las dos mujeres, mostrándoles sus dientes teñidos de color azafrán.

—Hecho —dijo.

Una hora después se retorció en el suelo en medio de los más terribles espasmos abdominales que jamás había sentido.

Susana y Jenny corrían a su alrededor intentando aliviarle, pero sin saber exactamente qué hacer.

Jenny le había dado un vomitivo en el preciso instante en que empezaron los retortijones de tripas, pero no había servido de mucho. Luca había vomitado una espuma amarillenta, bilis, pero ni un gramo del musgo que había tragado.

Aquella cosa parecía haberse pegado a sus intestinos, y lo peor aún no había llegado. Durante dos días Luca estuvo a merced de una terrible diarrea que le dejó tan débil que apenas pudo caminar durante una semana.

Susana y Jenny le atendieron lo mejor les fue posible, dado los escasos recursos de que disponían, y poco a poco su vientre fue tranquilizándose.

Era evidente que aquella especie de musgo-liquen marciano no era una opción alimenticia. Pero Jenny había tenido una idea mientras duraba la enfermedad de Luca, y buscaba algo con lo que alimentarle y que estabilizara su estómago.

Entre los alimentos que había cargado desde la *Belos* había varios sobres de setas y champiñones deshidratados. Recordaba haberlos escogido por su buena relación de peso *versus* cualidad alimenticia.

Abrió uno de los sobres y extendió un poco de su contenido en la palma de su

mano.

Sonrió. Aquello parecía papel de confetti. Su aspecto aún era menos apetitoso que el del musgo marciano. Le dio la vuelta al sobre y leyó las instrucciones.

Era posible preparar una sopa apetitosa y nutritiva simplemente vertiendo el contenido del sobre en un bol del agua hirviendo. Inmediatamente —decía las instrucciones— las setas recuperarían su tamaño y sabor originales, como si acabaran de ser recolectadas.

Por supuesto, Jenny no creía en esto fuera posible con aquellos trocitos de confetti, pero había algo tan resistente que ni siquiera el proceso de liofilización podía acabar con ello. Tan resistente que algunos astrónomos habían imaginado que la vida había saltado de un planeta a otro gracias a diminutas esporas capaces de resistir la temperatura y el vacío del espacio interestelar.

¡Esporas!

No podía verlas, pero sin duda estaban allí, entre aquellos pedacitos de seta transformados en confetti.

Se había logrado cultivar esporas de más de 200 años de antigüedad... ¿Por qué no iba a poder hacer germinar ella las que sin duda contenían aquellos alimentos deshidratados?

Mientras Susana cuidaba de Luca, Jenny puso a hervir en medio litro de agua varios matojos de liquen marciano. Luego, antes que este «caldo» se enfriase, coló cuidadosamente el contenido resultante, le agregó siete gramos de dextrosa de su botiquín y lo envasó en varios tubos de ensayo que tapó con algodón; y que luego selló con papel de aluminio.

Posteriormente esterilizó los tubos dejándolos un amanecer al aire libre, bajo la luz ultravioleta que llegaba cada mañana del cielo antes de que se formasen las nubes protectoras.

Luego, Jenny retiró el tapón e introdujo en cada tubo un poco del hongo liofilizado.

En la Tierra todo aquel proceso hubiera resultado mucho más complejo; tendría que haber andado con más cuidado y flamear con un mechero la boca del tubo para evitar que se colasen dentro bacterias oportunistas. El aire de la Tierra rebosaba de vida, esporas, bacterias y todo tipo de microorganismos; pero, afortunadamente, en Marte ese problema era casi inexistente y si había bacterias debían de ser mucho menos activas que las de la Tierra.

Jenny colocó los tubos de ensayo sobre piedras, puso al lado un termómetro y mantuvo un fuego encendido. Lo ideal eran unos 26 grados centígrados y Jenny, al igual que antes Luca había cuidado de su compresor como si fuese un recién nacido, tuvo que vigilar el termómetro, mantener el fuego y acercar o alejar los tubos a él para conservar aquella temperatura.

Al cabo de otra semana los alimentos empezaban ya a escasear seriamente. Luca se había recuperado pero la diarrea le había hecho perder la poca grasa que le

quedaba. Tenía las mejillas hundidas, la mirada vacua y acuosa. Se movía lentamente.

Jenny, medio muerta de cansancio y sueño, condujo a Luca y a Susana a que contemplaran su obra: el interior libre de cada uno de los tubos de ensayo estaba lleno de unos maravillosos pelillos blancos, extendiéndose e invadiendo el caldo.

—¿Y qué se supone que es esa cosa? —preguntó Luca.

Temblaba ligeramente al hablar.

—Micelio —le explicó Jenny—. Nuestra salvación.

Luego, todos se pusieron a trabajar en la siembra del micelio sobre el sustrato definitivo en el que iban a crecer las setas.

Cocinaron más líquen marciano y luego lo colocaron en una de las secciones más oscuras del túnel que habían preparado como cámara de cultivo. Taparon con mantas térmicas el líquen y dejaron que el micelio lo invadiera. La incógnita era: ¿aquel líquen serviría como abono? No había servido de alimento, era factible pensar que no a pesar de que su base bioquímica era muy parecida a la terrestre.

En un par de días Jenny descubrió las mantas y vieron la masa rojiza cubierta de aquella pelusa blanca. La sonrisa volvió a sus rostros. Bueno al de Susana y Jenny, no al de Luca.

—¿Crees que ahí crecerá algo que nos podamos comer? —preguntó Luca algo escéptico.

—Los hongos son muy «agradecidos» de cultivar —le explicó Jenny—, pueden fructificar sobre cualquier cosa: serrín, mazorcas de maíz picadas, troncos de árbol, paja de trigo, periódicos e incluso en México se cultivan sobre pañales desechables.

—Asombroso —dijo Susana.

—Sí.

En realidad ninguno de sus compañeros parecía tener fe en aquella solución, pero los alimentos racionados se terminaban y aquel era su última oportunidad para sobrevivir.

—La temperatura en esta etapa debe oscilar entre 23 y 28° Celsius —explicó Jenny—; y la humedad debe estar entre 75 y 90%.

—¿Y cómo vas a conseguir eso aquí? —preguntó Susana.

—No puedo, es evidente —respondió Jenny—. Pero tendremos que confiar un poco en la providencia. Vale la pena intentarlo; la producción será de alrededor de un 20% del peso húmedo del sustrato. Y podremos realizar unas 2 ó 3 cosechas de hongo fresco al mes.

Y solo unos días más tarde los náufragos recogían la primera cosecha de hongos, mucho más escasa que la que hubieran obtenido en condiciones óptimas a pesar que habían intentando mantener caliente y húmedo el túnel. Los comieron crudos, cocidos, asados, se llenaron el estómago con su carne y por primera vez en mucho tiempo la sensación de hambre desapareció.

—No podemos vivir comiendo solo esto —dijo Luca mientras se palmeaba el

estómago satisfecho—. Están muy ricos, pero no creo que resulten ser una dieta muy equilibrada. Enfermaremos de escorbuto o algo así...

—Deja que yo me preocupe de eso, Luca —repuso Jenny—. De momento tenemos vitaminas en el botiquín, y nos pueden durar bastante tiempo si las dosificamos con cuidado...

—Pero, tarde o temprano se terminarán ¿no es así?

—Sí, es cierto. Pero quizá logremos sintetizarlas a partir de los líquenes marcianos. Es posible...

—¿Cómo?

—Quién sabe Luca —dijo Jenny—. Contra todo pronóstico seguimos vivos, hemos llegado muy lejos y no nos vamos a rendir ahora. ¿Recuerdas lo que decía Herbert? Debemos seguir luchando hasta el final.

—Herbert era un buen tipo, pero pensaba que este Universo es un lugar amistoso. Mira a tu alrededor, Jenny, estamos en medio de la prueba más aplastante de que eso no es cierto, de que el Universo es hostil y que puede borrar la vida de unos pocos seres humanos con la misma tranquilidad con la que elimina a toda una raza o una orgullosa civilización.

—Es posible, Luca, es posible —admitió Jenny, e insistió—: Pero seguimos vivos, y eso demuestra, al menos para mí, que los milagros son posibles.

Susana les interrumpió en ese preciso instante. Llevaba entre sus manos la cámara de video, que manipulaba cuidadosamente.

—Las baterías están a punto de agotarse —dijo—. Creo que tendríamos que grabar algo... un mensaje o algo así.

—Un mensaje para la posteridad ¿eh? —se burló Luca.

—Muy bien, Luca —dijo Susana enfocándole—, intenta no actuar, muéstrate tal y como eres.

—Ajá —dijo Jenny—. Si Luca se muestra tal y como es, la posteridad hará de nosotras dos unas verdaderas heroínas.

Susana colocó la cámara sonriendo aún. Miró al visor de cristal líquido. Durante un instante no se creyó lo que veía. No reconoció a Jenny y Luca. Eran dos salvajes vistiendo restos de trajes antes resplandecientes y en ese momento sucios harapos manchados de rojo. Le miraban con ojos muy brillantes desde rostros quemados por los ultravioletas en los que se marcaban los pómulos y las frentes cubiertas de pelo aceitoso. La cámara comenzó a temblarle en la mano. Apartó la vista y miró al suelo un momento, inmóvil. Luego, cuando se le tranquilizó el pulso, terminó de fijar la videograbadora sobre unas rocas.

Levantó la vista de nuevo. Se dio cuenta, por encima de la suciedad y la delgadez, que aquellas dos personas estaban vivas, la miraban y hacían gestos para que se acercase. Ella también sonrió mientras, con el mando a distancia de la cámara en la mano, se acercaba a ellos y buscaba un sitio a su lado, en el suelo.

Se sentó entre los dos, miró a derecha e izquierda, luego al ojo de la cámara.

Respiro hondo y pulsó el botón de grabación.

Epílogo

[Record, 26-6-2025]

Somos los supervivientes de la misión *Ares* a Marte. Luca, Jenny y yo, Susana, la piloto del módulo *Belos*.

Esto que veis a mi alrededor es el fondo del Valle Marineris. Ha sido un tremendo esfuerzo bajar hasta aquí. Fidel y Herb murieron en el intento. Este lugar parece ofrecernos una esperanza a nosotros tres, los que hemos sobrevivido.

Y es asombroso. Hay luz, calor, aire, agua y vida orgánica.

El aire no es muy agradable: está muy frío y tiene un sabor metálico, y además es demasiado tenue, el aire que se respiraría a cinco o seis mil metros en la Tierra. Pero qué diablos, podemos respirar.

Hemos descubierto muchas cosas. Ya es un hecho: Marte estuvo habitado hace cientos de miles de años. Una civilización creció sobre este mundo. Luego el planeta se enfrió y el aire escapó al espacio... Quién sabe por qué...

Lo que sí sabemos es que construyeron artefactos como el Túnel, capaces de contener el aire y la vida en un planeta cada vez más inhóspito, y la máquina que creemos mantiene las condiciones en este valle.

Máquinas incomprensibles que funcionan desde quién sabe cuanto tiempo atrás...

Pero al final todo se acabó... Me pregunto qué aspecto tendrían. ¿Cómo sería su arte, su religión...?

Quién sabe... Quién sabe...

Estoy grabando cuanto puedo con la última batería de mi cámara. Esto es para vosotros, los que ahora veis estas imágenes. Los que vais a buscar una respuesta a todos estos misterios. Nosotros solo tenemos ahora un único objetivo: sobrevivir.

Espero que esta misión no sea considerada como un fracaso, no lo ha sido. Ha demostrado algo muy importante. Por muy difícil, por muchas dificultades que se encuentren, nuestro futuro está en las estrellas, amigos y no podemos darles la espalda. Hemos demostrado algo; que los humanos estamos preparados para enfrentarnos a las más duras pruebas, a los lugares más hostiles de este Universo.

Y las estrellas nos están esperando.

Nosotros resistiremos aquí, hasta el fin, esa será nuestra contribución.

Cuidad de nuestras familias.

[End of record]